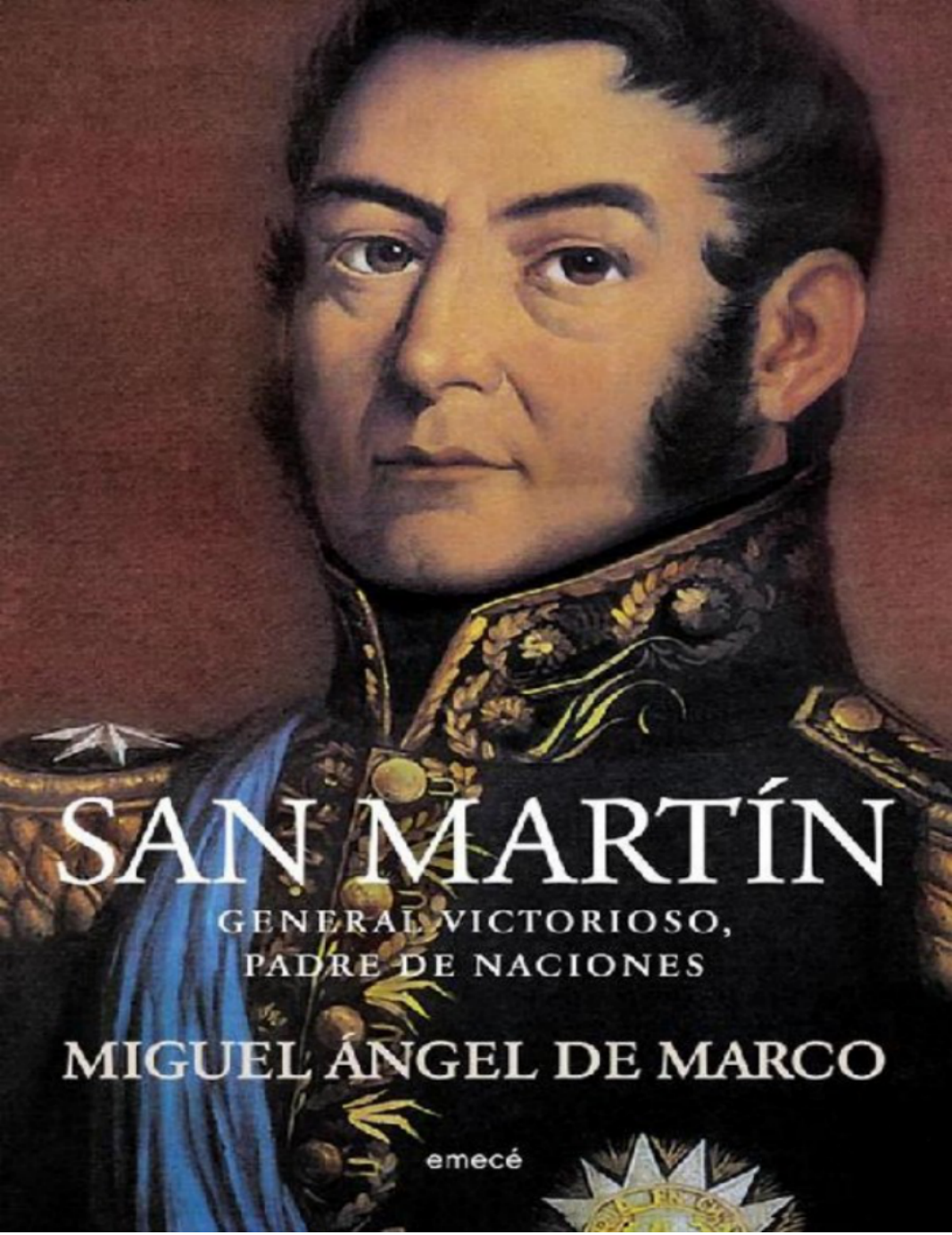


SAN MARTÍN

GENERAL VICTORIOSO, PADRE DE NACIONES

MIGUEL ÁNGEL DE MARCO

emecé

Portadilla
Legales
Prólogo
Los San Martín, en el Río de la Plata y en España
Luchas contra Inglaterra, Portugal y Francia. El regreso a la patria
Triunfo militar y desilusión política
Mando del Ejército del Norte y concepción del cruce de los Andes
La forja del Ejército de los Andes
Hacia el cruce de la cordillera
«Concluimos con los tiranos y dimos libertad a Chile»
Chile independiente, Cancha Rayada y Maipú
En pos de la independencia del Perú
El gobierno y la guerra
Encuentro con Bolívar y retorno a la patria
Ostracismo y muerte
Imágenes

Miguel Ángel De Marco

San Martín

General victorioso. Padre de naciones

De Marco, Miguel Ángel
San Martín : general victorioso, padre de naciones - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Emecé, 2013.
E-Book.
ISBN 978-950-04-3558-1
1. Historia Argetina. I. Título
CDD 982

© 2013, Miguel Ángel De Marco

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Todos los derechos reservados

© 2013, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.
Publicado bajo el sello Emecé®
Independencia 1682, (1100) C.A.B.A.
www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: septiembre de 2013

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite
ISBN edición digital (ePub): 978-950-04-3558-1

A mi nieto Manuel Enrique Tejedo De Marco, para que ame a su Patria.

Prólogo

La figura de San Martín se vincula en mi caso, como en el de muchos argentinos que han comenzado a transitar por su séptima década de existencia, con los primeros recuerdos de la infancia. Desde lo que entonces se denominaba primer grado, la rememoración anecdótica del combate de San Lorenzo, del cruce de los Andes o de las decisivas batallas de Chacabuco y Maipú; la mención a su abnegada esposa, una niña casi al contraer matrimonio, o la lectura y explicación de las célebres *Máximas* que el Libertador escribió para su hija, ocupaban la atención de aquellas maestras normalistas de estampa casi siempre severa que se sentían obligadas a encender la llama del patriotismo en el corazón de sus alumnos.

Cuando quien esto escribe contaba diez años, se cumplió el primer centenario de su muerte, y se declaró por ley que aquellos doce meses se convertirían en el Año del Libertador General San Martín. Lejos de constituir una simple formalidad o una ocasión para disponer feriados, fue una movilización que alcanzó a todos los planos de la vida argentina. Bustos, estatuas, almanaques, láminas, sellos postales, tarjetas de distribución gratuita y masiva que mostraban la efigie de San Martín o evocaban sus acciones cívicas y militares, exhibían una determinación asumida por las más altas autoridades de la República. Surge con viveza en mi mente la constante asociación entre los principios y virtudes del héroe y el ideario proclamado por el entonces presidente, general Juan Domingo Perón.

La decisión de honrar al Padre de la Patria se vio envuelta en las clásicas disputas argentinas que no saben dejar en paz ni siquiera a los sepulcros, pues mientras unos se apropiaban en forma excluyente de los homenajes, otros señalaban el carácter banderizo de las evocaciones y discutían gestos que tuvieron por protagonista al Libertador, verbigracia el legado de su célebre sable corvo a Juan Manuel de Rosas. La memoria de San Martín quedaba entre dos fuegos, como se había sentido él mismo cuando llegó desde Europa a Montevideo en 1829, rumbo a la patria, y la contempló desgarrada por la guerra civil, para luego retornar con el alma vacía.

Uno de tantos ejemplos fue el debate ocurrido en la Cámara de Diputados de la Nación. Si bien todos los legisladores coincidieron

en las honras que merecía aquel insigne argentino, se advierte que en casi todas las intervenciones la historia cedió paso a la ideología. Por desgracia, medio siglo después, esa actitud no ha variado en lo que respecta a las tergiversaciones que se proyectan a quienes, alejados del mundo académico, reciben una versión maniquea de la Historia, en la que prevalece el oportunismo político.

Las rememoraciones sanmartinianas están supeditadas en el presente a los fines de semana largos y constituyen poco menos que una mera formalidad dentro del calendario escolar. En suma, el Libertador está cada vez más ausente en la memoria de sus conciudadanos, como si el recuerdo de sus renunciamientos y sacrificios fuese una llaga abierta en tiempos en que parecen soslayarse los principios éticos que impulsaron su lucha y la de otros grandes argentinos.

La sugerencia de Emecé de que me abocase a redactar una vida de San Martín semejante a la que hace más de un año escribí sobre Manuel Belgrano, sin otra pretensión, como manifesté entonces, que ponerla al alcance del gran público, me alentó a destacar los rasgos principales de una de las personalidades más nobles de la historia argentina y sudamericana.

La bibliografía acerca del Gran Capitán es vastísima y en los últimos tiempos ha merecido importantes biografías. Para corroborarlo basta señalar el reciente libro del destacado americanista John Lynch y el volumen que escribió Patricia Pasquali, modelo de sapiencia y concisión.

Frente a lo dicho parecería superfluo encarar un libro de carácter biográfico. Pero cada cantor tiene su cifra, y la mía, tal vez modesta, se orienta a divulgar, sin renunciar a la seriedad y al equilibrio propio del historiador, la extraordinaria vida de uno de los padres de la independencia de América.

San Martín está en el bronce por lo que hizo sobreponiéndose a sus humanas falencias y debilidades; no por haber carecido de ellas. Ése es su ejemplo, tan vigente como necesario en nuestros días. Su honradez, su vigoroso entusiasmo, su infatigable actitud de servicio, constituyen hoy un verdadero acicate.

Mi agradecimiento a las instituciones y personas que me han ayudado. Como siempre, la Academia Nacional de la Historia me ha brindado su ámbito propicio, los beneficios de su extraordinaria biblioteca y de su valioso archivo, unidos a la diligente competencia de su personal. También debo gratitud a la Biblioteca Central de la Pontificia Universidad Católica Argentina, que vela con interés y cuidado por los libros del Fondo De Marco y me ha facilitado las

publicaciones que contiene y otras que no pertenecen a esa colección, sin restricción alguna. Por su parte, el Instituto Nacional Sanmartiniano y el Museo Histórico Nacional me abrieron con generosidad sus colecciones.

La académica doctora Olga Fernández Latour de Botas me ha ayudado en la lectura de originales. También lo han hecho los miembros del Grupo de Historia Militar de la Academia Nacional de la Historia, generales Diego Alejandro Soria y Enrique Rodolfo Dick, el doctor Guillermo Palombo y el profesor Ariel Eiris.

Un párrafo especial merece mi esposa María Fernanda Sinde, sin cuya paciencia y ayuda no me hubiese sido posible hallar el tiempo necesario para desarrollar esta tarea en medio de otras muchas que me demanda mi condición de presidente de la Academia Nacional de la Historia.

Y otro, los editores del Grupo Editorial Planeta, al que pertenece Emecé, Ignacio Iraola y Alberto Díaz. Ellos me animaron para emprender esta obra después de aparecer mi libro sobre Manuel Belgrano.

Para finalizar, me permito reproducir, casi literalmente, el último párrafo de mi biografía del Creador de la Bandera: si esta obra sirve para levantar el espíritu de los argentinos que quieran leerla, entusiasmándolos como a mí me ocurrió mientras la escribía, estarán plenamente satisfechos mis anhelos y completo mi cometido.

Los San Martín, en el Río de la Plata y en España

Los padres de José de San Martín, llamados a conocerse y contraer matrimonio en la remota Buenos Aires en vez de hacerlo en la próspera y poblada provincia de Palencia, Castilla, donde habían visto la luz, nacieron, respectivamente, en Cervatos de la Cueza y Paredes de Nava, distantes escasos veinte kilómetros entre sí.

La Tierra de Campos, como se denomina desde los tiempos de Alfonso X el Sabio a la comarca donde dichas aldeas se hallan enclavadas, es de topografía ondulada, cortada a veces por cerros bajos en algunas de cuyas cimas se levantan castillos, mudos testigos de seculares luchas entre musulmanes y cristianos. La surcan varios ríos, algunos caudalosos y otros que son apenas hilos de agua.

Cuando Juan de San Martín y Gregoria Matorras vivían en sus respectivos terruños, comenzaba la construcción de una obra hidráulica extraordinaria, el Canal de Castilla, que atravesaba la zona y prometía llevar con facilidad el dorado y abundante trigo de cada cosecha a los puertos del norte, mediante el transporte fluvial de sirga.

En primaveras y otoños frescos y húmedos, inviernos largos y fríos o veranos secos y calurosos, se desenvolvía la vida de las familias San Martín y Matorras, y transcurría la existencia de aquellos dos seres llamados a quedar en la historia gracias a los logros militares y políticos de uno de sus hijos.

La aldea donde nació Juan de San Martín, hijo de Andrés de San Martín e Isidora Gómez, el 3 de febrero de 1728, se alza en la comarca de la Cueza, muchos siglos antes atravesada por una calzada romana, cuyo nombre lo recibe del río que la cruza. Para Eugenio Fontaneda Pérez, en las cercanías del que fue solar de los San Martín existió una antigua fortaleza celta, origen de la actual Cervatos.

Tal vez Juan aprendió las primeras letras y ayudó a sus padres en las tareas del campo, hasta que a los dieciocho años decidió entregarse al servicio de las armas. No existe documento alguno que explique el porqué de su determinación, pero es dable pensar que le resultaba pequeño el dorado horizonte de cereal que tenía a la vista, y que buscaba ámbitos más anchurosos donde desplegar su sed de progreso y quizá de aventuras. El 18 de diciembre de 1746, sentó

plaza como voluntario del Regimiento 4 de Infantería de Lisboa. Según consta en su hoja de filiación, medía cinco pies y una pulgada de estatura (aproximadamente 1,40 m, ya que se trata de las unidades de medida castellanas), y era de «pelo castaño claro y ojos garzos», es decir, de baja estatura, cabello casi rubio y ojos azules.

Su escasa talla no le impidió ser incorporado en las filas reales como parte de una unidad de antigua tradición, en la que hizo cuatro campañas contra los moros en el norte de África. Se trataba de un servicio duro, sacrificado y plagado de acechanzas. Los hombres sufrían por la escasa y poco variada alimentación y por el exiguo descanso. Pero su espíritu combativo era alto.

Tras casi siete años de penurias, Juan de San Martín fue ascendido a sargento, luego de ostentar las jinetas de cabo. Se lo nombró más tarde, con la misma jerarquía, en la compañía de granaderos de la unidad, lo cual significaba una promoción, como se advierte en su foja militar, y después de un lustro se lo promovió a sargento de primera clase.

Siempre estuvo en el mismo regimiento, mientras éste guarnecía diferentes puntos de la Península: Galicia, Guipúzcoa, Navarra, Extremadura y Andalucía, para volver finalmente con los granaderos a defender los presidios —fortalezas— del norte de África. El 21 de octubre de 1764, al hacerse constar sus servicios en Málaga, y a punto de trasladarse al Río de la Plata, se le computaron diecisiete años y trece días en campaña.

Don Juan contaba 35 años, y de sus cualidades militares pudo decir el sargento mayor del regimiento, Ignacio Ximénez de Iblusqueta, que poseía «capacidad buena, valor regular [en el sentido de "ajustado y conforme a regla"], aplicación mucha, conducta sobresaliente». Completaba el informe con su estado civil, que era el de soltero.

Su jefe inmediato anotó a continuación que en «Melilla, con la compañía de granaderos en que sirve, ha sido empleado en varias comisiones del cuerpo y del real servicio, que ha desempeñado correspondiendo al buen concepto que se tiene de su actividad, desinterés, aplicación y buena conducta, por la que ha merecido ser consultado, con repetición, para la clase de oficial».

Finalmente, el 20 de noviembre de 1764, recibió los despachos de teniente y la orden de dirigirse a Cádiz para marchar a Buenos Aires.

Al llegar a la ciudad ubicada en el extremo sur del imperio español, era gobernador el teniente general Pedro de Cevallos,

soldado de prolongada y notable trayectoria, quien reconoció enseguida sus cualidades militares y le encomendó el adiestramiento e instrucción del Batallón de Milicias de Voluntarios Españoles. No era una tarea fácil por la composición del cuerpo, pero la asumió con responsabilidad y empeño hasta que en mayo de 1765 se lo destinó a las fuerzas que desde el Real de San Carlos bloqueaban la Colonia del Sacramento. Permaneció allí hasta julio de 1766, en que se le otorgó la comandancia del Partido de las Vacas y Víboras, en la actual República Oriental del Uruguay.

Cevallos había decidido acentuar la lucha contra el contrabando, una de las razones de su nombramiento como gobernador, de modo que las instrucciones que dictó para sus subordinados fueron drásticas y perentorias. El teniente San Martín se abocó a una vigilancia que resultaba beneficiosa para la Corona pero hería arraigados y antiguos intereses locales.

En la misma línea de su predecesor, el nuevo gobernador, teniente general Francisco de Paula Bucareli y Ursúa, apretó aún más el torniquete en el afán de impedir el comercio intérlope, lo cual, junto con su mal carácter, le ganó grandes enemistades. El teniente San Martín acentuó el rigor de la vigilancia con el beneplácito del mandatario.

Administrador de Calera de las Vacas

El 2 de abril de 1767, Carlos III dictó una pragmática resolución por la cual se disponía la expulsión de los jesuitas, con la confiscación de los edificios y demás bienes que poseyeran en la Península y en sus vastas posesiones. En lo atinente al Río de la Plata, fue una medida que derribó de un golpe un gigantesco esfuerzo de evangelización y promoción de los aborígenes, cuya expresión más notable fueron las misiones que en su momento de esplendor abarcaron las actuales provincias argentinas de Corrientes y Misiones, buena parte del Paraguay y del sur del Brasil.

La Compañía de Jesús contaba en la hoy República Oriental del Uruguay, como dependencia del Colegio de Belén en Buenos Aires, una extensa y bien poblada estancia llamada Calera de las Vacas, a la que después se conoció con el nombre de Las Huérfanas. Se extendía al norte hasta el arroyo de las Vacas, al este hasta los arroyos Miguelete y San Juan, y al oeste y suroeste hasta el Río de la Plata. En esas cuarenta y dos leguas cuadradas pastaban en gran cantidad distintas especies de ganado.

Bucareli dispuso que el teniente San Martín ocupase aquella propiedad y luego le encargó su administración, que desempeñó

hasta 1774. Durante esa etapa, los beneficios económicos se multiplicaron.

El obispo Torre subrayó tal circunstancia en 1770:

> Perseveran los hornos de cal y ladrillo en la dicha estancia de Las Vacas, mediante la especial económica aplicación de un don Juan de San Martín, oficial de la Asamblea [...] de quien se dice haber excedido a los Padres Jesuitas en la economía.

Y el síndico revisor de cuentas de la estancia manifestó a su vez:

> Se reconoce la pureza, celo y desinterés con que la ha administrado, dándole unos aumentos y beneficios considerables, que sólo podían esperarse de un oficial como éste, que no ha perdonado fatiga, ni trabajo para llenar mejor el exacto cumplimiento de la comisión que se le había conferido.

Al tiempo que don Juan ejercía dichas funciones, cumplía con sus obligaciones militares y cooperaba con el bloqueo de la Colonia del Sacramento. Sin embargo, su carrera castrense era lenta. Recién el 10 de abril de 1769, Bucarelli le confirió el empleo de ayudante del Batallón de Voluntarios de Buenos Aires, que confirmó Carlos III por real orden expedida en San Lorenzo el Real, el 30 de octubre de 1772.

Gregoria Matorras

Durante un viaje a la capital de la gobernación, don Juan había conocido a quien sería su futura esposa, Gregoria Matorras y del Ser.

Torre Revello aventura el modo en que ocurrió el encuentro: «Llegada a Buenos Aires con don Jerónimo [Matorras] en 1767, fue el azar o la añoranza de su Tierra de Campos lo que le motivó a reunirse con paisanos. Así empezó a relacionarse con un bizarro capitán [sic: en 1769 había sido promovido a ayudante mayor de la Asamblea de Infantería], oriundo de un pueblo próximo al suyo, que luego sería su esposo. En poco tiempo, se conocieron, se amaron y se prometieron». Es posible que así haya sucedido.

Gregoria era hija del primer matrimonio de Domingo Matorras con María del Ser. A los seis años, quedó huérfana de madre. A los treinta, aún soltera, viajó al Río de la Plata con su primo, el licenciado y coronel Jerónimo Matorras, designado gobernador y capitán general de Córdoba del Tucumán por real decreto del 14 de mayo de 1767, con el compromiso de *conquistar* las tierras del Chaco Gualamba y reducir a sus habitantes. Después de muchas vicisitudes lograría hacer las paces con el célebre cacique Paykin y moriría en 1776 mientras visitaba las reducciones en el límite de la

frontera salteña con las selvas del Chaco.

Antes de zarpar, el 26 de mayo de 1767, Matorras había obtenido licencia para llevar consigo a su prima Gregoria, a un sobrino y a otras personas. Como lo había sufrido don Juan mucho antes, aquella mujer hecha y derecha había dejado su tierra con la perspectiva de una nueva vida que incluyese la formación de un hogar y la maternidad, bienes que hasta entonces le habían resultados esquivos.

Por los pocos testimonios documentales que se poseen, en especial su testamento, se aprecia que poseía educación y carácter, prendas que se reflejan en la formación de sus hijos.

San Martín recibió en junio de 1770 orden de marchar «en obedecimiento de los superiores mandatos de mi general», dado lo cual otorgó un poder a sus camaradas, los capitanes Juan Francisco de Somalo y Juan Vázquez, y al teniente Nicolás García Hermete, en ese orden, «para que representando mi persona se despose uno de los dichos a mi nombre, por palabras de presente, según orden de nuestra santa madre Iglesia Católica Romana, y celebren verdadero y legítimo matrimonio con doña Gregoria Matorras, doncella noble». La ceremonia tuvo lugar el 1º de octubre de 1770 y fue celebrada por el obispo de Buenos Aires, don Manuel de la Torre, amigo y paisano del contrayente.

El oficial pudo regresar a Buenos Aires días más tarde. Se encontró con su esposa el 12 de octubre y poco después el matrimonio se trasladó a Calera de las Vacas. Pronto llegaron los hijos: María Elena nació el 18 de agosto de 1771; Manuel Tadeo, el 28 de octubre de 1772, y Juan Fermín Rafael, el 5 de octubre de 1774.

Teniente de gobernador de Yapeyú

Cuando el ayudante mayor San Martín cesó como administrador de la estancia, el gobernador de Buenos Aires, Juan José de Vértiz y Salcedo, lo designó, con fecha 13 de diciembre de 1774, teniente gobernador del departamento de Yapeyú, desempeño que ocupó desde principios de abril de 1775.

Yapeyú había sido una de las reducciones más florecientes y prósperas de las Misiones. Fue erigida a iniciativa del provincial padre Nicolás Mastrilli, con la cooperación del mártir y santo padre Roque González de Santa Cruz, superior de las misiones del Uruguay, y del padre Pedro Romero, su primer párroco. Su instalación tuvo lugar el 4 de febrero de 1627, junto al arroyo que los guaraníes llamaban Yapeyú. Fue puesta bajo la advocación de

Nuestra Señora de los Reyes Magos.

Con el tiempo, y a pesar de frecuentes ataques de otras tribus y de las incursiones de los peligrosos *bandeirantes*, pasó a ser uno de los pueblos más ricos de las misiones. Contaba con estancias en ambas márgenes del río Uruguay, pero quedó casi abandonado después de la expulsión de la Compañía de Jesús.

A poco de hacerse cargo, el teniente de gobernador San Martín se entregó con empeño a la organización de un cuerpo de milicianos guaraníes compuesto por 550 hombres, para enfrentar a los portugueses de las Misiones Orientales a raíz de la campaña que emprendió el ahora primer virrey del Río de la Plata, Cevallos, con el fin de recuperar definitivamente la Colonia del Sacramento. Fue tal la dedicación puesta por los aborígenes para cumplir sus órdenes, que al ser revistados por el gobernador político y militar de los Treinta Pueblos de las Misiones Guaraníes, Francisco Bruno de Zabala, éste los puso a la altura de «la más arreglada tropa de Europa». Las fuerzas, adiestradas y comandadas por el ayudante mayor San Martín, fueron destinadas a San Borja para contener los desmanes de los portugueses y las acometidas de los aguerridos charrúas y minuanes.

En 1776, mientras la viruela seguía diezmando el departamento a su cargo, San Martín inspeccionó toda su jurisdicción y adoptó diversas medidas, entre las que cabe subrayar la adecuación del puerto de Paysandú, que se convirtió en un punto importante de la ruta al Salto. Ese mismo año nació su cuarto hijo, Justo Rufino.

También fundó San Martín cuatro grandes estancias comunitarias dedicadas a la cría de ganado en la Banda Occidental del río Uruguay: La Merced, hoy Monte Caseros, San Gregorio, próxima al río Mocoretá, Inmaculada Concepción de Mandisoví, Entre Ríos, y Jesús del Yeruá, al sur de Concordia, poblándolas con ganado de la zona.

El constante estado de intranquilidad que se vivía en la región decidió el traslado a Buenos Aires de Gregoria Matorras, con sus cinco hijos. Ya había nacido el más pequeño, José Francisco, el 25 de febrero de 1778, y llevaba en la frente el signo de la gloria.

A fines de año, don Juan dispuso un castigo al cacique y teniente de alcalde Melchor Abera por su mal servicio en la vaquería que le había encomendado realizar al mando de un grupo de aborígenes, y lo envió a la cárcel y al cepo. Los indios se sublevaron por considerar que se había registrado un atropello a sus fueros en la persona de un cacique. El fiscal se expidió a fines de febrero de 1779, proponiendo el cese de San Martín, dictamen que fue

aprobado por el protector de naturales.

El tiempo transcurrió sin que se adoptase decisión alguna, y el gobernador le pidió al ahora virrey Vértiz que tomara medidas para evitar la total destrucción de San Borja, San Lorenzo y demás pueblos del departamento. A su vez, Vértiz solicitó su opinión sobre las providencias que estimaba que debían ser adoptadas, pero don Juan, quizá disgustado por la falta de cobro de sus haberes, demoró medio año en contestar.

Terminada su actuación en Yapeyú, el ahora capitán graduado San Martín, designado en ese carácter el 15 de enero de 1779 por Carlos III y a pedido del virrey, se embarcó con destino a Buenos Aires el 14 de febrero de 1781. Luego de dejar el gobierno en manos de su sucesor, retomó su puesto de ayudante mayor de la Asamblea de Infantería. El 18 de agosto se ofreció por escrito al virrey Vértiz, quien se hallaba en Montevideo, para cualquier otro servicio o con el fin de instruir a los naturales.

Antes de partir había pedido al corregidor, al cabildo y al administrador de Yapeyú que certificasen la rectitud de su gestión. Dieron su informe el 9 de diciembre de 1780 en los siguientes términos:

> Debemos decir que no tenemos queja en contra de ella. Sí sólo que ha sido muy arreglada, y ha mirado nuestros asuntos con amor y caridad, sin que por ello faltase a lo recto de la justicia, y ésta distribuida sin pasión, por lo que quedamos muy agradecidos todos a su eficacia y celo.

Apenas llegado a la capital, cayó enfermo y se sintió morir. El 23 de febrero de 1781 llamó a su morada al escribano José García de Echaburu y otorgó poder a doña Gregoria para que si ocurría su fallecimiento testara en su nombre. En sus breves disposiciones, dice Alfredo G. Villegas, don Juan designó albaceas, en primer término a su mujer, y en los siguientes a dos antiguos amigos: el presbítero don Cipriano Santiago Villota, célebre profesor de latinidad y retórica en el Colegio de San Carlos, que fue su testigo de casamiento, y el teniente Francisco Rodríguez, camarada en la Asamblea de Infantería.

Pero curó de su dolencia y compró, con el fruto de los ahorros obtenidos durante tantos años de servicio, dos propiedades, a las que llamó, para distinguirlas entre sí, la casa chica y la casa grande.

En esta última, situada en el barrio de San Juan, calle del mismo nombre (la actual Piedras), sobre la acera que mira al oeste y a una cuadra de la iglesia en reconstrucción anexa al convento de Santa Clara, se instaló con su mujer e hijos. El edificio era de una planta, con techo de tejas de ladrillo cocido, con dos cuartos a la calle, de

ventanas enrejadas. Sobre el primer patio, había una sala que miraba al norte, un dormitorio, recámara, corredor de media agua, cocina y cuarto para los criados. Hacia el fondo, otro corredor con letrina y un pozo de balde.

Nada se sabe en concreto acerca de la existencia de los vástagos del militar y de doña Gregoria durante los años en que permanecieron en Buenos Aires. Las referencias son vagas. Es poco probable, por ejemplo, que José Francisco, tan pequeño, hubiese concurrido a una «escuela infantil», donde, según se ha escrito alguna vez, habría conocido a su íntimo amigo y confidente Gregorio Gómez, una de las pocas personas con las que se tuteaba. Tampoco se tiene noticia acerca de los vínculos sociales que alimentó su madre.

Sólo se conoce que el matrimonio deseaba volver a España y que lo solicitado fue concedido por real orden del 25 de marzo de 1783.

Hechos los aprestos y adoptadas las previsiones para un largo viaje, la familia se embarcó en la fragata *Santa Balbina*. También iban en el buque otros oficiales excedentes, es decir, sin empleo en las fuerzas del Virreinato.

La nave arribó al puerto de Cádiz, como casi todas las que zarpaban de Buenos Aires, el 25 de marzo de 1784. La rumorosa ciudad contrastaba con los escenarios donde habían estado los San Martín en sus años de América. Si don Juan y tal vez doña Gregoria habían andado por sus calles y vivido aquel clima de intensa actividad económica y mundana, quizá los niños sufrieron un abrupto choque al introducirse en una urbe que distaba de parecerse a la chata Buenos Aires de donde provenían.

Entre abril y mayo, la familia se trasladó a Madrid. Don Juan quería reclamar lo que sabía iba a ser su último ascenso en un ejército que rara vez franqueaba las jefaturas a los oficiales que provenían de la tropa. Faltaban catorce años para que la invasión napoleónica permitiera la promoción de sargentos a generales por su extraordinario valor u otras circunstancias.

El 20 de mayo de 1784, San Martín presentó una carta de la que se desprende un sabor amargo:

> Ha servido a vuestra majestad treinta y ocho años y seis meses de soldado, cabo, sargento de fusileros, granaderos, oficial y ayudante mayor. Comenzó en el Regimiento de Lisboa, y ha continuado en el de Buenos Aires. Ha estado en cuatro campañas, y entre ellas la defensa de Melilla, donde desempeñó varias comisiones, y tuvo algunas funciones en el campo del Moro. En Buenos Aires instruyó por sí, y a satisfacción del general don Pedro Cevallos todo el regimiento de la expresada ciudad. Estuvo en el bloqueo de la plaza del Sacramento y permaneció un año en el cordón noche y día, hasta que se le

mandó pasar con dos partidas de gente al otro lado del río, y parajes llamados de las Víboras y Vacas, donde permaneció en el servicio 13 meses; a cuyo tiempo se verificó la expulsión de los jesuitas. Administró siete años una considerable hacienda de los expulsos por cuenta de vuestra majestad y orden del gobernador Bucareli en que logró considerables aumentos. Pasó de orden de Vértiz a mandar cuatro pueblos de indios guaraníes, y en este destino instruyó sin intervención de otra persona en el manejo de las armas un batallón de aquellos naturales hasta ponerles en estado de marchar a Santa Tecla antes del sitio que le pusieron los portugueses. Y finalmente prendió a cuatro famosos ladrones contrabandistas publicados por sus delitos sin otro auxilio que el de un soldado armado, siete negros, y otros dos paisanos sin armas algunas.

En atención a todo, hallándose quebrado, lleno de achaques con mujer y cinco hijos, pide se le confiera el gobierno de algún castillo en uno de los Reinos de Andalucía, sargentía mayor de plaza, o milicias, o el destino que fuere del agrado de vuestra majestad con el correspondiente grado de teniente coronel.

Los informes de los burócratas, tan desentendidos de la realidad de América, le fueron adversos. Para peor, doña Gregoria enfermó gravemente. Ambos cónyuges se otorgaron poder para testar, pero la señora logró recuperarse. A los dos meses, ambos extendieron otro documento para administrar los bienes heredados por ella en Paredes de Nava.

Finalmente, don Juan obtuvo por única retribución a sus servicios el retiro y la agregación como ayudante supernumerario a la plaza de Málaga, donde fue a establecerse con los suyos.

Los hijos

Bajo la atenta mirada de sus padres, María Elena, Manuel Tadeo, Juan Fermín, Justo Rufino y José Francisco iniciaban o completaban su instrucción elemental.

La niña contaba ya doce años. Sería el sostén de su madre y dedicaría especial cuidado a su hermano más pequeño, quien a lo largo de su existencia le guardó especial devoción. De ello da cuenta una cláusula del testamento que el Libertador otorgó en Grand Bourg:

Es mi expresa voluntad el que mi hija suministre a mi hermana María Elena una pensión de mil francos anuales y, a su fallecimiento, se continúe pagando a su hija Petronila una de doscientos cincuenta hasta su muerte, sin que para asegurar este don que hago a mi hermana y sobrina, sea necesario otra hipoteca, en la confianza que me asiste de que mi hija y sus herederos cumplirán religiosamente ésta mi voluntad.

María Elena se casó en Madrid el 10 de diciembre de 1802 con Rafael González y Álvarez de Menchaca, y falleció en esa ciudad en 1852.

Manuel Tadeo ingresó al servicio de las armas como cadete en 1788. Se asemejaba físicamente a su padre: robusto y de baja estatura. Amaba la música y sabía matemáticas. Fue el primero de sus hermanos en ingresar al ejército español y lo hizo en el Regimiento de Infantería de Soria, «El Sangriento». Peleó en casi todas las campañas europeas de la última década del siglo XVIII, y luego de hallarse en varias acciones durante la guerra contra el invasor francés, obtuvo en 1817 las insignias de coronel graduado. Pasó años después a Filipinas y llegó a ocupar el gobierno militar de la fortaleza de Santa Isabel de los Pasajes, San Sebastián. Falleció en Valencia en 1851.

También Juan Fermín obtuvo su alta como cadete en el Regimiento de Infantería de Soria, el 23 de septiembre de 1788. Allí revistó durante catorce años. Como Manuel Tadeo, se halló en las guerras contra Francia, para combatir luego en la batalla naval del Cabo de San Vicente, el 14 de febrero de 1797, contra los nuevos enemigos ingleses, embarcado con su unidad en la escuadra española.

Después de revistar en el Batallón Veterano Príncipe Fernando, pasó al arma de caballería. Se incorporó más tarde al Regimiento Húsares de Aguilar y posteriormente al Escuadrón Húsares de Luzón, en Manila. Concluyó su carrera como sargento mayor veterano y falleció en esa ciudad el 17 de julio de 1822.

Justo Rufino, que estuvo próximo al Gran Capitán durante su ostracismo, fue el único de los San Martín que logró romper la barrera casi infranqueable para la época de ser hijo de un hombre surgido de la clase de tropa, al lograr incorporarse a un regimiento compuesto por la nobleza.

El 18 de agosto de 1793, solicitó su ingreso al ejército y en enero de 1795 fue aceptado en el Real Cuerpo de Guardias de Corps. Los soldados de esa unidad tenían la categoría de oficiales. Los cadetes eran capitanes; los exentos y ayudantes, tenientes coroneles; los tenientes, generales y los capitanes, grandes de España y capitanes generales de ejército. Al principio, el efectivo total de los guardias de corps fue bastante reducido, pero más tarde se llegaron a constituir seis compañías o brigadas, unas de italianos y otras de flamencos y españoles e incluso de americanos de noble estirpe. En ésta ingresó como *bandolera* —así se llamaba a la plaza de soldado, en alusión a la vistosa correa con cartera que usaban los miembros del cuerpo— presentando prueba de hidalguía sólo de su madre, pues don Juan, hijo de humildes labradores, no lo era. Justo Rufino permaneció en ese cuerpo durante trece años, en cuyo

transcurso fue ayudante de campo del marqués de Lazán y ascendió a teniente el 9 de enero de 1807. Al testar, su madre dejó en claro que su manutención en aquel cuerpo escogido le había costado «muchos maravedís».

Posteriormente, se incorporó al Regimiento de Caballería Húsares de Aragón, con el grado de capitán.

Asistió a los acontecimientos de Aranjuez (mayo de 1808), al ataque y defensa de Tudela (junio de 1808) y a los dos sitios de Zaragoza (1808 y 1809), donde fue hecho prisionero cuando se rindió la ciudad. Fugó de sus captores y se presentó al gobierno que lo destinó, ya graduado de teniente coronel, junto al teniente general Doyle.

Participó en la destrucción del fuerte de Sant Carles de la Rápita y asistió al sitio de Tarragona. Falleció en Madrid en 1832.

José, el predestinado

En el ya expresado testamento, doña Gregoria aseguró que de sus hijos varones, el que menos gastos le había ocasionado «ha sido don José Francisco». Es notable que desde sus primeros años, San Martín manifestase ese espíritu austero que se tornó uno de los rasgos esenciales de su personalidad. Niño estudioso, quizá reconcentrado, cumplía con sus obligaciones escolares y se entregaba con placer al dibujo, la lectura, los ejercicios matemáticos y la música. Su madre lo hizo estudiar guitarra, afición que conservó siempre y que lo llevó durante su permanencia en Francia a tomar lecciones con el gran compositor español Fernando Sors, a quien conoció en el palacio de su futuro amigo Alejandro Aguado. Tenía también una especial predisposición por el dibujo, que practicó a lo largo de su existencia y que según Alfredo Villegas le habría permitido sostenerse y adquirir buena cantidad de libros mientras se hallaba en Cádiz, antes de regresar a su tierra.

Al respecto, Bartolomé Mitre asegura que «San Martín repetía con frecuencia que la vocación de su juventud habían sido la marina y la pintura. Con ella, decía, podría ganar su vida pintando paisajes de abanico».

En su aspecto físico, se asemejaba más a su madre por la tez cetrina, el cabello renegrido, los grandes ojos oscuros y la nariz aguileña. Con el tiempo adquiriría una estatura mayor que la de su padre y sus hermanos, aproximándose al metro y setenta, talla que no era desdeñable para la media del siglo en Europa y particularmente en España.

El contacto con los malagueños pronto le hizo adquirir el

particular modo de hablar de los andaluces que no perdería al retornar a su tierra.

Aparentemente, hasta que su padre decidió que se incorporase como cadete del Regimiento de Murcia, concurrió a la Escuela de Temporalidades de Málaga, antiguamente regenteada por los jesuitas.

Dice José Gárate Córdoba que ese establecimiento proporcionaba enseñanza gratuita, que las familias de los maestros vivían en el mismo edificio y que los exámenes eran públicos, presididos por las autoridades civiles y eclesiásticas, para darles solemnidad y sentido de responsabilidad a los alumnos. Había tres clases por la mañana y otras tres por la tarde, con un maestro y un ayudante en la de lectura y otros en la de escritura, incluyéndose en ellas ortografía, gramática y aritmética. Además, se estudiaba catecismo, principios de moral y había dos cursos anuales de latín.

El citado autor cree que aprovechó poco estos últimos cursos, pero que en cambio se destacó por su excelente caligrafía, aparte de los conocimientos que se señalan más arriba. «Consta [agrega] que la precocidad de José llamaba la atención de otros alumnos. Uno mayor que él dijo que sin volver a oír el nombre de San Martín jamás olvidaría sus extraordinarias muestras de inteligencia». Y aventura: «también debió de sobresalir en el deporte: natación en las playas malagueñas y equitación en sus campos, cosa normal entonces».

Luego de solicitar desde Málaga, el 1° de julio de 1789, que se le hiciera la gracia de que «a ejemplo de su padre y hermanos cadetes», se lo incorporara al Regimiento de Murcia, «El Leal», de guarnición en esa ciudad. Para ello, don Juan de San Martín aseguraría «el tanto de asistencias que previene Su Majestad». Se lo dio de alta el 15 de ese mes por decreto del marqués de Zayas. Contaba tan sólo once años y cinco meses, con lo que se le hizo una excepción, pues la edad mínima que establecían las ordenanzas era de doce años.

La infantería ocupaba un lugar importante en el ejército español, que por entonces superaba los 85.000 hombres, y guarnecía diferentes puntos de la Península y de algunas de sus posesiones de ultramar. Un regimiento de esa arma contaba entonces con dos batallones, cada uno con ocho compañías de fusileros y una de granaderos, distribuidos en 30 oficiales, 115 suboficiales y 575 cabos y soldados por batallón, un total de 1.440 hombres por regimiento. A veces se formaba un tercer batallón, pero en cuadro o en precario. El Murcia era una excepción, pues tenía dos batallones

de nueve compañías, ocho de fusileros y una de granaderos. El primer batallón guarnecía San Roque (Campo de Gibraltar), en el sitio del Peñón en poder de los ingleses. En la escuela del segundo, en Málaga, convivían dieciséis cadetes, a razón de dos por compañía de fusileros. Como no existía obligación de que éstos se alojaran en el cuartel, es posible que San Martín viviera en su casa.

Luego de aproximadamente catorce meses como cadete, aún lejos de cumplir trece años, formó parte de un destacamento que se dirigió a Melilla, donde cuarenta y cinco años antes había combatido su padre. Se supone que partió de Málaga en el mes de septiembre de 1790, cuando Muley Yasid, sultán de Marruecos, declaró la guerra a España.

Gárate Córdoba afirma que en las siete semanas que duró el destacamento de Melilla, San Martín no hizo nada especial, sólo aprender. En noviembre de 1790, estuvo de nuevo en Málaga, donde permaneció cinco meses, pues el segundo batallón había partido hacia Cartagena. El cadete recibió orden de marchar con su unidad a Mazalquivir para reforzar la plaza, pero no entró en combate.

Su bautismo de fuego tuvo lugar el 28 de junio de 1791, cuando los moros comenzaron a atacar Orán, que había sido asolada por un terremoto meses antes. El bey de Mascara lanzó contra la plaza fuerzas cuantiosas y entrenadas. San Martín había solicitado dejar la compañía de fusileros y pasar a la de granaderos, para lo cual hizo valer su destreza en el lanzamiento de bombas, circunstancia que fue destacada en su foja de servicios.

El 30 de julio de 1791, se acordó una tregua de quince días. Después fue necesario entregar la ciudad, aunque el batallón permaneció en ella siete meses más, hasta la total evacuación el 27 de febrero de 1792, cuando San Martín acababa de cumplir catorce años.

En las guerras de Europa

El Murcia recibió orden de incorporarse al ejército de Aragón, que mandado por el príncipe Castilfranco cubría la frontera en los Pirineos Centrales, lo que ocurrió en noviembre de 1792.

En marzo del año siguiente, España declaró la guerra a Francia y el segundo batallón de esa unidad, agregado al ejército de Cataluña para su ofensiva en el Rosellón, marchó a cerrar la frontera por Seo de Urgel. Como San Martín era buen tirador, pudo incorporarse a la compañía de cazadores del capitán Corts.

Paralelamente, los franceses se habían desplazado a Puigcerdá,

ciudad bajo el mando del general Dagobert. Por su parte, el general en jefe español, Antonio Ricardos, debió operar sobre el Rosellón, defendido por el general La Oulière, y con un hábil movimiento capturó Le Boulou en una semana. Luego eliminó otros obstáculos militares sobre el Mediterráneo. Mientras tanto, Carlos IV firmaba, el 17 de junio de 1793, el ascenso del cadete José de San Martín a segundo subteniente de la cuarta compañía de fusileros. Y el 8 de julio, en su cuartel general de Thuir, Ricardos puso el «cúmplase» de la real voluntad.

Después de un período de inactividad por la adversidad climática, el general fue asediado por efectivos cada vez más numerosos, pese a lo cual obtuvo varias victorias. El segundo subteniente San Martín revistaba en la cuarta columna del general Luis Fermín de Carvajal, conde de la Unión, como sus hermanos integrantes del Regimiento de Soria. Los cuatro participaron en los ataques de los fuertes de Port Vendrés, Collioure y Saint Elme y celebraron un resonante triunfo que, unido a otras victorias, obligó a los franceses a retornar a sus fronteras del norte y del este.

Pero el inmenso poderío de la República, que contaba con 750.000 hombres, terminó por imponerse. La plaza de Tolón fue recuperada. El general Ricardos, cuya estrategia había permitido tantos triunfos, acababa de fallecer y su lugarteniente, el conde de la Unión, se vio obligado a repasar los Pirineos, tras abandonar la mayor parte de su artillería.

En uno de los momentos de la retirada, el segundo batallón del Murcia atacó a las tropas ubicadas en la ermita de Sant Lluc. Allí estuvo San Martín, que también se destacó en la defensa de las plazas de Port Vendrés y Collioure y en el ataque a las baterías francesas próximas a Saint Elme.

Finalmente, los efectivos de aquel cuerpo pasaron a guarnecer Collioure, hasta su capitulación, el 26 de mayo de 1794. El joven subteniente San Martín fue hecho prisionero.

Tras ser liberado en un intercambio de cautivos, en julio del mismo año 1794 fue ascendido a primer subteniente y en mayo del año siguiente, antes de firmarse el Tratado de Paz de Basilea, se lo promovió de nuevo, ahora a segundo teniente, cuando contaba sólo 17 años.

Poco más tarde, España produjo un nuevo cambio en su política exterior, al volver a colocarse bajo la influencia de Francia contra su reciente aliada Gran Bretaña.

El oficial del Murcia cierra los ojos de su padre

El Regimiento de Murcia había sido devuelto a Cartagena que, pese a la reciente guerra, no cesaba de prosperar. La misión del cuerpo consistía en guarnecer militarmente la plaza y varios castillos que, desde diversos puntos de las montañas, controlaban con sus cañones la entrada de los buques a la bahía. Las tropas se alojaban en el espacioso Cuartel de Antiguones, y el teniente San Martín, tal vez en su propia casa ubicada en Pozos Dulces, camino de la Alcazabilla, a 300 metros de la actual plaza de la Constitución. Allí, el 4 de diciembre de 1796, junto a doña Gregoria Matorras, cerró los ojos de su enfermo y desilusionado padre, que no había podido lograr siquiera un puesto de jefe en el ejército que amaba.

No gozó mucho tiempo el oficial de la cálida presencia de su madre y de su hermana, ya que debió participar en una nueva campaña.

Consecuencia natural de la alianza entre España y Francia fue el estallido de las hostilidades con Gran Bretaña.

Mientras las partes alistaban sus fuerzas, los buques ingleses abandonaron el Mediterráneo, pero luego se reorganizaron y poco a poco fueron haciéndose dueños del mar. En febrero de 1797, comandados por Horacio Nelson, derrotaron a los españoles en la batalla del Cabo de San Vicente, y en abril bloquearon Cádiz. Expresa Jorge Juan Guillén Salveti que «sus barcos surcaban el Mediterráneo con atrevimiento e impunidad, efectuando acciones corsarias y molestando al comercio».

El ministro de Marina, Juan de Lángara, preocupado por el daño que causaban esas unidades, dispuso que se armara rápidamente una flotilla de fragatas rápidas que limpiaran las aguas de las depredaciones británicas y recuperaran el control de las rutas marítimas.

El 4 de abril, Lángara le escribía desde la Corte al intendente del Departamento Marítimo de Cartagena, ordenándole que procediera al inmediato armamento de las fragatas *Santa Dorotea* y *Santa Catalina*. El alistamiento incluía también la guarnición de los buques, formada por personal del cuerpo de brigadas o de artillería de marina y del cuerpo de batallones. Como estas fuerzas eran insuficientes, se completarían con tropas del ejército que se sumarían a las tripulaciones.

San Martín se ofreció voluntario para embarcar en la *Santa Dorotea*, cuyo apresto y avituallamiento avanzaba rápidamente, atraído por el nuevo escenario bélico, por el prestigio de la bien organizada Marina de Guerra y por los suplementos económicos que se percibían en ella. Precisamente acababa de ponerse en vigor una

nueva instrucción para la manutención de los generales, comandantes y oficiales embarcados, que les asignaba gratificaciones. El punto séptimo de esta instrucción determinaba: «Tendrán gratificación personal de embarcados […] todos los oficiales de la Armada y el Ejército […] que tuvieren destino en los buques».

Una vez alistada la *Santa Dorotea*, se determinó que formara división naval con la *Pomona* y la *Santa Casilda*, a cuyo mando se puso al capitán de navío Félix O'Neylle. Consta en uno de los libros de la Contaduría de Marina de Cartagena correspondiente a 1797, que San Martín embarcó en la *Santa Dorotea*, que había sido construida veintidós años antes en los astilleros de El Ferrol.

Era una bella embarcación velera de 161 metros de eslora, 45 de manga, 20 de puntal y 614 toneladas. Contaba con veinte cañones de a 12 y ocho obuses de a 32. La tripulación se componía de un comandante, el capitán de fragata Manuel Guerrero, experto y valiente marino, dos tenientes de navío, tres alféreces de fragata, un contador, un cirujano, un capellán, trece oficiales subalternos, cuarenta y cinco artilleros, cuarenta marineros, setenta y un grumetes, siete pajes, diecinueve soldados de artillería y noventa y ocho soldados de infantería, estos últimos a las órdenes directas de San Martín.

Permaneció a bordo de la nave durante trece meses, participó en todas sus navegaciones por el Mediterráneo, escoltó mercantes, condujo caudales, armamento y pertrechos, y persiguió embarcaciones corsarias. El buque recaló varias veces en los puertos de Alicante, Mallorca, Mahón, Málaga, Almería, Argel y Barcelona y después de cada misión, regresaba a Cartagena, su base natural.

Afirma Guillén que «San Martín no se conformaba con cumplir superficialmente su obligación de mandar la guarnición de a bordo, y dio en estudiar las ciencias de los oficiales de marina y alternar con ellos en las guardias de mar». Las numerosas obras que adquirió entonces lo acompañarían más tarde, a su regreso al Río de la Plata.

El 17 de mayo de 1798, la *Santa Dorotea* entró al puerto de Tolón, donde su dotación vio, en el momento casi de zarpar para Egipto, una escuadra francesa compuesta de quince navíos, doce fragatas y cien buques auxiliares, en los que había embarcado un ejército de veinte mil hombres, al mando de Napoleón Bonaparte. Los españoles habían acudido allí con la misión de comprar varios quintales de pólvora francesa, considerada excelente, pero que luego resultó inferior a la suya.

O'Neylle visitó personalmente a Napoleón, que estaba a bordo

del *Oriente*, y fue muy bien recibido por éste. El primer cónsul se excusó por no poder obsequiar a los españoles como deseaba, a raíz de su inminente salida, pero celebró al día siguiente una recepción a la que acudieron varios españoles. A esa circunstancia corresponde la leyenda de que Bonaparte se acercó al joven San Martín, pues le llamó la atención el fuego de sus ojos, cuyo uniforme difería de los demás. Habría tomado con la mano un botón de su casaca y leído en alta voz el nombre de Murcia. Según expresa Guillén:

> Aparte de la gran impresión que le causó la proximidad del mejor general de su tiempo, los treinta días que permaneció la división naval en Tolón supusieron para San Martín el conocimiento de un nuevo mundo lleno de riquezas extraordinarias. Se encontró allí con la cultura francesa, que él siempre había admirado. Pudo visitar a sus anchas numerosas librerías, con todas las obras que no podían entrar en España, portadoras de las ideas revolucionarias entonces en boga. Allí se inició su gran amor por la lengua francesa, que llegó a dominar, y por los libros franceses, que constituyeron más tarde, según Vicuña Mackenna y Caillet-Bois, las cuatro quintas partes de su biblioteca. Allí se encontró, con mayor o menor aceptación, con los masones. En la Francia de finales del siglo XVIII, los revolucionarios franceses efectuaban numerosos actos de propaganda entre los extranjeros que los visitaban, sobre todo con las tripulaciones de los barcos. Y a estos movimientos no eran ajenas las logias masónicas, protegidas y estimuladas por Napoleón. Los masones invitaban a los españoles a copiosos banquetes de confraternización, en los que se brindaba por España y por Francia, y en donde les exponían sus ideas revolucionarias y liberales. Todas estas actividades excitaron grandemente la atención y curiosidad de San Martín.

El 17 de junio, las fragatas zarparon definitivamente, y regresaron a Cartagena el 2 de julio. Pocos días más tarde, salió la *Santa Dorotea* con su división en la que sería su última campaña. Fondearon en Argel, donde entregaron al cónsul diversos elementos. Cuando regresaron, sufrieron una tormenta que desarboló el mastelero de velacho y el juanete mayor de la *Santa Dorotea*, lo cual aminoró considerablemente su marcha.

Para peor, el 15 de julio se encontraron con un poderoso navío inglés, el *Lion*, de sesenta y dos cañones de calibre muy superior a los que montaban las fragatas. Al ver muy débil a la *Santa Dorotea* por sus averías, con sólo cinco cañones en funcionamiento, el capitán inglés se abalanzó hacia ella. Luego de un combate de cuatro horas, la *Dorotea* sufrió la baja de la mitad de su dotación, a pesar de los intentos de ayuda de las otras fragatas, que decidieron retirarse. Finalmente, se rindió con honores.

La dotación del *Lion* acogió con gran respeto a los oficiales y tripulantes de la nave y atendió a los heridos como camaradas. Los

prisioneros fueron embarcados en un velero de la República de Ragusa (pequeño Estado de la costa dálmata, cuya capital era la actual Dubrovnik), al que transbordaron a todos sus capturados. Aunque de hecho quedaron libres, eran prisioneros de palabra, ya que no podían volver a empuñar las armas contra Inglaterra hasta que no fueran canjeados por prisioneros ingleses.

La nave se dirigió a Mahón, donde dejó al capitán Guerrero, a San Martín y a la mayoría de la tripulación. Pudieron embarcar en un bergantín el 4 de agosto, regresando a Cartagena el 9 del mismo mes. Poco después se enteraron de que la escuadra de Nelson había destruido en Abukir, en la costa egipcia, a la flota francesa con la que habían coincidido en Tolón.

San Martín guardó un recuerdo imborrable de su estancia en la ciudad francesa y de los marinos que conoció. En las paredes de su dormitorio de Boulogne-sur-Mer, tenía colgadas varias láminas con escenas de dicha batalla, en la que figuraban los buques franceses que él había conocido.

El oficial y sus compañeros tuvieron que permanecer en Cartagena sin tomar las armas hasta el año 1801, en que consiguieron ser canjeados. Fue la época en que se dedicó con ahínco a los estudios matemáticos y adquirió varias obras sobre esa ciencia.

Ahora estaba solo. Su madre se había trasladado a Madrid, con su hija, para dirigirse luego a Aranjuez, sede de los Guardias de Corps donde revistaba Justo Rufino. Manuel Tadeo y Juan Fermín se hallaban en sus respectivos destinos militares. Y él, a los 23 años, se aprestaba a tomar de nuevo las armas.

La Guerra de las Naranjas

En 1801, Napoleón conminó a Portugal a romper su tradicional alianza con Gran Bretaña y a cerrar sus puertos a los buques de esa bandera. En esta pretensión arrastró a España, gobernada por el todopoderoso valido Manuel Godoy, mediante la firma del Tratado de Madrid, por el que Carlos IV se comprometía a declarar la guerra a Portugal, ya que la monarquía lusitana mantenía su apoyo a los ingleses. Ante la negativa a someterse a las exigencias, se desencadenó la denominada Guerra de las Naranjas, que alude a la cómica escena ocurrida durante el sitio de Elvas, cuando el generalísimo español le entregó a la reina María Luisa, como una especie de trofeo, un ramo de hojas de ese árbol.

La campaña militar duró apenas dieciocho días, entre mayo y junio de 1801. En ella, un ejército español, al mando del propio

Godoy, ocupó sucesivamente varias poblaciones portuguesas. La resistencia fue mínima, en la convicción de que España no abrigaba pretensiones territoriales. La paz se firmó en Badajoz el 6 de junio, y mediante ella se devolvió a Portugal las plazas conquistadas, con excepción de Olivenza y su territorio, motivo de una antigua disputa fronteriza entre los dos países.

San Martín, como segundo teniente del Regimiento de Murcia, intervino el 29 de mayo en la acción de Campo Mayor, cuando había llegado con la mitad del cuerpo a reforzar dicha plaza, que finalizó rindiéndose.

Aunque el acuerdo entre Francia y España preveía que Portugal cediera a España una o varias provincias portuguesas que representaran el veinticinco por ciento de la población metropolitana, para usarlo como moneda de cambio ante los ingleses y conseguir la devolución o cesión de Mahón, la isla Trinidad y Malta, la cláusula fue obviada por Carlos IV, con grave disgusto de Napoleón.

Godoy fue premiado con un nuevo y ostentoso título, el de Príncipe de la Paz, y aumentó su poder y riqueza.

San Martín, formado en el rigor del verdadero soldado, dueño de una firme moral y de una capacidad de raciocinio que le permitía apreciar los trasfondos políticos, ha de haber experimentado una sensación de cansancio, frustración y creciente desapego al contemplar la corrupción de la Corona, la incompetencia de sus primeros dignatarios y el serpenteo de su acción interna y externa, entre cuyas víctimas estaban, en primera línea, los americanos del sur.

Bibliografía

Las referencias bibliográficas se reproducen completas la primera vez que se citan. En sucesivos capítulos se reitera el autor y título en el texto. Cuando una obra se vuelve a mencionar en la bibliografía, sólo se consigna el nombre de autor y título, sin otros datos.

Archivo de San Martín, tomo I, Buenos Aires, Comisión Nacional del Centenario, 1910; *Documentos para la Historia del Libertador General San Martín*, tomo I, Buenos Aires, Instituto Nacional Sanmartiniano y Museo Histórico Nacional, 1953.

Pedro Luis Barcia, *Los caminos de la lectura. Las bibliotecas del Libertador*, Buenos Aires, Autopistas del Sol, 2012; Humberto F. Burzio, *San Martín y el mar*, Buenos Aires, Departamento de Estudios Históricos Navales, 1962; Adolfo Espíndola, *San Martín en*

el ejército español de la península: segunda etapa sanmartiniana, volúmenes I y II, Buenos Aires, Comisión Nacional Ejecutiva del 150° aniversario de la Revolución de Mayo, 1962; Eugenio Fontaneda Pérez, «Abolengo y genealogía de los Matorras: Lamedo (Santander) y Paredes de Nava (Palencia)», en *San Martín en España*, Madrid, Instituto Español Sanmartiniano, 1981; José María Gárate Córdoba, «Los compañeros de armas del capitán San Martín», en *San Martín en España* cit.; —, «Las mocedades militares de San Martín», en *Vida española del general San Martín*, Madrid, Instituto Español Sanmartiniano, 1994; Flavio A. García, «Cuatro suelas de hidalguía: alma y vivencia hispano-platense-uruguaya de los San Martín-Matorras», en *Vida española*…, cit.; Jorge Juan Guillén Salveti, «El viaje a España de la familia San Martín en la fragata *Santa Balbina*», en *Vida española*…, cit.; —, «A bordo de la fragata *Santa Dorotea*», ibídem; Julio F. Guillén y Jorge Juan Guillén, *Las campañas de San Martín en la fragata* Santa Dorotea. *Cuando era subteniente del Regimiento de Murcia. 1798*, Madrid, Instituto Histórico de Marina, 1966; Agustín de la Herrán Matorras, «Raíces del general San Martín», en *Vida española*…, cit.; John Lynch, *San Martín. Soldado argentino, héroe americano*, Buenos Aires, Crítica, 2012; Julio M. Luqui-Lagleyze, «La familia San Martín en el Ejército Español», Buenos Aires, *Anales de la Academia Sanmartiniana*, vol. 19, 2008; Bartolomé Mitre, *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana*, tomo I, Buenos Aires, Eudeba, 1977; José Pacífico Otero, *Historia del Libertador don José de San Martín,* tomo I, Buenos Aires, Círculo Militar, 1978; Patricia S. Pasquali, *San Martín. La fuerza de la misión y la soledad de la gloria. Biografía*, Buenos Aires, Planeta, 1999; José Pettenghi, «La familia de San Martín en Cádiz», en *Vida española*…, cit.; Tomás Sánchez de Bustamante, «San Martín en el Rosellón (desde los Pirineos a los Andes)», en *San Martín en España*, cit.; Diego Alejandro Soria, *Las campañas militares del general San Martín*, Rosario, Instituto Nacional Sanmartiniano-Fundación Mater Dei, 2004; José Torre Revello, *Don Juan de San Martín*, Buenos Aires, 1927; Alfredo G. Villegas, *San Martín en España*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1976.

Luchas contra Inglaterra, Portugal y Francia. El regreso a la patria

A fines de 1801, el teniente San Martín estuvo a punto de perder la vida a consecuencia de graves heridas. Se hallaba en Valladolid con bandera de recluta para su regimiento cuando quedó rezagado de sus hombres. Cabalgaba para alcanzarlos, cuando fue asaltado en un camino solitario por cuatro bandoleros que, pese a su resistencia, lo hirieron gravemente y le robaron el dinero remanente de su comisión. Asistido en el pueblecito de Cubo, en el camino de Zamora a Salamanca, se restableció y pudo reincorporarse al Murcia que se hallaba en San Roque, en el bloqueo a Gibraltar.

Desde allí dirigió una nota al Rey para que lo liberase de devolver de su peculio lo que se le había sustraído durante un acto de servicio. Ofrecieron testimonio a su favor el jefe de su regimiento y el inspector general de Infantería, por lo que la solicitud fue concedida.

En mayo de 1802, se firmó con Inglaterra la paz de Amiens. Esta situación permitió una reorganización del ejército español. Una de las nuevas unidades, producto de esa reforma, fue el Batallón de Infantería Ligera Voluntarios de Campo Mayor, que comenzó a ser remontado en Sevilla a principios de 1803.

A San Martín se lo destinó como segundo ayudante. Se apartaba del antiguo Murcia, luego de trece años y medio de servicios, y abandonaba la casaca blanca con divisa celeste para vestir el de las tropas ligeras, que constaba de casaca azul con divisa carmesí; chaleco, calzón y vivos blancos; botones y galones de plata.

El batallón permaneció un breve período en Puerto Santa María, para luego guarnecer Cádiz.

Durante este período de paz, las actividades del cuerpo se circunscribieron casi completamente a la persecución de contrabandistas y malhechores. Pero el mayor riesgo que afrontaron sus integrantes fue provocado por una calamidad inesperada: la epidemia de fiebre amarilla que se desató en las costas del Mediterráneo en 1804 y sacudió a Cádiz durante dos meses. El batallón Campo Mayor tuvo, como consecuencia de ella, 200 muertos. Los esfuerzos que requirió combatirla y la mortandad que provocó, movieron al Rey a considerarla, a los efectos militares, como campaña efectiva, y así figuró en los legajos de sus integrantes.

Pese a aquella tragedia, San Martín irrumpió en cuerpo y alma en la ciudad que al decir de Villegas, si no constituyó su residencia constantemente, fue la de su maduración, «lugar de prolongadas estadías, cuna de muchas amistades y reiterada meta de su andariega vida de soldado».

La urbe andaluza desarrollaba un comercio tan intenso como era permanente su actividad militar y naval. Las formidables murallas, los arcos del Pópulo y de la Rosa, el castillo de la Villa, la *Calle Ancha*, los negocios, los cafés, la elegancia de los trajes de civiles y soldados y las armoniosas figuras y vistosos atuendos de las gaditanas, quedaron sin duda indeleblemente grabados en la retina de San Martín y lo acompañaron a lo largo de su existencia.

Por otro lado, la vida social y cultural era intensa. Había varias tertulias literarias, entre las que se destacaba la de Frasquita Larrea, esposa del escritor alemán Johann Nikolaus Böhl de Faber y madre de la famosa escritora Cecilia Böhl de Faber, conocida bajo el pseudónimo de Fernán Caballero. Se la llamó con acierto «la primera romántica española».

Si San Martín había aprovechado sus años de inactividad en Málaga para nutrirse de variadas lecturas, en Cádiz pudo acentuar su afición por la historia, la filosofía, las letras y los libros de viajeros.

A fines de 1804, Inglaterra provocó una nueva guerra al atacar sorpresivamente cuatro fragatas españolas que transportaban caudales desde el Río de la Plata, una de las cuales voló por los aires cuando se avistaban las costas de Cádiz, llevándose las vidas de la esposa e hijos del capitán de navío Diego de Alvear. Sólo se salvó éste, que se hallaba en la nave capitana junto con su hijo Carlos, a quien unos años más tarde conocería San Martín.

El batallón Campo Mayor cambió entonces su acantonamiento y se trasladó a las cercanías de Gibraltar. El 2 de noviembre de ese año, San Martín recibió un nuevo ascenso: segundo capitán de la segunda compañía de su unidad.

En 1807, a raíz del Tratado de Fontainebleau, España y Francia llevaron una nueva campaña incruenta sobre Portugal. El ejército español ocupó sin lucha Gelves, mientras que el general Junot se apoderaba de Lisboa. El general Solano, con quien enseguida se vincularía San Martín, comandó una división española de 6.000 hombres que operó por el Sur, acampando en la zona de Setúbal.

Fue una guerra que sólo trajo consecuencias negativas para España, ya que sirvió de pretexto a Napoleón para ocupar con su ejército la Península Ibérica, con el argumento de sus operaciones

en Portugal, pero con el objetivo oculto de apoderarse del trono español. El ministro Godoy se prestó a su juego en espera de un principado lusitano que le otorgaría el emperador francés.

En el legajo de San Martín no está registrada su participación en esta campaña. A pesar de ello, el general José Agustín Girón, marqués de las Amarillas, señala en sus *Recuerdos* que lo halló como capitán de guías del general Solano durante las operaciones, circunstancia que pondría de manifiesto la confianza que éste le prodigaba.

La guerra de liberación o «de independencia»

En 1806, luego de fracasar su intento de invasión a Gran Bretaña, Napoleón decretó el Bloqueo Continental, que prohibía el comercio de productos ingleses en el continente europeo. Portugal, tradicional aliado de Gran Bretaña, se negó a acatarlo y el emperador decidió su invasión. Para ello necesitaba cruzar sus tropas por el territorio español. Conforme al tratado de Fontainebleau, una vez invadido Portugal, éste sería dividido en tres zonas a repartir entre los signatarios.

A los pocos días, las tropas españolas del norte, luego de entrar por la villa portuguesa de Valença, tomaron Oporto y las localidades del sur, llegando a Setúbal desde Badajoz, con lo que las mejores fuerzas del ejército español quedaban fuera de su territorio. Por su parte, el ejército expedicionario francés del general Junot, que había cruzado el río Bidasoa el 18 de octubre, atravesaba España, donde se produjeron algunos incidentes, cruzaba la frontera portuguesa por Alcántara y entraba en Lisboa el 30 de noviembre. El día anterior, la familia real portuguesa, encabezada por el príncipe regente don Juan y acompañada por otras quince mil personas, había viajado hacia Brasil, donde permanecería la Corte hasta 1821.

La presencia de tropas francesas en España siguió aumentando y la población en general comprendió que el objeto oculto de aquella presencia era dominar toda la Península. Fueron ocupando ciudades como Burgos, Salamanca, Pamplona, San Sebastián, Barcelona y Figueras. Los 65.000 soldados del emperador se esparcían por toda la geografía española y ocupaban la frontera francesa.

Godoy terminó por alarmarse. En marzo de 1808, temiendo lo peor, la familia real se retiró al palacio de Aranjuez con el fin de seguir camino hacia el sur y llegar a Sevilla y a Cádiz para, en caso de necesidad, trasladarse a América.

El 17 de marzo de 1808, se produjo el Motín de Aranjuez, que

provocó la caída de Godoy, la abdicación de Carlos IV y la asunción del trono por Fernando VII. Y pocos días más tarde, el 23 de marzo, Madrid fue ocupada por las tropas del mariscal Joaquín Murat, que fue recibido como aliado, con la infantil presunción de que Napoleón cumpliría con el Tratado de Fontainebleau.

Sin embargo, el emperador ya había apreciado la ausencia de poder que aquejaba a la Corona, pues tanto Carlos IV como su hijo le pedían apoyo para sus respectivas pretensiones. Su ojo experto le hizo contemplar con claridad el panorama: no sólo se advertía una suerte de situación anárquica en el gobierno, sino que él era el verdadero dueño del poder militar, pues sus tropas ocupaban plazas estratégicas. Convocó a padre e hijo a Bayona, adonde llegó Fernando el 20 de abril —dejando como representante en Madrid a una Junta de Gobierno—, y sus progenitores, Carlos IV y María Luisa de Parma, arribaron diez días después. El Corso obtuvo que todos abdicaran a su favor. Su objeto era ceder la Corona a su hermano José Bonaparte, quien debía encabezar una monarquía de corte liberal. Ello ocurrió el 5 de mayo de 1808, cuando hacía tres días que Madrid se había alzado contra la ocupación extranjera.

El pueblo de la capital se sublevó ante la feroz carga que le hicieron los mamelucos, famosa unidad de caballería de origen egipcio que comandaba el propio Murat. Los madrileños la desarticularon completamente, desmontando a los jinetes y acuchillándolos con navajas, machetes, sables y útiles de labranza. En la Puerta del Sol y en el Parque de Monteleón se libraron encuentros sangrientos, con la muerte de muchos vecinos y el sacrificio de los artilleros Daoiz y Velarde. La reacción de los franceses fue despiadada y terminó en los fusilamientos en el Retiro, la Moncloa y la montaña del Príncipe Pío, que luego inmortalizaría el pincel de Goya. En el mismo día, los alcaldes del cercano pueblo de Móstoles, Andrés Torrejón y Simón Hernández, lanzaron una declaración de guerra contra Napoleón, redactada por el fiscal togado del Consejo de Guerra, Juan Pérez Villamil. Como reguero de pólvora, en todas las provincias los españoles se sublevaron contra los invasores ejércitos franceses.

Ante el alzamiento, Napoleón dispuso que actuasen sus mejores tropas, mandadas por los mariscales más famosos del Imperio.

Enseguida intervino como aliada Inglaterra, con una primera fuerza expedicionaria que al mando del general sir John Moore actuó en Galicia. Decidida a jugarse plenamente en la contienda, designó en jefe a uno de sus mejores comandantes: Arthur Colley Wellesley, más tarde duque de Wellington.

Asesinato del general Solano

Desde Cádiz, San Martín salió para Portugal a las órdenes del general Francisco Solano, marqués del Socorro y de la Solana, valiente y generoso, quien distinguía particularmente a su hermano Manuel Tadeo, al que había hecho trasladar desde Ceuta, donde había sufrido un castigo desproporcionado e injusto. El general era caraqueño, tenía amplia experiencia de guerra, gozaba de gran prestigio en el ejército y se desempeñaba con acierto en el gobierno de Cádiz.

En Sevilla se constituyó una junta que asumió la soberanía en nombre de Fernando VII. El general Solano, aunque patriota sincero, consideró que no tenía tropas suficientes para enfrentar a los franceses. Tampoco contaba con el respaldo de sus oficiales, por lo que convenía adoptar una actitud cautelosa y de expectativa, que le diera tiempo para organizar y consolidar sus fuerzas. Así, cuando la Junta de Sevilla lo invitó a alzarse, se negó tras un consejo de generales realizado el 20 de mayo. Fingía que aceptaba la dominación francesa con el fin de retener el gobierno y la capitanía general de Cádiz, y abrigaba el propósito de prepararse para brindar el aporte de sus tropas al levantamiento general de España.

El 29 de mayo, los enardecidos gaditanos rodearon la *Casa de las Cuatro Torres*, sede de la máxima autoridad militar, para reclamarle a Solano que ordenara el ataque a la escuadra francesa fondeada en el puerto desde el desastre de Trafalgar (21 de octubre de 1805). Pero Solano se negó en virtud de lo aconsejado por sus generales, quienes estimaron que se debía obrar con prudencia frente al pedido de insurrección de la Junta de Sevilla. La multitud no se conformó con la mera orden de movilización y vigilancia de los buques enemigos, y los gritos hostiles arreciaron en la Plaza de los Pozos de la Nieve, frente a la morada del capitán general. Éste aceptó recibir a una delegación, mas al comprobar que pretendía arrancarle una decisión afirmativa mediante amenazas, la despidió indignado. Entonces se intentó forzar la guardia. El oficial que la mandaba, en un gesto de sangre fría, ordenó dos descargas al aire para intimidar a los agresores, decidió poner trancas en las puertas y se dispuso para la defensa.

Pero Solano indicó no hacer fuego y todos quedaron en una tensa expectativa que se quebró cuando una bala de cañón destrozó la puerta de entrada. Los atacantes se habían apoderado del parque de artillería y de las murallas y habían emplazado seis piezas contra la casa. En instantes, todas las habitaciones fueron ocupadas. Solano huyó por las azoteas y se refugió en el edificio en el que vivía el

banquero Strange. Cuando descendía por las escaleras, un tal Pedro Olaechea intentó cortarle el paso, pero el corpulento general lo levantó en vilo y lo arrojó a la calle. Mas, perseguido hasta un gabinete secreto donde logró refugiarse, al advertir que la señora de Strange, que procuraba impedir el ingreso de los atacantes, había sido herida, Solano quiso evitar nuevos atropellos y se entregó.

Acompañado por un sacerdote que le prodigaba los consuelos de la religión, el general fue conducido a la horca, descalzo, con las ropas desgarradas, los brazos atados a la espalda, pero erguido y arrogante. Miraba con desprecio a quienes lo abofeteaban y sólo se le oyó decir despectivamente a un marinero que le asestó una puñalada: «¡Gran hazaña has hecho!» Golpeado e injuriado aún más, llegó al pie del patíbulo y se confesó bajo el manto de un fraile mercedario. Su amigo Carlos Pignatelli, que había seguido el vía crucis con la intención de salvarlo, le ahorró nuevas afrentas atravesándolo con su espada. De ese modo, sólo se colgó un cadáver.

En una breve biografía del Libertador titulada *El legado de un gran hombre* y aparecida en Londres en 1850, se narra así la odisea que éste vivió en aquel aciago día:

> Entre Solano y San Martín había gran semejanza y esos bandidos, engañados por ella, profirieron el grito de ¡Muerte! Así, un error fatal pudo haber causado otro crimen. La espada del valiente San Martín ya se había roto en su mano; conoció que estaba por caer vergonzosamente en las calles públicas sin poder defenderse, desconocido y sin ser vengado, y echando por tierra a los que lo rodeaban, corrió en dirección del puerto. Los rebeldes lo siguieron […]. Fatigado con su carrera tan rápida, hirviéndole todavía la sangre de furia, don José se volvía y hacía frente a los perseguidores. La multitud se retraía al ver el frenesí y la amenaza de su actitud. Entonces, recuperando la esperanza a medida que se alargaba el combate, el oficial criollo continuaba la marcha, ejercitando en este corto tiempo toda la fuerza que su energía le prestaba.

Sigue el relato:

> Sin aliento y completamente extenuado, no pudo correr más y al llegar a la iglesia de los Capuchinos, toda esperanza de salvar la vida lo abandonó; nombró a una mujer, el último suspiro de su corazón, y se paró a pocos pasos de la imagen de la Virgen, colocada en un nicho, fuera de la iglesia. Un fraile estaba rezando frente al altar: era un hombre que no participaba de los sentimientos de la multitud y repelía sus medidas violentas. Conocía a San Martín, y el terrible peligro lo conmovió. Poniéndose delante del fugitivo y elevando el crucifijo sobre su cabeza, dio cara a la multitud y dijo: «No den al vivo el nombre del muerto; el capitán general Solano ya no vive; su sangre corre desde la plaza de San Antonio hasta las fortificaciones. En cuanto al hombre que están persiguiendo, su nombre es José de San Martín, y esta santa imagen se llama la Madre de la Merced», e hizo un gesto por el cual fácilmente comprendieron lo que era su deseo.

Nadie se atrevió a profanar el altar sagrado o rechazar la cruz. Gracias a esta intervención providencial, San Martín pudo llegar hasta la bahía y se salvó. Como un verdadero soldado, no perdió ni tiempo ni palabras en agradecimientos, mas apretando la mano al fraile dijo: «No me olvidaré».

Oculto en la casa de su amigo el teniente coronel Juan de la Cruz Murgeón, pudo salir hacia Sevilla, mientras era inhumado en secreto y sin cajón el cuerpo del general Solano. San Martín guardó siempre en su cartera el retrato del amado jefe, y en sus últimos días lo tenía a la vista, en una pared de su dormitorio. Tal vez desde aquel día aciago el futuro Libertador abrigó profunda aversión por las turbas durante toda su existencia.

Después de la guerra, la conducta de Solano fue juzgada por un tribunal que dispuso su rehabilitación.

Actuación de San Martín

El capitán del Regimiento de Infantería Voluntarios de Campo Mayor, José de San Martín, fue incorporado con su regimiento al ejército que el teniente general Francisco Javier Castaños reunía en Carmona y Utrera para hostilizar a los franceses que, al mando del general Dupont, avanzaban hacia Sevilla casi sin oposición y saqueando a su paso a las poblaciones indefensas. Una parte importante de la Península estaba en sus manos, pese al heroísmo de soldados, milicianos y vecinos, aun de mujeres y niños.

Castaños, que se pronunció en favor de la resistencia desde el primer momento al frente de las no muy numerosas fuerzas que a sus órdenes bloqueaban Gibraltar, iba aumentando sus efectivos con cuerpos aislados y con algunos de nueva creación.

En la vanguardia, a las órdenes del mariscal de campo Antonio Malet, marqués de Coupigny, se formó una división volante cuya jefatura fue confiada al teniente coronel Mourgeon, el mismo en cuya casa se había refugiado San Martín cuando el asesinato de Solano. Tal vez por conocer sus dotes, lo nombró su jefe de vanguardia.

Arjonilla

Mientras Castaños concluía con la organización del Ejército de Andalucía en Utrera, Coupigny, cuyo cuartel general se hallaba en Carmona, hostilizaba a los franceses hasta que Dupont se recogió en Andújar. En la madrugada del 23 de junio de 1808, San Martín, que marchaba en descubierta al frente de su vanguardia, se topó con una partida enemiga en la posta de Santa Cecilia.

Expresa el parte que Mourgeon redactó en Arjonilla:

> Pese a tener fuerzas menores, se lanzó al ataque desbaratando por completo a los imperiales, que dejaron en el campo a diecisiete dragones muertos y cuatro heridos, luego hechos prisioneros. Un solo soldado herido fue la pérdida española, habiendo peligrado la vida del jefe vencedor, salvado por un Juan de Dios, cazador de los Húsares de Olivenza.

Sin duda, la acción fue considerada valiente y meritoria, pues San Martín fue designado ayudante primero de su regimiento; se acordó a la tropa un escudo y una suma en dinero a cada uno y la *Gaceta Ministerial de Sevilla* destacó con entusiasmo: «Los que huyen de esta manera son los vencedores de Jena y Austerlitz». Además se hizo una tirada especial para fijar ejemplares en las paredes de la ciudad.

La noticia corrió vertiginosa hacia distintos rumbos. Uno de los jefes españoles, el marqués de las Amarillas, evocaría muchos años más tarde en sus *Recuerdos* la brillante actuación, expresando de paso su encono hacia quien él consideraba un traidor. Tras afirmar que era su propósito evocar sólo los hechos, manifestaba:

> Pero recordaré no obstante que uno de éstos, a las órdenes del célebre peruano [sic] don José de San Martín, capitán de caballería, se distinguió en la cuesta llamada del Madero, inmediata a la aldea del río, batiendo un destacamento de caballería enemiga del que hizo algunos prisioneros, después de muertos varios dragones en la carga. Más hubiera valido que recibiese allí una muerte gloriosa: no hubiera este ingrato y sanguinario oficial [sic] vertido tanta sangre de españoles en Chile y el Perú y, con harta frecuencia, después de los combates.

Coupigny quiso contar con tan distinguido oficial y lo nombró su ayudante de campo. Al recibir la orden de incorporársele, San Martín sintió una satisfacción profunda. El marqués era considerado un hombre valiente, previsor, modesto y metódico. Había nacido en Francia en la primera mitad del siglo XVIII y entrado al servicio de España en plena juventud. Ostentaba el grado de capitán de la Guardia Walona, cuerpo de la Casa Real, a la vez que poseía el rango de brigadier de los reales ejércitos y gozaba de merecido prestigio entre sus compañeros de armas.

Bailén

El 27 de junio, el ejército de Castaños inició la marcha en dirección a Córdoba por la margen izquierda del Guadalquivir. En Porcuna se le unió el Ejército de Granada, circunstancia en la que se determinó una nueva organización: la vanguardia de Coupigny quedó convertida en segunda división; la primera fue puesta bajo el

mando del mariscal Teodoro Reding, la tercera a las órdenes del mariscal Félix Jones y la cuarta o reserva, con la dirección del general De La Pena. Mourgeon, con su división de montaña, el alcalde de Granada con una partida de irregulares y el conde de Valdecaria, conocedor de la región, debían cuidar los flancos.

Castaños convocó a consejo de guerra y explicó su intención de atraer al mariscal Dupont, acorralado en Andújar, para acometer en campo raso y rodearlo con las divisiones de Reding y Coupigny, por un lado, y la de Jones y La Perla bajo su propio mando, por el otro. Por su carácter de ayudante de campo de Coupigny, Villegas señala que tal vez San Martín haya asistido a tan importante encuentro y escuchado la discusión del plan de operaciones. «Pero aun de no ser así le alcanzaría, por el mismo motivo, su minucioso conocimiento». Y agrega: «Es importante recordar esta circunstancia porque la batalla por venir, gravitaría en su futuro con fecunda experiencia y resultaría Chacabuco una réplica estratégica de Bailén».

Las fuerzas españolas se situaron el 13 de julio en Arjona y llegaron a su objetivo dos días después. Mientras Reding marchaba con su división a Mengíbar, Coupigny tomó posesión de La Higuereta. En el emplazamiento francés de Villanueva de la Reina, que debía defender el paso del Guadalquivir, las tropas españolas tuvieron un primer triunfo contra las fuerzas de Dupont, que en esta acción dejaron 200 muertos y los equipajes. En la mañana del día 18, las divisiones españolas de Reding y Coupigny llegaron a Bailén y sus jefes reconocieron la posición. Luego dispusieron las tropas en tres líneas que cerraban la entrada a la ciudad por el camino de Andújar.

Para el encuentro final el ejército se dividió en dos alas, la derecha al mando de Reding y la izquierda a las órdenes de Coupigny. El mando fue compartido, como lo dio a entender el propio Reding al manifestar que «el marqués no sólo de concierto conmigo en la dirección de los movimientos de este día contribuyó a su acierto y felicidad, sino que habiendo elegido los cuerpos de que queda hecha la mención, acudió con ellos a los puntos más vivos de los tres ataques generales y con sus conocimientos y valeroso ejemplo nos proporcionó los expresados felices resultados».

Por fin, el 19 de julio de 1808 se libró la batalla. Duró nueve horas y el calor fue agobiante, «terrible», dice el marqués de las Amarillas. Las fuerzas españolas carecían de agua y de reparo en todo el terreno que pisaban. Los franceses llevaron cinco ataques impetuosos que fueron rechazados, mientras sus adversarios seguían en posiciones defensivas. Al producirse el tercer embate, Coupigny

debió salir de su puesto de observación para ponerse a la cabeza de la reserva y acudir en ayuda del extremo izquierdo, al que en aquellos momentos cargaba una brigada francesa conjunta de dragones y coraceros. Contempló serenamente la situación y dio la orden de que algunos de sus batallones obligaran a retirarse a los franceses.

Cerca del mediodía, rechazado en todos sus embates, con sus hombres desmoralizados, con la impresión de la derrota y con pocas esperanzas de recibir a tiempo los refuerzos del general Dominique Vedell, el mariscal Dupont pidió capitular. Su primer emisario llegó hasta Coupigny, que se hallaba en el centro de la línea, quien lo envío a Reding, y éste a Castaños. Vedell, que llegó muy tarde al campo de batalla, cuando Dupont sólo esperaba como una gracia las condiciones de la capitulación, unió a la derrota el deshonor al violar la fe del armisticio y atropellar a las tropas españolas que tenían orden de no hacer fuego.

Reconocida la rendición de su jefe, intentó fugarse con sus fuerzas, pero una división de Coupigny le cortó los pasos de la sierra y a una orden de Dupont volvió Vedell a la obediencia y quedó con todos los suyos igualmente prisionero.

En la batalla intervinieron 30.600 infantes y 28.000 jinetes del lado español, y 28.000 infantes y 5.700 jinetes, del francés. El parte de Coupigny, que Reding utilizó para escribir el que elevó a su vez a Castaños, recomendó, entre otros, por su comportamiento en la acción, a José de San Martín, capitán agregado del regimiento de Borbón. En realidad, no formó ese día en las filas de la unidad, sino que, como se ha dicho, fue ayudante de campo de Coupigny. El general Castaños recomendó una promoción de oficiales y San Martín obtuvo el ascenso a teniente coronel graduado el 14 de agosto. El mismo marqués le envió a Sevilla, donde San Martín había enfermado de cierta gravedad, una certificación de servicios, sus expresiones de amistad y la condecoración que le fue conferida por la victoria: en campo ovalado, de esmalte, dos sables en cruz unidos con una cinta de la cual pende un águila abatida; en el ángulo superior de la unión de los sables, una corona de laurel, suelta, y en derredor la leyenda «Bailén, 19 de julio de 1808».

Coupigny abandonó el formulismo castrense para llamarlo «estimado amigo», y con respecto a la distinción recibida le expresó: «Es regular que se sepa en esa, y usen los que estuvieron en Bailén la medalla que se nos ha concedido».

Tras la batalla, San Martín había caído enfermo de los pulmones, pero al restablecerse fue agregado a la Junta Militar de Inspección

de la Reserva del Ejército del Centro. El marqués, nombrado cuartel maestre del Ejército de Cataluña, del que posteriormente asumiría el comando, le ofreció un destino en él, que recién pudo aceptar en abril de 1809, cuando su salud mejoró:

> He sabido con placer del restablecimiento de vuestra merced, y como aprecio el mérito y los buenos oficiales, quisiera marchase vuestra merced al de Cataluña, para donde salgo mañana empleado por la Suprema Junta Central y estando a mis órdenes e inmediación podría adelantar vuestra merced en su carrera.

El futuro Libertador aceptó complacido y llamó a su hermano Manuel Tadeo, que estaba sin destino y atrasado en sus promociones, para ayudarlo a progresar. Dice Diego Alejandro Soria que «San Martín estuvo prácticamente a su lado durante toda su participación en la guerra; sin duda lo apreciaba, respetaba y aprendió mucho de él».

El primer triunfo hispano fue pronto frustrado por el ingreso a la Península de los 250.000 hombres de la *Grande Armée*, al mando del propio Napoleón, en diciembre de 1808. Luego de la toma de Madrid, comenzó una lucha denodada que registró múltiples fracasos a pesar del heroísmo de la resistencia en todos los puntos de España. Poco a poco, el emperador de los franceses fue estrechando la resistencia y obligando a la Junta Central que gobernaba en nombre de Fernando VII a trasladarse a Sevilla.

En enero de 1810, Coupigny servía en el ejército de la izquierda, al mando del marqués de la Romana, y San Martín continuaba como ayudante. Ambos se hallaron en la línea defensiva de Torres Vedras, a las órdenes superiores del general Wellesley, y San Martín estuvo varias veces en el cuartel general de comandante en jefe.

Un año y un mes más tarde, el marqués de Coupigny entró a Cádiz junto con su subordinado y amigo. La ciudad era el último bastión español, y lo seguiría siendo auxiliada por su especial situación geográfica que burlaba los esfuerzos de los franceses para tomarlo. Allí, el Consejo de Regencia de España gobernaba en nombre del rey cautivo y sesionaban las Cortes constituyentes.

Coupigny quedó a la cabeza de las fuerzas defensoras de Cádiz, cargo que ocupó luego de la batalla de Chiclana.

Otra vez el teniente coronel criollo estaba en la ciudad de sus amores, bombardeada, a veces sólo con estruendo y otras con destructivo éxito por los proyectiles *villantroys*, que disparaban enormes cañones de once pulgadas y más de 4.500 metros de alcance, diseñados por el coronel de artillería de quien tomaron su nombre.

La desazón de un soldado

En el espíritu de San Martín gravitaban con fuerza tanto sus experiencias de soldado al servicio de la monarquía borbónica como las noticias que llegaban desde las posesiones americanas, ya en creciente estado de insurrección contra la metrópoli. Su acendrado sentido del honor y de la fidelidad al juramento de lealtad a la Corona no le había impedido contemplar su decadencia a través de los años. El desastroso reinado de Carlos IV, en el que se destacaba como una sombría mancha la actuación de Manuel Godoy, ante cuyas maquinaciones los reyes habían sido una especie de marionetas; los antecedentes que se poseían acerca de la patética figura del *Deseado* Fernando VII, bajo cuya invocación se libraba una guerra devastadora y cruel, y el menoscabo de los americanos que se advertía desde el advenimiento de los Borbones y no había cesado ni en la constitución ni en los proyectos de las Cortes, le hacían ver como legítimo el anhelo de sus paisanos de desprenderse de la coyunda metropolitana.

El Ejército y la Real Armada no eran ajenos a esa situación. Si bien durante el reinado de Carlos III se habían adoptado oportunas medidas para acentuar su despliegue y eficacia, la nefasta presencia de Godoy había permitido la entronización de un sistema de favoritismo que solía posponer el mérito en aras de las influencias. San Martín había tenido jefes ejemplares como soldados y estrategas, cual Castaños, Solano o Coupigny, pero también había sido víctima, como otros camaradas suyos, de los prejuicios y la inoperancia ajena.

Sin duda, había aprendido mucho a lo largo de su vida militar, pero sobre todo a través de su propia experiencia, acrecentada por su capacidad de sopesar lo bueno y lo malo de cada situación.

El general Soria lo sintetiza de este modo:

> Adquirió una vasta experiencia en los más variados teatros de operaciones. Luchó contra los moros en África, contra los franceses de la Revolución en la cordillera pirenaica, recibiendo el conocimiento de la guerra en montaña; contra los ingleses embarcado en el Mediterráneo, aprendiendo la guerra en el mar, en campo abierto contra los portugueses en su territorio y contra los franceses imperiales en Andalucía y contra el mismo enemigo en posiciones fortificadas en Portugal. Combatió por mar y por tierra, a pie y a caballo, en campo abierto y en fortalezas, en el ataque y en la defensa, en la infantería de línea, en la infantería ligera, en caballería y en comandos superiores, adquiriendo práctica en la conducción y combate de las armas combinadas. Tuvo amplia experiencia en variados aspectos de la preparación de las tropas regulares: movilización, reclutamiento, organización, educación e instrucción. Pero también pudo conocer las actividades y efectos de la guerra irregular

> librada por los guerrilleros en España. Conoció la victoria y la derrota y experimentó la situación de prisionero de guerra en dos oportunidades. Aprendió prácticamente el modo de combatir de distintas naciones, la táctica de todas las armas, la fuerza irresistible de las guerras nacionales y los elementos de que podía disponer España en un levantamiento de sus territorios ultramarinos.

El mismo autor señala las influencias doctrinarias del teniente coronel en el plano castrense:

> Napoleón dijo que «las altas partes de la guerra se adquieren en el séquito de los grandes capitanes y por el estudio de la historia militar». Ambos requisitos cumplió nuestro héroe, como lo demuestran los libros de su biblioteca y el haber servido a las órdenes de los más destacados generales españoles de su época. Es interesante analizar el contenido de su biblioteca. En ella se encontraban numerosos reglamentos españoles y franceses de infantería, caballería, artillería y fortificaciones, así como diferentes obras sobre el arte de la guerra. Había también memorias de destacados generales como Maurice de Saxe y Montecuculli y estudios de diferentes campañas del siglo XVIII, especialmente las de Federico el Grande y hasta algunas napoleónicas. Se sabe que en lo específicamente profesional San Martín tenía particular admiración por Napoleón y por el general Jean-Victor Moreau. Pero su conducción como militar estaba inspirada en la táctica de Federico el Grande.

Si San Martín contemplaba la grave situación de España y reconocía que no estaba en sus manos modificarla, su corazón sentía el llamado de la causa americana.

Desde 1809 se filtraban en las filas de los ejércitos que luchaban contra los franceses, vía Gran Bretaña, impactantes informes sobre la insurrección en distintas partes de las vastas posesiones indianas. Llegaban con lentitud, pues como dice Jaime Delgado, «las comunicaciones entre los diversos reinos del ya crujiente imperio eran muy precarias, y las noticias tardaban en cruzar el océano, cuando no naufragaban en ruta, varios meses».

Se hallaba fresco el recuerdo del fugaz desembarco de Francisco de Miranda en Venezuela, el 3 de agosto de 1806, frustrado por la falta de suficiente apoyo popular, cuando *El Precursor* alzó por primera vez la bandera tricolor que luego presidió las luchas emancipadoras en la parte septentrional de América del Sur.

El 21 de septiembre de 1808, apenas conocidos los sucesos de España, Montevideo formó la primera junta de la América hispana, claro que presidida por el gobernador Francisco Javier de Elío, que de inmediato proclamó su fidelidad a Fernando VII.

Unos meses más tarde, el 1° de enero de 1809, el alcalde de primer voto de Buenos Aires, Martín de Álzaga, con el apoyo de los batallones formados por españoles, se alzó contra el virrey Santiago de Liniers con el propósito de constituir una junta gubernativa que

se haría cargo del gobierno sin la participación de los criollos. Una muestra de que se otorgó al movimiento un carácter separatista fue que el sumario que se inició llevó el nombre de «Proceso de independencia».

El 25 de mayo de 1809 se levantó la ciudad altoperuana de Chuquisaca y el 19 de julio lo hizo La Paz, con el propósito de «defender los derechos de la América contra las potencias extranjeras» y «los derechos de nuestra patria, altamente deprimida por la bastarda política de Madrid». Los insurrectos fueron sangrientamente reprimidos por las tropas al mando de José Manuel de Goyeneche.

El 10 de agosto de ese año tuvo lugar la insurrección de Quito, donde un grupo de patriotas organizó la denominada Junta Soberana que presidió Juan Pío Montúfar, marqués de Selva Alegre. Aquel día, el presidente de la Real Audiencia recibió un oficio donde se le informaba su deposición, al mismo tiempo que se proclamaba la independencia de Quito. Pero los virreyes del Perú y de Nueva Granada enviaron expediciones militares que dominaron la sublevación.

Al año siguiente, ocurrieron otros hechos precursores de la independencia de América. El 19 de abril de 1810, los miembros del Cabildo de Caracas desconocieron la autoridad del capitán general de Venezuela, pero afirmaron que actuaban en nombre de Fernando VII y en desobediencia del rey usurpador José I. La Junta de Gobierno creada en la ocasión dio rápida participación a todos los pueblos de la jurisdicción, cosa que al principio no ocurriría en el Río de la Plata por el afán centralizador del primer gobierno patrio, y fomentó la constitución de juntas similares en las provincias de Cumaná, Margarita, Barinas, Barcelona, Trujillo y Mérida. Por otro lado, en un inequívoco gesto de independencia, dispuso enviar delegaciones diplomáticas a los países que, como Gran Bretaña, los Estados Unidos de Norteamérica y la vecina Nueva Granada, podían apoyar o, en este último caso, plegarse a la insurrección.

El 5 de julio de 1811, cuando la máscara de Fernando VII, también llamada de la Monarquía, no había sido abandonada por el resto, se dictó una constitución mediante la cual se organizó la Confederación Americana de Venezuela. Para no dejar dudas sobre su anhelo de independencia, la Carta —primera de Iberoamérica y tercera del Continente, después de los Estados Unidos y Haití— proclamaba:

> América volvió a existir de nuevo, desde que pudo y debió tomar a su cargo su suerte y conservación; como España pudo reconocer, o no, los derechos de un

rey que había apreciado más su existencia que la dignidad de la nación que gobernaba.

Y agregaba, entre otras afirmaciones:

Cuantos Borbones concurrieron a las inválidas estipulaciones de Bayona, abandonando el territorio español, contra la voluntad de los pueblos, faltaron, despreciaron y hollaron el deber sagrado que contrajeron con los españoles de ambos mundos, cuando, con su sangre y sus tesoros, los colocaron en el trono a despecho de la Casa de Austria; por esta conducta quedaron inhábiles e incapaces de gobernar a un pueblo libre, a quien entregaron como un rebaño de esclavos.

Un mes después del pronunciamiento caraqueño, el 22 de mayo de 1810 ocurrió en Santafé de Bogotá un movimiento cuyo resultado fue la instalación de la junta que se hizo cargo del gobierno. Los bogotanos redactaron un Memorial de agravios destinado a la Junta Central, reinstalada en Cádiz, en el que se expresaban las desigualdades existentes entre los españoles peninsulares y los americanos, sobre todo con respecto a los cargos públicos, y manifestaban las carencias de educación del pueblo y las injusticias y arbitrariedades sufridas por éste. Por otro lado, se advertía a las autoridades hispanas que si no se lograba la igualdad de derechos resultaría imposible mantener la unión del Virreinato de Nueva Granada con la metrópoli. Las ciudades neogranadinas de Cartagena, Pamplona, Cádiz y El Socorro se dieron sus propias juntas de gobierno. La agitación generalizada provocó la revolución del 20 de julio de 1810, en la que se sancionó el acta que estableció la soberanía popular e imprescriptible sobre todo el territorio del virreinato, creó un nuevo sistema de gobierno basado en el Estado de derecho, dispuso que cada provincia eligiera sus propios diputados y delegaba el gobierno en una junta mientras se redactaba una nueva constitución, que sería aprobada en 1811.

El mismo 22 de mayo, en la lejana Buenos Aires, tras varios días de conciliábulos y de tratativas con el virrey Baltasar Hidalgo de Cisneros, que se negaba a abandonar el poder luego de conocidos los sucesos que culminaron con la caída de la Junta Central de Sevilla, la «parte principal y más sana» del vecindario celebró también un cabildo abierto, en el que se decidió que «es el pueblo el que confiere la autoridad o mando». Tres días más tarde, a pesar de los fallidos intentos del mandatario hispano para perpetuarse, quedó constituida la Junta de Gobierno con la presidencia de Cornelio Saavedra, que invitó a las provincias del Virreinato del Río de la Plata a que enviaran diputados para formar parte de ella. Comenzaba una larga y accidentada lucha por la libertad.

En la Capitanía General de Chile se registró un proceso equiparable a los primeros pasos dados en Buenos Aires. Después de muchas vacilaciones, el gobernador Mateo Toro y Zambrano convocó a cabildo abierto para el 18 de diciembre de 1810. Los partidarios de removerlo se pronunciaron al grito de «¡Junta queremos!», y el anciano mandatario les respondió: «He aquí el bastón. Disponed de él y del mando».

En los meses sucesivos se acentuó en Chile la posición de acatamiento al Supremo Consejo de Regencia. Entretanto, perdían fuerza los grupos independentistas que recién lograron imponer sus ideas en el Congreso Nacional reunido el 4 de julio de 1811, tras la revolución encabezada por José Miguel Carrera el 4 de septiembre de ese año.

Luego de un complejo proceso en el Virreinato de Nueva España, el sacerdote Miguel Hidalgo Costilla proclamó el 15 de septiembre de 1810, desde el atrio de su humilde iglesia, lo que llamó «la aurora de nuestro grande amanecer». En su Proclama a la Nación Americana había manifestado la necesidad de conservar lo que llamaba las esencias tradicionales: patria, religión y libertad, con el fin de lograr la quietud pública, la seguridad de las personas, familias y haciendas y la prosperidad de la nación, para lo cual era indispensable «la unión de todos los americanos, la privación del mando y el poder a los europeos y la reunión de un congreso que dictase leyes con aquel objeto». Tras recibir algunos refuerzos militares, inició una campaña desafortunada que al principio contó con el pronunciamiento favorable de las diversas provincias del virreinato pero que concluyó tras diversos fracasos y excesos en Monclava, al norte de México. Luego de ser fusilados sus subordinados, el General de América, título que se había dado a Hidalgo, fue sometido a proceso y fusilado el 21 de marzo de 1811.

En Londres, el periódico *El Español*, redactado por quien firmaba con el seudónimo de J. Blanco White, estampó, entre otras manifestaciones, una que resultó visionaria, aunque fuese impugnada por varias de las hojas que subsistían gracias al infranqueable acceso a Cádiz. Decía el plumista desde la capital británica, tan propicia a la acción de la insurgencia iberoamericana:

> Parece que ha llegado la época de un grande acontecimiento político, que se ha estado esperando por largo tiempo: el estandarte de la independencia se ha empezado a levantar en América, y según podemos calcular, por lo que hemos visto acerca de la revolución de Caracas, no es un movimiento tumultuario y pasajero el de aquellos pueblos, sino una determinación tomada con madurez y conocimiento y puesta en práctica bajo los mejores auspicios: la moderación y la beneficencia.

La Sociedad de Caballeros Racionales

Dentro de tan complejo como extendido contexto, algunos oficiales destinados en Cádiz comenzaron a reunirse secretamente en lo que dio en ser llamada Sociedad de Caballeros Racionales.

Mitre explica que

> en los primeros años del siglo XIX habíase generalizado en España una vasta asociación secreta, con la denominación de Sociedad de Lautaro o Caballeros Racionales, vinculada con la sociedad matriz de Londres denominada Gran Reunión Americana, fundada por el general Miranda [...]. En sólo Cádiz, donde residía el núcleo, llegó a contar en 1808 con más de cuarenta afiliados, entre ellos algunos grandes de España, como el conde de Puño en Rostro, amigo y corresponsal de Miranda. Su primer grado de iniciación era trabajar por la independencia americana, y el segundo la profesión de fe democrática, jurando «no reconocer por gobierno legítimo de las América sino aquel que fuese elegido por la libre y espontánea voluntad de los pueblos, y de trabajar por la fundación del sistema republicano».

No existe prueba alguna de que la sociedad haya pertenecido a la masonería, aunque algunos de sus miembros pudiesen haber integrado sus filas. Manifiesta John Lynch que «la función de la agrupación era básicamente política: reclutar a los futuros líderes de la independencia y mantener viva su causa».

Baja del Ejército y partida hacia Inglaterra

El 26 de julio de 1811, San Martín fue nombrado comandante agregado al Regimiento de Dragones de Sagunto, pero no llegó a desempeñarse en su nuevo destino, ya que solicitó su retiro del ejército español, con goce de fuero y uniforme.

El dictamen que hacía lugar a su pedido señalaba: «Este oficial ha servido bien los 22 años que dice y tiene méritos particulares de guerra, principalmente los de la actual le dan crédito y la mejor opinión».

Treinta y siete años después de su alejamiento de la Península, explicaría en carta al presidente peruano, mariscal Ramón Castilla, esta circunstancia:

> Yo servía en el ejército español, en la Península, desde la edad de 13 a 34 años, hasta el grado de teniente coronel de caballería. Una reunión de americanos en Cádiz, sabedores de los primeros movimientos acaecidos en Caracas, Buenos Aires, etcétera, resolvimos regresar cada uno al país de nuestro nacimiento, a fin de prestarle nuestros servicios en la lucha, que calculábamos se había de empeñar.

Y en su despedida de los habitantes del Río de la Plata al emprender la expedición libertadora al Perú les diría:

> Yo servía en el Ejército Español en 1811. Veinte años de honrados servicios me habían atraído alguna consideración, sin embargo de ser americano. Supe la revolución de mi país y al abandonar mi fortuna y mis esperanzas, sólo sentía no tener más que sacrificar al deseo de contribuir a la libertad de mi patria.

San Martín contaba con la amistad de James Duff, quien se había presentado voluntario al ejército español para combatir contra los franceses. Luego de pelear en la batalla de Talavera y de actuar entre los defensores de la ciudad de Cádiz, había sido gravemente herido. Éste, según Lynch, consiguió con facilidad que el teniente coronel se embarcase hacia Lisboa rumbo a Inglaterra, cosa que hizo el 14 de septiembre en un buque de guerra, aconsejándole que no lo hiciera en un buque español pues corría el riesgo de ser detenido en Montevideo.

En Londres permanecería cuatro meses. Era, dice el historiador inglés,

> demasiado tarde para conocer a los venezolanos Simón Bolívar y Francisco de Miranda, pero lo suficiente para conversar con sus colegas Andrés Bello y Luis López Méndez, con el mexicano fray Servando de Teresa Mier y con los argentinos Carlos de Alvear y José Matías Zapiola, a todos los cuales conoció en la Casa de la Esperanza de Miranda en Grafton Street, donde la presencia del Precursor todavía resultaba perceptible.

El corvo hazañoso

San Martín cargaba baúles con su ya nutrida biblioteca, quizás algunas armas y efectos de uso personal.

Quería adquirir un sable de caballería, tal vez con la idea puesta de formar una unidad de esa arma si se le otorgaba un mando importante en Buenos Aires, hacia donde dirigiría sus pasos.

La tarea parece no haber sido fácil, pero finalmente se decidió por un arma digna del sueño que animaba sus pasos: la independencia de América del Sur. Se trataba de un sable mameluco, conocido como *shamshir*, de hoja curva de acero damasco, con empuñadura de cruz y mango con cachas segrinadas de madera de ébano, sumamente manuable, ligero y letal. La elección era producto de su larga experiencia y de haber contemplado el efecto de cada tipo de sable en las cargas de caballería que sufrió o de las que participó. La vaina era de madera de haya y cuero negro granulado, con rodela, elemento adicional que indicaba que había sido fabricado en Gran Bretaña (pues los ingleses arrastraban el sable y los persas lo llevaban del brazo), batiente contera y anillas de bronce.

En una ciudad como Londres había importantes armerías e

incontables modelos, algunos de gran lujo y con piedras preciosas engastadas. Pero sin duda no correspondían a la austeridad y a los medios económicos con que contaba el comprador.

La partida

San Martín se reunió con quienes iban a ser sus compañeros de viaje para ultimar los detalles de la partida en la fragata *George Canning*. Salvo él y el teniente de Guardias Walonas Eduardo Kainitz, barón de Holmberg (que pertenecía a una noble familia tirolesa, era hijo de un destacado oficial de Napoleón y contaba su misma edad), los demás eran personas conocidas en el Río de la Plata.

Alvear había nacido en las Misiones orientales, de las que su padre era gobernador, el 25 de octubre de 1789 y llegado a España en 1805, después de la tragedia naval mencionada anteriormente. Luego de soportar con don Diego de Alvear un año de prisión en Gran Bretaña, a fines de 1807 se había incorporado a la Brigada de Carabineros Reales con el grado de alférez y participado en varias acciones de guerra contra las tropas napoleónicas para pedir más tarde licencia en el ejército español con el fin de regresar a América. Lo acompañaba su esposa, la bella gaditana Carmencita Quintanilla, con quien acababa de casarse.

En cuanto a Zapiola, natural de Buenos Aires, donde había visto la luz el 22 de marzo de 1780, había marchado muy joven a España e ingresado en una de las tres compañías de guardias marinas con que contaba la Real Armada. Al regresar al Río de la Plata fue incorporado a las fuerzas del Apostadero Naval de Montevideo. Tuvo una actuación heroica durante las invasiones inglesas y fue comandante del puerto de Buenos Aires. En 1810 se hallaba en la ciudad oriental cuando se produjo la Revolución de Mayo. Como otros criollos, participó en conciliábulos para sublevar las fuerzas de marina de Montevideo, cosa que ocurrió el 12 de julio, por lo que fue destituido y enviado a la ciudad de Cádiz. Allí logró que se borrase de su legajo la nota de «perjudicial a la causa del rey» pero no pudo evitar que se le diese un puesto de oficial instructor de tropas de tierra, luego de recibir una tajante negativa a su pedido de volver a Buenos Aires. No tardó en aprender las tácticas de caballería y luego marchó también a Londres.

El capitán de infantería Francisco de Vera y el capitán de milicias Francisco Chilavert habían sido arrestados en Montevideo en las mismas circunstancias que Zapiola. En Cádiz obtuvieron su libertad y se fugaron luego a Londres. Chilavert viajaría de regreso

con sus hijos José Vicente, que se hizo muy amigo de San Martín, y Martiniano, futuro coronel argentino, entonces de apenas ocho años de edad.

La fragata *George Canning* estaba ya lista para zarpar. El 19 de enero de 1812, Londres se desdibujaba entre la bruma, igual que el río Támesis, que conducía al mar. Los viajeros abrigarían encontradas sensaciones, pues iban a un mundo lejano, tan próximo para la mayoría por las familias y relaciones con las que contaban, como desconocido con respecto a la situación política y militar en la que debían actuar. La nave enfiló por el Canal de la Mancha hacia el Atlántico.

San Martín se apartaba de la vieja Europa donde dejaba a su madre y a sus hermanos, quizá con la congoja de que difícilmente los volvería a ver…

Bibliografía

Archivo de San Martín, cit., tomo I; *Documentos para la Historia del Libertador General San Martín*, cit., tomo I; Juan Agustín Girón, marqués de las Amarillas, *Recuerdos (1778-1837)*, tomo I, Pamplona, Ediciones de la Universidad de Navarra, 1978; Tomás de Iriarte, *Memorias. Napoleón y la libertad hispanoamericana*, tomo II, Buenos Aires, Ediciones Argentinas SIA, 1944.

Pedro Luis Barcia, *Los caminos de la lectura*…, cit.; Jaime Delgado, *La independencia de América en la prensa española*, Madrid, Seminario de Problemas Hispanoamericanos, 1949; Miguel Ángel De Marco, «La tertulia de Frasquita Larrea, la primera romántica española», *La Capital*, Rosario, 2 de mayo de 1987; —, «San Martín y Coupigny», *La Capital*, Rosario, 25 de febrero de 1988; —, «San Martín en Cádiz», en *La Patria, los hombres y el coraje*, Buenos Aires, Emecé, 2006; —, «Las "Memorias" del general argentino Tomás de Iriarte sobre la guerra de la independencia española», en *Estudios de Historia de España*, tomo X, Buenos Aires, Instituto de Historia de España, UCA, 2008; Enrique Rodolfo Dick, *El corvo*, Buenos Aires, Edivérn, 2009; José María Gárate Córdoba, «Los compañeros de armas del capitán San Martín», cit.; John Lynch, *San Martín. Soldado argentino, héroe americano*, Buenos Aires, Crítica, 2012; Eduardo Martiré, *La clave de la emancipación americana*, Buenos Aires, El Elefante Blanco, 2002; Bartolomé Mitre, *Historia de San Martín*…, cit., tomo I; José Pacífico Otero, *Historia del Libertador*…, cit., tomo I; Patricia S. Pasquali, *San Martín. La fuerza de la misión*…, cit.; José Pettenghi, en *Vida española del general San Martín*, cit.; «San Martín en Cádiz, camino de América», en Jorge María Ramallo, *Historia del*

sable de San Martín, Buenos Aires, Instituto Nacional Sanmartiniano, 1995; Ramón Solís, *El Cádiz de las Cortes*, Madrid, Alianza Editorial, 1969; Diego Alejandro Soria, *Las campañas militares del general San Martín*, cit.; Alfredo G. Villegas, *San Martín en España*, cit.

Triunfo militar y desilusión política

Después de cincuenta días de navegación, los pasajeros de la *George Canning* avistaron Buenos Aires. Zapiola, Chilavert y Vera tenían fresca la imagen de aquella ciudad chata, apenas matizada por las cúpulas de las iglesias. Tal vez, San Martín y Alvear registrasen borrosos recuerdos. En cambio, a Carmencita Quintanilla y al barón de Holmberg, el contraste debió parecerles enorme. Acostumbrados a contemplar desde las aguas las urbes europeas, la visión de aquella especie de páramo edilicio debió impresionarlos y no menos, seguramente, que el pintoresco e incómodo ritual del desembarco. Del buque se pasaba a unos botes a remo, y desde éstos los pasajeros debían montar a caballo o apiñarse en unos carros de altas ruedas que los dejaban en la playa o a metros de ella, por lo que muchas veces tocaban tierra tras chapotear por las fangosas aguas del Riachuelo.

Al llegar a la zona poblada el viajero recibía el impacto que ocasionaba la modestia de las dependencias públicas y de las casas particulares, aun aquellas donde moraban los vecinos más pudientes. Repartidas en calles trazadas en forma de damero, al modo de un campamento militar, como había surgido hacia 1492 Santa Fe de Granada en Andalucía para llevar la última embestida a los moros, éstas carecían de empedrado y se hallaban cubiertas de lodo o de polvo, según fuesen tiempos de lluvias o sequías. La plaza mayor mostraba un aspecto singular: se destacaban tres edificios: la Catedral, el Cabildo y el Fuerte, de ladrillos y piedras, rodeado por un foso, en cuyas troneras se asomaban los cañones.

La ciudad se extendía hacia el sur, pues las naves hallaban su entrada sobre el Riachuelo.

Una vez ubicados sus equipajes, los militares se aprestaron a presentarse a las autoridades. Surgen dudas acerca de dónde se alojó San Martín, pues Alvear contaba con la cómoda y amplia casa de la distinguida familia de su madre, los Balbastro. Héctor Luis Piccinalli conjetura que pudo haber sido invitado a residir transitoriamente allí, aunque también pudo hacerlo en el hotel o en la fonda de los Tres Reyes, en la calle del Santo Cristo (hoy 25 de Mayo), entre la de Las Torres (hoy Rivadavia) y La Piedad (hoy Bartolomé Mitre).

Después de caída la Junta Grande, que sustituyó a su vez al gobierno instaurado el 25 de mayo de 1810, ejercía el poder el

Primer Triunvirato, compuesto por Juan José Paso, Feliciano Antonio Chiclana y Manuel de Sarratea, y actuaban como secretarios del Poder Ejecutivo Bernardino Rivadavia y José Julián Pérez. Circunstancialmente, Rivadavia ocupaba, además de la secretaría de Guerra, la de Hacienda, por la renuncia de su primer titular, Vicente López y Planes. Pérez se desempeñaba en la cartera de Gobierno. Los recién llegados mostraron sus despachos militares ante aquellos hombres abatidos por múltiples responsabilidades,

Tan inesperado aporte a la causa de la libertad debió parecer importante y digno de ser destacado de inmediato. *La Gazeta de Buenos Ayres*, que seguramente estaba ya compuesta con el fin de ser distribuida al día siguiente, debió hacer un espacio para anunciar el arribo:

> A este puerto han llegado, entre otros particulares que conducía la fragata inglesa, el teniente coronel de caballería José de San Martín, primer ayudante de campo del general en jefe del Ejército de la Isla [de León, Cádiz], marqués de Coupigny; el capitán de infantería Francisco Vera; el alférez de navío José Zapiola; el capitán de milicias Francisco Chilavert; el alférez de Carabineros Reales Carlos Alvear y Balbastro; el subteniente de infantería Antonio Arellano y el primer teniente de Guardias Valonas Eduardo Kailitz [sic, por Kainitz], barón de Holmberg. Estos individuos han venido a ofrecer sus servicios al gobierno y han sido recibidos con la consideración que merecen por los sentimientos que protestan en obsequio de los intereses de la Patria.

El año había comenzado con serias dificultades para la marcha de la Revolución. Luego de un primer triunfo en Suipacha, las armas patriotas habían sufrido reveses en todos los frentes y no se avizoraban hechos que hicieran pensar que el movimiento iniciado en la capital del Virreinato triunfaría en todos los ámbitos de lo que había sido su extenso territorio.

Los realistas dominaban el Alto Perú y el poderoso bastión de Montevideo, a la vez que ponían en peligro a las poblaciones ubicadas en las costas de los ríos Paraná y Uruguay. Los buques del apostadero naval de aquella plaza habían derrotado el 2 de marzo de 1811, frente a San Nicolás de los Arroyos, a la reducida escuadrilla al mando del maltés Juan Bautista Azopardo, y realizaban frecuentes incursiones para proveer de alimentos a la ciudad sitiada.

La Junta Grande había ordenado levantar fortificaciones en la Capilla del Rosario, pero luego modificó su determinación, por lo que la defensa fluvial quedó a cargo de los milicianos de ese punto y de San Nicolás, tarea muy ardua pues resultaba difícil impedir el paso de buques de guerra de distinto porte solamente con mosquetes, carabinas y pistolas.

Por orden del Primer Triunvirato, el brigadier Manuel Belgrano, jefe del regimiento 5 de Infantería (hasta poco tiempo atrás Patricios, nombre que el gobierno había borrado de las filas del ejército como castigo por el conocido Motín de las Trenzas), había marchado con esa unidad y el batallón de Castas, a fin de levantar dos baterías en Rosario. Salió de Buenos Aires el 24 de enero y el 27 de febrero enarboló en las barrancas del villorrio la bandera blanca y celeste que más tarde se convertiría en símbolo de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Casi de inmediato, Belgrano marchó para hacerse cargo del mando del alicaído Ejército del Alto Perú.

Mientras tan serios peligros amenazaban el ámbito militar, las disputas políticas impedían lograr la unidad de acción indispensable para contrarrestarlos. El gobierno era tildado de incapaz para afrontar las circunstancias y un sector de civiles y militares atribuía al temor la adopción de medidas más drásticas en el camino para alcanzar la independencia. Se insistía aún en sostener la máscara de la monarquía, es decir, la fidelidad al cautivo Fernando VII, cuando los hechos habían demostrado que se marchaba hacia la emancipación. Bien había podido expresar Belgrano al Triunvirato con motivo de informarle sobre la creación de la nueva enseña: «Abajo, señor excelentísimo, esas señales exteriores, que para nada nos han servido y con que parece que aún no hemos roto las cadenas de la esclavitud».

Pero había sido desautorizado en forma drástica y se le había ordenado deshacerse del pabellón.

El motor de tal medida y de otras determinaciones riesgosas y antipáticas había sido Rivadavia, con quien no tardaría en chocar San Martín.

La Logia Lautaro

Los recién llegados fueron informándose de la situación interna y externa y decidieron poner en funcionamiento una logia secreta al estilo de las que habían frecuentado en Cádiz y en Londres, en pos de influir en los acontecimientos y avanzar en la marcha hacia la separación definitiva de la metrópoli.

Carlos de Alvear, por su mayor conocimiento de la sociedad porteña, sería el encargado de establecer los contactos indispensables entre los personajes que parecían más proclives a aceptar ese tipo de organizaciones. La nueva sociedad secreta habría adoptado los ritos de la masonería sin pertenecer a ella.

Cabe señalar que las logias no eran desconocidas y que se habían manifestado con bastante fuerza durante la invasión inglesa

de 1806-1807. En 1812, Julián Álvarez era gran maestre de la de Buenos Aires.

Mitre, que entrevistó a Zapiola, quien le dio precisos datos, y tuvo ocasión de conocer a otros miembros, escribió que la Logia Lautaro se estableció a mediados de 1812, sobre la base de las logias masónicas reorganizadas, y que sus integrantes «fueron reclutados entre todos los grupos políticos, particularmente el que dominaba la situación». Y precisa:

> La asociación tenía varios grados de iniciación y dos mecanismos excéntricos que se correspondían. En el primero, los neófitos eran iniciados bajo el ritual de las logias masónicas que desde antes de la revolución se habían introducido en Buenos Aires y que existían desorganizadas a la llegada de San Martín y Alvear. Los grados siguientes eran de iniciación política en los propósitos generales. Detrás de esta decoración que velaba el gran motor oculto, estaba la Logia Matriz, desconocida aun para los iniciados en los primeros grados y en la cual residía la potestad suprema. El objeto declarado de la Logia era «trabajar con sistema y plan en la independencia de la América y su felicidad, obrando con honor y procediendo con justicia». Sus miembros debían necesariamente ser americanos «distinguidos por la liberalidad de las ideas y por el fervor de su celo patriótico».

Según su constitución, agrega el historiador, cuando alguno de los hermanos fuera elegido para el Supremo Gobierno del Estado, no podría tomar por sí resoluciones graves sin consulta de la Logia, salvo las deliberaciones del despacho ordinario. Con sujeción a esta regla, el gobierno desempeñado por un hermano no nombraría por sí enviados diplomáticos, generales en jefe, gobernadores de provincia, jueces superiores, altos funcionarios eclesiásticos, ni jefes de cuerpos militares, ni castigaría por su sola autoridad a ningún hermano. «Como comentario de esta disposición, se establecía la siguiente regla de moral pública: “Partiendo del principio de que la Logia, para consultar los primeros empleos, ha de pesar y estimar la opinión pública, los hermanos como que están próximos a ocuparlos, deberán trabajar en adquirirla”. Era ley de la asociación auxiliarse mutuamente en todos los conflictos de la vida civil, sostener a riesgo de la vida las determinaciones de la Logia, y darle cuenta de todo lo que pudiera influir en la opinión o seguridad pública. La revelación del secreto “de la existencia de la Logia por palabras o por señales” tenía “pena de muerte por los medios que se hallase por conveniente”».

Aclara Mitre que «esta conminación, reminiscencia de los misterios del templo de Isis y copiada de las constituciones de la Logia Matriz de Miranda, sólo tenía un alcance moral. Por una adición a la Constitución se disponía, que cuando alguno de los

hermanos de la Logia Matriz fuese nombrado general de ejército o gobernador de provincia, tuviese facultad para crear una sociedad dependiente de ella compuesta de menor número de miembros».

A San Martín, Alvear y Zapiola se unió Julián Álvarez, y luego se incorporaron miembros de la Sociedad Patriótica, constituida por los seguidores del fallecido secretario de la Primera Junta, Mariano Moreno, la cual se refundió en la nueva entidad secreta.

Entre los nombres de los primeros integrantes se señalan los de Bernardo de Monteagudo, Juan Martín de Pueyrredon, Antonio Álvarez Jonte, Nicolás Rodríguez Peña y José Antonio Álvarez Condarco.

Pronto la Logia demostraría su gravitación en la política revolucionaria y mantendría influencia hasta 1815 en que la perdió para retomarla poco después al asumir Pueyrredon la dirección del Estado. El objetivo inmediato del grupo parece haber sido la remoción del secretario Rivadavia.

Creación de los Granaderos

San Martín reflejaba un aspecto personal y una imagen de seriedad y competencia que despertaban confianza entre las personas bien inspiradas. Su voz era grave y metálica y su andar el de un auténtico soldado, vistiera ropas civiles o usara el uniforme que traía de España.

A poco de llegar pidió una audiencia al Triunvirato para exponer en detalle su idea de formar un regimiento de Granaderos a Caballo, como los que se habían destacado en Francia desde los tiempos de la guerra de la Liga de Augsburgo (fines del siglo XVII) y durante las luchas napoleónicas.

En la nueva unidad debían predominar un espíritu de cuerpo y una disciplina tales que la tornaran invencible. El personal de tropa tenía que poseer buena estatura, complexión vigorosa y espíritu arrojado. En cuanto a los oficiales y cadetes, San Martín prefería a hombres jóvenes de familias conocidas, dotados de ilustración, inteligencia y vocación por la carrera de las armas, aunque no descartara incorporar a quienes hubieran salido de las filas pero acreditaran experiencia y buenas fojas de servicios.

El Triunvirato aprobó que se formase un regimiento de cuatro escuadrones con tres compañías cada uno. Los oficiales y tropa del primer escuadrón fueron cuidadosamente elegidos por el propio San Martín.

Aceptada la constitución del primer núcleo de la unidad, el gobierno nombró comandante al teniente coronel San Martín;

sargento mayor a Carlos de Alvear, ayudante mayor a Francisco Luzuriaga y portaguión a Manuel Hidalgo.

La primera compañía estaba a las órdenes del capitán Zapiola; era teniente el oriental Justo Germán Bermúdez y alférez, Hipólito Bouchard, nacido en Saint Tropez, Francia, que había mandado uno de los buques derrotados en San Nicolás y que cambiaba momentáneamente las furiosas tormentas en las aguas por el fragor de las cargas de caballería. Encabezaba la segunda compañía el capitán Pedro Vergara, y lo secundaban el teniente Agenor Murillo y el alférez Mariano Necochea.

El segundo escuadrón quedó constituido el 11 de septiembre y el tercero, el 15 de diciembre de 1812.

El regimiento era una escuela y los oficiales, sus maestros, formados bajo la dirección del propio San Martín. Se sumaron al núcleo inicial Manuel y Mariano de Escalada, Ángel Pacheco, Juan Lavalle, Manuel de Olazábal, José de Olavarría y otros que completaron los cuadros de oficiales y dieron con sus espadas páginas de gloria a la epopeya americana. San Martín creó un núcleo de cadetes tomados del seno de sus familias casi niños. Eran, como dijo Mitre,

> la amalgama del cobre y del estaño que daba por resultado el bronce de los héroes [...]. El primer escuadrón de Granaderos a Caballo fue la escuela rudimental en que se educó una generación de héroes. En este molde se vació un nuevo tipo de soldado animado de un nuevo espíritu, como hizo Cromwell en la revolución de Inglaterra, empezando por un regimiento para crear el tipo de un ejército y el nervio de una situación.

También hizo Mitre este balance:

> Concurrió a todas las grandes batallas de la Independencia, dio a la América diecinueve generales, más de doscientos jefes y oficiales en el transcurso de la revolución, y después de derramar su sangre y sembrar sus huesos desde el Plata hasta el Pichincha, regresó en esqueleto a sus hogares, trayendo su viejo estandarte bajo el mando de uno de sus últimos soldados ascendido a coronel en el espacio de trece años de campaña.

Régimen interno del regimiento

Decidido a preparar a sus hombres para cualquier eventualidad, San Martín tomó a su cargo la conducción de una academia de instrucción práctica mediante la cual introdujo a los oficiales y cadetes en la enseñanza de la táctica y en el manejo de las armas. Con el fin de comprobar el temple de sus oficiales, les tendía acechanzas y algunas sorpresas nocturnas de las que debían salir airosos.

En el campo de instrucción de los cuarteles del Retiro, colocaba sandías sobre estacas de altura humana, ubicadas de modo tal que asemejasen enemigos en el campo de batalla, y adoctrinaba a sus hombres sobre la manera de descargar sus sables al galope de sus caballos para partirlas en dos de una sola vez, como debían hacerlo con el enemigo. Era tal la eficacia de los golpes de aquellos centauros, que en el sitio donde se libró la batalla de Maipú se hallaron muchos años después cráneos seccionados por la mitad y cañones de fusiles igualmente tronchados.

El oficial y el soldado debían aprender la técnica del afilado «a muela» o «a molejón», que tornaba sus armas en navajas de barbero.

San Martín instituyó un tribunal de disciplina con los oficiales, en el que ellos mismos debían ser los celadores, los fiscales y los jueces, pronunciar las sentencias y hacerlas efectivas, autorizando excepcionalmente el duelo para hacerse justicia en casos de honor. La siguiente es la lista de los «delitos por los cuales deben ser arrojados los oficiales», que refleja el propósito de constituir una unidad modelo en la que se inspirase más tarde la formación de un nuevo ejército para el cual concebía la magna empresa de extender hacia todos los rumbos la causa emancipadora. Las faltas graves eran: «cobardía en acción de guerra, en la que aun agachar la cabeza será reputada tal»; «no admitir un desafío, sea justo o injusto»; «no exigir satisfacción cuando se halle insultado»; «no defender a todo trance el honor del cuerpo cuando lo ultrajen a su presencia o sepa ha sido ultrajado en otra parte»; incurrir en «trampas infames como de artesanos»; «falta de integridad en el manejo de intereses, como no pagar a la tropa el dinero que se haya suministrado para ella»; «hablar mal de otro compañero con personas u oficiales de otros cuerpos»; «publicar las disposiciones internas de la oficialidad en sus juntas secretas»; «familiarizarse en grado vergonzoso con los sargentos, cabos y soldados»; «poner la mano a cualquier mujer aunque haya sido insultado por ella»; «no socorrer en acción de guerra a un compañero suyo que se halle en peligro, pudiendo verificarlo»; «presentarse en público con mujeres conocidamente prostituidas»; «concurrir a casas de juego que no sean pertenecientes a la clase de oficiales, es decir, jugar con personas bajas e indecentes»; «hacer un uso inmoderado de la bebida en términos de hacerse notable con perjuicio del honor del cuerpo».

Además, el teniente coronel se ocupó de proporcionar, adaptándose al grado de instrucción no demasiado alto de la mayoría de los oficiales, que se reducía casi a las primeras letras, en

periódicas reuniones, enseñanzas sobre historia de las batallas y acerca de la táctica de la caballería, que contribuían a modelar a quienes formaban parte de un cuerpo concebido como de elite.

Guillermo Palombo y Luis Miguel de Igarzábal Clausse explican que entre las obras utilizadas por San Martín para instruir a los oficiales se hallaba la *Instrucción metódica y elemental para la táctica, manejo y disciplina de la Caballería y Dragones, presentada al Rey Nuestro Señor con examen y aprobación de una Junta de Ordenanzas*, impresa en 1767 en dos volúmenes y dieciocho láminas grabadas, cuyo autor era el coronel de dragones García Ramírez de Arellano (1719-1782), oficial español que pasó en su tiempo por ser un reputado técnico. La obra ya estaba aprobada por el rey y dispuesta su impresión, cuando el autor se adelantó a publicar un extracto de la misma con el título de *Gramática Militar de la Caballería*, que él mismo calificó como «pequeño prontuario militar de caballería», para ejercitarse, mandar y corregir, en forma de preguntas, en cuyo prólogo se dirige a los oficiales de su arma, a los que califica de «valerosos y obedientes soldados» en la dedicatoria de un compañero. Muchas de sus observaciones fueron incorporadas en las Ordenanzas de Carlos III para el servicio de sus ejércitos (1769).

San Martín recibió en donación para su regimiento, de parte del doctor José de Sosa, según consta en la *Gazeta Ministerial* del 18 de septiembre de 1812, un juego de ambas obras. Sus enseñanzas serían aplicadas en el bautismo de fuego de la unidad.

Hábitos, armamento y uniformes

Si bien el arma predilecta era el sable, no existía uniformidad entre las armas de ese tipo con que se proveía a la tropa. Debían ser del tipo llamado «latón», largos, pero como en los depósitos del Estado no había existencias, se recurrió a adquirirlos de distintas maneras. Incluso se recogieron de manos de particulares, tarea que estuvo a cargo del Cabildo de Buenos Aires. Recién para la campaña de los Andes todo el regimiento pudo contar con sables de un mismo modelo, provenientes de la fábrica de Caroya.

Las otras armas eran la carabina y las pistolas que portaban algunos, no todos, colgando de una bandolera al costado del cuerpo, y la lanza que los Granaderos utilizaron sólo los primeros años y en especial en San Lorenzo, donde todo el combate se libró con armas blancas. Las lanzas eran de madera dura, moharra y regatón.

En combate, la primera fila debía atacar con lanzas y la segunda con carabinas y sables. Por las dificultades para recargar las armas de fuego, jugaban un papel predominante las blancas.

Con respecto a la vestimenta, Julio M. Luqui-Lagleyze la describe así:

> El primer uniforme de los Granaderos fue diseñado por San Martín y era simple y austero: una casaca larga de faldones, con pantalón, capote, gorra de cuartel, todos azules; con sólo el cuello, las vueltas y los vivos rojo carmesí; el chaleco blanco y los botones dorados; el morrión de cuero, con carrilleras, forrado de paño, con una granada flamígera al frente, escarapela celeste y blanca, cordones amarillos y un penacho alto de lana verde. Las botas altas con espuela de hierro, y armados de lanzas enastadas y carabinas tercerolas. Más tarde, por economía se varió el color del cuello y las bocamangas quedando todo azul con sólo el vivo grana. Las casacas llevaban granadas amarillas en los faldones y los pantalones tenían refuerzo de cuero en la parte interna. Los trompetas vestían con los colores invertidos, esto es chaquetas rojo grana con los vivos y vueltas azules.

Según recuerda Manuel Alejandro Pueyrredon, «no se permitía el uso de galón de oro, más que el galoncillo de cinco hilos, para denotar los grados de cada uno en la manga de la casaca».

San Martín trocó su antiguo uniforme por uno muy similar al de sus subordinados, del que se diferenciaba apenas por las insignias correspondientes a su jerarquía de jefe.

Remedios de Escalada

El teniente coronel de los Granaderos era un hombre sociable, más allá de su carácter reservado, y a poco de llegar fue apreciado en los salones porteños. Como antiguo ayudante de militares de alta alcurnia, había participado en espléndidos saraos a pesar de la guerra; conocía los bailes de moda, hacía oír su voz de barítono y rasgueaba la guitarra. Aunque desconocido con respecto a sus antecedentes familiares y patrimoniales por los principales hogares porteños, y por ende poco favorecido en cuanto a los atributos económicos y sociales que solían tomarse en cuenta para desposar a las hijas, ostentaba su buena estampa y presagiaba una no común carrera.

El fervor de Manuel y Mariano Escalada, que pronto los llevaría a sentar plaza como cadetes de Granaderos, le abrió las puertas de una las casas más notables de la ya entonces gran aldea porteña: la de don Antonio José de Escalada, quien manifestaba sin tapujos su oposición al yugo metropolitano. Actitud que varios años antes de la Revolución de 1810 le había granjeado fuertes encontronazos con sus colegas del Consulado de Comercio.

Quizás el teniente coronel encontró en aquella morada amplia y decorada con exquisito gusto, que se hallaba en la calle de la Santísima Trinidad, también llamada de la Catedral, esquina

Merced (hoy San Martín y Presidente Perón), un remedo de las casas que había frecuentado en Cádiz.

Pero al parecer San Martín y Remedios se conocieron antes, tal vez en el cuartel del Retiro, donde las familias solían trasladarse para contemplar las maniobras de los Granaderos, o en la casa de Mariquita Sánchez de Thompson, notable por su rebeldía hacia las decisiones paternas a la hora de predominar el amor, y por su lealtad a la causa americana, a la que había adherido su esposo Martín Jacobo, ex oficial de la Real Armada. Es posible que los haya presentado el mayor Alvear, con cuya mujer Remedios hizo amistad enseguida.

Lo cierto es que el veterano militar de 34 años, edad en la que otros se hallaban rodeados de hijos, y la niña de catorce sintieron mutua atracción y pronto aquél solicitó su mano. Según la biógrafa de María de los Remedios Carmen Rafaela Feliciana —tal el nombre que gastaba—, Florencia Grosso, San Martín halló la complacencia de Escalada pero no la de su segunda mujer, doña Tomasa de la Quintana, con quien no tardaron en producirse diferencias que con el tiempo aumentaron de magnitud.

¿Se le conocen a don José amores en sus tiempos de servicios hispanos?

Parece lógico que un hombre viril y moderadamente mundano haya mantenido alguna relación afectiva en un tiempo no caracterizado por el ascetismo y en ámbitos tan diversos como los que actuó. Pero nada se sabe con certeza.

El 26 de agosto de 1812, San Martín pidió permiso al gobierno, como lo mandaban las ordenanzas militares, para contraer matrimonio. La autorización le fue concedida una jornada más tarde. Justo ese día recibió orden de marchar a San Fernando para reponer en sus funciones al comandante militar Carlos Belgrano, a cuya autoridad se oponían algunos vecinos. Marchó al frente de dos escuadrones de Granaderos y luego de cumplir su cometido regresó a Buenos Aires.

El 28, San Martín y Remedios, acompañados por los padres de la joven, expresaron ante el notario mayor del Obispado de Buenos Aires, Gervasio Antonio de Posadas, su voluntad de casarse y declararon que no existía impedimento alguno para ello. Luego de ese trámite y transcurrido el tiempo de las amonestaciones canónicas, los contrayentes concurrieron el 12 de septiembre a la iglesia de la Merced, donde los casó privadamente el doctor Luis José Chorroarín. Fueron padrinos Alvear y su esposa.

Una semana más tarde, se celebró la misa de velaciones, que

tenía efecto después de las bodas para pedir que los hijos fueran educados cristianamente y aun que se viesen bendecidos por la vocación del sacerdocio. Los hombros del varón eran cubiertos con un velo o palio, y en forma completa la cabeza de la mujer.

A continuación, los esposos comulgaron, con lo que concluyó el acto religioso, y pasaron al sarao ofrecido en casa de los Escalada, ocasión en la que los personajes más encumbrados de Buenos Aires expresaron sus buenos deseos a la pareja.

Después pasaron una breve luna de miel en la quinta que una hermana de Remedios, María Eugenia, y su esposo José Demaría poseían en las barrancas de San Isidro.

Se avecinaban momentos clave y San Martín, que sería uno de los protagonistas, debía regresar a la ciudad.

Revolución del 8 de octubre de 1812

El descontento con respecto a la actuación del Triunvirato se proyectaba hacia distintos ámbitos. Rivadavia, que se había incorporado a raíz de la renuncia de Chiclana, manifestaba su carácter autoritario y poco proclive al diálogo, además de poner en evidencia su dureza y obstinación.

Tres meses atrás, había tenido lugar la ejecución del héroe civil de la lucha contra los ingleses, Martín de Álzaga, y sus presuntos seguidores, acusados de encabezar una rebelión de españoles para derribar al gobierno. Basado en pruebas y declaraciones no muy contundentes, fue apresado, fusilado y ominosamente colgado en la Plaza de la Victoria con otros partidarios, entre los que había militares, sacerdotes y comerciantes, cuyos bienes fueron expropiados. Durante tres días, la población contempló el tétrico espectáculo de sus cuerpos sin vida balanceándose en las horcas. La intervención del triunviro Pueyrredon (reemplazante de Paso, que había renunciado en abril de 1812), que entró sofocado al despacho de Rivadavia y le exigió el fin del derramamiento de sangre, salvó de la muerte a algunos de los señalados como conspiradores.

Por entonces circuló la versión de que la muerte de Álzaga y sus amigos obedecía a una venganza de Rivadavia, que los restantes miembros del Triunvirato no habían querido o no habían podido evitar.

Por otro lado, la temerosa actitud de don Bernardino y sus seguidores con respecto a España, que implicaba sostener la ya ridícula sujeción a la monarquía peninsular, generaba cada vez mayor rechazo entre quienes anhelaban una declaración formal de independencia.

Los demás miembros del Triunvirato eran, como se ha dicho, Pueyrredon, que bregaba por un acercamiento con Francia en vez de apoyarse en Inglaterra, y Sarratea, personaje poco apreciado y oscuro, quien concluía su mandato en octubre.

Se hacía necesaria una nueva asamblea, como la que en 1812 había elegido a las autoridades vigentes, con el objeto de elegir al sucesor de Sarratea. Ése fue el momento elegido por la Logia para derribar al gobierno con el apoyo de la Sociedad Patriótica.

La asamblea fue convocada para el 6 de octubre. El día anterior se supo en la capital que Belgrano, tras desobedecer las órdenes del gobierno de replegarse sobre Córdoba, había batido en las afueras de Tucumán al ejército realista, que ahora se retiraba hacia el norte. La victoria no hizo sino subrayar el desacierto de las medidas del Triunvirato. Al día siguiente, la asamblea eligió triunviro a Pedro Medrano, pero en la mañana del 8 de octubre apareció la plaza ocupada por fuerzas militares, entre ellas los Granaderos a Caballo y grupos civiles que exigían un cabildo abierto. Monteagudo presentó un petitorio a la autoridad local en el que acusaba al Triunvirato ante la asamblea de haber perpetrado un crimen contra la libertad civil, pedía el cese del gobierno y que el Cabildo reasumiera la autoridad que se le había delegado el 22 de mayo de 1810. Éste, urgido por los jefes militares que temían una complicación de la situación, accedió a nombrar triunviros a Juan José Paso, Nicolás Rodríguez Peña y Antonio Álvarez Jonte.

En la noche del 7 habían comenzado los disturbios callejeros. Un militar, enemigo personal del triunviro Pueyrredon, con un grupo de hombres, comenzó a buscarlo y como no lo halló, se introdujo en la casa de su hermana Magdalena, donde creía que se había refugiado, y atravesaron los colchones con sus espadas por si estaba oculto debajo de ellos. También atacaron la casa de José Cipriano Pueyrredon, rompieron vidrios, pegaron en los muros carteles con leyendas agraviantes y continuaron hasta el amanecer entre gritos e insultos.

Pueyrredon renunció y se le ordenó que partiese, confinado junto con su hermano a San Luis.

Mientras se preparaba, recibió una carta de San Martín, en la que rechazaba la suposición de que había estado detrás de lo ocurrido:

> Nada hay tan sensible para todo hombre como el ser acusado de hechos que no ha cometido. Así es que habiendo sabido extrajudicialmente [sic] me creía Vd. el promotor del incidente de su hermano y busca de Vd. la noche del 8 ha llegado al colmo mi sentimiento. Firme en mi principio ni aun la misma muerte me haría negar este hecho si así lo hubiese cometido. Bien al contrario

es bien notorio que a mi llegada a la plaza se había ya ejecutado y que lo desaprobé. Mi honor y delicadeza exigen que tanto a Vd. como al resto del pueblo que estén en esta creencia les dé una satisfacción. Yo cumplo con hacerla.

Esta carta sin fecha, escrita pocos días después del 8 de octubre pero con certeza dentro de dicho mes, la contestó Pueyrredon el 26 de noviembre, a los dos días de haberla recibido, en estos términos:

Creo que muy retardada recibí antes de ayer la estimable de usted, sin fecha, que con otras me fue remitida por un pasajero desde la posta inmediata a mi destino. Confieso que he leído con placer la satisfacción que ella contiene, solo porque es de Vd.; porque también era Vd. el sólo de quien había tenido que extrañar. Por lo demás, crea Vd. que he visto el comportamiento del oficial que insultó mi casa y la de mi hermano y la conducta del jefe que se lo ordenó como un efecto natural y preciso de causas conocidas. Yo sería igual a todos los hombres si conservase resentimientos vulgares, por un suceso tan común y tan repetido, por desgracia, en nuestra revolución. Pero no señor; me fijo en buenos principios, observo la marcha incierta de una nave que corre sin brújula, veo la desesperación del equipaje [tripulación] porque no llega tan pronto como deseara al puerto que cada uno se figura, en diversa dirección; lo disculpo, porque no conoce otra razón que su deseo; compadezco al piloto, porque sin los instrumentos para su derrota será más inseguro cualquier rumbo que tome; me intereso en la salvación de la nave, porque ella conduce mi vida y mi fortuna; y sólo culpo de este choque de intereses y pasiones a la fatalidad de mi destino.

Usted verá si hay semejanza entre nuestra situación política y la de mi preciosa nave y podrá calcular mis sentimientos. Lo que sí puedo afirmar a Vd. es que será un prodigio la salvación de la nave sin la brújula indispensable, como lo será también la de nuestra patria, sin una constitución que enseñe los caminos que deben llevar los que mandan y los que obedecen; pues de lo contrario daremos sin remedio en el escollo de la anarquía o en otros no menos ruinosos.

Me he dilatado más de lo que pedía la materia de mi contestación; pero es, también porque escribo a Vd. y sólo para Vd., a quien por lo que es y por la familia a que pertenece aprecia con verdad su muy atento y afectísimo servidor.

Dice al respecto Hialmar Edmundo Gammalsson que quizá fue el primer contacto epistolar entre San Martín y Pueyrredon surgido a raíz de la revolución del 8 de octubre, aun cuando ambos ya se conocían, pero presumiblemente sin haber trabado una relación estable. Don Juan Martín, superando diferencias personales en la carta transcripta, señalaba a San Martín su preocupación por el destino del país y consignaba de paso la sociedad secreta de la que ambos formaban parte («por la familia a que pertenece»).

Hacia la independencia

El objetivo inmediato del nuevo gobierno fue llamar a una

asamblea nacional en la que los pueblos estuviesen auténticamente representados y se definiese el sistema con que las Provincias Unidas debían «aparecer en el teatro de las naciones», como dijo en su primera proclama. En ese documento se señalaba con claridad el objetivo principal: «El eterno cautiverio del señor Fernando VII ha hecho desaparecer sus últimos derechos con los postreros deberes y esperanzas».

Como San Martín lo deseaba, en ese momento se marchaba directamente hacia la independencia.

Con la revolución quedaba sin efecto el Estatuto Provisorio que atribuía al pueblo de Buenos Aires un dominio total de la asamblea. La que ahora era convocada por el Segundo Triunvirato se proyectaba sobre bases que le aseguraban al interior una representación más equilibrada, pero finalmente diversos factores confluyeron para que ese proyecto quedase frustrado, por lo menos en parte.

Sin embargo, al parecer hubo un intento de impedir la reunión de la nueva asamblea. El 12 de enero de 1813, San Martín y los tres comandantes de los cuerpos de guarnición en la capital denunciaron una conspiración en ese sentido. Se formó un proceso que no arrojó culpables y concluyó con un sobreseimiento completo.

Bautismo de fuego

Los desembarcos de los realistas de Montevideo se hacían cada vez más frecuentes en las riberas del Paraná, con la consiguiente intranquilidad y daño para los pobladores. Ante tal situación, el gobierno le ordenó a San Martín que marchase a interceptarlos. El cumplimiento de ese mandato le impediría asistir a la instalación de la Soberana Asamblea General Constituyente, que tuvo lugar el 31 de enero de 1813.

El coronel —había sido ascendido el 7 de diciembre de 1812— partió de Buenos Aires a marchas forzadas el 28 de enero, siguiendo el camino de las postas a Santa Fe por Santos Lugares, Las Conchas (hoy Tigre), Arroyo Pinazo, Pilar, Cañada de la Cruz, Areco, Cañada Honda, Arrecifes, San Pedro, San Nicolás, Arroyo Seco, Arroyo del Medio, Rosario, Espinillo y San Lorenzo. Estaba atrasado dos días con respecto a la expedición española, según sus estimaciones.

En la noche del 2 de febrero, llegó a la posta de San Lorenzo, distante cinco kilómetros del convento. Allí encontró los caballos que el comandante militar de Rosario, Celedonio Escalada, había reunido con el objeto de ofrecer elementos de refresco. Para confundir al enemigo, San Martín cubría su uniforme con un

poncho y usaba un sombrero de paja de ala ancha. De esa manera podía aproximarse a la costa y seguir los movimientos de la flota española sin temor a que los catalejos descubriesen una presencia militar.

Allí, San Martín se encontró con un viajero que descansaba en su carruaje desenganchado. Era William Parish Robertson, comerciante británico, de los muchos que había desde 1810 en el Río de la Plata y que, como tantos, anotaba puntualmente sus vivencias para uso propio o información de las autoridades británicas. Le tocaría ser testigo privilegiado del hecho de armas que se avecinaba y dejar una vívida narración del bautismo de fuego del Libertador y su regimiento en suelo americano.

Se hallaba profundamente dormido en su carruaje cuando lo despertó abruptamente «el tropel de caballos, ruido de sables y rudas voces de mando». Dos arrogantes soldados de tostados rostros, ubicados junto a cada ventanilla del coche, lo intimaban a que descendiera cuando oyó que alguien los reprendía:

> —Seguramente usted es el coronel San Martín, y, si es así, aquí está su amigo míster Robertson.
>
> El reconocimiento fue instantáneo, mutuo y cordial; y él se regocijó con franca risa cuando le manifesté el miedo que había tenido, confundiendo sus tropas con un cuerpo de marinos. El coronel entonces me informó que el gobierno tenía noticias seguras de que los marinos españoles intentarían desembarcar esa misma mañana, para saquear el país circunvecino y especialmente el convento de San Lorenzo. Agregó que para impedirlo había sido destacado con ciento cincuenta granaderos a caballo de su regimiento; que había venido andando principalmente de noche para no ser observado […]. Dijo estar seguro de que los marinos no conocían su proximidad y que dentro de pocas horas esperaba entrar en contacto con ellos. —«Son doble en número», añadió el valiente coronel, «pero por eso no creo que tengan la mejor parte de la jornada».
>
> —«Estoy seguro que no», dije; y descendiendo sin dilación empecé con mi sirviente a buscar a tientas vino con que refrescar a mis muy bien venidos huéspedes. San Martín había ordenado que se apagaran todas las luces de la posta, para evitar que los marinos pudiesen observar y conocer así la vecindad del enemigo. Sin embargo, nos manejamos muy bien para beber nuestro vino en la obscuridad y fue literalmente la copa del estribo; porque todos los hombres de la pequeña columna estaban parados al lado de sus caballos ya ensillados, y listos para avanzar, a la voz de mando, al esperado campo del combate.
>
> No tuve dificultad de persuadir al general [sic, por coronel] que me permitiera acompañarlo hasta el convento.
>
> «Recuerde solamente», dijo, «que no es su deber ni oficio pelear. Le daré un buen caballo y si usted ve que la jornada se decide contra nosotros, aléjese lo más ligero posible. Usted sabe que los marineros no son de a caballo». A este consejo prometí sujetarme y, aceptando su delicada oferta de un caballo excelente y estimando debidamente su consideración hacia mí, cabalgué al

costado de San Martín cuando marchaba al frente de sus hombres, en obscura y silenciosa falange.

Aquella misma noche, la columna de Granaderos arribó al convento de San Carlos, edificio iniciado en 1792 y aún inconcluso, y ocupó los patios traseros en silencio. Los recién llegados no encontraron ser humano alguno, pues los frailes franciscanos se habían marchado dos días antes a raíz de la amenaza de nuevos desembarcos. Luego del 30 de enero, hubo otra incursión el 2 de febrero, pero no en la costa sino en una isla vecina.

San Martín, que había prohibido que se encendieran fuegos o se hablara en voz alta, subió a la espadaña y observó con su catalejo la presencia del enemigo, denunciada por las luces de los fanales de comunicación entre los buques. Seguidamente reconoció el terreno vecino y, basándose en las noticias que le había dado Escalada, español al servicio de la Revolución que había sido capitán de Patricios y a quien Belgrano había dejado al frente de la comandancia militar, trazó su plan de combate. Este oficial le proporcionó 50 milicianos de Rosario con un pequeño cañón servido por cinco soldados del Regimiento de Artillería de la Patria que fueron colocados de reserva en el convento. Tenía conocimiento de que el capitán realista Antonio Zabala poseía unos 250 soldados. Pero el coronel estaba seguro de triunfar.

Al frente del convento y hacia la barranca del río se extiende una planicie adecuada para las maniobras de la caballería. Desde el atrio y al borde de la barranca había una distancia de poco más de 300 metros, que San Martín consideró suficientes para dar una carga de fondo.

Con un golpe de vista, San Martín había apreciado el posible curso de la acción. Ordenó que los granaderos saliesen del patio y se emboscaran a ambos lados del convento, con los caballos ensillados y las armas preparadas.

Existen datos contradictorios sobre el número de soldados con que contaba San Martín. En su parte de la acción, señala que fueron 120, pero en 1827, en carta al general Guillermo Miller, diría 140. Robertson menciona 150 y el mismo número cita Juan Manuel Beruti en sus *Memorias curiosas*, con datos del entonces cura párroco de Rosario, doctor Julián Navarro. Desde Mitre en adelante, los autores difieren. En un reciente y valioso estudio sobre el combate, Roberto A. Colimodio y Julio A. Romay, basándose entre otras cosas en una lista de revista del regimiento, se inclinan por 150 o 151.

San Martín volvió a subir a la espadaña y al dar las cinco de la mañana vio que de los buques se desprendían lanchas de

desembarco con tropas que se dirigían al llamado puerto de San Lorenzo, al pie de la barranca, cerca de la desembocadura del arroyo. Allí la orilla era menos escarpada que frente al convento y esto facilitó el paso de los infantes de Zabala con sus dos piezas navales de a cuatro libras.

No había transcurrido media hora cuando asomaron los atacantes por el borde de la barranca, formados en dos columnas. Marchaban con las banderas de las Milicias Urbanas de Montevideo desplegadas, al son de pífanos y tambores.

Según Robertson, que lo había acompañado desde su reciente encuentro, «Volvió a bajar corriendo luego de decirme: "—Ahora, en dos minutos más estaremos sobre ellos, sable en mano"». San Martín ordenó no disparar un tiro de carabina ni pistola, para no alertar al adversario. El desenlace se produciría a sable y lanza.

El coronel, colocándose al frente de sus hombres, los arengó con estas palabras: «Espero que tanto los señores oficiales como los granaderos se portarán con una conducta tal cual merece la opinión del regimiento». De inmediato, se puso al frente de la segunda columna y dio el mando de la primera al capitán montevideano Justo Germán Bermúdez, ordenándole flanquear y cortar la retirada a los incursores: «En el centro de las columnas enemigas nos encontraremos [dijo], y allí daré a usted mis órdenes.»

Combate de San Lorenzo (Diego Alejandro Soria, *Campañas militares del general San Martín*).

San Martín atacaría al enemigo de frente, mientras Bermúdez, tras practicar un rodeo, caería sobre el flanco de los infantes para impedirles la retirada.

¿Utilizó en aquella jornada el sable corvo que había adquirido en Londres? Si bien Gregorio Aráoz de La Madrid relata en sus *Memorias* que San Martín le obsequió en Tucumán la espada que había empleado en su primer triunfo en suelo americano, arma que éste expresa haber extraviado, es posible que la adjudicación de su uso en San Lorenzo se haya debido a una confusión del valiente subordinado.

El sable adquirido en Londres no era un atributo ceremonial sino un instrumento de guerra, y cómo no iba a utilizarlo San Martín si lo hacía aun para instruir a los granaderos en su cuartel.

Zabala, que no pudo reprimir su sorpresa al oír el toque de carga

y contemplar en el mismo instante la masa que lo atacaba, ordenó a sus soldados que formaran en martillo pues no había tiempo para hacerlo en cuadro, ya que los Granaderos no se arredrarían con las bajas que les provocaban las piezas de artillería.

Las cabezas de columna españolas, desorganizadas en la primera carga, se replegaron sobre las mitades de retaguardia y rompieron un nutrido fuego contra los atacantes, algunos de los cuales se ensartaron en la punta de sus bayonetas.

San Martín, al frente de su columna, se encontró con la fracción que mandaba en persona Zabala, que según Mitre era corpulento y de elevada estatura.

El combate duró sólo quince minutos pero puso en riesgo la vida del coronel patriota. Al ser atacado el trozo que comandaba San Martín con un nutrido fuego de metralla y fusilería, su caballo resultó herido y cayó a tierra, oprimiéndole una pierna, mientras un arma blanca realista le provocaba una herida leve en el rostro. Otro soldado enemigo procuró rematarlo con su bayoneta. Pero fue salvado por el certero lanzazo que le asestó el granadero puntano Juan Bautista Baigorria y le dio muerte. Entretanto, el soldado correntino Juan Bautista Cabral echó pie a tierra y liberó a San Martín del peso que lo sujetaba. El granadero cayó a su vez con dos heridas mortales y dejó la vida diciéndole a su jefe: «¡Muero contento. Hemos batido al enemigo!»

Los españoles, abatidos y deshechos por el doble y rápido ataque, abandonaron el campo, llevando su artillería, sus muertos y heridos, en acción de repliegue hacia la barranca mientras procuraban formar cuadro. En aquellos momentos la escuadrilla al mando del corsario Rafael Ruiz rompió fuego desde el río para proteger la retirada.

El capitán Bermúdez se hizo cargo del mando ante la herida de su jefe, que tenía un brazo dislocado por la caída, e hizo retroceder a los realistas; pero en la persecución de la segunda carga, fue gravemente herido por un disparo hecho desde las naves. Trasladado con los otros heridos al convento, sufrió una amputación seguida de hemorragia infecciosa. Murió el 14 de febrero de 1813 y fue sepultado en el cementerio del convento.

El teniente Manuel Díaz Vélez, en el ardor del ataque, se desbarrancó, pues montaba un brioso caballo, y recibió tres heridas, una de bala en el cráneo y dos bayonetazos en el pecho, y quedó prisionero. Fue canjeado al día siguiente junto con tres lancheros paraguayos capturados por los corsarios realistas antes del combate, quienes se incorporaron voluntariamente al regimiento. Murió seis

meses más tarde en Buenos Aires sin haber recuperado el conocimiento. En cuanto a los lancheros, merece especial mención José Félix Bogado, quien llegó a coronel y regresó a la patria a la cabeza de los restos del Regimiento de Granaderos, tras combatir en las últimas batallas por la independencia americana, en 1824.

En medio de la carga, el teniente Hipólito Bouchard se abalanzó sobre el abanderado realista y le dio muerte con su sable. Con pocas palabras, en su media lengua franco-española, le entregó a San Martín la enseña española cuya asta llevaba aferrada a la montura. Pocos días más tarde, la Asamblea General Constituyente le expidió su merecida carta de ciudadanía. No tardaría en volver al mar y protagonizar hazañas corsarias como comandante de la fragata *La Argentina* que enarboló el pabellón celeste y blanco por los mares del mundo.

Los últimos dispersos españoles se lanzaron en fuga precipitándose por el despeñadero.

Los Granaderos tuvieron 16 muertos y 27 heridos. Las principales bajas, además de Juan Bautista Cabral, inmortalizado como sargento aunque nunca fue oficialmente ascendido, resultaron los dos oficiales heridos, que fallecieron luego. Varios granaderos quedaron inútiles para el servicio y recibieron cédulas de invalidez. San Martín se ocupó de todos y pidió el 27 de febrero amparo para las familias de Bermúdez y Cabral, haciendo otro tanto el 22 de mayo en favor de la de Díaz Vélez.

Finalizada la acción, el coronel suministró víveres frescos para los heridos enemigos por pedido de su jefe, a quien recibió. A la sombra de un pino que aún se conserva, redactó luego el parte de la victoria.

Después de narrar la acción, San Martín destacó el denuedo y el patriotismo con que habían actuado otras personas ajenas al regimiento:

> El valor e intrepidez que han manifestado la oficialidad y tropa de mi mando, los hace acreedores a los respetos de la patria y atenciones de vuestra excelencia. Cuento, entre éstos, al esforzado y benemérito párroco doctor don Julián Navarro, que se presentó con valor, animando con su voz y suministrando los auxilios espirituales en el campo de batalla. Igualmente lo han contraído los oficiales voluntarios don Vicente Mármol y don Julián Corvera que, a la par de los míos, permanecieron con denuedo en todos los peligros. Seguramente el valor e intrepidez de los granaderos hubiera terminado en este día de un solo golpe las invasiones de los enemigos en las costas del Paraná, si la proximidad de las bajadas, que ellos no desampararon, no hubiera protegido su fuga; pero me arrojo a pronosticar sin temor que este escarmiento será un principio para que los enemigos no vuelvan a inquietar a estos pacíficos moradores.

La *Gaceta Ministerial* se refirió al triunfo en estos términos:

> Loor y gratitud a estos dignos defensores de la patria, que en el primer ensayo de sus fatigas militares han dejado la memoria de sus heroicos esfuerzos en los corazones de sus conciudadanos, y en el ánimo de los enemigos de la libertad, la idea del temor y del escarmiento. Éstos recordarán con espanto el 3 de febrero de 1813. Y los patriotas consagrarán este glorioso día a la admiración que inspira el valor de los héroes.

San Martín recomendó también, en otros despachos, al capitán Escalada, a los cirujanos que participaron en el combate y a los frailes franciscanos que cooperaron con éstos.

Poco después, la unidad regresaba a Buenos Aires con el fin de prepararse para nuevas y gloriosas acciones en pos de la libertad de medio continente. Y San Martín obtenía el reconocimiento del gobierno hacia las familias de los muertos, en favor de los heridos y en memoria de su heroico salvador, Cabral.

Sobre la puerta del cuartel del Retiro se colocó un cuadro destinado a perpetuar su memoria con la siguiente leyenda: «Juan Bautista Cabral murió heroicamente en el campo de honor». Después del combate hasta la exclusión del regimiento como parte del Ejército y desde su reposición hasta el presente, cuando se pasa revista por la tarde en la primera compañía del escuadrón al que Cabral pertenecía, el sargento más antiguo lo llamaba por su nombre. Y cuando éste resonaba, otro suboficial daba esta respuesta: «Murió en el campo del honor, pero existe en nuestros corazones. ¡Viva la patria, granaderos!»

Paulatino distanciamiento de Alvear y nuevas funciones

Las relaciones del jefe y del segundo jefe de los Granaderos se enfriaron con el correr de los meses a raíz de la abismal diferencia de carácter entre un San Martín circunspecto, atenido a la severa disciplina militar, que detestaba el *apaisanamiento* de los militares cuyas graves consecuencias había contemplado durante la guerra contra Napoleón en España, y un Alvear inclinado a los devaneos políticos.

El coronel no dudaba de que la liviandad y el favoritismo con que actuaba en otros ámbitos aquel hombre joven y mimado por la fortuna, eran un pésimo antecedente para los oficiales del regimiento, cuya mayoría pertenecía también a las familias distinguidas y a quienes se imponía férreas reglas que debían respetar.

Pero por otra parte existían razones de fondo, vinculadas con la idea que cada uno poseía acerca del papel que debía jugar la

Asamblea General Constituyente. San Martín estaba convencido de que era indispensable la pronta proclamación de la independencia y la sanción de una constitución que al decidir la forma de gobierno abriera el camino de una pronta organización política. Alvear, más maleable o tal vez oportunista, se resistía a dar el gran paso y confiaba en que la sucesión de resoluciones del cuerpo advirtiera hacia dónde se marchaba. Ello sobre todo cuando vislumbraba un panorama internacional potencialmente adverso.

La Asamblea inició una obra legislativa propia del parlamento de una nación independiente. Se eliminó toda referencia al rey cautivo, se acuñó moneda nacional, se establecieron el escudo y el himno del país, se suprimieron los mayorazgos y títulos de nobleza, se abolieron la Inquisición y las torturas judiciales y se estableció la libertad de vientres para las esclavas.

> Todas estas medidas [dicen Floria y García Belsunce] trasuntan el espíritu liberal que presidía la Asamblea. Sin embargo, sus objetivos capitales no se cumplirían: ni se dictaría una constitución definitiva ni se declararía la independencia.

Agregan los autores citados que

> el espíritu de facción promovido por el ambicioso Alvear para su promoción personal, hizo presa de la Logia Lautaro, que debía haber sido el motor impulsor de las grandes decisiones políticas de la nación según los propósitos de San Martín. Perdida la unidad de la logia y ganada finalmente por los alvearistas, el espíritu faccioso se extendió al cuerpo constituyente que pasó a responder a las tendencias de Alvear.

Empleos burocráticos en la capital

Luego de San Lorenzo, que dio a San Martín prestigio entre los miembros de la Asamblea y el pueblo, los Granaderos recibieron distintas misiones. Un oficial y 38 suboficiales y soldados marcharon a reprimir una insurrección de milicianos en Entre Ríos, mientras el regimiento continuaba sus tareas de patrullaje y vigilancia de la margen derecha del Paraná hasta Santa Fe. Paralelamente, se instalaron destacamentos en San Nicolás, Zárate, Las Conchas y San Fernando de la Buena Vista, en cuyas cercanías se hallaba ahora su campo de instrucción.

En mayo, San Martín fue nombrado vocal de la causa instaurada con motivo del desastre de Huaqui (20 de junio de 1811), pero el 21 de ese mes se excusó con el argumento de que no le permitía asumir la instrucción de sus hombres, entre los que había un crecido número de reclutas, y el dictado de conferencias a los oficiales.

El 4 de junio, el gobierno lo designó al frente de las escasas fuerzas de defensa de la capital y lo hizo reconocer dos días más tarde. En la convicción de que mediante esas funciones se pretendía retenerlo en un empleo burocrático, renunció. La dimisión no le fue aceptada. Como era un militar concienzudo, cumplió con su obligación. Pero en septiembre de 1813 volvió a dimitir:

> Sólo el bien de la causa que defendemos es el que me mueve a molestar a vuestra excelencia por segunda vez sobre mi renuncia del mando de las tropas que me ha confiado […]. El 5 de junio hice presente a vuestra excelencia que siendo la caballería el arma principal que debía obrar sobre el enemigo en caso de invasión, creía de absoluta necesidad el ponerme a la cabeza de mi regimiento, tanto por mis conocimientos en esta arma como por la opinión que debo merecer de un cuerpo que he creado y he formado. Así es que, si vuestra excelencia quiere esperar ventajas de la caballería, es indispensable el que me ponga al frente de ella y, de consiguiente, la imposibilidad del mando general de las fuerzas y atenciones de la capital. En este supuesto, ruego a vuestra excelencia encarecidamente me exonere del mando general de las tropas de la capital para, por este medio, desempeñar mejor mis deberes en beneficio del país.

Y concluía:

> Yo ofrezco a vuestra excelencia que con sólo el cargo de mi regimiento podré dar un día feliz a la patria, y yo espero que vuestra excelencia no negará una solicitud que no tiene más objeto que el bien de los habitantes de estas provincias.

Es de suponer el conflicto moral de San Martín en aquellas circunstancias. Había llegado al Plata para trabajar con firmeza por la emancipación de América del Sur y se encontraba con que las facciones políticas se enzarzaban en nuevas luchas aun frente a la amenaza de un intento de recuperación de sus antiguas posesiones por España.

Por aquellos días, recibió una noticia que aumentó aún más su pesar: el 1° de junio de 1813 había fallecido en Orense, Galicia, donde se hallaba con su hija y su yerno, su amada madre…

El futuro Libertador habrá hallado en Remedios de Escalada un bálsamo para sus pesares.

Bibliografía

Archivo de San Martín, cit., tomo II; Juan Manuel Beruti, «Memorias curiosas», en Biblioteca de Mayo, tomo IV, Buenos Aires, 1960; Documentos para la Historia del Libertador General San Martín, cit., tomo II; Gregorio Aráoz de La Madrid, *Memorias*, Buenos Aires, El Elefante Blanco, 2007; Manuel Alejandro Pueyrredon, «Memorias inéditas». «Historia de mi vida.» *Campañas*

del Ejército de los Andes, Buenos Aires, Editorial Guillermo Kraft, 1947.

Juan Álvarez, *Historia de Rosario*, Buenos Aires, López, 1943; Camilo Anschütz, *Historia del Regimiento de Granaderos*, tomos I-II, Buenos Aires, Biblioteca del Oficial, 1945; José Luis Busaniche, *San Martín visto por sus contemporáneos*, Buenos Aires, Instituto Nacional Sanmartiniano, 1995; César A. García Belsunce [director], *Buenos Aires, su gente. 1800-1830*, Buenos Aires, Equipos de Investigación Histórica, 1976; Roberto A. Colimodio y Julio A. Romay, *Soldados de San Martín en San Lorenzo. Hechos y aspectos inéditos*, Buenos Aires, Alfar Editora, 2013; Miguel Ángel De Marco y Oscar Luis Ensinck, *Historia de Rosario*, Rosario, Museo Histórico Provincial «Dr. Julio Marc», 1972; Carlos A. Floria y César A. García Belsunce, *Historia de los argentinos*, tomo I, Buenos Aires, Larousse, 1993; Hialmar Edmundo Gammalsson, *Juan Martín de Pueyrredon*, Buenos Aires, Editorial Goncourt, 1968; Florencia Grosso, *Remedios de Escalada de San Martín. Su vida y su tiempo*, Buenos Aires, Editorial Dunken, 1999; John Lynch, *San Martín. Soldado argentino, héroe americano*, cit.; Bartolomé Mitre, *Historia de San Martín*…, cit.; Enrique Mario Mayochi, *San Martín en la Argentina (Desde su llegada a Buenos Aires en 1812 al paso de los Andes)*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1978; José Pacífico Otero, *Historia del Libertador*…, cit.; Guillermo Palombo y Luis Miguel de Igarzábal Clausse, «La carga de los Granaderos a Caballo en el combate de San Lorenzo. San Martín y la obra de García Ramírez de Arellano», *El Tradicional*, N° 109, Buenos Aires, marzo-abril de 2013; Patricia S. Pasquali, *San Martín. La fuerza de la misión*…, cit.; Héctor Luis Piccinalli, *Vida de San Martín en Buenos Aires*, 1984; Jorge María Ramallo, *Historia del sable de San Martín*, Buenos Aires, Ediciones Theoría, 1963; Jorge María Ramallo, *San Martín, las logias, la revolución social y su amor por Buenos Aires*, Buenos Aires, Fundación Nuestra Historia, 1998; Isidoro Ruiz Moreno, *Campañas militares argentinas. La política y la guerra*, tomo I, Buenos Aires, Emecé, 2005; Diego Alejandro Soria, *Las campañas militares del general San Martín*, cit.

Mando del Ejército del Norte y concepción del cruce de los Andes

En sus últimos días de existencia, el Triunvirato decidió, a raíz del fracaso en la campaña del Alto Perú tras las derrotas sufridas por Manuel Belgrano en Vilcapugio y Ayohuma, relevar al general en jefe, quien había solicitado su reemplazo por nota del 17 de diciembre de 1813. Inicialmente, el gobierno había designado a José de San Martín como mayor general del Ejército del Norte, en sustitución del coronel Eustoquio Díaz Vélez. El coronel de Granaderos manifestó su resistencia a aceptar ese cargo, pero el triunviro Nicolás Rodríguez Peña le hizo saber que el mismo Belgrano había solicitado el relevo de quien lo había ocupado hasta entonces. Finalmente, el 18 de enero, San Martín fue nombrado comandante en jefe en su reemplazo.

Antes de conocer tal decisión, Belgrano había dispuesto que a su llegada San Martín reorganizase el ejército en Tucumán, ciudad que había elegido como base de operaciones para remontar los maltrechos restos de sus fuerzas, decisión aceptada y compartida por quien iba a ocupar su puesto.

Entretanto, ocurrían en Buenos Aires nuevos y radicales cambios políticos. A fines de 1813, la situación se había tornado dramática. El entonces presidente de la Asamblea General Constituyente, Carlos de Alvear, desplazó al Triunvirato el 31 de enero de 1814 y obtuvo la creación de un Poder Ejecutivo unipersonal, cuyo titular ostentaba la dignidad de director supremo. Para asumirlo impuso a su tío, Gervasio Antonio de Posadas, quien tendría que afrontar derrotas militares en casi todos los frentes, incluso la franca presencia de una guerra fratricida con el alzamiento de los pueblos del Litoral y la Banda Oriental encabezados por Artigas. Como hecho positivo, el 21 de junio de ese año, se produciría la rendición de las tropas realistas sitiadas en Montevideo. Para que Alvear, general de 25 años, ganara un importante lauro, Posadas reemplazó a José Rondeau en el mando del ejército, de modo que al capitular la plaza, quien recibió la espada del vencido fue el primero.

Previo a conocerse personalmente, San Martín y Belgrano enlazaron una sincera amistad epistolar que comenzó cuando aquél le escribió desde Buenos Aires felicitándolo por los triunfos de Tucumán y Salta. Esa carta no ha llegado a manos de la posteridad, pero sí la respuesta del creador de la Bandera, fechada en Lagunillas

el 25 de septiembre de 1813, en la que le decía:

> ¡Ay!, amigo mío. ¿Y qué concepto se ha formado usted de mí? Por casualidad, o mejor diré, porque Dios ha querido me hallo de general sin saber en qué esfera estoy: no ha sido ésta mi carrera y ahora tengo que estudiar para medio desempeñarme y cada día veo más y más las dificultades de cumplir con esta terrible obligación [...]. Crea usted que jamás me quitará el tiempo y me complaceré con su correspondencia, si gusta honrarme con ella y darme algunos de sus conocimientos para que pueda ser útil a la patria, que es todo mi conato, retribuyéndole la paz y tranquilidad que tanto necesitamos.

El 8 de diciembre, luego de Ayohuma, Belgrano le había hecho conocer a San Martín, desde Humahuaca, que había pedido al gobierno que lo designase en su ejército, lo cual se le había concedido. Y nueve días más tarde volvía a escribirle para reclamar que apresurara su marcha:

> Vuele usted, si es posible; la patria necesita que se hagan esfuerzos singulares y no dudo que usted los ejecute según mis deseos, para que yo pueda respirar con alguna confianza y salir de los graves cuidados que me agitan incesantemente. Crea usted que no tendré satisfacción mayor que estrecharlo entre mis brazos y hacerle ver lo que aprecio el mérito y honradez de los buenos patriotas como usted.

Más tarde se dirigió a San Martín desde Jujuy el 25 de diciembre:

> Mi corazón toma un nuevo aliento cada instante que pienso que se acerca, porque estoy firmemente persuadido de que con usted se salvará la patria y podrá el ejército tomar un diferente aspecto [...]. Celebro los auxilios que usted trae así de armas como de municiones y particularmente los dos escuadrones de su regimiento, que ellos podrían ser el modelo para todos los demás en disciplina y subordinación.

Volvió a tomar la pluma el 2 de enero desde la misma ciudad para expresarle cuánto confiaba en los beneficios de su incorporación al exánime conjunto de hombres que comandaba:

> Deseo mucho hablar con usted, de silla a silla, para que tomemos las medidas más acertadas y formando nuestros planes, los sigamos sean cuales fueren los obstáculos que se nos presenten, pues sin tratar con usted a nada me decido.

La correspondencia se hizo casi diaria hasta la hora del encuentro.

Finalmente, éste ocurrió el 29 de enero de 1814, en Algarrobos, cerca de Yatasto. El coronel San Martín, vestido con el sencillo uniforme de su unidad, marchaba al frente de una fuerza compuesta por 700 infantes del primer batallón del regimiento 7, dos escuadrones de Granaderos, el 1º y el 2°, y 100 artilleros de refuerzo.

Al apearse de su cabalgadura, Belgrano se confundió en un abrazo con el recién llegado. Ambos eran de similar estatura. San Martín reflejaba su condición de soldado hecho a la vida de cuartel y a las batallas: mirada penetrante, voz gruesa y metálica, recia musculatura, movimientos marciales. Belgrano, que había trocado la vida sedentaria por las vicisitudes de la lucha en épocas relativamente recientes, exhibía, por el contrario, el aspecto de un hombre de estudio poco afecto a los ejercicios físicos, a la vez que mostraba en su rostro armonioso los rastros de la fatiga y de las enfermedades que lo aquejaban.

Don Manuel se expresaba marcando las eses, como los porteños; don José lo hacía con gracejo andaluz.

Presentados los respectivos jefes y oficiales, comenzó esa conversación «silla a silla» a la que había aspirado Belgrano y que pronto ratificó las coincidencias entre aquellos hombres llamados a recibir de la posteridad el título de Padres de la Patria.

Ambos estaban al tanto de la literatura militar de la época y podían hablar con solvencia de conductores y campañas antiguas y recientes. Si San Martín había conocido muchos de los campos de batalla de fines del siglo XVIII y principios del XIX, e incluso había experimentado las singularidades de la lucha en el mar, Belgrano, que había sido testigo lejano durante sus años de permanencia en la metrópoli de la decadencia militar y naval de España después de una etapa de gran esplendor, podía extenderse acerca de las peculiaridades de los jefes realistas americanos contra los que había combatido, y proporcionar útiles referencias sobre la geografía y acerca de la idiosincrasia de los pueblos del Noroeste y del Alto Perú.

Tanto San Martín como Belgrano estaban muy al tanto de las vicisitudes de la política de los Borbones en el contexto de un mundo signado por el expansionismo francés y las inextinguibles apetencias británicas, y no es aventurado pensar que hablaron sobre las repercusiones que ambas potencias tenían en América y acerca de la mejor forma de organizar políticamente a los pueblos que aspiraban a declarar su independencia.

El modesto Belgrano no vaciló en ponerse a las órdenes de San Martín, como coronel más antiguo en su condición de jefe de los Patricios.

Al hacerse cargo del ejército, el 30 de enero de 1814, San Martín lo proclamó de este modo:

> Hijos valientes de la patria: el supremo gobierno acaba de confiarme el mando en jefe del ejército; él se digna imponer sobre mis hombros el peso augusto,

pero delicado, de su defensa.
Soldados: confianza, subordinación y valor. Yo, al admirar vuestros esfuerzos, quiero acompañaros en los trabajos para tener parte en las glorias. Yo voy a hacer cuanto esté a mis alcances para que os sean menos sensibles los males.
Vencedores en Tupiza, Piedras, Tucumán y Salta, renovemos tan dulces, tan heroicos días. ¿La patria no está en peligro inminente de sucumbir? Vamos, pues, soldados a salvarla.

Quiso además exaltar la gratitud de la patria hacia el pueblo de la provincia por sus sacrificios antes y después de la victoria del Campo de las Carreras:

Valientes tucumanos: los lances de la guerra han traído de nuevo a vuestro seno los soldados de la Patria, con quien os inmortalizasteis el año anterior. Tucumán es el teatro de los héroes. Yo os felicito ya por los triunfos memorables que nos esperan.
El enemigo humillado en vuestro recinto recuerda con horror el nombre tucumano. La sangre, la ruina y la desolación de vuestro pueblo, ocupa su atención primordial. Haced conocer al mundo que en vuestros hogares está fijado el dique que debe contener su irrupción. Constancia, unión, tucumanos, y apareceremos invencibles.
Yo vengo a trabajar entre vosotros. Fijad en mis deseos y en los esfuerzos que os prometo las esperanzas que os da un compañero. Unido el ejército de mi mando con vosotros, ¿tendrá la Patria a quién temer?

De boca del mismo Belgrano conocía las deficiencias y necesidades de las fuerzas que debía comandar. No vaciló, San Martín, en emprender la ingente labor de reorganizarlas y darle nervio para ponerlas en condiciones de combatir contra el amenazante enemigo que dominaba las provincias altoperuanas.

Un día después de hacerse cargo de la jefatura, dio a conocer indispensables normas para un buen gobierno militar. Una de ellas disponía que el pago a la tropa se efectuase los sábados de cada semana, tarea que debía cumplir el capitán o comandante de cada compañía. Señala Enrique Mario Mayochi que en Buenos Aires, el coronel de los Granaderos había chocado más de una vez con el gobierno por falta de cumplimiento de obligaciones financieras en favor de oficiales y soldados: «En esto ha sido inflexible y lo seguirá siendo. Él es capaz de no percibir haberes o de renunciar a la mitad de ellos, mas el soldado no debe caer en el desánimo o dudar de la patria por falta de unos pesos».

Consecuente con esa postura, ordenó que volvieran a la caja militar 36.000 pesos en plata y oro que, como parte de fondos altoperuanos, debían pasar por orden gubernativa a la Tesorería General. El director supremo Posadas se lo reprochó y recibió una respetuosa aunque firme respuesta de San Martín, que refleja la importancia que asignaba al bienestar para levantar la moralidad de

sus subordinados:

> Acostumbrado a prestar la más ciega obediencia a las órdenes superiores, y empeñado en el difícil encargo de reorganizar este ejército, fluctué mucho en el conflicto de conciliar lo uno con lo otro. Yo no había encontrado más que unos tristes fragmentos de un ejército derrotado. Un hospital sin medicinas, sin instrumentos, sin ropas, que presenta el espectáculo de hombres tirados en el suelo que no pueden ser atendidos del modo que reclama la humanidad y sus propios méritos. Unas tropas desnudas, con traje de pordioseros. Una oficialidad que no tiene cómo presentarse en público. Mil clamores por sueldos devengados. Gastos urgentes en la maestranza, sin los que no es posible habilitar nuestro armamento para contener los progresos del enemigo. Éstos son los motivos que me han obligado a obedecer y no cumplir la superior orden y representar la absoluta necesidad de aquel dinero para la conservación del ejército. Si contra toda esperanza, no mereciese esta resolución la superior aprobación, despacharé el resto del dinero, quedando con el desconsuelo de no poder llenar el primero de mis encargos.

El gobierno aceptó finalmente la medida de San Martín, aunque el director Posadas le envió una carta confidencial en tono de reprimenda:

> Si se dio orden para la devolución de los caudales, fue porque se contaba aquí con ellos para pagar cuatro meses que se debían a la tropa. Pase por ahora el obedecer y no cumplir, porque si con el obedecimiento se exponía usted a quedar en apuros, con el no cumplimiento he quedado yo como un cochino.

Belgrano había impuesto severas reglas desde su asunción como comandante en jefe para disciplinar a un ejército que parecía serlo sólo de nombre. Pero a San Martín no debieron parecerles suficientes, pues adoptó otras que evidencian su personalidad meticulosa y reflejan la impronta de un militar profesional.

Sin perjuicio de la sujeción a la cadena de mandos, habilitó un espacio para que todos los integrantes del ejército pudieran comunicarse con él. Todos los días, de 9 a 11, recibiría a quienes lo solicitasen. La disposición le permitiría hacerse cargo de las inquietudes y necesidades de sus hombres y también haría factible que éstos confiaran en su comandante en jefe, a quien veían poco menos que como un extranjero.

A fin de que no hubiese dudas de las disposiciones, la orden del día sería leída a la tropa por el oficial de semana durante la lista de la tarde y todos los oficiales deberían presentarse en la casa de San Martín concluidas las oraciones. Le parecía indispensable ese contacto con mucho de docencia en lo atinente a su conducta militar.

Los lunes habría revista general de armas, que en verano sería a las 5 de la tarde y en invierno, una hora antes. Su mirada experta había detectado escaso cuidado de los fusiles, sables y otros

elementos bélicos que debían estar impecables a la hora de combatir.

El 25 de febrero, dispuso iniciar un curso de artillería y geometría, a cargo del teniente coronel Enrique Paillardelle, y también ofreció a todos los oficiales la posibilidad de aprender matemáticas, sin que ello los autorizase a dejar de cumplir con otras obligaciones.

Conviene recordar este nombre por la vinculación que tendría con los futuros planes de San Martín.

Uno de los tantos cometidos del comandante fue buscar cohesión entre los jefes. Para ello los convocaba todas las noches en su casa con el fin de unificar voces de mando, uno de tantos modos de convertir en ejército cabal al díscolo conglomerado que no había podido moldear plenamente su predecesor. Narra Gregorio Aráoz de La Madrid:

> En una de esas noches intentó burlarse del general Belgrano el comandante entonces del cuerpo de cazadores Manuel Dorrego, a consecuencia de haber repetido aquella voz de mando que dio el general San Martín, pero éste así que notó la risa del comandante Dorrego, empuñó uno de los candeleros que había en la mesa, y dando en ella con él, dijo a Dorrego, en alta voz: «Señor comandante, hemos venido aquí a uniformar las voces de mando y no a reír», con lo que le impuso silencio.
> No sé si al siguiente día salió el comandante Dorrego destinado por el general en jefe a Santiago. Pasados algunos días, el general Belgrano obtuvo pasaporte y partió para Buenos Aires y así que llegó a Santiago, mandó Dorrego a felicitarlo con un loco vestido de brigadier, rasgo desgraciado del carácter de ese valiente jefe.

Los oficiales también fueron sometidos a un régimen de riguroso trabajo: «Todos […] deberán tener copiados en esta semana los cuadernos de instrucció☺n que se han dado a los jefes, para presentármelos en la academia práctica y teórica que conmigo van a principiar», ordenó San Martín. El curso comenzó el 23 de marzo y concluyó el 22 de abril, día en que cesaron las conferencias desarrolladas por San Martín en su casa a los jefes, para dar lugar a las de éstos con sus oficiales.

En su transcurso no sólo debían ser consideradas las maniobras de campaña y de batallón, sino también cómo dar un parte de las ocurrencias de una avanzada o de un reconocimiento; calcular la fuerza del enemigo que se le presente o reconoce; situar un puesto y sus centinelas con relación al objeto de que se está encargado y avenidas de aproximación que tiene que cubrir; saber hacer una lista de revista; un ajuste de soldados, enseñando a conservar su armamento y hacerles tomar cariño a su fusil.

Como los soldados negros y pardos eran considerados proclives a los desórdenes y a la comisión de delitos, renuentes a toda forma de disciplina y sanguinarios cuando formaban parte de otras unidades, optó por formar un batallón, el 7 de infantería, que puso a las órdenes de Toribio Luzuriaga. La medida contribuyó a generar entre sus integrantes el «amor al número y el espíritu de cuerpo» que los convertiría en un aporte notable a los ejércitos libertadores.

Plan defensivo de San Martín

Con el objeto de enfrentar al comandante del ejército realista del Alto Perú, general Joaquín de la Pezuela, San Martín adoptó el plan trazado por Belgrano después de Ayohuma, que consistía en establecer una línea defensiva con el objeto de frenar a los atacantes y reorganizar en la región tucumana las fuerzas derrotadas hasta que estuviesen en aptitud de lanzarse a la ofensiva. Apenas llegado San Martín consultó a los comandantes más capaces, entre ellos Manuel Dorrego, por entonces jefe de la vanguardia.

Mientras tanto, Juan Antonio Álvarez de Arenales e Ignacio Warnes sostenían la resistencia en zonas del Alto Perú, circunstancia que obligó a Pezuela a destinar parte de sus tropas para enfrentarlos. Fueron vencidas en la acción de La Florida el 25 de mayo de 1814.

Por otro lado, el nuevo comandante recurrió a Martín Miguel de Güemes, que acababa de regresar de Buenos Aires, donde se hallaba agregado al estado mayor general. Lo designó jefe de avanzadas. Al frente de sus gauchos, se atuvo escrupulosamente a las órdenes recibidas, adaptándolas a la idiosincrasia de sus hombres, y no tardó en conseguir que los realistas se encerrasen en la ciudad de Salta y no se animaran a salir de los límites urbanos.

Expresa acertadamente José Antonio Pérez Amuchástegui:

> Este plan de San Martín, cuya elaboración ha contado con el experimentado asesoramiento de Belgrano, Dorrego y Güemes, tiene el éxito que él se propone. Cuando el general Pezuela, con el fin de detener la ofensiva patriota que cree inminente avanza hasta Jujuy, se ve imposibilitado para actuar por cuanto la acción decidida de Güemes en Salta y de Arenales en Valle Grande resulta extremadamente perniciosa para su ejército. Además, el fortalecimiento del ejército patriota en Tucumán le hará comprender la imposibilidad de llevar un ataque de éxito contra esa ciudad, y todas estas circunstancias le obligan a replegarse con el grueso de sus fuerzas al Alto Perú. El plan de operaciones de San Martín ha satisfecho así cumplidamente el objetivo perseguido, al posibilitar que la acción principal del gobierno pueda dirigirse hacia el frente oriental y, al mismo tiempo, asegurar en Tucumán la frontera septentrional, impidiendo, de esa manera, la cristalización de los proyectos realistas tendientes a conectar los ejércitos septentrional, oriental y

occidental, y «pacificar» estas provincias hasta Buenos Aires.

En ese contexto se inscribe la construcción de un recinto fortificado en la Ciudadela, cercano a la ciudad y ubicado en las proximidades del Campo de las Carreras. San Martín dispuso que los oficiales con conocimientos matemáticos dieran asesoramiento a los constructores, y que los que no tuviesen mando en las compañías concurrieran diariamente a la trinchera para colaborar. Los soldados proporcionarían la mano de obra.

La posibilidad de que las fuerzas españolas aprovecharan la debilidad del ejército y encabezaran un ataque sobre Tucumán, hizo que San Martín pensara en construir una posición defensiva. Así lo comunicó al gobierno:

> Convencido de la necesidad de sostener este punto, he dispuesto la construcción de un campo atrincherado que no sólo sirve de apoyo y punto de reunión a este ejército en caso de contraste, sino que me facilite los medios de su más pronta organización como igualmente a evitar la deserción tan general en un ejército compuesto en su mayor parte de reclutas.

Las obras comenzaron el 8 de febrero de 1814 y estuvieron en condiciones de ser utilizadas parcialmente un mes más tarde.

Como le explicaría años más tarde al general Guillermo Miller, aparte de las razones de índole táctica, había prevalecido en él la consideración de que era necesario «evitar la deserción, tan propensa en el soldado del país por la dificultad de acostumbrarlo a una disciplina severa estando, por su educación, acostumbrado a una vida sumamente independiente y cuasi errante».

Aplicación del código de honor de los Granaderos

Algunos episodios de indisciplina por parte de oficiales subalternos (un abanderado de cazadores no cumplió la orden de tener preparado su piquete y otros dos oficiales se dejaron ganar por el sueño y no se presentaron a la hora señalada para dirigir los trabajos de reglamento) fueron rápidamente reprimidos. El primero fue arrestado y los demás suspendidos de sus empleos hasta que el gobierno dispusiera la baja del ejército que pidió San Martín, quien decidió, como modo de corregir las faltas no castigadas por las ordenanzas militares, la aplicación del código de honor de los Granaderos.

José María Paz expresa en sus *Memorias* que si no llegó a gozar de aceptación general, sus efectos «se sintieron en todo el ejército, pues el desafío se hizo bien frecuente, produciendo lances en que padecía extraordinariamente la disciplina». Es decir que los oficiales

lo siguieron sólo en su faz más discutida.

Al enterarse Belgrano, le escribiría a su admirado ex jefe a comienzos de abril desde Santiago del Estero donde entonces se hallaba:

> Mi amigo: hablo a usted como tal, y según mis deseos de su acierto: no sé quién ha venido por aquí con la noticia de las reglas reservadas con que deben gobernarse los cuerpos, inculcando en la del duelo: me lo han preguntado varios vecinos, asombrados, y a todos he contestado que ignoro, y aun disuadiéndolos.

La tropa fue igualmente disciplinada ante las frecuentes quejas del vecindario, que acusaba a los soldados de cometer excesos e insultar a los civiles fuera del cuartel. La réplica de San Martín fue instantánea: todo cabo o soldado al que se hallase a más de tres cuadras de su acantonamiento, sin contar con permiso escrito de sus superiores, recibiría cincuenta palos como castigo. Igual pena se aplicaría si se los encontrara a caballo en la ciudad sin el correspondiente pase de su capitán. No se admitirían los azotes y para aplicar los palazos se usarían varas muy delgadas, sin nudos.

Los castigos corporales se aplicaban en todos los ejércitos del mundo, y en el argentino se mantendrían durante casi todo el siglo XIX.

Partida de Belgrano

Frente a la inminencia de la partida de Belgrano hacia Buenos Aires, a pesar de hallarse gravemente enfermo de tercianas (una suerte de fiebre intermitente que provocaba elevada temperatura y se repetía cada tres días), para afrontar un consejo de guerra por las derrotas de Vilcapugio y Ayohuma, San Martín intentó que el gobierno lo mantuviera a su lado.

Luego de comunicarle la orden superior con fecha 13 de febrero, le escribió ese mismo día al director supremo:

> He creído de mi deber informar a vuestra excelencia que de ninguna manera es conveniente la separación de dicho brigadier de este ejército, en primer lugar porque no encuentro un oficial de bastante suficiencia y actividad que lo subrogue accidentalmente en el mando de su regimiento […] ni quien me ayude a desempeñar las diferentes atenciones que me rodean con el orden que deseo, e instruir a la oficialidad […]. Después de esto yo me hallo en unos países cuyas gentes, costumbres y relaciones me son absolutamente desconocidas, y cuya situación topográfica ignoro; y siendo estos conocimientos de absoluta necesidad para hacer la guerra, sólo este individuo puede suplir su falta, instruyéndome y dándome las noticias necesarias de que carezco, como lo ha hecho hasta aquí, para arreglar mis disposiciones; pues de todos los demás oficiales de graduación que hay en el ejército no encuentro

> otro de quien hacer confianza, ya por carecer de aquel juicio y detención que son necesarios en tales casos, ya porque no han tenido los motivos que él para tomar unos conocimientos tan extensos e individuales como los que posee.

Y agregaba un importante motivo adicional:

> Últimamente vuestra excelencia esté firmemente persuadido de que su buena opinión entre los principales vecinos emigrados del interior y habitantes de este pueblo es grande; a pesar de los contrastes que han sufrido nuestras armas a sus órdenes, lo consideran como un hombre útil y necesario en el ejército, porque saben su contracción y empeño, y conocen sus talentos y su conducta irreprensible.

El director reiteró el mandato el 2 de marzo y reprendió a San Martín, advirtiéndole que «no se demore el cumplimiento de las órdenes que emanan de este gobierno».

Pero ya Belgrano había partido hacia Córdoba, por la ruta a Santiago del Estero. Al dejar el mando del ejército, dirigió una proclama a los pueblos del Alto Perú, fechada en Tucumán el 25 de febrero de 1814, en la que se refería a la enseña que lo había acompañado en la victoria y en el infortunio:

> He depositado en sus manos [se refiere a San Martín] la bandera del Ejército que en medio de tantos peligros he conservado, y no dudéis que la tremolará sobre las más altas cumbres de los Andes, sacándoos de entre las garras de la tiranía y dando días de gloria y de paz a la amada Patria.

Bastante tiempo antes de que su sucesor plantease al gobierno su plan de poner fin al poder español en la parte austral de América del Sur mediante la formación de un ejército en Cuyo para cruzar con él los Andes y libertar a Chile y Perú, Belgrano, quizá porque como en otras circunstancias fue un visionario, aludió en su proclama a la posibilidad de que la Bandera, su creación más excelsa, flamease sobre la imponente cordillera como signo de redención de los pueblos.

Bien señalan Palombo y Espinoza que nada de forzado tiene el ver la bandera de los Andes a imagen y semejanza de la de Belgrano. Ello vendría a explicar el cabal sentido de las palabras de San Martín cuando al presentarla a sus tropas, ya sancionada por el Congreso General Constituyente la enseña nacional, dijo que era la primera bandera de la libertad que se había levantado en América.

Ya en el camino de regreso, Belgrano volvió a escribirle al nuevo jefe del Ejército que había dejado de comandar. Lo hizo el 6 de abril, desde Santiago del Estero, mientras apuraba la amargura de tener que presentarse ante personas que muy probablemente desconocían las difíciles condiciones en que se había desempeñado. Lo instaba a que cuidase la atención espiritual de las tropas:

> La guerra, allí, no sólo la ha de hacer usted con las armas, sino con la opinión, afianzándose siempre en las virtudes naturales, cristianas y religiosas; pues los enemigos nos la han hecho llamándonos herejes, y sólo por este medio han atraído a las gentes bárbaras a las armas, manifestándoles que atacábamos a la religión. Acaso se reirá alguno de mi pensamiento; pero usted no debe dejarse llevar de opiniones exóticas, ni de hombres que no conocen el país que pisan; además por ese medio conseguirá usted tener al ejército bien subordinado, pues él, al fin, se compone de hombres educados en la religión católica que profesamos y sus máximas no pueden ser más a propósito para el orden.

Para recomendarle después:

> Conserve la bandera que le dejé; que la enarbole cuando todo el ejército se forme; que no deje de implorar a Nuestra Señora de las Mercedes, nombrándola siempre nuestra generala, y no olvide los escapularios a la tropa. Deje usted que se rían; los efectos lo resarcirán a usted de la risa de los mentecatos, que ven las cosas por encima. Acuérdese usted de que es un general cristiano, apostólico romano; cele usted de que en nada, ni aun en las conversaciones más triviales, se falte el respeto de cuanto diga a nuestra santa religión.

Sin duda pasaban por su mente los excesos protagonizados en 1810 y 1811 por las fuerzas bajo el mando de su primo Juan José Castelli.

San Martín aceptó el consejo no sólo como jefe del Ejército del Norte sino más tarde durante la formación y marcha del Ejército de los Andes, donde volvieron a flamear los colores celeste y blanco.

El gobierno mandó sobreseer la causa meses más tarde, cuando ya Belgrano se hallaba en Buenos Aires contemplando con angustia los vaivenes políticos impulsados por el ambicioso Alvear.

La enfermedad de San Martín

A poco de asumir el mando, San Martín había sentido recrudecer sus viejas dolencias y contemplado el agravamiento de otras más recientes. Si en el ejército español había sufrido de asma y achaques reumáticos, ya en el Ejército del Alto Perú se acentuó esa enfermedad respiratoria y experimentó además vómitos de sangre provocados por una úlcera que más tarde se complicó. Se quejó repetidas veces de la debilidad de su estómago, y es probable que ya soportara otras afecciones que se alojan en esa víscera. Dice Mario Dreyer que padeció también de gastritis, hemorroides gangrenadas y estreñimiento, dolencias que tenían un componente psíquico y por lo tanto se acrecentaban como consecuencia de su temperamento autoexigente y de las responsabilidades que debía asumir en forma constante.

No es de extrañar que los vómitos se vincularan con la

convicción de que había asumido el mando de un ejército que pese a los esfuerzos de Belgrano distaba mucho de ser lo que San Martín pretendía, y con la certeza de que la victoria definitiva sobre los realistas no se lograría por el camino del norte.

Sorprendía la frugalidad de sus comidas, que se debía, en buena medida, a los efectos incómodos de los malestares gástricos.

El 27 de abril, se dirigió al director supremo Posadas para informarle que había sufrido un vómito de sangre. El mismo día, el mayor general del ejército, coronel Francisco Fernández de la Cruz, ofició al gobierno con el fin de advertir:

> Aumentada su enfermedad de modo peligroso, según la exposición de todos los facultativos que se hallan en ésta, han convenido unánimes en la indispensable necesidad de que varíe de clima, designando al efecto Córdoba o La Rioja; pero mientras obtiene el permiso de vuestra señoría para caminar a cualquiera de estos destinos, se ha determinado que pase a una estancia distante siete leguas de ésta, a donde se dirigirá mañana.

Recuerda Paz que nadie lo veía salir de su casa y que la retreta no se tocaba en la puerta de su morada para no incomodarlo.

Belgrano, al enterarse de la enfermedad de su admirado amigo, le escribió el 28 de abril desde Santiago del Estero para animarlo, olvidando momentáneamente su intenso malestar:

> Hago memoria que usted me dijo pasaba de los 36 años, y esto me consuela porque he oído a médicos de mucha fama que, en esa edad, ya no es temible echar sangre por la boca, a menos que no provenga de algún golpe.

Pero esto era, naturalmente, inexacto, y la dolencia siguió su curso. El 25 de mayo, cuando se cumplían los primeros cuatro años de la Revolución, San Martín escribió que en treinta días podría reintegrarse a la jefatura. Pero la excesiva humedad que se experimentaba en la hacienda de los Cossio, La Ramada, a siete leguas de la ciudad, lugar elegido para descansar, lo obligó a trasladarse a Santiago del Estero en busca de un sitio más seco. No tuvo éxito y hacia fines de mayo, por sugerencia del médico norteamericano Guillermo Collisberry, que gozaba de prestigio profesional y le había aconsejado que utilizara el opio para aliviar sus dolores, decidió partir hacia Córdoba.

Apenas recibió la comunicación de su dolencia, el director supremo le otorgó la licencia pedida, haciéndola extensiva hasta la capital, y dispuso que ocupase el mando interino del ejército el coronel Fernández de la Cruz. Posadas se hallaba ocupado en esos días en los preparativos para la partida de su sobrino Alvear hacia la Banda Oriental.

Pocos días más tarde, San Martín recibió, a través del mismo

Posadas, la noticia de la capitulación de Montevideo, alcanzada tras la brillante victoria de la escuadra de Guillermo Brown. Tal vez con posterioridad se enteró de los excesos sufridos por la población montevideana como consecuencia de las duras órdenes de Alvear, el general triunfante.

Dos años más tarde, al referirse a la necesidad de concretar una expedición marítima sobre Arequipa, el general le escribió a Tomás Guido con relación al triunfo naval obtenido por las Provincias Unidas el 17 de mayo de 1814:

> Amigo mío: hasta ahora yo no he visto más que proyectos en pequeño (excepto el de Montevideo), pensemos en grande y si la perdemos [se refiere a dicha expedición], sea con honor.

Al llegar a Córdoba, lo esperaba el gobernador intendente, coronel Francisco Ortiz de Ocampo, a quien el director supremo le había recomendado que se lo alojase con las comodidades y dignidad debidas. Es probable que ambos hayan conversado sobre la realidad de las provincias del norte y del propio ejército. No en vano había sido jefe de las primeras tropas enviadas por la Junta al Alto Perú, si bien luego de negarse al fusilamiento de Liniers y sus compañeros, precisamente en Córdoba, lo había encabezado sólo en forma nominal hasta la batalla de Suipacha.

El conspicuo vecino Eduardo Pérez Bulnes ofreció su residencia de Saldán para que San Martín la ocupase. Efraín Bischoff la describe como una estanzuela agradable, en plena serranía, que contaba con las comodidades suficientes para que el huésped procurase reponerse.

Entre los que se encontraban con él estaban el capitán de Granaderos Juan Miguel del Río, que lo acompañaba desde el Norte y se trasladaba a la ciudad de Córdoba de tanto en tanto para cobrar los sueldos de San Martín y realizar otros trámites, y Tomás Guido, secretario de gobierno de Ortiz de Ocampo, que permaneció a su lado mientras se halló en Saldán. Pérez Amuchástegui, basándose en las informaciones que Carlos Guido y Spano, con el beneplácito de su padre, publicó en junio de 1864 en la *Revista de Buenos Aires*, dice que «conversaron sobre la necesidad de buscar, por occidente, un nuevo frente de operaciones contra el virrey del Perú, ya que la experiencia mostraba la imposibilidad de vencer las gargantas del Desaguadero». El joven funcionario sería una de las personas más próximas al general. A lo largo del tiempo, se trataron mutuamente de «mi lancero amado» y de «mi amado amigo», y fueron siempre consecuentes con esos sentimientos.

San Martín recibió en Saldán diversas visitas, entre ellas las de

su ex subordinado José María Paz, quien se hallaba con licencia temporaria en su ciudad natal:

> Cuando llegué a Córdoba [relata], estaba el general San Martín en una estanzuela, a cuatro leguas de la ciudad, siempre diciéndose enfermo [Paz era de los que pensaba que el coronel había fingido para obtener el relevo de su mando]. Estuve a visitarlo con otras personas; nos recibió muy bien y conversó largamente sobre nuestra revolución. Entre otras cosas dijo: «Esta revolución no parece de hombres, sino de carneros»; para probarlo, refirió que ese mismo día había venido uno de los peones de la hacienda a quejársele de que el mayordomo, que era español, le había dado unos golpes por faltas que había cometido en su servicio. Con este motivo exclamó: «¡Qué les parece a ustedes; después de tres años de revolución, un maturrango se atreve a levantar la mano contra un americano! Esta es —repitió— una revolución de carneros». La contestación que había dado al peón era en el mismo sentido; de modo que los demás se previnieron para cuando aconteciese un caso semejante. Efectivamente, no pasaron muchos días, y queriendo el mayordomo hacer lo mismo con otro peón, éste le dio una buena cuchillada, de la que tuvo que curarse por mucho tiempo.

En los momentos de tranquilidad, San Martín se entregó a la lectura de los *Comentarios Reales de los Incas*, de Garcilaso de la Vega, «muy probablemente en el ejemplar de dicha obra que es propiedad del doctor José Norberto de Allende, dueño de una finca en La Calera, a la que visita el general», según opinan Bischoff y Mayochi.

Allende, durante una reunión amistosa realizada en Saldán, propuso «abrir una suscripción a efecto de reimprimirla para que su lectura se hiciese más común y se conservase para siempre un documento que hace tanto honor a la naturaleza de este país y descubre, al mismo tiempo, con una moderación digna de las circunstancias, la tiranía, ambición y falso celo de sus conquistadores». La idea produjo entusiasmo y poco después se abrió una lista de suscriptores, y se dieron los pasos necesarios para realizar la impresión, que finalmente no se materializó.

Posadas, que le había escrito varias veces transmitiéndole noticias militares y familiares, lo instó el 18 de julio, tras hacerle saber que Alvear había dejado el mando en la Banda Oriental y que estaban a punto de partir refuerzos para el Ejército del Norte, a buscar una residencia más acorde:

> Aunque usted me dice que sigue aliviado, todos los amigos me aseguran que está usted malísimamente en ese desierto, que es un poco desarreglado, que su enfermedad es grave y la cura larga y prolija. ¿Por qué mil demonios, ya que usted no quiere venirse a su casa, por qué, digo, no viaja a esa ciudad de Córdoba que está tan inmediata, adonde al menos tendrá otros auxilios que en una casa de campo, y tendrá el de la sociedad que suele ser el principal para la distracción?

¿Habrá prevalecido en ese párrafo admonitorio la insistencia de los Escalada? En especial, la de Remedios, temerosa por la vida de su esposo. Unos días antes, el director supremo le había anunciado que lo habían visitado don Antonio José, «mi señora doña Tomasa» y los hermanos Eugenia, José y Remedios, a quien llamaba en forma familiar y cariñosa, «la gordita».

En su *Autobiografía*, Posadas, luego de referirse a diversos acontecimientos ocurridos a fines de abril y principios de mayo, recuerda con respecto a las informaciones que corrían en Buenos Aires sobre la salud y tal vez la muerte del aún comandante de las tropas del Norte:

> Recibí pliegos por extraordinarios en que se me noticiaba el fatal estado de salud en que quedaba el general del ejército de Tucumán, don José de San Martín. Mandé reunir consejo extraordinario con asistencia de algunos jefes militares. Empezamos a hacer reflexiones, cuando llegó otro pliego, de posta en posta ganando instantes, en que se me hacía la más triste pintura de la salud de dicho general, que no daba esperanzas de alivio por lo frecuente y copioso del vómito de sangre que le atacaba; de modo que en el momento mismo que leíamos esta noticia, lo hacíamos en la eternidad. Con presencia de estos oficios acordamos de pronto, que el comandante del número 2, don Carlos de Alvear, saliese a la ligera a encargarse del mando de aquel ejército, mas a poco que reflexionamos nos pusimos en el caso de que no estando como estaba dicho ejército capaz de operar activamente contra el enemigo, ni pudiendo estarlo en mucho tiempo si no nos llegaban armamentos y otros útiles; o si a toda costa no los adquiríamos de la plaza de Montevideo; parecía más acertado hacer el último esfuerzo saliendo la escuadra, pasando toda la fuerza disponible al sitio, encargándose Alvear del mando en jefe con amplias facultades para estrechar el sitio y operar definitivamente, pasando el coronel don José Rondeau a Tucumán a ocupar el lugar de San Martín y continuar en la organización y disciplina de aquel ejército.

A modo de síntesis de la actuación de San Martín, dice Mayochi:

> Apenas cuatro meses ha permanecido San Martín al frente del Ejército Auxiliar. Poco tiempo, ciertamente, pero el suficiente para echar sólidas bases de organización y crear el antemural del Norte al confiar en la capacidad de Martín Güemes como conductor militar del paisanaje. Pero hubo algo más, algo que empezará a tomar estado público en 1827 al revelarlo San Martín en sus respuestas al cuestionario que le había remitido el general Miller.

Tras mencionar la dolencia que no le permitió continuar con el mando en jefe, dice:

> […] desgraciadamente, esta enfermedad impidió el seguir las comunicaciones secretas que el general en jefe había entablado con el general del ejército enemigo Castro, que se hallaba en Salta mandando la vanguardia, después pasado por las armas por el general Pezuela por una sublevación que hizo en favor de los independientes.

Y se pregunta:

> ¿Fue durante su estancia en Tucumán cuando San Martín internalizó la idea de que la vía del Norte no era el camino adecuado por más complejo en todos los aspectos —incluido el humano— para consolidar el propósito independentista con la total destrucción del poder militar del virrey del Perú? Seguramente, sí. Lo que resulta imposible afirmar es si llegó a esta convicción por sí solo o al analizar juicios y opiniones de otros.

Posible influencia del plan de Paillardelle

El teniente coronel Enrique Paillardelle, a quien San Martín había recurrido para que contribuyese a la instrucción de los oficiales de su ejército, frisaba por entonces los cuarenta años. Había nacido en Buenos Aires, combatido contra los ingleses, marchado al Alto Perú, donde se había casado, y luego procurado revolucionar sin éxito, por comisión de Belgrano, las provincias de Tacna y Arica. Desilusionado por las derrotas de Vilcapugio y Ayohuma, se había dirigido a Tucumán, donde se le extendieron despachos de teniente coronel.

Sus observaciones en las provincias norteñas y el resultado de las últimas acciones de guerra lo convencieron de que era inútil buscar una victoria allí y que la Revolución, si quería tener éxito, debía buscar otro camino.

Antes de que San Martín asumiera el mando, Paillardelle se había dirigido al gobierno desde Mojos, el 29 de noviembre de 1813, con el fin de proponer un plan diferente al que éste barajaba. Los fracasos sufridos, decía, demostraban que el camino del Desaguadero no era el apropiado, y proponía concretar un acuerdo con el gobierno de Chile para integrar una fuerza sostenida por el esfuerzo de ambos países que partiera de Valparaíso, llegara hasta Arica y desde allí iniciara un ataque sobre Lima, mientras el Ejército del Alto Perú, reorganizado, se estacionaba entre Suipacha y Tupiza. Se trataba de abrir un segundo frente mediante una operación anfibia para dividir al adversario y amenazarlo con un movimiento envolvente.

No se sabe si San Martín tomó contacto directo de la presentación o si Paillardelle le dio a conocer sus ideas. El plan era nuevo por su desarrollo, pero no lo era la idea. En 1812, el gobierno chileno había propuesto al de Buenos Aires operar conjuntamente contra Lima por el Pacífico.

De todas maneras, el proyecto, excepto en lo referente a las operaciones desde Valparaíso, difiere sustancialmente del adoptado por San Martín. Seguramente desde los días en que en contacto con

la realidad social y la geografía de las provincias del norte, éste comprendió, como lo había hecho Paillardelle, que por allí no se haría camino hacia Lima.

Si bien es posible que se hubiese informado sobre ciertos planes concebidos en Gran Bretaña, como el del general escocés Thomas Maitland, quien en 1800 propició tomar Buenos Aires con un ejército inglés que luego marcharía a Mendoza e invadiría Chile para emancipar después a Perú y Ecuador, resulta indudable que San Martín concibió una idea táctica y estratégicamente más completa, la cual se adecuaría, con respecto a los medios materiales y humanos, a la realidad en la que le tocó actuar. Dice Lynch que

> en la época existían muchos planes y que el tema difícilmente era secreto; los proyectos hispanoamericanos se convirtieron en un género popular entre los estrategas británicos, que produjeron numerosas propuestas para expediciones de conquista e incluso de liberación, la mayoría de ellas en extremo irreales.

Y agrega que

> es posible inferir que San Martín conoció el texto de Maitland, aunque es materia de discusión si esto marcó o no una diferencia en los acontecimientos y decisiones en la zona de combate.

Para subrayar, con respecto a la instrumentación del conjunto de la idea, que fue tomando forma desde los días de Tucumán a las jornadas que lo esperaban en Cuyo: San Martín

> era el auténtico autor del plan, el soldado profesional y el militar experimentado, quien diseñó el proyecto desde el primero hasta el último detalle.

El camino de un sueño

San Martín le había hecho conocer a Posadas su deseo de obtener el gobierno de la provincia de Cuyo, que por su ubicación era ideal para materializar el proyecto que crecía en su mente.

Su trato con el director supremo seguía siendo respetuoso y a la vez cercano. Los vínculos de la Logia y las relaciones que quien había asistido como notario a sus votos matrimoniales tenía con la familia Escalada, le garantizaban la consideración y el reconocimiento del gobierno.

No ocurría lo mismo con Alvear, que le había escrito para ensalzarse por la capitulación de Montevideo, sin dedicar una línea a los logros ajenos. En un rapto de ironía, San Martín asentó de su puño y letra en el último párrafo, donde el general de 25 años decía que había aumentado su ejército «prodigiosamente» mediante la incorporación de prisioneros y reclutas de la campaña, «Ni [que

fuera] Napoleón».

Posadas firmó el nombramiento como gobernador, el 10 de agosto de 1814.

En él aludía a la situación de la revolución en Chile, que obligaba al coronel Marcos Balcarce, a quien había designado antes en ese carácter, a volver a Santiago, y señalaba la necesidad de remplazarlo por «un jefe de probidad, prudencia, valor y pericia militar cuyas calidades con las demás que se requieren para su desempeño concurren en la persona de don José de San Martín, coronel del Regimiento de Granaderos a Caballo y general en jefe que acaba de ser en el Ejército Auxiliar del Perú»:

> He venido en nombrarlo a su instancia y solicitud por tal gobernador intendente de la provincia de Cuyo, con el doble objeto de continuar los distinguidos servicios que tiene hechos a la Patria, y el de lograr la reparación de su quebrantada salud en aquel delicioso temperamento. En cuya conformidad ordeno al actual gobierno de dicha provincia y al Cabildo de la Ciudad de Mendoza su capital, que luego que se presente con este mi despacho el nominado don José de San Martín, le hagan inmediatamente entrega formal del mando, y le tengan, hayan y reconozcan por tal gobernador intendente con el sueldo, honores, distinciones y prerrogativas que han gozado y debido gozar sus predecesores, y que les han sido y debido ser guardadas bien y cumplidamente sin que se le falte en cosa alguna; comunicándose igualmente este nombramiento a los cabildos de las ciudades de San Juan y San Luis para que lo hagan entender a los partidos de sus respectivas jurisdicciones, y tomándose razón de él en la Contaduría Mayor, Tesorería General del Estado, y en la de Mendoza por la que se le ha de satisfacer el sueldo de tres mil pesos anuales.

Mientras San Martín preparaba su sobrio equipaje, llegaban noticias no demasiado halagüeñas con respecto a los proyectos de la Logia para moderar los efectos de un posible y drástico cambio en la situación europea.

A fines de 1813 había variado completamente la situación de la antigua metrópoli. Después de las derrotas sufridas en la Península y en Rusia, Bonaparte había decidido librarse de los problemas que le ocasionaba la lucha en aquella tierra indómita. El emperador había pensado en la alternativa de restaurar a Fernando VII en calidad de protegido y aliado o intentar el reconocimiento de José I por las Cortes de Cádiz. Pero los acontecimientos se habían precipitado con el abandono de Madrid por parte de su hermano, a quien el gracejo popular denominaba Pepe Botella, en marzo de dicho año, y con los nuevos reveses infligidos a sus tropas por las españolas. No tuvo más remedio que negociar con el *Deseado*, quien el 13 de diciembre recuperó la corona por el Tratado de Valençais, que lo comprometía a ordenar el retiro de las fuerzas inglesas

apenas salieran los soldados franceses del territorio hispano. La perspectiva del retorno del monarca había despertado las esperanzas de sus seguidores más fieles, y alentado los deseos de volver en algunos de los ricos comerciantes españoles que habían dejado Buenos Aires para no sufrir el proceso revolucionario.

Fernando pisó suelo español el 23 de marzo de 1814, y el capitán general de Cataluña lo recibió rodilla en tierra en señal de sumisión. A medida que contemplaba el fervor de las gentes, el rey afianzaba sus designios absolutistas. Por ello decidió apartarse de la decisión de la Regencia de reconocerlo soberano una vez que jurase la Constitución liberal del 19 de marzo de 1812. El rey escuchó las peticiones de su ejército, contrarias a esa idea, se apoyó en él, derogó la Constitución, reimplantó el Santo Oficio de la Inquisición y comenzó una concienzuda persecución de los liberales. Todo ello hizo pensar al director supremo Gervasio Antonio de Posadas en la posibilidad de enviar una misión diplomática ante las cortes de España y Gran Bretaña. Mas el rey no estaba dispuesto a negociar, sino a recuperar a sangre y fuego sus posesiones coloniales.

La situación se había tornado relativamente más favorable para la causa patriota después de la caída de Montevideo, pero se había puesto a consideración de Fernando un proyecto para recobrar las provincias del Plata, comenzando por aquella plaza y Buenos Aires.

El 14 de septiembre, el director supremo se dirigió al Consejo de Estado para pedir su opinión con respecto al envío de una misión a España con el «objeto [decía] de felicitar al rey, y buscar una ocasión que proporcione la paz de estas provincias, sin disminución de sus derechos o que justifique a la presencia de todas las naciones su conducta venidera».

El Consejo se pronunció ese mismo día y aprobó el proyecto, basado en el argumento de que la contienda en las Provincias del Río de la Plata se había originado por la ausencia del rey a raíz de la invasión napoleónica, y por la desconfianza inspirada por los gobiernos que, representándolo, «habían abusado ilegítimamente de la autoridad soberana». Todo lo había modificado la vuelta de Fernando VII.

Pese a subsistir razones poderosas para desconfiar del ministerio español hasta que no se conocieran las verdaderas ideas del monarca con respecto a los derechos y libertades de América, era conveniente que el gobierno no rompiera las hostilidades sin haber expuesto sus quejas, manifestado sus pretensiones y agotado los recursos de la política y la moderación.

Dado que el Directorio deseaba lograr por medios pacíficos y

honrosos la libertad y derechos de las provincias que regía, aun cuando tuviera que valerse de las armas para alcanzar sus pretensiones, consideraba que no se debía perder tiempo en intentar un acercamiento.

Se trataba de prevenir la posible expedición, acerca de la cual Manuel de Sarratea informaba desde Londres en forma detallada y a la vez urgente, y de preparar, en su caso, lo necesario para continuar la lucha en condiciones favorables, desalojando al enemigo del territorio de las Provincias del Río de la Plata. Sin embargo, antes de llegar a medidas extremas, el Directorio abrigaba el propósito de que se reconocieran sus derechos por medio de recursos diplomáticos.

Con respecto al carácter de las negociaciones, su sucesor y sobrino Alvear declaró más tarde, en 1818, que habían tendido a «ganar tiempo y prevenir los resultados de la invasión».

Decidido el envío de la misión, el director designó, en primer término, para desempeñarla, al doctor Pedro Medrano, pero por renuncia de éste, nombró a Rivadavia y a Belgrano. Este último accedió al consejo de su gran amigo el doctor Tomás Manuel de Anchorena, quien le sugirió «que si la comisión era honorable, la admitiese para tapar con ello la boca a sus enemigos que no son pocos».

San Martín se fue enterando de este proceso en sus últimos días de Córdoba y a lo largo de su primer mes en Mendoza, donde llegó el 7 de septiembre de 1814.

La fatiga y el desencanto que le provocaban los vaivenes de la política quedaban sin embargo compensados por la ilusión de la gran empresa que se aprestaba a comenzar.

Bibliografía

Archivo de San Martín, tomo II, cit.; *Documentos del Archivo de Belgrano*, tomo II, Museo Mitre, 1913; *Documentos para la Historia del General Don Manuel Belgrano*, tomo II, Buenos Aires, Instituto Belgraniano Central, 1981; *Documentos para la Historia del Libertador General San Martín*, tomo III, Buenos Aires, Instituto Nacional Sanmartiniano y Museo Histórico Nacional, 1953; *Epistolario Belgraniano*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1970; Gregorio Aráoz de La Madrid, *Memorias*; José María Paz, *Memorias*, Buenos Aires, Editorial Schapire, 1969; Gervasio Antonio de Posadas, «Autobiografía», en *Biblioteca de Mayo*, tomo II, Buenos Aires, Senado de la Nación, 1960.

Julio Arturo Benencia, *Cómo San Martín y Belgrano no se*

conocieron en Yatasto, Buenos Aires, Plus Ultra, 1973; Félix Best, *Historia de las Guerras Argentinas,* Buenos Aires, Peuser, 1960, tomo I; Efraín U. Bischoff, *San Martín en Córdoba*, Ministerio de Bienestar Social, Secretaría de Cultura y Educación, Dirección de Historia, Letras y Ciencias de la Provincia, 1978; *Campañas del Libertador general D. José de San Martín, en el bicentenario de su nacimiento*, Buenos Aires, Instituto Nacional Sanmartiniano, 1978; Miguel Ángel De Marco, *Belgrano. Artífice de la Nación, soldado de la libertad*, Buenos Aires, Emecé, 2012; Mario S. Dreyer, *Las enfermedades del general San Martín*, Buenos Aires, Academia Nacional de Ciencias, 1980; Hugo Raúl Galmarini, *Tomás Guido. «Cuando sentado a la sombra de mis años…»*, Buenos Aires, Librería-Editorial Histórica, 2006; Julio M. Luqui-Lagleyze, *El Ejército Realista en la guerra de la Independencia*, Buenos Aires, Instituto Nacional Sanmartiniano-Fundación Mater Dei, 1995; —, *Historia y campañas del Ejército Realista. 1810-1820*, tomo I, Buenos Aires, Instituto Nacional Sanmartiniano-Fundación Mater Dei, 1997; John Lynch, *San Martín. Soldado argentino, héroe americano*, cit.; Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*, tomo I, Buenos Aires, Biblioteca del Suboficial, 1941; —, *Historia de San Martín*…, cit.; Enrique Mario Mayochi, *San Martín en la Argentina*…, cit.; José Pacífico Otero, *Historia del Libertador*…, cit.; Guillermo Palombo y Valentín A. Espinoza, *Historia de la Bandera Argentina. Con una relación cronológica de disposiciones legales y reglamentarias*; Patricia S. Pasquali, *San Martín. La fuerza de la misión*…, cit.; A. J. Pérez Amuchástegui, «Una leyenda infundada», en *Crónica Histórica Argentina*, tomo II, Buenos Aires, 1972; —, «Ni enigmas ni secretos», ibídem; Isidoro J. Ruiz Moreno, *Campañas militares argentinas*, cit., tomo I; Diego Alejandro Soria, «La amistad entre San Martín y Belgrano», en *Manuel Belgrano. Los ideales de la patria*, Buenos Aires, Instituto Nacional Belgraniano, 1995; —, *Las campañas militares del general San Martín*, cit.; Rodolfo Terragno, *Maitland y San Martín*, Buenos Aires, Sudamericana, 2012.

La forja del Ejército de los Andes

San Martín no demoró en partir hacia su nuevo destino. La dolencia que lo aquejaba no fue obstáculo para emprender una marcha que, estaba convencido, le permitiría desarrollar su proyecto libertador. Había procurado ponerse al tanto de la historia reciente y de la idiosincrasia del pueblo que iba a gobernar, y también, de las circunstancias en que se encontraba la revolución en Chile, tan próximo geográficamente como indisolublemente vinculado con su idea de alcanzar el corazón del poder español en el Perú.

La gobernación intendencia de Cuyo había sido creada menos de un año atrás, y su jurisdicción abarcaba las provincias de Mendoza, San Juan y San Luis, que hasta entonces pertenecían a la de Córdoba. El primer mandatario de la nueva entidad político-administrativa había sido el coronel Florencio Terrada, reemplazado por el coronel Marcos Balcarce, quien permaneció escaso tiempo. La capital se hallaba en la ciudad más importante y próspera, Mendoza.

Apenas conoció su designación, San Martín pidió que su joven esposa se trasladara a su lado, en la certeza de que el cumplimiento de sus planes le llevaría tiempo y necesitaría contar con su compañera para apoyarlo en el esfuerzo que se aprestaba a concretar. Mientras la misiva en que pedía su presencia recorría el largo camino que separaba Córdoba de Buenos Aires, el coronel se aproximaba a su destino. El 3 de septiembre de 1814, el Cabildo de Mendoza le informó que en cumplimiento de la costumbre y de sus deberes había preparado la casa en la que debía alojarse junto a su comitiva. San Martín agradeció el gesto pero lo rechazó diciendo que ya había encargado a un particular que le buscase una casa. Las autoridades locales le respondieron de inmediato manifestándole que sentirían mucho quedar «desairadas en el primer paso de su gratitud». El nuevo gobernador entonces se allanó, no sin subrayar que si la corporación municipal creía que se le hacía un desaire, estaba dispuesto a «pasar a la habitación que me tiene preparada», aunque «Vuestra excelencia me hace sacrificar lo más sagrado, pero todo lo doy por bien empleado por el beneficio de estos habitantes».

Damián Hudson evoca así su arribo en *Recuerdos Históricos de las Provincias de Cuyo*:

Estábase ya a fines de ese mismo año de 1814, cuando llegaba a Mendoza el

nuevo gobernador nombrado. Los corazones mendocinos se estremecieron de vivo entusiasmo a la presencia del joven general.
Su recepción fue festejada con las más vivas demostraciones de adhesión y amor hacia su persona, y, desde entonces, jamás Mendoza desmayó en un solo día, de la casi idolatría que tuvo por el general San Martín. Él, a su vez, la pagó con una extremada predilección, con la más distinguida estimación, con los gratos recuerdos que constantemente consagró a esa cuna de sus imperecederas glorias. Su elevada estatura, su continente marcial, sus maneras insinuantes, cultas y desembarazadas, su mirada penetrante y de un brillo y movilidad singulares, revelándose en ella el genio de la guerra, la aptitud sobresaliente del mando; su voz tonante de un timbre metálico, su palabra rápida y conmovedora, sus costumbres severamente republicanas; todo esto, reunido a las altas dotes que sus ilustrados biógrafos han descripto, lo presentaban como un hombre de Plutarco, llevado en hombros de la popularidad.
No podía el gobierno general haber hecho una más acertada elección del jefe a quien confiaba tan delicado puesto con la intuición, tal vez, de la inmensa trascendencia que una tal medida iba a tener dentro de poco tiempo.
Con la penetración de poderoso alcance, con el golpe de ojo dado sólo al genio, que descollaban entre sus demás eminentes cualidades, San Martín, pasando por San Luis, llegando a Mendoza y visitando a San Juan, abarcó con una sola mirada, por decirlo así, la grande importancia, las inmensas ventajas que poseía la provincia de Cuyo para dar un fuerte impulso con su valioso e inmediato concurso a la gigantesca empresa de nuestra independencia.

Mientras se imponía de las principales cuestiones, recibió una carta del director supremo fechada el 16 de septiembre, en la que le expresaba que lo hacía ya «descansando en su ínsula, en la que aún habrá alcanzado a comer algunas uvas frescas». Posadas le daba noticias de la situación militar en el Norte y en la Banda Oriental y le aconsejaba acerca de las buenas relaciones que debía mantener con los cabildantes, según la experiencia adquirida por él durante su destierro en Cuyo. También le informaba que Remedios partiría en ocho días.

El 24 de septiembre volvió a escribirle Posadas, para señalarle la inminencia de la partida de su esposa: «En breve tendrá allá su costilla, con cuya amable compañía se acabará de poner bueno, y hará una vida tranquila y deliciosa».

Sin embargo, la marcha se postergó unos días. Por último, el 1° de octubre le hizo saber:

Por fin ya partió su madama, la cual no ha tenido la culpa en la demora, sino sus padres (según ellos mismos me lo han dicho), pues no han querido que pase a un país nuevo sin todos los atavíos correspondientes a su edad y nacimiento. Al fin son padres, y es forzoso que al menos en esta ocasión los disculpe usted.

La correspondencia del director supremo era invariablemente cordial y en ocasiones, como se advierte en el párrafo transcripto,

amistosa y hasta íntima. Se aprecia en ella una simpatía personal, más allá de la consideración que se debía al jefe militar y al alto funcionario que por entonces era San Martín.

A poco de llegada, Remedios, acostumbrada, pese a su poca edad, a la vida social, se convirtió, por su carácter y por la elevada posición de su marido, en la figura central de animadas reuniones en las que se estimulaba los sentimientos patrióticos de los principales vecinos y se alentaban los anhelos de honor y gloria de los jóvenes oficiales. La casa del gobernador intendente fue ámbito propicio para que distinguidas señoras y señoritas mendocinas se unieran con propósitos patrióticos, como era contribuir al sostenimiento de las fuerzas militares acantonadas en la capital.

Fueron sus amigas Josefa Morales de Ruiz Huidobro, condesa de los Ríos, viuda del brigadier de la Real Armada Pascual Ruiz Huidobro, a quien los españoles consideraban traidor por haberse volcado a la causa de Mayo, y Josefa Álvarez de Delgado, cuya casa se comunicaba con la de San Martín por los fondos. Ese núcleo se amplió sin esfuerzo con el correr de los meses.

Labor administrativa y aprestos militares

San Martín era un hombre práctico, y como tal buscaba hacer obras indispensables para mejorar la amable Mendoza. Resulta evidente que el impacto que le causó la conjunción de la naturaleza con el carácter de los diferentes sectores sociales hizo que la considerase su lugar en el mundo y que la viese como el ámbito sereno en el cual descansar de sus fatigas una vez que terminara la guerra por la emancipación.

También es notoria la adhesión de los habitantes de la capital y de todo Cuyo hacia aquel hombre de hábitos sencillos, que se expresaba sin tapujos y sabía convencer a la vez que mandar.

José Pacífico Otero afirma que al llegar a Mendoza, el primer pensamiento del nuevo mandatario fue el de poner a esa provincia en condiciones de su propia defensa. «Cuyo no era una región guerrera, pero lo sería, y para esto el genio de San Martín comenzó a templar debidamente, ya que en la futura epopeya iba a destacarse en un punto de vanguardia en la lucha por la libertad. ¿Cómo y con qué medios realizó San Martín estas maravillas? Para llegar al establecimiento de tales postulados debemos partir de la base de que si San Martín era un eximio guerrero, era por naturaleza un gobernante consumado. Lo que otros no hacían ni supieron hacer al frente de la revolución, ya fuese ésta gobernada por una junta, por un triunvirato o por un directorio, lo hizo él al

frente de la intendencia de Cuyo. Se destacó allí como soberano. Obró, si se quiere, como un monarca absoluto, pero la opinión sabía que él interpretaba sus intereses y le acordó su cooperación sin reparos y sin medida».

Y recuerda Mayochi que «en su acción como conductor civil y militar de un pueblo formado por 50.000 habitantes, comienza San Martín por dar el propio ejemplo con la renuncia a la mitad del sueldo que le corresponde. Si todos deben hacer sacrificios, él se adelanta a todos».

A poco de su llegada, San Martín procedió a organizar una filial de la Logia Lautaro. Con mirada experta sobre las capacidades e inclinaciones políticas de sus gobernados, los fue incorporando según las reglas de discreción y secreto que habían caracterizado siempre la constitución de la sociedad. Luego, incorporó a algunos emigrados chilenos de quienes conocía su adhesión firme a la causa emancipadora.

Más allá de las decisiones para iniciar la formación de lo que se convertiría en el Ejército de los Andes, el gobernador intendente adoptó una serie de medidas que fueron ganándole el aprecio de las gentes, ya que se vinculaban con el mejoramiento de la vida cotidiana. Para garantizar condiciones de trabajo apropiadas, se dispuso cerrar las pulperías durante los días hábiles a partir de las diez de la noche y que los días de semana quedara vedado el acceso a los peones. Se reglamentó el regadío y se ordenó que nadie realizara tareas de labranza sin previa licencia. Fue asegurado el abastecimiento de carne a la población para todo el año, además de fijarse precios para su expendio, lo cual era plenamente comprensible en las especiales circunstancias en que se hallaban las Provincias Unidas.

Para rendir homenaje al 25 de Mayo, cumpleaños de «nuestra regeneración política», y promover de paso el embellecimiento y aseo de la ciudad, se mandó pintar las casas de blanco.

En el concepto de San Martín, la instrucción pública era la piedra basal de una nación libre y soberana. En una circular a los maestros mendocinos (1815), sentenció:

> La educación formó el espíritu de los hombres. La naturaleza misma, el genio, la índole, ceden a la acción fuerte de este admirable resorte de la sociedad. A ella han debido siempre las naciones la varia alternativa de su política. La libertad, ídolo de los pueblos libres, es aún despreciada de los siervos, porque no la conocen. Nosotros palpamos con dolor esa verdad.

Ante un pedido del presbítero José Lorenzo Güiraldes, en el sentido de fundar el Colegio de la Santísima Trinidad de Mendoza,

que ofreciese estudios para preparar el acceso a la Universidad, San Martín no dudó en brindarle el más completo apoyo.

En tiempos en que era muy escaso el interés asistencial, entregó al Cabildo de Mendoza la tercera parte de los productos de una finca que le habían donado por sus triunfos militares, «para el fomento del hospital de mujeres en esta capital, dotación de un vacunador que corriendo la provincia la liberte de los estragos de la viruela».

La vieja Alameda se convirtió en «el paseo más hermoso que hasta entonces se conocía en Sudamérica, y que la Municipalidad había principiado a formar a cinco cuadras al oeste de la plaza principal, plantando dos cuadras de sur a norte de los álamos introducidos por el señor Cobo, en dos hileras paralelas, dejando un ámbito espacioso para los paseantes», al decir de Hudson, quien agrega: «El general lo hizo alcanzar siete cuadras al largo, adornándolo con plantas de flores, y haciendo construir en uno de sus extremos un templete de forma griega, y también asientos a los costados de esta prolongada y vistosa alameda».

La situación en Chile

Casi cuatro años antes, la junta patriota de Chile había decidido, contra la opinión del Cabildo de Santiago, contribuir a la guerra en el Río de la Plata mediante el envío de una fuerza de 300 hombres que cruzó los Andes en abril de 1811 y fue mantenida en Buenos Aires como división de reserva. Algunos de sus oficiales regresaron a su patria al año siguiente, pero en abril de 1813 partieron todos los efectivos que pasaron una cordillera casi completamente cubierta de nieve. Llegaron justo a tiempo para combatir a las tropas enviadas desde el Perú por el virrey Abascal, con orden de sofocar toda resistencia.

A pesar de que el nuevo presidente de la junta, José Miguel Carrera, sentía aversión por la alianza que su patria mantenía con los argentinos, el peligro de la presencia realista en el territorio de la antigua Capitanía General lo determinó a solicitar apoyo militar al Triunvirato. La respuesta fue inmediata y afirmativa, y como consecuencia de ella el gobierno decidió formar la denominada División Argentina, que debía constituirse en Córdoba sobre la base de la compañía de milicias que comandaba el mayor Juan Gregorio de Las Heras, quien pronto se convertiría en el brazo derecho de San Martín.

Mientras los efectivos argentinos alcanzaban su entrenamiento y aguardaban el tiempo favorable para trasponer la cordillera, se

producía una nueva invasión española en Chile, que llegaba a las puertas mismas de la capital. Tal circunstancia determinó al Triunvirato a enviar tropas de línea, conformadas por dos compañías del veterano Regimiento de Granaderos de Infantería al mando del coronel Terrada. El 17 de septiembre de 1813, el gobierno argentino sustituyó al jefe de la división, teniente coronel Santiago Carrera, por el coronel Marcos Balcarce, a quien se subordinó de inmediato Las Heras.

Las instrucciones recibidas señalaban que se debía poner especial cuidado en la preparación militar y disciplina de todos los componentes de la fuerza y que era necesario conseguir la incorporación de reclutas chilenos.

A pesar de las previsiones, la perspectiva de trasponer las colosales montañas provocó numerosas deserciones, al punto de que cuando se inició el cruce de la cordillera, el 21 de septiembre de 1813, Las Heras contó en sus filas —le habían asignado el mando de las compañías sueltas de línea— 170 hombres de tropa. La marcha duró catorce jornadas, a un promedio de 25 kilómetros diarios, lo que da una clara idea del esfuerzo realizado. El coronel Balcarce, quien se hizo cargo de la división en Talca, sumó un total de 244 hombres, que pronto disminuyeron por las enfermedades. Iban muy mal armados y sin mayores esperanzas de ser adecuadamente provistos al llegar a su destino final, la ciudad de Santiago.

La población los recibió con entusiasmo, según el representante argentino, doctor Bernardo de Vera y Pintado: «Yo he sentido que fuese tan pequeño el número de esta tropa, porque, o sea el espíritu de novedad, o el buen orden de la disciplina y apreciable comportamiento de los oficiales, ella ha enamorado a los chilenos que le miran como el único apoyo de su libertad en medio de la horrible amargura que padecen».

Éstos vivían momentos dramáticos. Uno de los jefes patriotas había levantado el sitio de Chillán, dejando libres las manos a los realistas. Por otro lado, la Junta Gubernativa, decidida a poner drástico fin a su litigio con Carrera, dispuso ir a buscarlo al sur, donde se encontraba. Convencida de que los argentinos eran los únicos confiables para realizar tal misión, pues no estaban envueltos en los enconos y divisiones de la mayoría de los chilenos, los integrantes del cuerpo se hicieron escoltar por ellos. Tal determinación produjo la negativa reacción de Vera y Pintado, pero no tuvo éxito alguno.

Así, Las Heras y sus compañeros se vieron envueltos en disensiones intestinas bien ajenas al propósito libertador que los

había llevado a lanzarse a una empresa tan riesgosa como difícil.

Finalmente, Carrera fue destituido y nombrado en su reemplazo el coronel Bernardo O'Higgins. Éste tomó juramento de fidelidad a las fuerzas de su mando y se dispuso a marchar contra los españoles con 800 infantes y escasas piezas de artillería.

Las Heras, al frente de sus hombres, «la primera fuerza nacional que condujo el pabellón argentino al país hermano», se puso a las órdenes del coronel Juan Mackenna, quien el 23 de febrero enfrentó a las tropas realistas en una altura denominada Cucha-Cucha, próxima a Chillán. En un momento de la acción, cuando los españoles lanzaban 500 hombres sobre la retaguardia patriota y la ponían en serio riesgo, se apreció el valor y la sangre fría de Las Heras, que se hizo firme con 100 hombres y una pieza de artillería, sostuvo la retirada de las tropas y luego ordenó armar las bayonetas y rechazar con violencia al enemigo. Cuando después de una hora de espera se cercioró de que los efectivos del Rey no regresarían, inició la marcha hacia el campamento del Membrillar.

Al enterarse de la conducta de los auxiliares guiados por tan bizarro comandante, el gobierno argentino decidió otorgar a los oficiales y soldados un escudo de paño azul de forma ovalada, orlado de palmas y laurel bordados en plata con la inscripción «La patria a los valerosos de Cucha-Cucha. Auxiliares en Chile».

Un mes y días más tarde, se produjo la batalla de Membrillar, donde el comportamiento de Las Heras fue tan honroso que el ahora comandante en jefe general O'Higgins lo felicitó en el campo de la acción. Un nuevo escudo dio testimonio del reconocimiento del gobierno, que además expresó en forma inequívoca la gratitud del país a sus dignos representantes.

En un constante batallar, los auxiliares, con el antiguo comerciante porteño devenido en soldado al frente, vencieron en Paso del Maule, Tres Montes, Paso del río Clarillo y Quechereguas. La noticia del comportamiento castrense de Las Heras decidió al director supremo Posadas a otorgarle el nombramiento de teniente coronel, el 3 de junio de 1814.

La causa de la libertad de Chile peligraba por la creciente presión de los realistas y por las graves disensiones entre los hermanos Carrera y O'Higgins. Las Heras creyó que su cometido había terminado. Decidió regresar y al llegar a Mendoza se encontró con el hombre con el que uniría indisolublemente su destino militar.

San Martín, al conocer lo que sucedía en Chile, lo convenció de que regresara para brindar apoyo a la causa común de la

emancipación. Lo hizo justo en el momento de la completa derrota de las armas patriotas en Rancagua, el 2 de octubre. Con sus hombres, Las Heras protegió la retirada de los vencidos y les enseñó el camino a Mendoza. Pero antes de llegar debió librar dos combates con los realistas en la denominada Cuesta de los Papeles. Gracias a su empuje logró rescatar los escasos restos del antiguo ejército chileno, además de muchas familias que buscaban la salvación en el destierro.

El gobernador intendente marchó a socorrerlas:

> Hacía un mes de mi recepción del gobierno de la provincia de Cuyo cuando el coronel Las Heras, desde Santa Rosa, al otro lado de los Andes, me comunicó el acontecimiento fatal de la completa pérdida de Chile por resultado de la derrota del general O'Higgins que, con novecientos bravos dignos de mejor suerte, disputó en Rancagua la libertad de su patria.
> Concebí al momento el conflicto de las familias y desgraciados que emigrarían a salvar la vida, porque fieles a la naturaleza y a la justicia, se habían comprometido con la suerte de su país. Mi sensibilidad intensísima supo excitar la general de todos los generosos hijos del pueblo de Mendoza, de manera que con la mayor prontitud salieron al encuentro de estos hermanos más de mil cargas de víveres y muchísimas bestias de silla para sus socorros. Yo salí a Uspallata, distante treinta leguas de Mendoza, en dirección a Chile a recibirlos y proporcionarles personalmente cuantos consuelos estuviesen en mi posibilidad. Allí se presentó a mi vista el cuadro de desorden más enternecedor que puede figurarse. Una soldadesca dispersa, sin jefes ni oficiales, y por tanto sin el freno de la subordinación, salteando, insultando y cometiendo toda clase de excesos, hasta inutilizar víveres. Una porción de gentes azoradas que clamaban a gritos venganza contra los Carrera, a quienes llamaban los perturbadores y destructores de su patria.
> Una multitud de viejos, mujeres y niños que lloraban de cansancio y fatigas, de sobresalto y de hambre. Un número crecido de ciudadanos que aseguraban con firmeza que los Carrera habían sacado de Chile más de un millón de pesos pertenecientes al Estado, que los traían repartidos entre las cargas de sus muchos faccionarios, pidiéndome no permitiera la defraudación de unos fondos tan necesarios para la empresa de reivindicar su patria. Todo era confusión y tristeza. Yo no debía creer estos informes, ni debía tampoco despreciarlos; fuera una fortuna encontrar fondos para organizar desde luego un ejército que vindicara a Chile, fuera un inconveniente el registro de las cargas denunciadas, si en ellas no se encontrase lo que se inquiría, porque afectara a la noble hospitalidad de miras sombrías induciendo un motivo de quejas a los afligidos que merecían la compasión más sincera. Éste era un miramiento de mi delicadeza. El interés de la conveniencia pública demandaba mis providencias de precaución.

Mientras San Martín, desde Uspallata, encabezaba los auxilios a los emigrados, el coronel Marcos Balcarce lo reemplazaba en el mando político.

El gobernador intendente llegó hasta Picheuta para tomar contacto con la retaguardia, que se hallaba en orden al mando de

Las Heras y sin perseguidores a la vista. De regreso en Uspallata, se le presentó Juan José Carrera para hacerle saber que en una cercana choza estaban los integrantes del gobierno de Chile. Como San Martín consideró que en la realidad dicho gobierno no existía, procedió a enviar un ayudante para retribuir el saludo personal de José Miguel Carrera y sus acompañantes. Éste fue el motivo del primer desacuerdo, al que seguiría otra fricción con motivo de oponerse los Carrera a permitir que se revisara sus equipajes en Villavicencio, como se hacía con todos los emigrados. Aceptaron finalmente, no sin resistencia.

Una vez llegados a Mendoza, el enfrentamiento se hizo más agudo al desconocer San Martín jerarquía política alguna a José Miguel Carrera y confiarle a O'Higgins la reunión de los soldados chilenos dispersos. Luego, los Carrera fueron intimados a trasladarse a San Luis para su mayor seguridad y pacificar al pueblo de Mendoza, que estaba perturbado por los enfrentamientos entre los exiliados. Sus disputas se habían agravado a raíz del documento que un grupo de ellos presentó para acusar a los Carrera y a sus seguidores, y pedir su arresto y la confiscación de sus bienes.

El Directorio aprobó las medidas adoptadas por el gobernador intendente y ordenó que los Carrera y cuantas personas de categoría no fuesen de utilidad en Mendoza, se trasladaran a Buenos Aires. Sin embargo, los célebres hermanos, conocidos por su altanería y arrogancia, creyeron posible resistir, acopiar armas y reclutar partidarios.

Narra Otero:

> A fines de octubre, el gobernador intendente de Cuyo estaba pronto para concluir con esta dictadura ambulante, desmoralizadora y anárquica, y el día 30 de ese mes, al amanecer, sus fuerzas rodeaban el cuartel de la Caridad, abocaba a él sus piezas de artillería y sin otro preámbulo San Martín exigía a Carrera y a los miembros de su triunvirato allí refugiados la rendición. De más está decir que el plan de San Martín no falló ni un ápice y que obligados los revoltosos a deponer las armas, San Martín redujo su represalia a la simple prisión de aquellos corifeos. Con este acto de fuerza demostró San Martín que la autoridad tenía su sostén y que si había practicado tolerancias, no podía ya prolongarlas. En realidad, los Carrera no eran para San Martín un blanco de encono y de odiosidad. Eran, sí, ante su concepto de gobernante y de libertador en germen, una piedra de escándalo, y lo que hizo, lo hizo sin apartarse en modo alguno del cálculo, del recto sentido de justicia, ni de la prudencia que lo distinguía.

Los Carrera debieron marchar sin más trámite a Buenos Aires, camino que poco después tomó buena parte de la tropa chilena. Pero permanecieron O'Higgins y otros compatriotas que participarían más tarde en la campaña emancipadora.

La marcha de San Martín al corazón de la montaña ha de haberle servido para obtener una vivencia clara de los obstáculos que debería afrontar. Era necesario analizar hasta el último detalle para mover una masa de hombres, armas y vituallas a través de los sinuosos senderos de los Andes.

Pronunciamiento contra Alvear

El 9 de enero de 1815, Posadas renunció con fútiles pretextos al Directorio para dejar en la jefatura del Estado al inexperto y discutido Carlos de Alvear. A poco de asumir, éste advirtió que su cometido no era fácil y se dejó llevar por un rasgo de su personalidad que le ganaba no pocas enemistades: era autoritario y altanero; escuchaba poco y recibía los sanos consejos con respecto a la marcha de los negocios públicos como muestras de desafecto personal.

La expansión del ideario federal de José Artigas y su predominio en el Litoral, que lo hacía prever nuevos avances, hizo que Alvear dispusiera la marcha hacia Córdoba de una división del ejército que se hallaba acampado en Los Olivos.

El 29 de marzo, partió la vanguardia al mando del coronel Ignacio Álvarez Thomas, que cinco días más tarde, el 3 de abril, se detuvo en la posta de Fontezuelas, a 16 leguas de la capital. Desde allí, el comandante de las fuerzas tomó contacto con Artigas mientras detenía al secretario de Guerra y jefe de la expedición, general Francisco Javier de Viana. Las fuerzas militares cercanas adhirieron con rapidez a Álvarez Thomas. Animado por el éxito, dio a conocer un manifiesto dirigido a los habitantes de Buenos Aires, en el que enjuiciaba la gestión de Alvear, le negaba obediencia y postulaba que el pueblo eligiese libremente a sus gobernantes.

El 12 de abril, el director decidió dejar el mando político pero no el militar, y dos días después la Asamblea General Constituyente aceptó su renuncia y decidió volver al Poder Ejecutivo compuesto por tres personas. Designó a San Martín, sin consultarlo, a Matías de Irigoyen y a Nicolás Rodríguez Peña. Pero el 15 se produjo un levantamiento popular, con el apoyo del coronel Soler, que devolvió su influencia al Cabildo, el cual aparecía como única autoridad.

Sin espacio para modificar la situación, Alvear se embarcó dos días más tarde en una fragata inglesa que lo llevó al Brasil.

El 18 quedó disuelta la Asamblea y el 19 resultaron elegidos doce ciudadanos para que decidieran la forma de gobierno, escogieran uno provisorio hasta la reunión del Congreso General y designaran, en unión con el Cabildo, una Junta de Observación

llamada a dictar un Estatuto Provisional. Al día siguiente, por unanimidad, nombraron director provisorio del Estado a José Rondeau, y por hallarse éste en el Norte, eligieron interinamente a Álvarez Thomas. El 21 de abril quedó constituida la Junta de Observación, que el 5 de mayo dictó el Estatuto Provisional para la dirección y administración del Estado.

Se había producido lo que Antonio J. Pérez Amuchástegui llama un cambio repentino de importancia, que señala el choque ideológico entre los aspirantes al poder:

> El conflictivo alvearismo, ya derrocado, se quedaría en lo sucesivo conspirando; el triunfante artiguismo federalista, republicano y antibrasileño, que ya gestaba el bloque meridional de los Estados Unidos del Plata comprendiendo buena parte del Brasil; y el más o menos expectante grupo de la Logia, en alguna medida desplazado pero con firme apoyo militar y buena opinión general, que coincidía con el artiguismo en la decisión de constituir el Estado, aunque prefería una solución monárquica e hispanoamericana, dejando en paz a Brasil para no desafiar a Inglaterra. A este último grupo estaba adscripto San Martín.

Y concluye que fue una solución acertada elegir a Rondeau, garantía para los artiguistas e incluso para los demás, sobre todo porque, hallándose en campaña, no asumiría jamás su interinato.

Actitud del gobernador intendente

Al recibirse en Mendoza el manifiesto de Fontezuelas, los regidores convocaron al pueblo a Cabildo Abierto, el cual se reunió el 21 de abril y aprobó por aclamación la moción del cura vicario de la ciudad, presbítero Domingo García, quien propuso que se negase obediencia a Alvear y que no se la prestase a ningún otro gobierno que no surgiese de la designación hecha por los diputados de todos los pueblos que componían el Estado. A raíz de que el licenciado Manuel Ignacio Molina señaló que debía ser elegido un nuevo gobernador de Cuyo porque el nombramiento de San Martín emanaba de una autoridad ahora desconocida, el Cabildo pidió opinión al pueblo y éste, también por aclamación, alzó el nombre del coronel para que continuase a su frente. Recibida la comunicación respectiva, el acuerdo fue ratificado por San Juan y San Luis.

El 25, San Martín recibió un oficio del Cabildo de Buenos Aires para comunicarle la caída de Alvear y, el 28, el Ayuntamiento local le manifestó que «la destrucción del tirano gobierno de la capital exige demostraciones de júbilo e igualmente de agradecimiento al Ser Supremo por habernos dispensado su protección para evadirnos

del coloso que se había levantado para oprimir los sagrados derechos de los pueblos».

El Cabildo mendocino decidió que el domingo siguiente se celebrase una misa solemne con Tedeum en la iglesia matriz.

Por su parte, San Martín y los seis jefes militares de mayor jerarquía que se hallaban en Mendoza se reunieron para determinar si reconocerían a los directores, provisorio e interino, aunque condicionaban su decisión a que se invitara inmediatamente a los pueblos a enviar diputados al Congreso.

El Estatuto Provisional de 1815, que en la práctica no logró vigencia, establecía sin embargo que el director supremo, «luego que se posesione del mando, invitará, con particular esmero y eficacia, a todas las ciudades y villas de las provincias interiores para el pronto nombramiento de diputados que haya de formar la Constitución, los cuales deberán reunirse en la ciudad de Tucumán».

La elección se debía a los ingentes problemas que había debido enfrentar la Asamblea del Año XIII por la negativa de los federales de someterse a la influencia porteña. De hecho, en las instrucciones suscriptas por los representantes de la Banda Oriental se había exigido que el gobierno no se estableciera en la ciudad de Buenos Aires.

Si bien se pensaba en la conveniencia de poner muchas leguas de difícil camino entre el Congreso y Artigas, la justificación fue que Tucumán se encontraba aproximadamente en el centro del antiguo Virreinato del Río de la Plata, además de hallarse protegida por el Ejército del Norte, cuyo cuartel general estaba en esa ciudad. Una razón plausible era que tan larga distancia dejaría a salvo a los diputados ante una posible expedición española sobre Buenos Aires, acerca de la cual existían entonces fundados temores.

Por pedido del gobernador intendente de Cuyo, los regidores convocaron al pueblo para el 19 de mayo con el objeto de opinar en Cabildo Abierto acerca de las designaciones recaídas en Rondeau y Álvarez Thomas. Los vecinos reunidos coincidieron con lo convenido el día anterior por los jefes militares. En cuanto al congreso por reunirse, decían que debería celebrarse distante del Poder Ejecutivo y de las bayonetas, a una distancia capaz de evitar la violencia de éstas y el influjo de aquél; que sin embargo de ser un dogma político el que un pueblo podía, en el momento que quisiera, quitar los poderes a sus representantes en Cortes, principalmente si era notoria su malversación, se declaraba que el de Mendoza, congregado en asamblea legal, podría hacerlo en cualquier caso que lo considerase útil, a pesar de haberse decretado lo contrario por la

asamblea últimamente disuelta. Que sin embargo de ser libre el pueblo para la elección de sus representantes, «a fin de prevenir los embates de la facción con que frecuentemente se ataca su libertad, se declara que éstos deben ser forzosamente patricios, sin servir de suficiente pretexto la incultura de los pueblos, con que se ha querido disfrazar hasta aquí el espíritu de partidos que ha motivado la supresión de este juicioso establecimiento».

Elección de los diputados de Cuyo

El gobierno formado en Buenos Aires no tardó en perder asidero. El Estatuto Provisional fue en general rechazado por los pueblos. En Cuyo, una Junta de Guerra presidida por San Martín decidió el 3 de junio no reconocerlo «en parte alguna», por no ser «oportuno para el actual régimen de las provincias».

Sin embargo, como había permanecido vigente la decisión de reunir el Congreso, Cuyo se halló entre las primeras jurisdicciones en elegir diputados. Mendoza nombró a Juan Agustín Maza y a Tomás Godoy Cruz; San Juan, al dominico fray Justo Santa María de Oro y a Francisco Narciso de Laprida, y San Luis, a Juan Martín de Pueyrredon, quien hasta pocos meses antes había soportado el destierro en la capital de esa tenencia de gobernación.

Godoy Cruz se convertiría en el vehículo de las ideas de San Martín. Graduado en la Universidad de San Felipe, Chile, como bachiller en filosofía, cánones y leyes, contaba apenas 24 años, circunstancia que lo convertiría en el más joven de los congresistas. En el momento de ser elegido era síndico procurador del Cabildo y había facilitado su casa para instalar una fábrica de pólvora, además de contribuir con generosidad a los gastos militares del ejército de Cuyo.

El ejército toma forma

El coronel mayor San Martín —había sido ascendido el 10 de enero de 1815— encontraba serias dificultades para llevar adelante su empresa, sobre todo por la reducida colaboración del Directorio.

A comienzos de ese año, comenzó a poner en planta a su futuro ejército, ateniéndose en un principio a la orden de proteger a las provincias de su mando de las amenazas de una invasión realista desde Chile. Contaba con el reducido aporte que le brindaban el Cuerpo de Auxiliares trasandinos, al mando del coronel Gregorio de Las Heras, y las milicias cívicas de Mendoza, agrupadas en dos cuerpos de caballería y dos batallones de infantería, denominados

Cívicos Blancos y Cívicos Pardos.

La posibilidad de que se concretara un ataque lo obligó a aumentar con urgencia los efectivos de los cuerpos mencionados para ponerlos, como dice Leopoldo Ornstein, «en condiciones de afrontar las tareas de protección más indispensables». Para ello implantó una especie de servicio militar obligatorio en la gobernación intendencia de Cuyo. El 8 de noviembre de 1814, se creó el batallón N° 11 de Infantería, con la base de los Auxiliares de Chile más un escuadrón de caballería.

A mediados de diciembre, se incorporaron dos compañías del batallón N° 8, procedentes de Buenos Aires, y una compañía de artillería con cuatro piezas, a las órdenes del sargento mayor Pedro Regalado de la Plaza. Los efectivos reunidos hasta entonces —400 hombres y cuatro cañones— distaban de cubrir mínimas necesidades futuras, situación que indujo a San Martín a disponer la incorporación de nuevas tropas.

En febrero, logró que se agregasen nuevas dotaciones de artillería; el 26 de julio llegaron a Mendoza los escuadrones 3º y 4º de Granaderos a Caballo, enviados por el director supremo Álvarez Thomas, que portaban vestuarios, equipo y armamento para 400 soldados.

Pocos días más tarde, el 14 de agosto, San Martín procedió a excitar el patriotismo de los habitantes de Cuyo. Encuadró a los emigrados chilenos y como le faltaban 130 hombres para completar los escuadrones de Granaderos, dictó la siguiente proclama:

> Mendocinos: 130 sables tengo arrumbados en el cuartel de Granaderos a Caballo por falta de brazos valientes que los empuñen; el que ame a su Patria, y su honor, venga a tomarlos. La cordillera va a abrirse, mi deber me exige imperiosamente poner a cubierto este suelo de hombres libres. Para ello, yo no deseo emplear la fuerza, pues cuento con la voluntad de estos bravos habitantes, pero me veré en la necesidad de hacerlo si no se corresponde a mis esperanzas. A las armas, mendocinos; arrojemos a los enemigos del desgraciado Chile, y en el momento regresaréis a vuestras casas cubiertos de gloria; esto os ofrece vuestro paisano.

Hacia octubre de 1815, el incipiente ejército contaba ya con unos 1.600 soldados de infantería, 742 de caballería de línea y 220 artilleros, con 10 cañones. Mientras aumentaba, se presentaban problemas de difícil solución, pues había que vestir a las tropas y poner en condiciones de uso al armamento que, en su mayor parte, se hallaba en mal estado. Escaseaban, además, la pólvora y las municiones, pues se carecía de medios para proveerse de ellas ya que las únicas fábricas existentes —en Córdoba y La Rioja— no alcanzaban a satisfacer la demanda del Ejército del Alto Perú.

Un elemento importante para el ejército fue la imprenta de campaña, que tuvo por objeto brindar los boletines de las victorias y difundir los principios de la revolución argentina.

Incomprensión y obstáculos

La difamación, sembrada sobre todo por el antiguo sector alvearista de la Logia Lautaro, no sólo hallaba campo de cultivo propicio en Buenos Aires, sino que se extendía entre los diputados que ya se hallaban en la pequeña ciudad de San Miguel de Tucumán.

En carta a Godoy Cruz, del 29 de noviembre de 1815, San Martín expresaba:

> Con que están muy enfadados conmigo, ¡paciencia! Ya había en ésta visto varias cartas en que manifestaban sus disgustos, y lo particular que hayan sido escritas por sujetos de juicio y de luces, pero en unos términos capaces de exaltar otra conciencia menos tranquila que la mía. ¡Ay amigo! ¡Cuánto cuesta a los hombres de bien la libertad de su país! Baste decir que no en una, sino en tres o cuatro se dice lo siguiente: «Ustedes tienen en esa un jefe que no lo conocen: él es ambicioso, cruel, ladrón y poco seguro en la causa, pues hay fundadas sospechas de que haya sido enviado por los españoles; la fuerza que con tanta rapidez está levantando no tiene otro objeto que oprimir a esa provincia para después hacerlo con los demás». Vd. dirá que me habré incomodado: sí, mi amigo, un poco; pero después llamé la reflexión en mi ayuda, hice lo de Diógenes: zambullirme en una tinaja de filosofía y decir: todo es necesario que sufra el hombre público para que esta nave llegue a puerto.

Pese a ello, continuaba con pertinacia en las tareas de formación del ejército, pues su idea de marchar hacia Chile y el Perú se consolidaba día a día sobre la base de sus observaciones y de la minuciosidad con que analizaba cada detalle. Sin embargo, el Directorio le negaba los medios para iniciar la campaña, argumentando que debía esperar los resultados de la lucha que se libraba en el Norte.

El 15 de febrero de 1816 le ordenó el gobierno:

> Ante la imposibilidad de abrir por ahora la campaña con una expedición formal contra las tropas de Santiago, se hiciera una expedición parcial a algunas provincias de Chile […] que llame la atención a los enemigos, ampare a los patriotas, sostenga el espíritu de libertad, promueva la insurrección e inhabilite la recluta de los enemigos, de manera que al abrirse otra vez la cordillera se emprenda con seguridad la reconquista de Chile.

San Martín no creía en las acciones parciales del otro lado de la cordillera y consideraba necesario realizar una campaña general en cuanto fuese posible. El 29 de febrero, le remitió al director

supremo un extenso oficio «reservadísimo», al que llamó «dictamen», acerca de «los movimientos sobre Chile, preparativos y conducta que habría que observarse».

Para tal preparación reiteró el 13 de marzo de 1816 el pedido de caballería, requiriendo que se enviara a Mendoza todo el Regimiento de Granaderos, mediante el traslado de los escuadrones primero y segundo que servían en el Ejército del Norte. El gobierno así lo dispuso el 12 de abril, y en vista de la citada exposición de San Martín del 29 de febrero, desistió de la idea de que se impulsaran movimientos parciales en Chile.

Aliviado, el general le escribió confidencialmente a Godoy Cruz, el 12 de mayo, para darle a conocer su propio plan militar:

> Soy de parecer que nuestro ejército [se refería al del Norte] debe tomar una defensa estricta de Jujuy para proteger a Salta, destacar las mejores tropas con buenos oficiales a esa provincia, organizar en ella cuerpos bien cimentados, promoviendo la insurrección en el Perú [se refiere al Alto Perú, hoy Bolivia].
> En el supuesto de que dicha insurrección sea cierta, el enemigo no pasará jamás de Jujuy; este punto estará suficientemente cubierto con 700 hombres y todo el resto que baje a organizarse.

Si Chile «continúa en poder del enemigo dos años más [opinaba], todo se pierde y no podrá reconquistarse jamás». Lima, con el auxilio chileno, «será siempre el azote de la libertad», y Chile se convertirá en «la ciudadela de la tiranía perpetuando la guerra en nuestro suelo y haciéndola cada día más desastrosa». Por lo tanto, la expedición se imponía urgentemente, y con ese objeto necesitaba reunir y disciplinar un ejército durante el año 1816, para lo cual habría hasta que «echar mano de los esclavos».

También le expresaba a Godoy Cruz acerca de los medios para dotar de lo necesario a las fuerzas que debían concretar el cruce:

> ¿Y quién hace los zapatos me dirá usted? Andemos con ojotas; más vale esto que nos cuelguen, y peor que esto perder el honor nacional. ¿Y el pan quién lo hace en Buenos Aires? Las mujeres, y si no, comamos carne solamente. Amigo mío: si queremos salvarnos, es preciso grandes sacrificios. Póngase en el momento un cuño: ésta es obra de dos meses; prohíbase bajo pena de confiscación de bienes ni aun el uso de una cuchara de plata: el dinero aparecerá.
> Todo empleado público quede a mitad de sueldo y los militares no empleados lo mismo; los que están en el ejército a dos tercios, el soldado a cuatro pesos, cinco el cabo-tambor, pito y trompa y ocho el sargento; esto lo ha hecho la provincia de Cuyo y seguimos perfectamente con estas providencias. Todo sobra con una regular economía […]. El Perú no puede ser tomado sin verificado antes con Chile; este país estará enteramente conquistado a fines de abril del año entrante (1817) con cuatro mil o cuatro mil seiscientos hombres; estas tropas en seguida deben embarcarse y en ocho días desembarcar en Arequipa. Esta provincia pondrá para fines de agosto dos mil seiscientos; si el

resto se facilita yo respondo a la nación del buen éxito de la empresa […]. En conclusión, ínterin el ejército que debe conquistar a Chile obra, el del Perú se organiza para que tomado aquel reino ambos puedan obrar con decisión sobre Lima. Dispense usted lo desarreglado de estos pareceres, sujetos al error de un triste mortal, pero dictados por mi buena intención.

Para el mando de un proyectado ejército de seis mil hombres que invadiera el Alto Perú, se pensó en San Martín, pero éste alegó que deseaba continuar con la preparación de su ejército y que no lo acompañaba la salud.

En cambio, aconsejaría el nombramiento de su amigo Belgrano:

En el caso de nombrar quien deba reemplazar a Rondeau [le escribió a Godoy Cruz] yo me decido por Belgrano; éste es el más metódico de los que conozco en nuestra América, lleno de integridad y talento natural. No tendrá los conocimientos de un Moreau o Bonaparte en punto a milicia, pero créame usted que es lo mejor que tenemos en la América del Sur.

Un momento crucial

San Martín sabía cuál iba a ser el resultado de la insistencia de dedicar los mayores esfuerzos a la lucha en el norte, y consideraba una gravosa rémora prolongar el comienzo de las operaciones por el oeste. El tiempo en que la cordillera se hallaba transitable se acababa y ello significaba postergar el cruce por un año.

A esta circunstancia se unía la inestable situación política del país, que podía cambiar en detrimento de sus planes. Ello sin contar con la amenaza de la expedición española sobre Buenos Aires, que pronto cambiaría de rumbo para someter a sangre y fuego a los patriotas de la Costa Firme.

Dice Patricia Pasquali que

mientras tanto su personal posición se volvía cada vez más embarazosa, tironeado como estaba por los solemnes compromisos asumidos ante los amigos chilenos y sus abnegados cuyanos. Los primeros intensificaban cada vez más sus guerrillas, y tenían cifradas todas sus esperanzas en que verían asomar por la cordillera a las huestes sanmartinianas durante los primeros meses de 1816. Los segundos se hallaban exhaustos por el sistemático y metódico plan de explotación de todos los recursos humanos y materiales de la región puesto en práctica por San Martín en pro de la manutención y aprovisionamiento de las tropas, cuyo incremento iba en proporción directa a los sacrificios realizados.

Todas esas tensiones repercutieron en su cuerpo. San Martín somatizaba en el aparato digestivo. Sufrió un «furioso ataque de sangre y en su consecuencia una extrema debilidad».

Tal vez haya contribuido a suavizar esa preocupación el saber que Remedios había quedado encinta. Un hijo o una hija, que

esperaban para agosto, podía convertirse en un motivo de solaz y alegría en momentos tan difíciles.

Sin embargo, en poco tiempo, el ingenio inagotable de San Martín zanjó las dificultades para consolidar su ejército. Con el concurso de un emigrado chileno, Dámaso Herrera, muy entendido en mecánica, se transformó el molino de Tejada en batán, accionado por el sistema hidráulico que poseía. San Luis contribuyó con bayetas de lana, las que una vez en Mendoza se teñían y se abatanaban hasta el grado de consistencia que se creía conveniente, y de estas bayetas o pañetes se vistió el ejército.

También fueron creados la maestranza y el parque de artillería, con la hábil dirección de fray Luis Beltrán, buen conocedor de la matemática, la física y la metalurgia. En cuanto a la pólvora, dada la abundancia de salitre en la zona, se instaló un laboratorio con la dirección del ingeniero José Antonio Álvarez Condarco, que obtuvo un producto de calidad superior, con el cual se cubrieron las necesidades previstas.

La sanidad fue confiada al doctor Diego Paroissien; la vicaría castrense, al presbítero José Lorenzo Güiraldes; la comisaría del ejército, a Juan Gregorio Lemos y la justicia militar, como auditor de guerra, al doctor Bernardo de Vera y Pintado.

Diego Alejandro Soria estudia en detalle la composición y características de cada uno de los servicios y unidades del ejército, a la vez que señala el profesional esfuerzo encabezado por el general y gobernador.

Ideas de San Martín sobre la forma de gobierno

Los diputados llegaron por distintos medios, luego de recorrer desdibujados senderos y exponerse a verdaderos peligros. Faltaban los representantes de los pueblos del Litoral. En cuanto al diputado de Córdoba, asistiría por poco tiempo a las deliberaciones, que comenzaron el 24 de marzo de 1816.

San Martín recibía las noticias de Tucumán con preocupación y ansiedad, pues sabía que era indispensable que el Congreso se reuniese y concluyese la obra de la Asamblea General Constituyente con la declaración de la independencia.

Cuando los diputados principiaban a ponerse de acuerdo sobre el desarrollo de las sesiones, tenía lugar un grave conflicto entre las tropas salteñas de Martín Miguel de Güemes y el ejército de Rondeau. Ese disenso podía ser fatal para la causa de la emancipación y echar por tierra los propios esfuerzos de San Martín en Cuyo. De ahí que al conocer la superación de las diferencias, el

general le escribiera el 12 de abril de 1816 a Godoy Cruz:

> ¡Más de mil victorias he celebrado la mil veces feliz unión de Güemes con Rondeau! Así es que las demostraciones en ésta [Mendoza] sobre tan feliz incidente se han celebrado con una salva de veinte cañonazos, iluminación, repiques y otras mil cosas.

Lo impacientaba la demora en sancionar la Independencia. El mismo día le escribía al diputado mendocino:

> ¡Hasta cuándo esperamos declarar nuestra independencia! No le parece a Vd. una cosa bien ridícula acuñar moneda, tener el pabellón y cocarda nacional y por último hacer la guerra al soberano de quien en el día se cree dependemos. ¿Qué nos falta más que decirlo? Por otra parte, ¿qué relaciones podremos emprender cuando estamos a pupilo? Los enemigos, y con mucha razón, nos tratan de insurgentes, pues nos declaramos vasallos. Esté Vd. seguro que nadie nos auxiliará en tal situación, y por otra parte, el sistema ganará un cincuenta por ciento con tal paso. Ánimo, que para los hombres de coraje se han hecho las empresas.

A esas reflexiones, Godoy Cruz le respondió desde Tucumán, el 24 de mayo de 1816, que la declaración de la independencia «no es soplar y hacer botellas». San Martín le contestó:

> Veo lo que usted me dice sobre que el asunto de la Independencia no es soplar y hacer botellas. Yo respondo a usted que mil veces me parece más fácil hacerla que el que haya un solo americano que haga una sola.

Y agregó que el objeto de la revolución era liberarse «del mando del fierro español y pertenecer a una nación», para formular una serie de interrogaciones acerca del estado crítico de las Provincias Unidas.

San Martín, que se había manifestado opositor a constituir el país como Estado federal y que aun cuando apreciaba las ideas republicanas se volcaba por una monarquía constitucional encabezada por un príncipe europeo, en su afán de alcanzar de una vez la organización de las Provincias Unidas, le manifestaría a Godoy Cruz:

> Ya digo a Laprida lo admirable que me parece el plan de un inca a la cabeza, las ventajas son geométricas, pero por la patria les suplico no nos metan en una regencia de personas; en el momento que pase de una, todo se paraliza y nos lleva el diablo; al efecto, no hay más que variar de nombre a nuestro director y queda un regente: esto es lo seguro para que salgamos a puerto de salvación.

Bibliografía

Archivo de San Martín, cit., tomo III; *Documentos del Archivo de Belgrano*, tomo II, Museo Mitre, 1913; *Documentos para la Historia*

del General Don Manuel Belgrano, tomo II, cit.; *Documentos para la Historia del Libertador General San Martín*, tomo III, cit.; *Epistolario Belgraniano*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1970.

Félix Best, *Historia de las Guerras Argentinas,* cit., tomo I; *Campañas del Libertador general D. José de San Martín, en el bicentenario de su nacimiento*, cit.; Miguel Ángel De Marco, *Belgrano. Artífice de la Nación, soldado de la libertad*, cit.; Hugo Raúl Galmarini, *Tomás Guido. «Cuando sentado a la sombra de mis años…»*, cit.; Carlos Ibarguren, *San Martín íntimo. El hombre y su lucha*, Buenos Aires, Peuser, 1950; John Lynch, *San Martín. Soldado argentino, héroe americano*, cit.; Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*, tomo I, cit.; —, *Historia de San Martín*…, cit.; Enrique Mario Mayochi, *San Martín en la Argentina*…, cit.; José Pacífico Otero, *Historia del Libertador*…, cit.; Guillermo Palombo y Valentín A. Espinoza, *Historia de la Bandera Argentina*…, cit.; Patricia S. Pasquali, *San Martín. La fuerza de la misión*…, cit.; —, *San Martín confidencial. Correspondencia personal del Libertador con su amigo Tomás Guido (1816-1849*), Buenos Aires, Planeta, 2000; Isidoro J. Ruiz Moreno, *Campañas militares argentinas*, cit., tomo I; Diego Alejandro Soria, «La amistad entre San Martín y Belgrano», en *Manuel Belgrano. Los ideales de la patria*, cit.; —, *Las campañas militares del general San Martín*, cit.

Hacia el cruce de la cordillera

Dos hechos importantes, aparentemente inconexos, contribuyeron a impulsar el plan de San Martín hacia su pronta concreción. El 3 de mayo de 1816, el Congreso de Tucumán nombró director supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata al coronel mayor de caballería Juan Martín de Pueyrredon, quien, como se recordará, representaba a San Luis.

Siete días más tarde, su confidente Tomás Guido, que ocupaba las funciones de oficial mayor del Ministerio de Guerra, presentaba al director interino Antonio González Balcarce, sin que el gobierno se lo hubiese solicitado, un relevante estudio relativo al cruce de los Andes, que influyó de modo categórico en el seno del gobierno y en el Congreso de Tucumán. El documento provocó un cambio sustancial en la política y la estrategia de la lucha emancipadora, y se resolvió así dar a San Martín la ayuda necesaria para realizar la campaña a Chile en vez de perseverar en la ofensiva por el norte.

En el Congreso, entre los nombres que circularon para ocupar la jefatura del Estado, se halló el del propio gobernador intendente de Cuyo, quien se encargó de rechazar esa propuesta a través de los diputados de las provincias a su cargo. Finalmente, Pueyrredon resultó elegido casi por unanimidad. A pesar del difícil panorama que se le planteaba, con escaso apoyo más allá del Congreso y del propio San Martín, el director se dirigió a Salta y Jujuy para intentar ponerse de acuerdo con Rondeau y encomendarle a Martín Miguel de Güemes, por consejo del futuro Libertador, que se aprestara a defender la frontera norte de un inminente ataque de los españoles. Al primero le ordenó marchar con su Ejército a Tucumán, disposición que cumplió a desgano.

El nuevo mandatario actuó con rapidez y energía, lo cual permitió que se cumplieran sus disposiciones.

En aquellas circunstancias, Pueyrredon acentuó sus comunicaciones con San Martín. El 18 de mayo, tras referirse a la situación general y señalarle su convicción de que la sede del Poder Ejecutivo debía estar en Buenos Aires, «que incontestablemente es el manantial de los mejores recursos y el centro de las relaciones más importantes a la salvación del país», le manifestó:

> Estoy convencido de que es sumamente importante que yo tenga una entrevista con vuestra señoría para arreglar con exactitud el plan de operaciones del ejército de su mando que sea más aceptable a dichas

circunstancias [la situación militar en el norte] y a los conocimientos que vuestra señoría me suministre. Para esto y consultando la mejor comodidad para la traslación de vuestra señoría al punto que debamos vernos creo más conveniente señalarle el de la ciudad de Córdoba en el tiempo ya anunciado [10 o 12 de julio].

Mientras Pueyrredon terminaba de conjurar la indisciplina y acordaba detalles con Güemes, el director interino Balcarce tomaba conocimiento del memorial de Guido, lo hallaba ajustado y plausible y le comunicaba su opinión a don Juan Martín, que le había ordenado no adoptar medida alguna sin su conocimiento.

Dice Carlos Ibarguren que en el documento Guido reveló, como fiel intérprete de San Martín, una admirable clarividencia de hombre de gobierno y una eficaz concepción militar. Por una fatalidad inexplicable —expresaba— la mayor parte de los gobiernos que se habían sucedido desde el 25 de mayo de 1810, animados tal vez por la esperanza de que la causa de América encendería en el pecho de todos sus hijos un entusiasmo activo para sostenerla, «confiaron ciegamente al tiempo el término feliz de la contienda, sin tener en vista otros enemigos que los que América abrigaba en su seno».

Pero la coalición de la Europa de 1814, la restauración de los Borbones, el regreso del rey Fernando VII y todas las consecuencias graves de esos hechos que Guido enumeraba cuidadosamente, lo llevaban a señalar los peligros que amenazaban al Nuevo Mundo. Ello en forma tanto más grave cuanto que aparecían, «en medio de nuestras convulsiones domésticas, tumultos militares, guerra civil, dislocación de las provincias y el desastre sufrido en Sipe-Sipe que destruyó al ejército del Norte».

Después de analizar el estado militar, los recursos y las fuerzas con que contaban las provincias y el enemigo, y de estudiar los medios más eficaces para combatirlo, Guido llegaba a esta conclusión:

La ocupación del Reino de Chile es el objetivo principal que a mi juicio debe proponerse el gobierno a todo trance, y a expensas de todo sacrificio: 1°) Porque es el único flanco por donde el enemigo se presenta más débil; 2°) Porque es el camino más corto, fácil y seguro para libertar las provincias del Alto Perú; 3°) Porque la restauración de la libertad en aquel país, puede consolidar la emancipación de la América, bajo el sistema que aconsejan ulteriores acontecimientos.

Seguidamente, Guido demostraba con argumentos irrefragables y certera visión, la posibilidad de realizar el plan y la forma de ejecutarlo, e indicaba las medidas defensivas que debían tomarse para emprender la ofensiva en la campaña a Chile. Señalaba la

necesidad de «apoderarse del mar para obrar en combinación con las fuerzas de tierra», y recomendaba que se enviasen emisarios secretos a Chile para levantar las poblaciones:

> Adoptadas con celeridad y firmeza las medidas que dejo indicadas, creo evidente que el ejército destinado a la restauración de Chile contará antes de dos meses de su ingreso a aquel país con el número de 6.000 hombres, y en cinco meses de operaciones, mientras las cordilleras permanecen abiertas, sobre tiempo para conmover todo el Estado y reducir al enemigo al recinto que elija para su defensa, inclinándose entonces la victoria en favor de los libertadores.

Subrayaba después los pasos que debía ejecutar el ejército una vez que se posesionara de Chile: encarar una expedición al Perú, insurreccionar toda la costa, Tacna, las provincias de Puno, Cuzco y Arequipa, y auxiliar los esfuerzos patrióticos de los naturales. La noticia «sola de la victoria de Chile [afirmaba], bastaría para inflamar el espíritu enconado de aquellos pueblos, y su alzamiento sostenido por las tropas pondría en consternación al ejército de Pezuela».

En su completo análisis no podía faltar la mención de los aspectos financieros del plan y de los resultados económicos que la victoria de la revolución emancipadora en Chile y Perú produciría. Luego observaba la influencia que tendrían esos triunfos en las relaciones con el Brasil y con el ejército portugués. La memoria de Guido avizoraba las consecuencias políticas de la emancipación de Chile, que se aliaría con las Provincias Unidas y que «regido por una constitución liberal, bajo un gobierno prudente, activo y moderado, haría desaparecer de estas regiones en el curso de pocos años el bárbaro sistema colonial, asegurando para siempre la independencia de la América Meridional». Y concluía:

> Con las antecedentes observaciones, creo haber manifestado a vuestra excelencia los motivos poderosos que nos impelen a la restauración del Estado de Chile con preferencia a otras empresas menos útiles y más riesgosas. ¡Sea yo tan feliz que este corto homenaje que tributo a mi adorada patria, refluya algún día en la inmunidad eterna de los derechos imprescriptibles del Nuevo Mundo!

El memorial llegó con rapidez a Tucumán, donde tomaron conocimiento Pueyrredon y el Congreso. Aquél había regresado a esa ciudad con el fin de obtener del cuerpo la declaración de la independencia, pero encontró a los diputados poseídos por el desasosiego, por lo que sintió que debía insuflarles la confianza que lo embargaba.

Al imponerse de la correspondencia, Pueyrredon encontró una nota del Cabildo mendocino en la que se le solicitaba el

mantenimiento de San Martín en el mando. El 22 de junio, le comunicó al Congreso su decisión de ratificarlo y, dos días más tarde, respondió al ayuntamiento que ni él ni los diputados habían pensado en momento alguno separar al gobernador y jefe de las fuerzas de Cuyo:

> Me propongo destinar todos los artículos del poder supremo que se me han confiado a poner ese ejército en el mejor pie de fuerza posible, a cuyo logro encargo a vuestra señoría la continuación de su concurso para lo cual he llamado a una entrevista al general San Martín.

Por entonces se recibieron noticias del éxito alcanzado por el diputado Manuel del Corro en Santa Fe para poner fin a la guerra civil en esa provincia, con la consecuencia de que el pueblo había obligado a retirarse a las tropas artiguistas. A pesar de esa buena nueva y de los informes que Pueyrredon suministró sobre su misión en Salta y Jujuy, el Congreso seguía dudando sobre la proclamación de la independencia. No sólo insistía el director supremo; también lo hacía San Martín a través de los diputados cuyanos, de los representantes de Buenos Aires, fray Cayetano Rodríguez y José Darregueira, y de otros congresales. Belgrano, oído en sesión secreta y en distintas ocasiones, también presionaba con la experiencia de su reciente estada en Europa, comisionado con Rivadavia en pos de obtener una actitud favorable de parte de España con respecto a los anhelos de las Provincias Unidas, gestiones que no habían logrado éxito.

Pueyrredon afirmaba que no podía volver a Buenos Aires, donde contaba con poderosos enemigos, sin el documento que proclamara la emancipación política.

Finalmente, luego de sesionar nueve horas, el Congreso se decidió y el 9 de julio de 1816 declaró la Independencia.

Al día siguiente, Pueyrredon aceptó sin vueltas la amenazante renuncia de Rondeau al mando del Ejército del Norte y le dio el comando a Belgrano. Casi inmediatamente, preparó su equipaje y partió hacia Córdoba para entrevistarse con San Martín.

El encuentro

El gobernador intendente de Cuyo había llegado desde Mendoza el 9 de julio y Pueyrredon arribó el día 14, al decir de Gammalsson, probablemente a la oración o más tarde aún. Fue recibido a dos leguas de la ciudad por San Martín, a quien acompañaban Bernardo O'Higgins, el coronel José Ignacio Zenteno, su hermano Juan Andrés y un grupo de amigos. También se hallaban los miembros

del Cabildo y el gobernador de la provincia, José Javier Díaz. El director se alojó en la casa de los Arredondo, y San Martín en la morada de Orencio Correas. Al día siguiente, comenzaron las reuniones.

Durante una semana, en la que muy poco tiempo se dedicó al descanso, ambos ajustaron los planes para dar cumplimiento a la campaña de los Andes, cambiaron ideas y elaboraron proyectos sobre la constitución del futuro ministerio del director. Acordaron fortalecer la Logia Lautaro para apoyar al gobierno y sostener el intento de unidad con las provincias del Litoral y la Banda Oriental.

Pueyrredon le escribió al gobernador de Santa Fe, Mariano Vera, invitándolo a mantener una entrevista a su paso por el territorio provincial. Por su intermedio esperaba entablar un diálogo con Artigas.

Al término de las conversaciones, el 22 de julio, San Martín le envió una carta a Godoy Cruz, a cuyo pie iba un saludo cordial de Pueyrredon, expresándole el total concierto entre ambos. Finalizaba con esta frase lacónica que resultó profética: «Ya no nos resta más que empezar a obrar. Al efecto, pasado mañana partimos cada uno a su destino con los mejores deseos de trabajar en la gran causa».

General en jefe del Ejército de los Andes

El 1° de agosto de 1817, Pueyrredon firmó el despacho que le otorgaba a San Martín el cargo de general en jefe del Ejército de los Andes, pues resultaba «de indispensable necesidad depositar el mando de las fuerzas de línea y milicias existentes en la provincia de Cuyo, en manos de un jefe de crédito, actividad y decidido patriotismo, que pueda darles todo aquel impulso que se requiere para obrar con acierto en los objetos de la defensa pública, y con la dirección que es necesaria para hacer seguros sus esfuerzos».

Era la ratificación que necesitaba para trasladar la totalidad de sus fuerzas al campamento de Plumerillo, que se convertiría en la fragua de un conjunto guerrero, reducido en número pero dueño de una adecuada preparación y de una moral inquebrantable.

La entrega con que debía actuar le impediría proseguir en sus funciones como gobernador intendente de Cuyo. El 24 de septiembre de 1816, por tornarse «indispensable dedicar todos mis cuidados al arreglo y disciplina del ejército», delegó el mando en el coronel mayor Toribio Luzuriaga, quien ese día prestó el juramento de estilo en la sala capitular.

Pocos días más tarde, San Martín recibió la noticia de que el director supremo, en atención a «sus distinguidos y particulares

méritos», le había otorgado el cargo de capitán general de la provincia.

Justo un mes antes del traspaso del mando político, había visto la luz la que sería la única hija del matrimonio, Mercedes Tomasa, que fue bautizada el 3 de septiembre por el presbítero Güiraldes, ocasión en la que actuaron como padrinos el mayor José Antonio Álvarez Condarco y la señora Josefa Álvarez. «Sepa usted [le escribió a Tomás Guido] que desde antes de ayer soy padre de una infanta mendocina».

Como se ha dicho, San Martín había hallado en su «ínsula cuyana» el ámbito donde descansar luego de concluido el esfuerzo emancipador. No es de extrañar que pidiese que se le entregaran 50 cuadras de tierra para dedicarlas a la labranza en Los Barriales, a cuyo desarrollo había contribuido al promover la instalación de una villa. La respuesta, afirmativa e inmediata, fue mejorada con el otorgamiento de 200 cuadras para la niña Mercedes.

En señal de gratitud, el ayuntamiento dispuso erigir en la plaza de la nueva población una columna en cuyo anverso se inscribiría la leyenda *Multa mervit fecerat ille magis* («Muchas cosas mereció, [pero] él había hecho más»), y en su reverso, el nombre de San Martín. El general agradeció al gobernador y al Cabildo las donaciones hechas, pero comunicó que en nombre de su hija cedía las 200 cuadras en favor de quienes más se distinguieran en la campaña a punto de comenzar.

El fiscal dictaminó negativamente, señalando que no se podía aceptar esa renuncia, pues «el gobierno habría incidido en un error de derecho si aprobase que los padres pudiesen hacer otro uso que el del dominio útil en los legados de los hijos», pero se destinaron otras tantas cuadras para el fin propuesto por el general en jefe.

Parlamento con los pehuenches y «guerra de zapa»

En la construcción de su sistema de «inteligencia» —como se diría hoy— o «guerra de zapa», según la denominaba el futuro Libertador, en el sentido de socavar las fuerzas del enemigo, los aborígenes ocupaban un papel importante, pues podrían ayudar eficazmente a introducir, mediante falsos informes, la confusión en sus filas.

Como parte de su inteligente labor, San Martín cultivó, apenas llegado en 1814, buenas relaciones con los pehuenches que ocupaban las laderas orientales de la cordillera. Éstos se hallaban en paz desde que en 1787 el comandante militar de Mendoza, José Francisco de Amigorena, firmara tratados de concordia y los

respetara escrupulosamente. De tanto en tanto, los caciques llegaban a la ciudad, visitaban a las autoridades y recibían consideraciones y regalos.

En carta al director Pueyrredon, fechada el 10 de septiembre de 1816, apenas dos meses después de la declaración de la Independencia cuyo texto los diputados habían decidido difundir en quechua y aimara para conocimiento de los indios altoperuanos, le explicaba San Martín:

> He creído del mayor interés tener un parlamento general con los indios pehuenches, con doble objeto, primero, el que si se verifica la expedición a Chile, me permitan el paso por sus tierras; y segundo, el que auxilien al ejército con ganados, caballada y demás que estén a sus alcances, a los precios o cambios que se estipularán: al efecto se hallan reunidos en el Fuerte de San Carlos el gobernador Necuñán y demás caciques, por lo que me veo en la necesidad de ponerme en marcha hacia aquel destino, quedando en el entretanto mandando el ejército el señor brigadier don Bernardo O'Higgins.

Según Bartolomé Mitre, se había hecho preceder de «varias recuas de mulas cargadas de centenares de pellejos de aguardiente y barriles de vino, dulces, telas vistosas y cuentas de vidrio para mujeres y hombres, arneses de montura, víveres de todo género en abundancia y un surtido de bordados y vestidos antiguos que pudo reunir en toda la provincia para deslumbrar a los aliados».

Prosigue este autor con esta vigorosa descripción del encuentro:

> El día señalado los pehuenches en masa se aproximaron al fuerte con pompa salvaje, al son de sus bocinas de cuerno, seguidos de sus mujeres, blandiendo sus largas chuzas emplumadas. Los guerreros iban desnudos de la cintura para arriba y llevaban suelta la cabellera, todos en actitud de combate. Cada tribu era precedida de un piquete de Granaderos a caballo cuya apostura correctamente marcial contrastaba con el aspecto selvático de los indios. Al enfrentar la explanada de la fortaleza, las mujeres se separaban a un lado y los hombres revoleaban las chuzas en señal de saludo. Siguiose un pintoresco simulacro militar a la usanza pehuenche, lanzando los guerreros sus caballos a todo escape en torno de las murallas del reducto, mientras que desde los bastiones se disparaba cada cinco minutos un cañonazo de salva a cuyo estruendo contestaban los salvajes golpeándose la boca y dando alaridos de regocijo.

Existen descripciones circunstanciadas de aquella presencia de varios días, pero el meollo del encuentro fue el diálogo entre el general en jefe patriota y el cacique más anciano, Necuñán, cuyo nombre, de origen araucano, era presuntamente, cree Martínez Sarasola, la deformación y apócope de Nekulñancu, «aguilucho rápido», según las referencias de Mitre que también cita Milcíades Alejo Vignati.

Hizo las veces de intérprete el padre franciscano Inalicán,

araucano, quien comenzó con una arenga en la que exaltó la estrecha amistad entre los pehuenches y San Martín, y subrayó que el general, confiado en ella, había reunido al parlamento con el fin de obsequiarlos y al mismo tiempo pedirles que consintieran dejarlos pasar por su territorio para atacar a los españoles de Chile, «extranjeros a la tierra, y cuyas miras era echarlos de su país y robarles sus caballadas, mujeres, hijos, etcétera». Al concluir el sacerdote su discurso, se produjo un silencio de cerca de un cuarto de hora, después del cual los jefes cambiaron puntos de vista y el cacique general Necuñán expresó que todos, excepto tres a quienes se comprometían a contener, aceptaban las propuestas. Uno a uno los jefes abrazaron al general, excepto los opuestos a su pedido, y luego entraron al fuerte sus respectivos hombres, quienes, tras dejar sus armas, se entregaron a las libaciones y al consumo de los yeguarizos allí preparados.

Poco después, los caciques se dirigieron al campamento de Plumerillo, al que recientemente se había trasladado buena parte del ejército. Sentado en círculo con ellos, le habría dicho, palabras más, palabras menos, que los convocaba para reiterarles que los realistas iban a pasar desde Chile con su ejército para matar a todos los indios y robarles a sus mujeres e hijos. Agregó que «como él también era indio», cosa que pudo afirmar por su tez olivácea, bronceada por toda una vida en campaña, iba a acabar con los godos que les habían robado las tierras de sus antepasados. Esa expresión la oyó de sus labios, su fiel colaborador el coronel Manuel Olazábal, quien la registró en sus *Memorias*.

En aquellos momentos, el ejército realizaba ejercicios con su acostumbrado lucimiento, mientras la artillería hacía oír su bramido poderoso, «lo que excitó a los indios». San Martín les explicó que debía pasar por el sur pero que para ello necesitaba «la licencia de ustedes, que son los dueños del país». Esperaba que esa noticia llegase a oídos del presidente de la Capitanía General de Chile, mariscal de campo Francisco Casimiro Marcó del Pont, a fin de que debilitase sus tropas trasladando efectivos a esa zona con el objeto, bien difícil, de cubrir todos los pasos de los Andes frente a la incertidumbre de no saber por dónde iban a avanzar las tropas libertadoras.

El Gran Capitán había cerrado de modo invulnerable los pasos de la cordillera, para impedir el cruce de los espías realistas. A la vez, forzaba a los informantes de Marcó, incluso, según se dijo, apuntándoles con una pistola, a redactar cartas que lo confundiesen aún más.

San Martín también impulsó la acción de patriotas chilenos que desataron una campaña de rumores y hasta lograron organizar algunas partidas de guerrilleros que provocaron inquietud en el mando realista. Uno de los más destacados agentes fue el doctor Manuel Rodríguez.

Respecto de la versión de los encuentros con los indios recibida por el dignatario español, escribe Mitre que en una carta se anunciaba que

> para el 15 de octubre se aprontaba a salir de Buenos Aires una escuadra compuesta de una fragata; tres corbetas, dos bergantines y dos transportes, mandada por el inglés Teler [Taylor], cuyo objeto se ignoraba. San Martín [se agregaba], ha celebrado en el fuerte de San Carlos un parlamento general con los indios pehuenches. Los indios han entrado en todo. Veremos cómo cumplen. Reserva y más reserva. Por falta de ella han padecido los nuestros prisiones y despojos. Aquí todo se sabe.

En otra misiva se decía que un ingeniero francés había salido de Mendoza para construir un puente sobre el río Diamante.

> Las cartas de San Martín despachadas con un emisario suyo, que representaba el papel de doble espía [afirma Mitre], llegaron a manos de Marcó, quien dándoles entero crédito, perdió la cabeza, y puso en conmoción a todo el reino para precaverse de una doble invasión. A la vez participaba al gobierno que el parlamento tenía por objeto que «los indios auxiliasen al ejército en su tránsito con ganados y caballadas a los precios estipulados» mientras escribía a su confidente Guido: «Concluí con toda felicidad mi gran parlamento con los indios del Sur: auxiliarán al ejército no sólo con ganados, sino que están comprometidos a tomar una parte activa contra el enemigo». Era, como se ve, un pozo de grandes y pequeños misterios en cuyo fondo se escondía la verdad desnuda.

El campamento de Plumerillo

El traslado de la totalidad del ejército al campamento de Plumerillo, en los primeros días de la primavera de 1816, significó un paso fundamental para la consolidación de la maquinaria guerrera que intentaría la hazaña de dar libertad a Chile.

Por aquellos días se dirigió a sus hombres con estas palabras:

> La patria no hace al soldado para que la deshonre con sus crímenes, ni le da armas para que cometa la bajeza de abusar de estas ventajas ofendiendo a los ciudadanos con cuyos sacrificios se sostiene.
> La tropa debe ser tanto más virtuosa y honesta, cuando es creada para conservar el orden, afianzar el poder de las leyes, dar fuerza al gobierno para ejecutarlas y hacerse respetar de los malvados que serían más insolentes con el mal ejemplo de los militares.

El campamento se hallaba una legua al norte de la ciudad, en un

campo cedido por Francisco de Paula de la Reta, que adquiría ese nombre por los altos penachos blancos de las cortaderas, gramíneas que cubrían toda la extensión. La erradicación de las hierbas y la construcción de cuarteles se había realizado con la dirección del brigadier Bernardo O'Higgins. Se trataba de un hermoso valle cubierto de árboles, que fue desmontado, dice Mitre, para levantar espaciosos acantonamientos y almacenes, a cuya erección contribuyó el vecindario con cuantiosos donativos y materiales.

Desde un año antes había comenzado a ser ocupado por tropas que se hallaban en otros edificios, pero ese mes no quedó prácticamente un solo miembro del Ejército de los Andes en Mendoza. San Martín, para dar el ejemplo, se instaló allí con su catre y su botiquín de campaña, para concurrir a la ciudad sólo con el fin de visitar a su esposa e hija o atender indispensables cuestiones del servicio.

En carta a Godoy Cruz, y con referencia al proyecto del Directorio de levantar en el Norte un ejército de seis mil hombres, le había dado una opinión clara acerca de la imposibilidad de instruir soldados mientras se producían movimientos importantes de tropa. La misiva explicaba el porqué de su preocupación por mantener sus fuerzas en un solo haz:

> Amigo mío: sepa usted que hasta ahora no se ha conocido en los fastos de la historia el que reclutas se formen soldados en un ejército de operaciones, es decir, cuando el número de los primeros es excesivo al de los segundos; el soldado se forma en los cuarteles o campos de instrucción, y luego de ser tales marchan al ejército.

Desde el momento en que se produjo la reunión de todas las unidades, expresa Mitre, «aquel sitio antes desierto y silencioso, ofreció el espectáculo del trabajo incesante y de una actividad precursora de la gran campaña de que era la primera etapa».

Al toque de diana, con las primeras luces del alba, se disparaba un cañonazo. A esa señal todos los cuerpos marchaban hacia la plaza de armas ubicada en el centro del campo de instrucción, y se dividían en grupos que ensayaban una y otra vez las evoluciones y marchas —el llamado orden abierto—, al son de los clarines y las voces de mando, o se ejercitaban en el manejo de las armas o en el tiro al blanco. La tropa, en razón de haberse logrado fabricar pólvora de buena calidad en Mendoza bajo la dirección del sargento mayor Álvarez Condarco, pudo efectuar prácticas de tiro antes del cruce, algo que hasta entonces, por escasez, ninguna unidad había podido realizar. Para que los disparos no fuesen mortales, y a la vez con el objeto de constatar si habían sido efectivos, se construyó un

espaldón o terraplén en medio de la plaza.

San Martín, en sus permanentes recorridas, se dirigía preferentemente a los pelotones de reclutas y especialmente a los de Granaderos a Caballo. Sin embargo, sus predilectos eran los negros libertos, «a quienes proclamaba, poniéndose al nivel de ellos, con el charlatanismo de un general que sabe pulsar todos los resortes que mueven a los hombres en sus diversas esferas».

Los Granaderos eran motivados al combate por el general, quien les mostraba unos papeles que sacaba del bolsillo, en los que presuntamente se decía que los maturrangos de la caballería española de Chile hacían correr la voz de que sus sables eran de lata, porque pensaban que su gobierno era tan pobre que no tenía con qué comprarlos de acero. Desenvainaba su corvo y les daba con gallardía lecciones sobre su manejo. En poco tiempo, los soldados que aún no habían entrado en combate se perfeccionaban en el uso de sus mortíferas armas.

A los negros les mostraba los mismos papeles, y les aseguraba que según sus agentes secretos, los jefes españoles de Chile se preparaban a mandarlos vender como esclavos en las haciendas de azúcar del Perú, pensando que era fácil tomarlos prisioneros.

Los ejercicios duraban tres o cuatro horas por la mañana, con breves intervalos de descanso, y se repetían por la tarde, prolongándose a veces hasta la noche cuando había luna. El resto del día lo empleaban los soldados para hacer su propio calzado o fabricar sus correajes y utensilios, pues cada uno tenía además de su servicio de armas la obligación de ser artesano de sí mismo.

El general trabajaba con su jefe de Estado Mayor o conferenciaba con los jefes de cuerpo, a quienes llamaba nominalmente por toques convenidos de corneta, para ahorrar tiempo. Por la noche recorría las academias teórico-prácticas de táctica de los batallones y escuadrones, que convertía en escuelas de arte militar y de estrategia, suscitando cuestiones facultativas fuera del programa, proponiendo la solución de hipótesis de combate que podían ocurrir en el curso de una campaña, a fin de hacer discurrir a los oficiales por sí mismos, y terminaba su conferencia con el relato de algún episodio ilustrativo en que él mismo había sido actor.

Al rememorar la casi omnipresencia de San Martín, recuerda Manuel Alejandro Pueyrredon:

> A más de la enseñanza ordinaria para las tropas, estableció academias para todos los cuerpos, nombrando para cada uno un maestro de Academia.
> Fundó en su propia casa una principal para los jefes, que presidía él mismo, con el objeto de uniformar los movimientos […]. Era increíble el ardor y

entusiasmo que el general había sabido inspirar a todas las clases. Lo mismo sucedía con los habitantes de Cuyo, que no omitían sacrificio alguno, por más costoso que fuera. El general era el primero en dar el ejemplo en todo, actividad, sobriedad, sencillez en el traje.
Su chaqueta con pieles, su pantalón de punto, con botas de cuero, su sombrero de hule sin adornos, era su vestuario de siempre.
Su señora lo imitaba en sencillez, no usaba adorno alguno, y todas las señoras en Mendoza la imitaban, dando todo lo superfluo a beneficio del Ejército o de los hospitales, para los cuales preparaban hilas, vendajes, sábanas, cobertores, etcétera.
El general era muy madrugador, a pesar de que se acostaba tarde. Así, se le veía desde la diana recorriendo todo sin que hubiese objeto alguno, por pequeño o insignificante que pareciese, que escapara a su vigilancia.

Después de la tercera lista, se rezaba el rosario por compañías, y al toque de silencio sólo se oía el alerta de los centinelas. Los domingos, el ejército oía misa y era la ocasión para una gran parada. Enseguida el capellán castrense pronunciaba una plática de media hora, cuyo tema era a veces sugerido por él. Generalmente tendía a estimular las virtudes morales, el heroísmo en defensa de la patria, el amor a la libertad y la obediencia a las autoridades superiores del Estado.

Mitre remata su vibrante narración sobre la vida interna de las huestes de los Andes:

Aquel ejército tenía ya su número completo, su organización, su espíritu, su moral, su alma, puede decirse, y un objetivo determinado; su ordenador quiso darle un ideal y un símbolo. A imitación y ejemplo de su amigo y de su maestro en virtudes, el general Belgrano, eligió por patrona del ejército a la Virgen del Carmen, de la devoción del pueblo de Mendoza; pero lo hizo con las formalidades graves de su carácter disciplinario. Sometió el punto a una junta de oficiales generales, y de acuerdo con ella la hizo declarar por tal en la orden del día.

Un mundo de privaciones

Pero la trastienda de ese luminoso cuadro militar no era tan brillante. Obtener cada elemento costaba ingentes sacrificios tanto al gobierno como a San Martín.

Las cartas entre éste, Guido y Pueyrredon así lo evidencian. En una misiva íntima al primero, fechada el 30 de septiembre de 1816, San Martín enumeraba sus aflicciones de índole financiera y detallaba los elementos que necesitaba recibir en forma urgente por resultar indispensable. Los granaderos y cazadores «están en cueros»:

Atúrdase usted [agrega] pasan de 25.000 pesos los gastos en este mes, sin más entrada que los ocho mil de esa y 4.600 de ésta, lo restante es preciso sacarlo

de arbitrios: esto me ocupa más que el ejército y me consume el tiempo. Todas las tropas excepto el batallón de cazadores que está en San Juan, entraron en el campo de instrucción el 30 [de septiembre de 1816]; es un dolor no tener siquiera una frazada para arroparlos de la intemperie.

Como los vestuarios y demás objetos esenciales no llegaban, San Martín volvió a escribirle a Guido desde el campo de instrucción, el 20 de octubre de 1816:

Por la patria vea usted al director a fin de que me remita los vestuarios para cazadores, granaderos y número ocho; que éstos estén a más tardar a mediados de diciembre; sin este auxilio no se puede realizar la expedición, pues es materialmente imposible pasar los Andes con hombres enteramente desnudos. Los granaderos sólo, necesitan 530 vestuarios, pues con los 120 que han llegado y 100 más que yo les he dado se completará su número; los cazadores 600 y 800 el número 8. Yo había hecho una contrata con un cordobés, de 4.000 varas de bayetilla abatanada, y me escribió después de haber tomado más de mil pesos, que los paños no pueden estar en ésta hasta fines de diciembre, tiempo en que ya debo estar en marcha. La bayetilla que se había comprado en San Luis en mi viaje a Córdoba se apolilló la mayor parte, y por falta de lienzos he tenido que hacer de ella camisas para el ejército: en fin, mi amigo, éste es el último auxilio que pido porque conozco que sin él nada haremos.

El 19 de noviembre de 1816, el jefe del Ejército de los Andes insistió en su pedido de que Guido obtuviese permiso para pasar a Mendoza:

Hable usted al amigo Pueyrredon sobre su venida; ésta es indispensable; póngase las espuelas y vuele hasta abrazarnos. No tengo tiempo para más; se trabaja con provecho y creo que para mediados del entrante ya estaremos al corriente y prontos para rompernos las cabezas.

San Martín no sólo insistía con el oficial mayor Guido sino que le reclamaba dramática pertinacia a su amigo, el director supremo, pues pasaban los días y el cruce no podía ser postergado. Pueyrredon le respondió el 2 de noviembre de 1816:

Como ayer fue día de Todos los Santos no se ha podido buscar entre los comerciantes libranzas para los 30.000 pesos, pero haré la diligencia con empeño […]. Van ahora 500 frazadas, mil arrobas de charqui, vestuarios, camisas, 400 recados, 200 sables con los dos únicos clarines que he encontrado, 200 tiendas de campaña y no hay más; va el mundo, va el demonio, va la carne, y no sé yo cómo me irá con las trampas en que quedo para pagarlo todo, y me voy yo también para que usted me dé algo del charqui que le mando, y ¡carajo, no me vuelva a pedir más, si no quiere recibir la noticia de que he amanecido ahorcado en un tirante de la Fortaleza!

Pero llegó diciembre y seguía sin recibir gran parte de los elementos que había solicitado. Tomó la pluma para expresarle su desesperación a Guido:

> Está visto que en ésa [Buenos Aires] los hombres parece toman láudano diariamente; usted sabe que hace más de ocho meses pedí las pieles de carnero para los aparejos de cordillera, y no obstante las órdenes del gobierno, veo con dolor que ni aún están recolectadas, cuando por lo menos necesito para forrar las esteras que están ya construidas desde más de un mes; en fin, yo marcharé aunque me lleve el diablo. Creo que no me lleguen a tiempo los 500 hombres del Perú, pues yo a más tardar debo emprender la tremenda para mediados del que entra. Ya voy consiguiendo el que el enemigo se divida; la guerra de zapa vale mucho […]. Estoy tal que ya no sé cómo sacar dinero para acabar de pagar el mes: crea usted mi amigo que el demonio me lleva de esta hecha, pues mi pobre cabeza no puede abarcar todo lo que está metido en ella.

El 2 de diciembre, Pueyrredon le participó, aunque en tono jocoso, sus propias preocupaciones:

> Mi amado compañero, estoy formando un derrotero hacia Patagones, para irme, si no salimos bien en la empresa de Chile.

Con el propósito de confirmarle su interés y el carácter prioritario que otorgaba al esfuerzo sanmartiniano, le manifestó días más tarde:

> Hemos tratado de la ida de Guido y se ha resuelto que a la primera noticia de haber ocupado usted Chile saldrá de aquí. No sabe usted todo el sacrificio que hago en desprenderme de este joven, que es el que me lleva todo el despacho de la Guerra.

A poco de emprender la marcha, el 15 de diciembre, San Martín le hizo saber a Guido con prosa enérgica y decidida que saldría a cualquier precio:

> Si no puedo reunir las mulas que necesito, me voy a pie; ello es que a más tardar estoy en Chile para el 15 [de enero de 1817]. Es menester hacer el último esfuerzo en Chile, pues si ésta la perdemos todo se lo lleva el diablo. Yo espero que no sea así, y que en el pie en que se halla el ejército saldremos bien. El tiempo me falta para todo, el dinero ídem, la salud mala: pero así vamos tirando. Cada vez me convenzo más y más de que sin usted no haremos nada.

Días más tarde, el tono de una nueva carta a Guido mostraba optimismo: «Trabajo como un macho para salir de ésta el 15 del que entra; si salimos bien, como espero, la cosa puede tomar otro rumbo».

Instrucciones reservadas

El 21 de diciembre de 1816, el gobierno argentino expidió las *Instrucciones reservadas que deberá observar el capitán general del Ejército de los Andes don José de San Martín en las operaciones de la*

campaña destinada a la reconquista de Chile, que habían sido dictadas por Pueyrredon de acuerdo con la Logia Lautaro.

En primer lugar se señalaba que San Martín debía velar para que no quedasen dudas de los objetivos de la empresa:

> La consolidación de la independencia de la América de los reyes de España, sus sucesores y metrópoli, la gloria a que aspiran en esta grande empresa las Provincias Unidas del Sud, son los únicos móviles a que debe atribuirse el impulso de la campaña. Esta idea la manifestará el general ampliamente en sus proclamas, la difundirá por medio de sus confidentes en todos los pueblos, y la propagará de todos modos. El ejército irá impresionado de los mismos principios. Se velará [que] no se divulgue en él ninguna especie que indique saqueo, opresión, ni la menor idea de conquista, o que se intenta conservar la posesión del país auxiliado.

Luego se le brindaban instrucciones sobre el modo de dar seguridad a los pertrechos de guerra, víveres y demás artículos que se depositaran en los almacenes de reserva, y acerca de establecer un camino o línea permanente de comunicaciones con la provincia de Mendoza. Después de haber cruzado los Andes, tenía que construir una fortificación de campaña «en el pueblo, caserío o sitio más aparente, que franquee un paso sostenido a los ulteriores auxilios que deben remitírsele».

Tenía que regular sus acciones al modo como los habitantes de allende la cordillera recibieran al ejército:

> La decisión o retracción de los naturales de Chile a proteger el ejército auxiliador, contribuirá a un cálculo arreglado sobre el bueno o mal éxito de la campaña. En el primer caso, las operaciones del ejército deben ser rápidas; en el segundo, el general detendrá su curso, si se considerase débil en competencia con el enemigo. Se acantonará en un lugar fuerte, y dirigirá inmediatamente partes circunstanciados a este gobierno.
> La mayor parte del ejército del enemigo se compone de americanos, por consiguiente, al general tocará todo arbitrio para introducir en ella el descontento y la división con la que proceda de España y Lima, reduciéndola si es posible a tres partidos. El contagio de la deserción será propagado por agentes secretos, y habrá libertad en los premios a los primeros desertores. Al principio de campaña, los soldados patricios al servicio del enemigo serán tratados con benignidad, pero con extremada cautela.

Las instrucciones eran muy minuciosas en lo referente al modo de encarar las operaciones tendientes a preservar las fuerzas del ejército e «inspirar mayor confianza en la terminación feliz de la campaña». Debía ser evitada la desmembración en pequeños encuentros, adoptándose con preferencia la guerra de recursos. Las armas sólo debían ser empeñadas en casos de absoluta necesidad, «evitando todo combate cuanto sea posible al principio de la campaña»:

> Sólo por una estrecha precisión y con ventajas muy conocidas se aventurará una batalla con toda la fuerza del ejército, teniéndose presente que la incertidumbre de sus resultas, expone a una desgracia, que origine la pérdida absoluta de la expedición.

Para bien de la causa independentista, tales prevenciones no serían atendidas por San Martín, que al empeñar una acción campal por momentos riesgosa apenas llegado a Chile, golpeó con fuerza a los realistas y obtuvo la adhesión de buena parte de la población de allende los Andes.

Los 32 puntos siguientes fueron ocupados por una serie de precisiones militares, algunas de extrema dureza en cuanto al trato con el enemigo y otras sumamente adecuadas con respecto a la captura de armamentos y fornituras, levantamiento de puestos defensivos, confección de cartas topográficas, y protección de los puertos más importantes, sobre todo, Valparaíso.

En lo referente a circunstancias extremas que podían desencadenarse a raíz del fracaso en los campos de batalla, San Martín debía tener en cuenta que si llegaba el caso desgraciado de pedir una capitulación, «nunca se podrá convenir por el general en jefe, ni ninguno de sus subalternos, en que las provincias de la unión desistan de la guerra hasta conseguir su libertad, ni en que comprenda ninguna otra alteración trascendental a la posición en que se hallen los ejércitos en las mismas provincias».

Con respecto a los realistas, si su ejército fuese estrechado a capitular, se le concedería «la que sea más honorífica a nuestras armas, atendidas las circunstancias que concurran, procurando, si es posible, hasta exigir se desalojen absolutamente por las tropas de su nación las provincias del Perú hasta el Desaguadero, como línea de demarcación que las separa de las de Lima, con prohibición de volverlas a ocupar. El cumplimiento de cualquier tratado se asegurará con los mejores rehenes que puedan adquirirse»:

> Queda absolutamente prohibido al general en jefe consienta por capitulación en que las tropas españolas se retiren a Lima, con armas o sin ellas, y si las circunstancias del ejército reclamasen asentir a esta proposición, se hará de un modo vago y sujeto a una decente interpretación para no darle cumplimiento.

En cuanto al «ramo político y gubernativo», se le encomendaba exquisito cuidado en el sentido de no afectar puntos sensibles para la población:

> La prolija observación del genio, usos, costumbres, preocupaciones civiles o religiosas de los habitantes de Chile, fijará la conducta política del general. Ninguno de aquellos atributos será atacado directa ni indirectamente, como no se opongan al objeto de la campaña. La religión dominante será un sagrado de que no se permitirá hablar sino en su elogio; y cualquier infractor de este

precepto será castigado como promotor de la discordia en un país religioso.

También se le suministraban instrucciones con respecto al tratamiento de las cuestiones políticas internas:

> Siendo notoria la división en que se hallaba Chile por dos partidos poderosos, antes de la entrada de las tropas del rey, presididos, a saber, el uno por la familia de los Carrera, y el otro por la casa de los Larraín, se procurará extinguir la semilla del desorden con proclamas imparciales, sin justificar a ninguno de ambos, ni permitir se renueven las causas de aquel choque fatal.
> El general tendrá presente que el primero de los dichos partidos contaba con el afecto de la plebe, y que sus procedimientos, aunque honestos y juiciosos, investían un carácter más firme contra los españoles; y que al segundo, pertenecían la nobleza, vecinos de caudal, y gran parte del clero secular y regular, siempre tímidos en sus empresas políticas. Entre los dos extremos, el general elegirá los medios, sin confundir absolutamente los unos y realzar los otros, dando siempre lugar al mérito y a la virtud.

Se le recordaban luego las peculiaridades de la administración española en lo atinente al país donde el ejército debía operar:

> El sistema colonial observado por los españoles en Chile desde la conquista, ha sido en gran parte diverso del que se nota en las demás provincias meridionales. El feudalismo ha prevalecido casi en todo su rigor, y el ínfimo pueblo ha sufrido el peso de una nobleza engreída, y de la opulencia reducida a una clase poco numerosa del reino. La desatención de estas órdenes, sería tan funesta como la licencia de la plebe. El general inspirará confianzas lisonjeras a esta última procurando exonerarla de contado de pechos y contribuciones, y guardará todo fuero y respeto a la nobleza, sin que se note una evidente transición contra los derechos y estados de que respectivamente han estado en posesión.

No menos cauteloso debía ser el trato con los ministros de la religión:

> El estado eclesiástico mantiene una decidida influencia sobre todas las clases de la población de Chile. Sobre esta idea, que tendrá muy presente el general, procurará desde su regreso al reino, captarse la voluntad de los curas párrocos, provinciales, comendadores y jefes de todas las religiones. Levantará desde luego, y pasará a Mendoza, todo clérigo o fraile europeo, sea cual fuera su rango, a menos que tuvieran servicios remarcables a la causa de América. Esta medida será ejecutada con la mayor prudencia, y se solicitarán sacerdotes virtuosos que los subroguen, con especial cuidado de hacer entender al pueblo la conveniencia que resulta a su seguridad de la separación de aquellos religiosos, recomendándole especialmente la extinción del colegio de Chillán.

Más adelante, se señalaba a San Martín los pasos que debía practicar para que Chile se diese sus propias autoridades, tanto en el plano local como nacional. Ni el general ni el ejército tendrían más participación pública que la de conservar el orden y evitar de un modo prudente que la elección fuese obra de la intriga de algún partido contra la voluntad general y seguridad del propio ejército.

En este último punto, San Martín le hizo al Directorio una propuesta en el sentido de confiar la presidencia o la dirección provisional a O'Higgins. Pueyrredon, con la aquiescencia de la Logia, la aceptó.

Además se debía garantizar el pleno ejercicio de la actividad judicial; aproximar a los gobiernos de Buenos Aires y Santiago, y firmar un tratado de recíproco comercio, paz, unión y mutua alianza ofensiva y defensiva, para cuya celebración se remitirían oportunamente las instrucciones necesarias.

Un conjunto de indicaciones sobre la atención financiera del ejército en sus diversas facetas, en las que debía asumir su parte el nuevo gobierno de Chile, cerraban el documento, que en su parte final dejaba a San Martín la posibilidad de actuar por sí en casos indispensables:

> Sin embargo de cuanto queda manifestado en los precedentes artículos de esta instrucción, no siendo posible prever todos los acontecimientos en la campaña, y las diversas circunstancias del momento, el general en jefe es plenamente autorizado para obrar según ellas, en la forma que sus talentos, honor y previsión política juzgue conforme a la conservación y aumento de la gloria de la nación, a su libertad, a su crédito y al logro de la grande empresa que se ha confiado.

Inminencia de la partida

San Martín había dispuesto que los 3.987 combatientes y 1.392 hombres pertenecientes a los servicios de apoyo de combate se alistasen para cruzar la cordillera. El plan contemplaba pasar la columna principal (tres batallones, cinco escuadrones y tres piezas de artillería) por la ruta de Los Patos, y la columna secundaria por el camino de Uspallata (un batallón, una sección de caballería y dos piezas de artillería). Ambas debían desembocar coordinadamente y reunirse en el valle de Aconcagua.

Otras cuatro columnas menores transpondrían «estos inmensos montes», como había calificado el general en jefe en carta a Tomás Guido al macizo de los Andes. Marcharían al norte y al sur de las dos principales para engañar al enemigo sobre el lugar de ataque y obligarlo a dispersar sus fuerzas.

Con antelación, San Martín se había preocupado de contar con datos precisos acerca de los respectivos itinerarios. Encomendó al sargento mayor José Antonio Álvarez Condarco que dirigiese los reconocimientos de los caminos cordilleranos y la preparación de la cartografía. Para explorar los dos pasos principales del lado chileno, el general en jefe utilizó una estratagema que obtuvo positivo

resultado. Envió por el camino de Los Patos a dicho jefe con una nota dirigida al capitán general de Chile en la que le hacía conocer la declaración de la independencia de las Provincias Unidas. Éste rechazó la comunicación y, como lo había previsto San Martín, devolvió al emisario por el camino de Uspallata, que era el más corto. De tal manera, Álvarez Condarco pudo reconocer ambos pasos y elaborar los planos necesarios.

La bandera de los Andes

El Congreso había decidido, el 25 de julio de 1816, la adopción de la bandera de Belgrano como «peculiar distintivo» de las Provincias Unidas. La determinación del cuerpo fue comunicada al general en jefe del Ejército de los Andes el 18 de agosto. San Martín mandó confeccionar una enseña celeste y blanca para cada unidad, y fijó otra especial como emblema de todas las fuerzas de su mando.

Si bien dicho símbolo, que hoy se conserva en Mendoza, exhibe dos paños con un escudo en el centro, ello se debe indudablemente a que los efectos del tiempo sobre las telas con que fue confeccionada y los traslados que sufrió a lo largo del tiempo fueron reduciéndola hasta quedar en su forma actual. No existe razón alguna para justificar que un comandante tan respetuoso de las reglas como San Martín haya decidido cambios por su propia cuenta.

La bandera fue bordada por las mendocinas Laureana Ferrari, Mercedes Álvarez y Margarita Corvalán, y por Dolores Prats de Huici, dama chilena que tomó de su abanico las lentejuelas que le dieron realce. También, según la tradición, aportaron piedras preciosas Remedios de Escalada de San Martín y otras señoras de la sociedad local.

Iniciado enero de 1817 y listo el Ejército para marchar, se procedió a la solemne jura de la enseña el 5 de enero de 1817.

Aquel día, las fuerzas, vestidas de gran parada, con su estado mayor a la cabeza, se pusieron en marcha hacia la ciudad de Mendoza, que lo esperaba engalanada con arcos triunfales de flores, banderas, grandes gallardetes y cortinajes de seda que tapizaban los frentes de los edificios. Ingresó por la calle llamada de La Cañada, a lo largo de la hermosa alameda creada por San Martín, y a las 10 de la mañana formó en la plaza mayor en medio de los repiques de campanas de ocho templos y de las aclamaciones entusiastas del pueblo.

La imagen de la Virgen patrona abandonó el convento de San Francisco para ir al encuentro de la columna, llevada en andas y

rodeada de todo el clero regular y secular. La custodiaban las bayonetas de los nuevos soldados, y a la cabeza de la procesión marchaba el capitán general vestido de gala, en compañía del gobernador intendente, los miembros del Cabildo, los empleados civiles y el pueblo en masa.

La bandera estaba depositada en la iglesia matriz. Luego de bendecida, según el ritual de ordenanza, a la par que el bastón de mando del general, éste la fijó en el asta y una salva de artillería de 21 cañonazos saludó su ascensión. San Martín puso su bastón en la mano derecha de la imagen, como Belgrano lo había hecho en vísperas de la batalla de Salta con la Virgen de las Mercedes, generala del ejército auxiliar del Perú. Tomó en sus manos la enseña y subió a la plataforma levantada en la plaza. Todos los cuerpos presentaron armas y los tambores batieron marcha de honor, mientras los presentes guardaban profundo silencio.

San Martín se quitó el bicornio y dijo con la voz abaritonada y viril que lo caracterizaba: «¡Soldados!: ¡Ésta es la primera bandera independiente que se bendice en América!» La hizo flamear por tres veces, y el pueblo y las tropas lanzaron un estruendoso: «¡Viva la patria!»

A continuación, alzó el tono y agregó:

> ¡Soldados! ¡Jurad sostenerla muriendo en su defensa como yo lo juro!

«¡Lo juramos!», respondieron a una voz. Una triple descarga de fusilería, seguida de una salva de 25 cañonazos, saludó la bandera que en breve flamearía en toda la parte austral de América del Sur y tremolaría airosa, como signo de redención, por todos los mares del orbe.

Bibliografía

Archivo de San Martín, cit., tomos III-IV; *Documentos del Archivo de Belgrano*, tomo III, Museo Mitre, 1913; *Documentos para la Historia del General Don Manuel Belgrano*, cit., tomo III; *Documentos para la Historia del Libertador General San Martín*, cit., tomos III-IV-V; *Epistolario Belgraniano*, cit.; Gerónimo Espejo, *El paso de los Andes: Crónica histórica de las operaciones del ejército de los Andes para la restauración de Chile en 1817*, Buenos Aires, Librería La Facultad, 1916; Manuel Alejandro Pueyrredon, *Memorias inéditas. Historia de mi vida. Campañas del Ejército de los Andes*, cit.

Félix Best, *Historia de las Guerras Argentinas*, cit., tomo I; Miguel Ángel De Marco, *La guerra de la frontera. Luchas entre indios y blancos. 1536-1917*, Buenos Aires, Emecé, 2010; —, *Belgrano.*

Artífice de la Nación, soldado de la libertad, cit.; Hugo Raúl Galmarini, *Tomás Guido. «Cuando sentado a la sombra de mis años…»*, cit.; Carlos Ibarguren, *San Martín íntimo. El hombre y su lucha*, Buenos Aires, Peuser, 1950; John Lynch, *San Martín. Soldado argentino, héroe americano*, cit.; Carlos Martínez Sarasola, *Nuestros paisanos los indios: vida, historia y destino de las comunidades indígenas en la Argentina*, Buenos Aires, Emecé, 2005; Enrique Mario Mayochi, *San Martín en la Argentina*…, cit.; Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano*…, cit., tomo I;—, *Historia de San Martín*…, cit.; José Pacífico Otero, *Historia del Libertador*…, cit.; Guillermo Palombo y Valentín A. Espinoza, *Historia de la Bandera Argentina*…, cit.; —, *Documentos para la historia de la bandera argentina*, Buenos Aires, Instituto de Estudios Iberoamericanos, 2001; — e Igarzábal Clausse, «La bandera de Belgrano en su bicentenario», *El Tradicional*, N° 106, Buenos Aires, julio de 2012; — y Eduardo Luis Federico Anschütz e Igarzábal Clausse, «Observaciones y comentarios sobre la bandera original del Ejército de los Andes», en Instituto de Historia Militar Argentina, *III Congreso Nacional de Historia Militar «Bicentenario de la creación del Regimiento de Granaderos a Caballo General San Martín»*, celebrado en Buenos Aires en diciembre de 2012 (CD); Patricia S. Pasquali, *San Martín. La fuerza de la misión*…, cit.; —, *San Martín confidencial. Correspondencia personal del Libertador con su amigo Tomás Guido (1816-1849*), Buenos Aires, Planeta, 2000; Isidoro J. Ruiz Moreno, *Campañas militares argentinas*, cit., tomo I; Diego Alejandro Soria, «La amistad entre San Martín y Belgrano», en *Manuel Belgrano. Los ideales de la patria*, cit.; —, *Las campañas militares del general San Martín*, cit.

«Concluimos con los tiranos y dimos libertad a Chile»

Finalizada la organización del Ejército de los Andes con vistas a la inminente partida, el general en jefe estableció su cadena de mandos y configuró el papel de cada jefe de unidad en la campaña que se iniciaba. Comunicó su decisión al Directorio, el que remitió los respectivos despachos hacia fines de enero, cuando el cruce había comenzado.

Comandante del cuartel general sería Bernardo O'Higgins, la figura más importante entre los chilenos que marchaban a libertar a su patria, con quien San Martín había enlazado una estrecha relación —en su correspondencia íntima se daban mutuamente el título de «mi amigo amado»—; secretario de Guerra, el santiaguino coronel José Ignacio Zenteno, y secretario particular, el capitán Salvador Iglesias. En la auditoría de Guerra fue confirmado el doctor en derecho civil y canónico Bernardo de Vera y Pintado, nacido en Santa Fe y que tiempo atrás se había afincado en Chile, a quien le tocaría presidir la Comisión Militar que pondría en ejecución las normas penales del ejército. Capellán general castrense era el mendocino presbítero doctor Lorenzo Güiraldes, a cuyo cargo estaban otros sacerdotes que se ocupaban de la atención espiritual de las distintas unidades.

Se desempeñarían como edecanes tres hombres muy disímiles: el coronel Hilarión de la Quintana, el doctor inglés Diego Paroissien y el sargento mayor José Antonio Álvarez Condarco. De la Quintana, tío político de San Martín, había combatido en la invasión británica de 1806-1807, ejercido otros puestos castrenses desde los días de Mayo y encabezado el gobierno de Salta. Había partido hacia Cuyo por mandato de Pueyrredon, del que era adversario. Paroissien conjugaba su condición de jefe de la Sanidad con la de colaborador directo del general en jefe y había sido médico en los ejércitos del Norte. El tucumano Álvarez Condarco, que se destacaba por sus conocimientos en el arma de artillería y con dotes de ingeniero, como se ha visto, había prestado servicios esenciales en la preparación de la campaña.

Los ayudantes eran distinguidos oficiales: el teniente irlandés Juan Thomond O'Brien, el mayor de caballería Manuel Acosta, el capitán José M. de la Cruz y el capitán Domingo Urrutia.

San Martín había nombrado jefe del Estado Mayor al porteño

brigadier Miguel Estanislao Soler —otro de los alejados por Pueyrredon a raíz de su oposición al Directorio—, en mérito a los antecedentes militares que acreditaba desde los días de la agresión británica, y más recientemente, como vencedor en el Cerrito de Montevideo. Lo secundaría el coronel Antonio Luis Beruti, nacido en Buenos Aires, uno de los *chisperos* de Mayo de 1810, que había tenido amplia participación política y ocupado el Ministerio de Guerra.

El mendocino Juan Gregorio Lemos fue ratificado como comisario general de Guerra, en premio a sus servicios en la formación del Ejército de los Andes y en reconocimiento a su capacidad en cuestiones de hacienda.

En cuanto a la organización de las distintas armas se seguían los parámetros vigentes en los ejércitos europeos para las divisiones (téngase en cuenta que las fuerzas libertadoras eran escasas en número): cuatro batallones de infantería (uno de ellos, de cazadores), un regimiento de caballería de cuatro escuadrones, un batallón de artillería, una compañía de «barreteros», un escuadrón reducido que era la obligada escolta del general, y los auxiliares o milicias.

Salvo dos de los jefes de unidades que habían combatido en las guerras de Europa, casi todos exhibían en sus fojas de servicio su participación en la lucha contra los ingleses y en los ejércitos de la Banda Oriental y el Alto Perú.

El Batallón de Artillería tenía por comandante al mendocino mayor Pedro Regalado de la Plaza, y el N° 1 de Cazadores, al salteño teniente coronel Rudecindo Alvarado, que por su amistad con Manuel Dorrego había intentado resistir la orden de trasladarse a Mendoza. San Martín insistió, tal vez por apreciar sus cualidades de carácter, y no se equivocó, ya que años más tarde fue el encargado de reemplazarlo al mando de las fuerzas argentinas en el Perú. El N° 7 de Infantería, compuesto por soldados negros libertos, sería comandado por el montevideano teniente coronel Pedro Conde; el N° 8 de Infantería, también formado por negros, estaría a las órdenes del recién llegado teniente coronel francés Ambrosio Cramer, quien había peleado como oficial de Napoleón en España y asistido a la declinación de su estrella en Waterloo.

El nervio de la infantería era el N° 11, a las órdenes del porteño coronel Juan Gregorio de Las Heras, a quien San Martín llegaría a distinguir especialmente, luego de un difícil momento en que aquél, enterado de que el general no estaba conforme con sus servicios, intentó oponérsele. Y al frente del Regimiento de Granaderos a

Caballo se hallaba otro veterano fogueado en Europa, el ex marino, luego oficial del arma en la resistencia al Imperio francés y finalmente uno de los fundadores de aquella unidad, coronel José Matías Zapiola; no sólo era un guerrero experimentado sino una persona de la intimidad de San Martín.

El teatro de operaciones

La llanura al este de la cordillera se caracteriza por la ausencia de recursos en grandes áreas, escasez de agua, falta de caminos y reducida población. A continuación, según describe Diego Alejandro Soria, emerge la imponente mole andina en dos cordones paralelos, la precordillera y la cordillera. La precordillera posee alturas oscilantes entre los 4.000 y los 5.000 metros; la cordillera sobrepasa los 5.000, llegando en el Aconcagua a casi 7.000. En general, ambas son muy escarpadas y carentes de vegetación. Los cursos de agua son escasos y muy correntosos. La temperatura en verano oscila entre los treinta grados Celsius y los cinco bajo cero de la misma escala. Las nevadas resultan frecuentes y abundantes en las alturas, aun en período estival. Los vientos son muy fuertes y pueden alcanzar los 200 kilómetros por hora. Los valles son áridos, sin ningún cultivo, y a principios de 1817 la ausencia de población era total.

En esa época no existían caminos sino tortuosas sendas que en muchos sectores bordeaban profundos precipicios.

Bartolomé Mitre subraya la magnitud de la empresa que San Martín iba a iniciar:

> El paso de un ejército numeroso de las tres armas a través de sus desfiladeros, considerábase imposible, y jamás había sido ni proyectado siquiera, antes de que San Martín lo intentara. Hacer rodar por estos precipicios artillería de batalla, tramontar las cumbres sucesivas con cuatro o cinco mil hombres, llevar consigo además de las municiones y del armamento de repuesto, los víveres necesarios durante la travesía, las mulas y los caballos necesarios con el forraje para el transporte del personal y del material, y llegar reconcentrados en son de guerra al territorio enemigo defendido por semidoble fuerza, calculando los movimientos combinados de manera de obtener la doble victoria que se buscaba sobre la naturaleza y el enemigo, éste era el arduo problema que tenía que resolver el general y el Ejército de los Andes para invadir a Chile.

San Martín apuntó a la confusión del enemigo sobre el sitio por donde se realizaría el paso como base de la victoria.

Si se buscaba el debilitamiento de las fuerzas de Marcó del Pont obligándolo a dividir los efectivos para cuidar las varias y posibles bocas de entrada a Chile, la desconcentración del ejército patriota

sólo debería registrarse al comienzo y a los efectos operativos del cruce. Las columnas en las que se repartiría el grueso de las tropas actuarían con una sincronización que les permitiera reunirse en un determinado punto allende los Andes y enfrentar con decisión a los realistas, auxiliados por la ventaja numérica y la sorpresa.

San Martín ordenó que se constatase el estado de los caminos de Los Patos y de Uspallata, e informado de que se hallaban transitables, dispuso que la mayoría de los efectivos, divididos en tres escalones, marchase por aquella ruta hasta el valle de Putaendo, mientras que 800 hombres mandados por Las Heras se desplazarían por el camino de Uspallata y el valle del río Mendoza hasta el valle de Aconcagua. Por ambos trayectos se avanzaría paralelamente con el fin de ocupar en el mismo día las poblaciones de San Felipe y Santa Rosa, de modo de impedir que el adversario se auxiliase mutuamente.

Las tropas debían reconcentrarse en el llano ubicado al occidente de la cordillera, mientras que algunas agrupaciones reducidas avanzarían por otros cuatro rumbos.

Desde La Rioja, por el paso Come Caballos, penetraría a Copiapó un conjunto de 130 soldados dirigidos por el teniente coronel Francisco Zelada y el capitán Nicolás Dávila, desprendidos por Belgrano del Ejército del Alto Perú a pedido de San Martín.

El comandante de armas de San Juan, teniente coronel Juan Manuel Cabot, se pondría al frente de un contingente compuesto por soldados de línea y milicianos, 120 hombres con sus respectivos oficiales. Al llegar a aquella ciudad sería reforzado para cruzar por el paso de Guana y llegar a Coquimbo con el fin de establecer un gobierno patriota, reunir adeptos y enviar refuerzos a Copiapó. Al frente de un reducido grupo de 25 blandengues, el capitán José León Lemos marcharía por el camino del Portillo, con el propósito de aparentar que por allí pasaría todo el Ejército, en una especie de velo y engaño. Finalmente, el teniente coronel Ramón Freire, al mando de ochenta infantes y veinticinco granaderos a caballo, cruzaría por el paso del Planchón.

El frente previsto para la campaña era de 800 kilómetros de largo. En el ancho de la región montañosa alcanzaba los 350 kilómetros. En tanto los destacamentos franquearían el macizo a los 4.500 metros, el grueso lo haría a los 3.000. Los recorridos máximos y mínimos por realizar sumaban 750 y 380 kilómetros, respectivamente, y para llegar a Chile por Los Patos sería necesario trasponer cuatro cordilleras, la más elevada por el paso de El Espinacito, ubicado a 4.536 metros sobre el nivel del mar.

El enemigo

San Martín contaba con datos precisos acerca de las fuerzas enemigas y conocía las características de sus principales jefes.

Era comandante de las tropas realistas el propio capitán general de Chile, mariscal de campo Marcó del Pont, dueño de una larga experiencia militar en los ejércitos de España. Como San Martín, había combatido en Orán, en la campaña del Rosellón y al comienzo de la guerra contra el emperador de los franceses, del que fue prisionero. Obtuvo la libertad en 1814 y fue destinado a Chile. Sus subordinados lo consideraban de carácter débil y de actitudes pomposas, y reclamaban que los mandase alguien más eficaz desde el punto de vista castrense.

Las fuerzas del rey constaban de los batallones de infantería Chillán, Valdivia, Chiloé y Concepción; de los regimientos de caballería Dragones de la Frontera, Carabineros de Abascal y Húsares de Abascal, y de un batallón de artillería, en su mayoría compuestos por americanos productos de la leva y posiblemente poco afectos a la causa realista. Además, revistaba en el ejército el experimentado batallón de infantería de línea Talavera, llegado de España, cuyo jefe era el brigadier Rafael Maroto, quien se había destacado en la batalla de Tudela y entre los defensores de Zaragoza contra las huestes de Napoleón. Había cruzado armas y vencido a los chilenos en Rancagua y era altanero y despótico, como varios de sus oficiales, odiados por secundar la represión de los simpatizantes patriotas que ejecutaba Marcó.

Entre los oficiales americanos se destacaba el teniente coronel Manuel Barañao, jefe de los Húsares de Abascal, nacido en Buenos Aires y una de las mejores espadas del bando realista. Después de la Independencia, enlazaría una íntima amistad con Las Heras, en cuya casa de Santiago rememorarían frecuentemente episodios de los que habían sido actores.

Los efectivos totales ascendían a 5.020 hombres con 33 piezas de artillería, distribuidos a lo largo de 800 kilómetros en actitud defensiva. En este amplio despliegue tuvieron influencia las maniobras de engaño realizadas por San Martín.

La partida

El 5 de enero, se pusieron en marcha Zelada y Dávila; el 9, desde Mendoza, partió Cabot, quien llegó a San Juan el 12 y enseguida continuó por la ruta fijada. El 14, Freire tomó el camino del Planchón.

Ese mismo día, después de despachar las columnas secundarias, San Martín reunió a los oficiales superiores en junta de guerra.

Sin pedir consejo, expuso con sencillez y claridad su plan de acción, con el mapa general y un croquis por delante. Leyó de inmediato el cuadro de distribución de las fuerzas y previno, como conclusión, que debían quedar prontas a la primera orden, sin decir cuándo pensaba iniciar las operaciones. Entre algunas recomendaciones, el general ordenó que cada escalón se fuera acomodando en la marcha para quedar a una jornada de separación uno del otro.

Al día siguiente, llamó a Las Heras para informarlo de la delicada y aun secreta tarea que le asignaba, y el 18 le mandó que ese mismo día iniciara la marcha.

El 19, Soler se encaminó con la vanguardia hacia Los Patos. A partir del 21 lo hizo, en dos columnas, la segunda división, mandada por O'Higgins. Por entonces, Lemos ya había partido desde el fuerte de San Carlos.

San Martín se aprestó a reunirse con sus fuerzas en plena montaña. El 24 de enero le hizo saber a Godoy Cruz:

> El 18 empezó a salir el ejército y hoy concluye el todo de verificarlo. Para el 6 de febrero estaremos en el valle de Aconcagua, Dios mediante, y para el 15, ya Chile es de vida o muerte. Esta tarde salgo para alcanzar las primeras divisiones del ejército. Todos han salido bien y hasta ahora no ha ocurrido novedad de consideración. Dios nos dé acierto para salir de tamaña empresa.

El general se dirigió a Mendoza y en la intimidad de su casa se despidió de Remedios, cuya precaria salud le había impedido acompañarlo, y de su hija Mercedes, de sólo seis meses.

Poco antes le había escrito al director supremo para informarle del viaje de ambas a Buenos Aires, pero sin darle la fecha, pues ésta se vinculaba con la de la partida de la expedición a Chile:

> Mi esposa doña Remedios de Escalada debe ir al seno de su familia en esa capital durante mis operaciones en Chile. La pongo bajo el auspicio poderoso del Supremo Gobierno y para subvenir sus dietas espero se digne vuestra excelencia ordenar que esa Tesorería le abone desde la fecha la cantidad de ochenta pesos mensuales y que esta asignación se comunique a la comisaría de este ejército, para que de mi sueldo se haga el descuento respectivo.

El 24 de enero, Pueyrredon le respondió:

> Me dice usted que me remite a madame Remedios sin avisarme si ha salido ya o no, o con quién viene. Esté usted seguro que no le faltarán mensualmente los ochenta pesos que le asigna, como tampoco lo demás que sea graciable y que dependa de mi arbitrio.

Como al partir de España, su espíritu volvía a sufrir el duro

golpe de alejarse de sus personas más íntimas y queridas. Pero aquel «hombre del destino» estaba dispuesto a darlo todo por la causa que había abrazado. Golpeado por sus dolencias y por el pesar de la partida, salió hacia la montaña. El gobernador Luzuriaga, el Cabildo y buena parte del vecindario lo acompañaron durante largo trecho, mientras las campanas de los templos eran echadas a vuelo.

Al alejarse dirigió esta proclama al pueblo cuyano:

> Compatriotas: sería insensible al atractivo eficaz de la virtud, si al separarme del honrado y benemérito pueblo de Cuyo no probara mi espíritu toda la agudeza de un sentimiento tan vivo como justo. Cerca de tres años he tenido el honor de presidirle y la prosperidad común de la nación puede enumerarse con los minutos de la duración de mi gobierno. A ellos, y a las particulares distinciones con que me ha honrado, protesto mi gratitud eterna y conservar indeleble en mi memoria sus Ilustres virtudes.

Enrique Mario Mayochi describe aquel momento con bellas palabras:

> Ya marcha el héroe por la aridez cordillerana. Monta una mula enjaezada a la chilena, con estribos de madera.
> Lleva su chaqueta militar forrada de pieles de nutria, calza botas granaderas con espuelas de bronce y lleva ceñido a la cintura el corvo que trajo a América desde Europa. Protege su cuerpo con un capote de montaña y la cabeza, con un sombrero de pieles, el falucho, forrado en hule y asegurado, amén del barbijo, con un pañuelo que anuda bajo el mentón.
> Al ascender la cuesta de Valle Hermoso, San Martín debe hacer alto, y con él la reserva, para defenderse de una tempestad de granizo. Con una temperatura de 6 grados bajo cero, se apea, cúbrese con pieles de carnero y por un rato duerme con la cabeza apoyada en una piedra. Al despertar, pide al asistente el chifle y se reanima con un poco de alcohol, para enseguida fumar un cigarrillo de papel. Como ya se está cerca de la última cumbre y a punto de dejarse el suelo de la patria, ordena que la charanga de los batallones haga volar por los aires la música del himno nacional de los argentinos.
> Reinicia la marcha y a poco, traspuesta la cima, sus negros ojos miran a Chile.

Recorrido de las columnas principales

Como se ha dicho, Las Heras partió con su división hacia Uspallata. Su designación no había sido arbitraria. Conocía los secretos de los Andes, cuyos riesgosos senderos había transitado en ocasiones difíciles, la última, con los restos de los auxiliares argentinos.

Al frente de sus tropas, secundado por el mayor Enrique Martínez, se dirigió al «boquete de Uspallata».

El coronel tenía orden de sorprender la guardia enemiga al occidente de la cordillera, y enseguida penetrar en el valle de

Aconcagua, buscar comunicaciones con el grueso del ejército por la derecha del río y fortificarse en Chacabuco, adelantando sus partidas de caballería. El 8 de febrero, y no antes, Las Heras debía hallarse en Santa Rosa, ya que el fin principal de su movimiento era llamar la atención del enemigo, mientras el resto de las fuerzas desembocaban por el flanco y la espalda del valle de Putaendo. San Martín le había encomendado que no comprometiera sus fuerzas en acciones dudosas y que se replegara hacia la cordillera en caso de ser atacado por tropas superiores en número. Para eso debía fortificar las posiciones del Juncalito o del río Colorado a su retaguardia. En caso de ser vencido debía retirarse a la posición inexpugnable de Picheuta, en las vertientes orientales. En previsión de ello se había fortificado aquel punto.

En diez jornadas tenía que cubrir los 337 kilómetros de camino desde Mendoza hasta Santa Rosa, con paradas para descansar y alimentar a los efectivos y a las cabalgaduras.

El 24 de enero, los hombres de Las Heras se hallaban acampados en el valle de Uspallata cuando se conoció la noticia de que la avanzada de Picheuta, compuesta por 14 hombres, había sido sorprendida por una partida de las fuerzas que Marcó había destacado sobre el valle de Aconcagua. Los que lograron salvarse informaron al coronel sobre las características y número de las fuerzas que los habían acometido. Eran una avanzada de los 1.000 hombres despachados por el jefe español.

Sin inmutarse, Las Heras ordenó que saliera en persecución de los atacantes el mayor Martínez con una compañía del batallón 11° y un piquete de granaderos a caballo. Los alcanzó en Los Potrerillos, sin poder evitar que reconcentrasen los efectivos y aguardasen en un lugar fortificado. A pesar de ello, luego de dos horas y media de lucha, los realistas fueron derrotados y obligados a repasar con pérdidas la cumbre de la cordillera.

El episodio exigía adoptar nuevas previsiones. Enterado San Martín, pensó que el enemigo podía ocupar, antes de que el grueso del ejército argentino dominara el llano, algunos de los desfiladeros de los dos caminos y con un batallón detener su marcha, por lo que decidió modificar en parte su plan. Dispuso que el ejército continuara su camino pero ordenó que el mayor ingeniero Antonio Arcos se fortificara en Achupallas para detener cualquier conato realista. Rechazó con éxito a los enemigos y el teniente Juan Lavalle, quien al frente de 25 granaderos dio su primera carga heroica, puso en fuga a los adversarios.

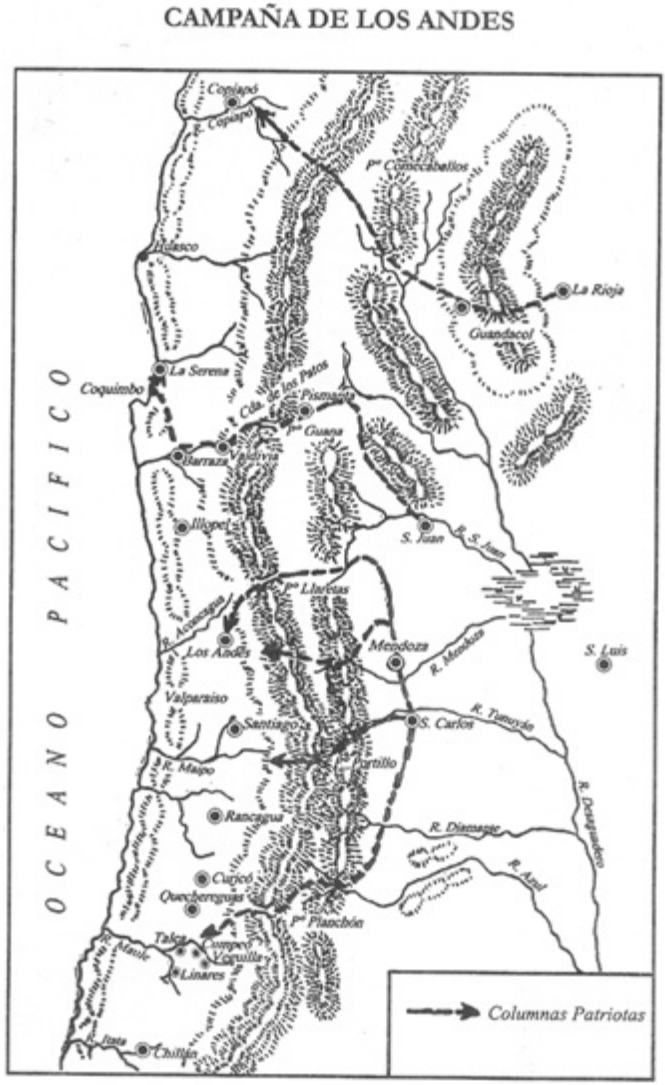
Mientras tanto, el 2 de febrero a las tres de la mañana, Las Heras

con sus hombres tramontaron la cumbre de la cordillera de Uspallata. El 4, al ponerse el sol, 150 fusileros y 30 jinetes. a las órdenes de Martínez, atacaron el punto de la Guardia Vieja, donde se habían hecho fuertes los realistas. Luego de una hora y media de combate a sable y bayoneta, la posición fue tomada por asalto, con serias pérdidas de vidas y equipos para los enemigos, que dejaron muchos prisioneros.

En aquel momento, Las Heras recibió la orden de San Martín de demorar dos días más la marcha.

A medida que obtenía informaciones de los fugitivos de la Guardia Vieja y de los dispersos de las Achupallas, el jefe realista aumentaba su desconcierto.

> Para mayor confusión [dice Mitre] recibió un pliego de Las Heras, proponiéndole un canje de los prisioneros de Picheuta por otros tantos de la Guardia Vieja. Era un ardid de la escuela de San Martín. El portador de la comunicación, que era un prisionero español, engañado por el simulacro de retroceso de la vanguardia de Las Heras, anunciaba que éste, después del asalto del 4, se había puesto en marcha hacia Mendoza. Desde ese momento el coronel realista [Miguel María] Atero, creyendo disipado el peligro de Uspallata, reunió todas sus tropas disponibles y marchó apresuradamente con 400 infantes, 300 jinetes y dos piezas de campaña, al encuentro de las fuerzas invasoras que asomaban por la garganta de Achupallas, cuyo número ignoraba. De este modo, la columna de Uspallata, que el 6 se había reconcentrado en la Guardia, continuó su marcha. Las Heras, entró en triunfo en Santa Rosa el 8, y se apoderó de los depósitos de armamentos, municiones y víveres abandonados en su fuga por los realistas.



Cruce de los Andes (Diego Alejandro Soria, *Campañas militares del general San Martín*).

Por su lado, el 25 de enero, un día después de salir del campamento de Plumerillo, el primer escalón de la segunda división de O'Higgins hizo el recorrido de Las Cuevas a Yaguaraz, y el 27 cubrió la distancia que mediaba entre Uretilla y el río de Los Patos. Dos jornadas más tarde, las tropas se hallaban en Manantiales, donde los dos escalones del grueso se refundieron para seguir la misma ruta de la vanguardia.

El primer día de febrero los efectivos patriotas lograron superar el cordón de El Espinacito, por el paso del mismo nombre. Allí, los esforzados hombres del Ejército de los Andes sintieron en toda su magnitud la angustiosa sensación de falta de oxígeno que provoca la altura, a la vez que soportaron el intenso frío nocturno que ocasionaba síntomas de adormecimiento y congelación.

Pasaron por la quebrada de Platillos, remontaron el río Teatinos hasta el campo del cerro Mercedario, donde acamparon el 2 de febrero, y enseguida la división cruzó la cadena que hoy limita a la Argentina con Chile por el paso de las Llaretas.

Dos días después, tras la derrota de los realistas, el grueso de la columna entraba en Achupallas.

Al conocer los fracasos sufridos, los realistas comenzaron a replegarse sobre Santiago, es decir, rumbo al sur. Pero el 5 de febrero recibieron refuerzos y decidieron volver hacia Santa Rosa para enfrentar a los patriotas. Al no encontrarlos allí, buscaron la columna de Soler, quien había adelantado dos escuadrones de Granaderos y dos compañías de infantería, y llegaron a Las Coimas.

El teniente coronel Mariano Necochea, al frente de ciento sesenta hombres de la escolta del general en jefe, marchó sobre los realistas que ocupaban los cerros desde donde dominaban los valles. Dividió sus tropas en tres secciones, envió una con el fin de simular un ataque por la izquierda, mientras la otra lo hacía por la derecha. El objeto de tales movimientos era aproximarse por los flancos a la vista de los realistas para fingir una retirada con precipitación y forzarlos a que los persiguieran. Así ocurrió: los cuatrocientos Carabineros de Abascal se lanzaron al galope y se encontraron con los fuegos de las compañías de infantería. Mientras tanto, los granaderos, a los que se sumaron los hombres de Necochea, cargaron con denuedo a los realistas, que en la huida se volvieron y atropellaron a su propia infantería para luego retirarse hacia las lomadas de Chacabuco.

El 7 de febrero, los zapadores de la división principal restablecieron el puente del Aconcagua, lo que permitió que todo el ejército pasara por él, penetrara en el valle de Putaendo y se encontrara con la división Uspallata en la cuesta de Chacabuco el 8, día fijado de antemano por San Martín.

Mientras ocurría esa sincronizada conjunción, la columna al mando del teniente coronel Freire se enfrentaba a los realistas en las cercanías de Talca y en Quechereguas, con el objeto de que creyeran que estaba a la espera de refuerzos. Ello hizo que el enemigo dislocara aún más sus efectivos y que no pudiera contar

con mil hombres adicionales en la batalla inminente. La columna de Cabot entraría recién el 15 en Coquimbo, junto con los integrantes de las fuerzas del Ejército del Alto Perú. La de Lemos, que había sufrido una serie de inconvenientes imposibles de superar, no logró atacar a los realistas como se le había encomendado y pudo finalmente reunirse con el resto del Ejército.

Chacabuco

La «guerra de zapa» había hecho su efecto. Marcó del Pont mantenía sus fuerzas dispersas a pesar de estar convencido de la necesidad de defender el valle de Aconcagua, llave de los caminos que conducían a Santiago y fuente de recursos indispensables para guerrear. Nada hizo para ocuparlo con fuerzas importantes.

El 4 de febrero, había recibido las primeras informaciones sobre el avance de las dos principales columnas patriotas, y del cruce de Freire por el Planchón. Tan serias noticias no lograron que Marcó adoptase resolución alguna, y recién el 10 ordenó que las tropas desplegadas en el sur se replegaran hacia la capital.

Nombró comandante al brigadier Maroto, quien esa misma noche se dirigió hacia la hacienda de Chacabuco con los únicos efectivos de que disponía, los batallones Talavera y Chiloé y 50 húsares. Su intención era esperar allí la llegada del resto del ejército.

El 11 al atardecer, el jefe realista llegó a destino y encontró destacamentos de los batallones Concepción, Valdivia y Chiloé, además de tres regimientos de caballería y 120 artilleros con cinco cañones. Una compañía de seguridad de infantería ocupaba ya la cuesta de Chacabuco. El total de fuerzas de que disponía Maroto se aproximaba a los 2.500 hombres.

El terreno en que se iba a librar la batalla se encontraba entre el río Aconcagua y la hacienda de Chacabuco. Al sur del río, precisa Soria, hay una cadena de alturas que limitan el valle y van ascendiendo perpendicularmente al curso de agua durante 15 kilómetros hasta alcanzar la cresta de la serranía de Chacabuco, de 1.280 metros de altura, para descender hacia la hacienda, 10 kilómetros al sur.

Entre la finca y la serranía se halla la Quebrada de la Ñipa y su prolongación hacia el Estero de las Margaritas, formando un largo cajón, a cuyos costados se eleva el terreno en rápido y áspero declive. Al norte de la unión del estero con la quebrada se yergue un mamelón (colina) aislado, el morro de las Tórtolas Cuyanas.

Maroto reforzó las tropas de seguridad, a cargo del capitán

Mijares, con infantería y caballería que quedaron a las órdenes de un capitán con la misión de resistir cualquier ataque. Su plan era ocupar, en la mañana del 12, la cumbre que domina el valle de Aconcagua con todas sus fuerzas y mantenerse en ella a la espera de los refuerzos que le enviaba Marcó del Pont.

En la madrugada del 12, los patriotas atacaron sorpresivamente al destacamento de seguridad, obligándolo a replegarse hacia la hacienda, sin poder ocupar el morro de las Tórtolas Cuyanas, como intentó hacerlo. Ante esa situación, Maroto desplegó su ejército en las alturas al norte de la hacienda. El ala derecha estaba formada por el batallón Talavera, que se apoyaba en el cerro Guanaco y tenía a su izquierda y algo a retaguardia al batallón Chiloé. Entre ambas unidades se emplazaron tres piezas de artillería, mientras las dos restantes tomaron posición en el extremo derecho. En el centro del dispositivo estaban los Carabineros cubriendo el camino de la Cuesta Vieja. El ala izquierda se hallaba constituida por el batallón Valdivia sobre el morro del Chingue. Los Dragones y Húsares formaban detrás de ella.

Dicho dispositivo cerraba el camino de la Cuesta Vieja, pero quedaba expuesto a un ataque en su flanco oeste desde el camino de la Cuesta Nueva, riesgo que se acrecentaba ante la falta de exploración y seguridad en ese sector.

El Ejército de los Andes, por su parte, había llegado al valle de Aconcagua el 10 de febrero, momento cuando Arcos y Álvarez Condarco hicieron un reconocimiento y confeccionaron el croquis del terreno.

Al día siguiente, llegó al campamento el espía chileno Estay, quien informó sobre la situación del ejército realista. San Martín, cuya artillería no había arribado todavía, decidió atacar cuanto antes al enemigo sin esperarla, a fin de adelantarse al arribo de los refuerzos realistas. Convocó entonces una junta de guerra con los generales y jefes de unidades, tras lo cual impartió sus órdenes para atacar antes del amanecer del día siguiente.

El ejército formó dos divisiones. Una, a las órdenes del brigadier Soler, estaba integrada por los batallones 1º de Cazadores y 11º, las compañías de granaderos y cazadores de los batallones 7º y 8º, los escuadrones 3° y 4° de Granaderos a Caballo, el Escuadrón Escolta y 7 piezas de artillería. La otra, al mando del brigadier O'Higgins, contaba con los batallones 7º y 8º (menos las compañías de granaderos y cazadores), los escuadrones 1° y 2° de Granaderos a Caballo y dos piezas de artillería.

El plan de ataque contemplaba un doble envolvimiento sobre la

posición realista, que creía emplazada en la cresta de la serranía de Chacabuco. El general en jefe se basaba en la información obtenida por sus exploradores, quienes habían detectado avanzadas enemigas en la Quebrada de los Morteros y en la Loma de los Bochinches. Por eso se imponía iniciar el ataque de noche, ya que a la luz del día los atacantes iban a quedar muy expuestos a raíz de la dominante posición enemiga.

Luego de producirse el rechazo de las fuerzas de seguridad realistas, San Martín comprobó desde la cumbre de la serranía cuál era el verdadero emplazamiento de los adversarios, por lo que modificó de inmediato su plan. Le ordenó a O'Higgins que encabezara un ataque de aferramiento por el camino de la Cuesta Vieja y a Soler que acometiera el flanco y la retaguardia enemigos por el camino de la Cuesta Nueva. Reforzó además a la división del general chileno con el tercer escuadrón de Granaderos a Caballo.

En sus órdenes, San Martín le recomendaba a O'Higgins que «amenazara» pero sin comprometer sus fuerzas, para dar tiempo a la división de Soler, que debía recorrer mayor distancia, de caer sobre el enemigo. Recién en ese momento todas las fuerzas se empeñarían a fondo.

Soler inició su marcha por la Cuesta Nueva, mientras O'Higgins no cumplió el plan fijado por el general en jefe y trató de ganar la batalla sólo con su división. Ordenó que los batallones 7º y 8º cargaran a la bayoneta, pero la infantería realista, que ocupaba una fuerte posición protegida por una barranca, rechazó el ataque. Simultáneamente había cargado Zapiola con sus Granaderos a Caballo, quienes tampoco pudieron penetrar en la posición del enemigo, por lo que debieron replegarse en orden para reorganizarse. Este episodio ocurrió entre las 11 y las 12 del día.

Se decide la victoria

San Martín, al comprobar que O'Higgins no había cumplido sus indicaciones y comprometía el éxito, envió a su ayudante Álvarez Condarco con la orden a Soler de que cargara cuanto antes, y él se puso a la cabeza de los Granaderos a Caballo, mientras la infantería del jefe chileno, que había vuelto a la carga, era nuevamente detenida por el fuego enemigo.

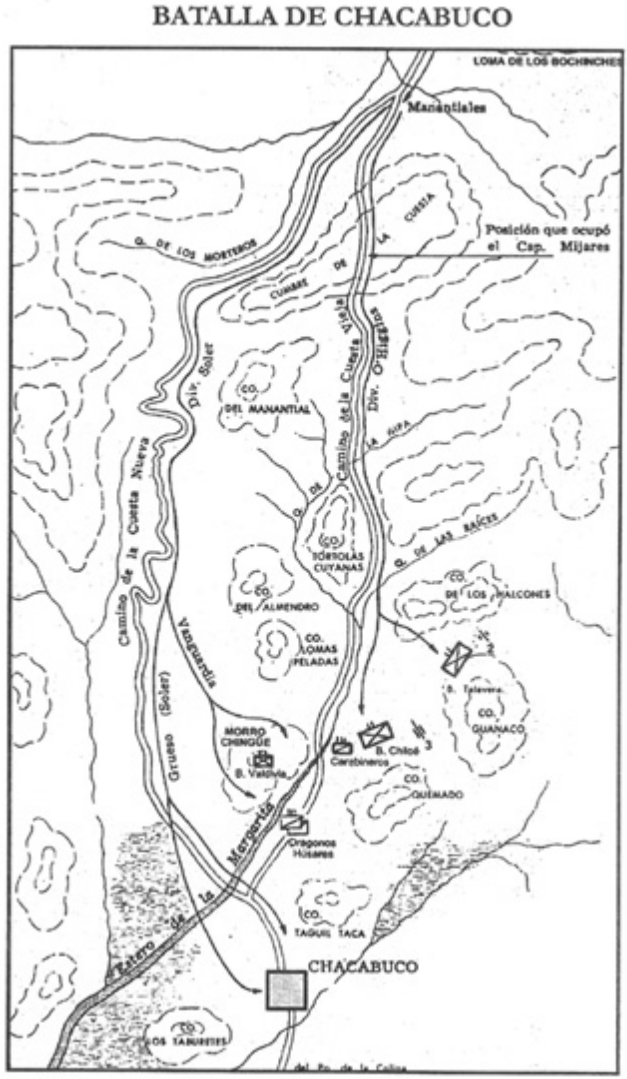
El general en jefe atacó con los tres escuadrones de su viejo regimiento a las 13.30. Fue entonces que llegó la vanguardia de la división Soler y logró la victoria con significativas pérdidas de los realistas.

La caballería argentina atravesó la línea adversaria, sableó a los

artilleros en sus piezas y cargó a los escuadrones enemigos, que volvieron grupas y abandonaron el campo.

Los infantes realistas empezaron a abandonar sus posiciones y a desbandarse. Algunos oficiales lograron reunir parte de los dispersos y formar un cuadro, pero fueron atacados por O'Higgins con los batallones 7º y 8º que, tras superar el barranco causa de sus fracasos anteriores, cargaron y pusieron en fuga a esos restos de la posición enemiga, causándoles fuertes bajas.

Los adversarios se replegaron en derrota hacia la hacienda de Chacabuco y, al ver cortada su retirada por la división Soler que ocupaba el valle, pretendieron resistir desde las tapias de la viña y el olivar contiguos, pero debieron rendirse. La caballería patriota persiguió a los que lograron huir del campo de batalla unos 20 kilómetros hasta el Portezuelo de la Colina, sembrando el camino de cadáveres.



Batalla de Chacabuco (Diego Alejandro Soria, *Campañas militares del general San Martín*).

Las armas del rey perdieron 500 muertos, 600 prisioneros, toda su artillería, parque y municiones, 2.000 fusiles, dos banderas, una del Talavera que fue obsequiada por San Martín al pueblo de San Juan por su aporte a la causa libertadora, y un estandarte. Las bajas patriotas consignadas en el parte del triunfo indicaron doce muertos y 120 heridos, pero tal vez, opina Soria, fueron superiores.

San Martín, alcanzados sus objetivos más allá del tropiezo que supuso la desobediencia del valiente pero arriesgado O'Higgins,

escribió estas palabras espartanas para dar cuenta de la victoria:

> Al Ejército de los Andes queda la gloria de decir: En veinticuatro días hemos hecho la campaña, pasamos las cordilleras más elevadas del globo, concluimos con los tiranos y dimos libertad a Chile.

La persecución no se prolongó con más energía por el estado de los caballos, que habían hecho un gran esfuerzo en la campaña y en la batalla.

Por otra parte, San Martín no descartaba una reacción de las fuerzas realistas que permanecían en la capital: los Húsares de Abascal, la mayoría de los Dragones de la Frontera, los batallones Chiloé y Chillán y 250 artilleros con 16 cañones. El jefe de los Húsares, Barañao, propuso reunir las fuerzas de esa arma, montar en la grupa de cada caballo un infante y con esa fuerza, que se aproximaba a los 1.600 hombres, atacar por sorpresa durante la noche a los vencedores. Sin embargo, Marcó del Pont sólo pensaba en la fuga, por lo que ordenó la evacuación de la ciudad. No obstante, pocos días más tarde sería tomado prisionero por los patriotas.

San Martín, deseoso de consolidar la victoria con el ingreso a Santiago, rompió la marcha hacia la capital con todo su ejército el 13 a la madrugada. Al día siguiente, las fuerzas, encabezadas por el Escuadrón Escolta de Necochea, entraron en la ciudad, donde el pueblo, al decir de un testigo presencial, los recibió «con inmenso júbilo». El 15, el general convocó una asamblea para designar al jefe supremo del Estado.

La elección recayó por aclamación en su persona, pero rechazó esa distinción y convocó a una nueva asamblea que nombró a Bernardo O'Higgins. Se cumplía así la acertada recomendación de San Martín al director supremo y a la Logia Lautaro.

La designación no fue del gusto de todos: «Algunos [dice Lynch] pensaban que era un déspota, otros que era demasiado tolerante». San Martín, que no desconocía sus fallas, hacía pesar sus méritos: era fácil trabajar con él; «su pensamiento político coincidía con la predilección que sentía por un conservadurismo templado con valores liberales», y sobre todo, como factor decisivo estaba «su compromiso con la estrategia continental».

Por aquellos días, Soler acusó a O'Higgins de haber puesto en peligro el triunfo de Chacabuco. Sus palabras tomaron estado público y ocasionaron su separación del ejército y su regreso a Buenos Aires.

En su primera proclama, el 17 de febrero, O'Higgins expresó con acento agradecido:

> Nuestros amigos, los hijos de las Provincias del Río de la Plata, de esa nación que ha proclamado su independencia como el fruto precioso de su constancia y patriotismo, acaban de recuperarnos la libertad usurpada por los tiranos.

Y al dirigirse al mundo afirmaba:

> Ha sido restaurado el hermoso reino de Chile por las armas de las Provincias Unidas del Río de la Plata bajo las órdenes del general San Martín.

Chacabuco había cambiado el curso de la guerra de la independencia sudamericana.

Partida de San Martín a Buenos Aires

Pocos días después, San Martín marchó a Buenos Aires anticipando el viaje que tenía proyectado con el fin de gestionar los elementos necesarios para preparar su campaña al Perú. También quería manifestar de viva voz al gobierno la imposibilidad de cumplir su orden de extraer en Chile un millón de pesos por medio de una contribución forzada, así como lo impolítico que hubiese sido intentarlo. Lo acuciaba, además, la preocupación por la enfermedad de su esposa, que le habían hecho saber que era grave. Todo el trayecto marchó con la angustia de la posible pérdida de su compañera, por no haber recibido una carta de Pueyrredon en la que le comunicaba que ya se hallaba repuesta.

El Cabildo de Santiago de Chile, al conocer su partida, le dirigió un oficio en que lamentaba su alejamiento, aunque fuese de dos meses, y le envió un «corto obsequio [diez mil pesos] para los costos del viaje».

Recibió la nota en Chacabuco, en momentos en que montaba a caballo, y contestó, después de agradecer y de constituir en depositario del dinero al Cabildo, que respondería sin prisa desde Mendoza. Desde allí le comunicó que destinaba la suma a la creación de una biblioteca nacional.

En la capital cuyana le llegó también un oficio del ministro de Guerra de Buenos Aires con los despachos de su ascenso de coronel mayor a brigadier por la reconquista de Chile. No aceptó con nobles palabras, pero el gobierno insistió «porque su aceptación jamás podrá dejar comprometido el honor acrisolado de vuestra excelencia a cuyo mérito y apreciables virtudes debe considerarse desproporcionada aquella distinción».

El 30 de marzo, el general entró en Buenos Aires y fue recibido, según testimonio de Juan Manuel Beruti:

> Con la opulencia que merecía su persona y las glorias adquiridas; con salvas, las calles con ricos tapices y un inmenso pueblo que le acompañaba, entre

vivas y aclamaciones, habiéndose a la noche iluminado los balcones del Cabildo, con su correspondiente música, y un famoso castillo de fuego puesto en medio de la Plaza.

En los veinte días en que el Libertador permaneció en la capital se le tributaron entusiastas demostraciones públicas de homenaje; entre ellas, un gran banquete ofrecido por el Cabildo, «que tuvo de costo más de tres mil pesos».

El Congreso, ya instalado en Buenos Aires, lo acogió en sesión especial, pero dedicó muchas horas a intensas reuniones con Pueyrredon, destinadas a preparar la campaña al Perú y a convencer al gobierno que no extrajese de Chile más que 40.000 pesos y los prisioneros de guerra con el fin de destinarlos al Ejército del Norte.

Para iniciar la guerra marítima en el Pacífico era indispensable adquirir una escuadra, a cuyo efecto se agregó a la misión política y diplomática confiada a Manuel Hermenegildo de Aguirre ante el gobierno de los Estados Unidos, que debía salir en esos días, la tarea de adquirir buques en ese país y armarlos en guerra. El 17 de abril de 1817, San Martín le entregó a Aguirre minuciosas instrucciones para la «compra o fabricación en los Estados Unidos de Norte América de fragatas de guerra».

Las Provincias Unidas carecían completamente de naves de combate, después de que la imprevisión desarmara las fuerzas navales con que Guillermo Brown había vencido a los realistas en Montevideo. La guerra en el mar se había confiado a la acción corsaria, no sólo a través de jefes probados de la causa patriota, como el propio Brown, que fue hecho prisionero por los ingleses en septiembre de 1816, y el antiguo subordinado de San Martín, Hipólito Bouchard, que luego de protagonizar con el irlandés varias hazañas se aprestaba a partir de nuevo al mando de la fragata *La Argentina*, sino mediante la venta de patentes a empresarios y hombres de acción de otras naciones, en especial norteamericanos.

Por aquellos días, Buenos Aires se hallaba en convulsión a raíz de la invasión portuguesa a la Banda Oriental. Pueyrredon tenía sus reservas con respecto a los consejos del enviado argentino en Río de Janeiro, Manuel José García, en el sentido de mantener buenas relaciones con Juan VI para bloquear el suministro de puertos y recursos a la expedición española sobre el Río de la Plata que aún se temía, pese a que el diplomático también le hacía ver que el rey portugués podía ser un freno para Artigas. Sintió herido su sentimiento nacional frente a los excesos del general Lecor al apoderarse de Montevideo y consideró seriamente la posibilidad de

romper las hostilidades contra éste, lo cual, como expresa Patricia Pasquali, debió preocupar seriamente a San Martín, quien necesitaba que se mantuviese el *statu quo* en el frente oriental con el fin de que no se desviasen hacia allí los recursos económicos y humanos que se necesitaban para la empresa libertadora continental.

San Martín tuvo el disgusto de enterarse que el 9 de febrero había llegado a Buenos Aires, procedente de los Estados Unidos, el general José Miguel Carrera, quien había podido contratar en ese país el envío de cinco naves con el objeto de encabezar una expedición marítima contra los realistas. Por cierto, se movía por su cuenta, sin haber tomado contacto alguno con el general en jefe del Ejército de los Andes ni con su odiado enemigo Bernardo O'Higgins. Pueyrredon mandó requisar los buques y lo envió prisionero al cuartel del Retiro, donde fue visitado por San Martín. Carrera se negó a darle la mano.

El director supremo se comunicó con su homólogo chileno a efectos de sugerirle que diese una pensión anual a Carrera y a sus hermanos para su remisión y permanencia en los Estados Unidos, pero O'Higgins rechazó con indignación la propuesta: «Se autoriza el crimen en tanto se premia al delincuente». Por su parte, el díscolo general rechazó la sugerencia de partir al extranjero y logró fugar de la prisión para zarpar en un bergantín portugués hacia Montevideo, donde Lecor le dio protección. No tardaría en trabajar con denodado afán contra los proyectos libertadores argentino-chilenos.

San Martín visitó también al cónsul británico Robert Staples, por no haber encontrado a su antiguo amigo el comodoro William Bowles, comandante de la estación naval de Gran Bretaña en los países del Atlántico Sur. Deseaba conocer las opiniones del gobierno inglés sobre sus operaciones futuras en la región. «Necesitaba [dice Lynch] buques de guerra y oficiales; y abogó por la presencia de la marina británica en la costa del Pacífico para proteger el comercio de la agresión de España».

No se le escapaba que no podía esperar ayuda directa alguna de Gran Bretaña, la cual, por otra parte, no requería, pero confiaba en su neutralidad y esperaba que su influencia impidiera «la intervención de las potencias reaccionarias de Europa». San Martín ofreció a aquélla, a través de su cónsul, una relación especial con los países liberados.

Agrega Lynch que «Bowles ya había aclarado al Almirantazgo que tenía en muy alta estima a "este distinguidísimo oficial, cuyas

opiniones están, creo firmemente, desprovistas por completo de toda ambición personal y buscan únicamente la pacificación y felicidad de su país”. Ahora, habiendo hablado con Staples, informó de la postura más reciente del general: era claro que San Martín creía tener dominio completo en Chile y que era tan independiente del gobierno de Buenos Aires como para poder adoptar sus propias medidas en cualquier cuestión de importancia sin tener que consultarlo. En el futuro Chile debía ser tratado como un Estado independiente sobre el que Buenos Aires no tenía ninguna autoridad». Según aclara el historiador inglés:

> San Martín buscaba, tanto en nombre suyo como de O’Higgins, una indicación de los deseos y opiniones del gobierno británico, y había manifestado su disposición a atenderlos […]. Sus argumentos eran en todo sentido favorables al establecimiento de un gobierno monárquico, que era el único que creía apropiado para los nuevos Estados, pero descartaba cualquier posibilidad de un arreglo con los Borbones […]. Los comentarios de Bowles a propósito de la independencia que mantenía San Martín respecto de Buenos Aires, fueron proféticos. Por el momento, sin embargo, el general no tenía problemas con Pueyrredon, que estaba de acuerdo en que Chile debía formar una escuadra naval. Por ello, en abril de 1817, nombró a Tomás Guido «diputado de este gobierno» ante el chileno con instrucciones de establecer buenas relaciones basadas en los intereses mutuos de ambos países. De hecho, Guido fue más un agente personal de San Martín que un representante del gobierno argentino».

Ambos amigos retornaron juntos a Chile. Al llegar a Mendoza, se encontraron con Álvarez Condarco, quien tras recibir las instrucciones a que debía regirse en su misión de adquirir armamentos navales, continuó viaje a Buenos Aires para embarcarse hacia Inglaterra en compañía de Antonio Álvarez Jonte.

El Directorio se vería pronto comprometido en las luchas fratricidas y comenzaría a volcar recursos a la guerra en las provincias del Litoral y en la Banda Oriental, en detrimento de la campaña destinada a propagar la independencia hacia el Perú. Y Chile tomaría la no sencilla tarea de continuar el esfuerzo.

Retorno a Santiago

El 11 de mayo, San Martín estaba en Santiago. Al entrar en su residencia encontró una vajilla de plata, obsequio del gobierno, y la devolvió con la siguiente nota reservada:

> A mi regreso de Buenos Aires encontré que la generosidad de vuestra excelencia había puesto a mi disposición una vajilla completa de plata; no estamos en tiempo de tanto lujo, el Estado se halla en necesidad y es necesario que todos contribuyamos a remediarla. Por lo tanto, doy orden para que se ponga a disposición de vuestra excelencia dicha vajilla, como asimismo del

> sueldo que se me tiene señalado por este Estado, con advertencia de que del que he tomado daré a vuestra excelencia una nota reservada de los fines en que ha sido empleado. Admita vuestra excelencia esta pequeña oblación como hija de los sentimientos que me animan por el bien, prosperidad e independencia del Estado de Chile, suplicando a vuestra excelencia muy encarecidamente tenga a bien el reservarla al público.

Simultáneamente dirigió esta orden al comisario del ejército chileno:

> Desde el 1° del presente año quedan suspendidos los sueldos que me pertenecen como general en jefe de este Estado, lo que comunico a usted para su inteligencia y cumplimiento.

De nada valieron los razonamientos oficiales. San Martín se mantuvo firme en su postura. A pesar de ello, sus adversarios hicieron circular en Chile, Cuyo y Buenos Aires la versión de que había recibido secretamente 500.000 pesos del gobierno, suma que ocultaba. De inmediato le pidió a O'Higgins una seria investigación que dejase en claro su honradez y reflexionó:

> Las revoluciones abren un campo inmenso a la maledicencia y sus principales tiros se dirigen principalmente contra los hombres que tienen la desgracia de mandar.

La pesquisa en la Tesorería General de Chile demostró la falsedad de la especie, y recibió el desagravio del director O'Higgins como también del ayuntamiento cuyano.

Por aquellos días, el Cabildo santiaguino le donó una chacra, decisión que originó esta respuesta fechada el 19 de julio de 1817:

> Agraciado por este Cabildo con una finca en recompensa de mis pequeñas y débiles fuerzas por la libertad de Chile, he creído que debía aliviar las de ese heroico pueblo, asignando la tercera parte de sus productos para el fomento del hospital de mujeres en esa Capital y dotación de un vacunador que corriendo la provincia la liberte de los estragos de la viruela.

San Martín, cuya salud empeoraba jornada a jornada, sacaba fuerzas de flaqueza para aumentar el número de efectivos del ejército argentino-chileno, cuando las aguas de la política se vieron abruptamente agitadas por un episodio que pudo ser evitado con un poco de sagacidad de parte del a veces arrebatado O'Higgins. Al marchar hacia el sur para encabezar las operaciones militares, cuestión que se considera en el próximo capítulo, delegó el mando en el coronel Hilarión de la Quintana, un argentino sin vínculos en el país trasandino, cuyo único título, aparte de sus méritos militares, era ser tío político de San Martín. La reacción fue inmediata, por lo que el propio Libertador le reclamó a O'Higgins que deshiciera la tormenta, pero que no se le ocurriera pensar en él

para sustituir a Quintana. Es lo que había hecho el director, por lo que San Martín, al rechazar el cometido, le manifestó con sensatez: «El país se resiente que no sea un chileno el que los mande».

El general en jefe conocía los movimientos de los carreristas y, para contrarrestarlos aunque fuese en parte, había incorporado al estado mayor del ejército a uno de sus partidarios, el coronel y doctor Manuel Rodríguez. Pronto comprendió que había sido un error, y al reconocerlo en carta a O'Higgins, le manifestó: «Los díscolos siguen minando; pero usted verá el golpe que se les da».

Se refería a los movimientos iniciados meses atrás en Buenos Aires, cuando aún se hallaban allí los hermanos Carrera. En una casa que poseía en Buenos Aires una hermana de éstos, Javiera, se había tramado una conspiración con el fin de tomar el poder en Chile, desterrar a O'Higgins como traidor, juzgar militarmente a San Martín declarándolo criminal, y pasar por las armas a los que se resistiesen.

En julio habían vuelto subrepticiamente a Chile algunos conjurados que constituían la vanguardia de la expedición, y Rodríguez estaba en estrecho contacto con ellos.

El golpe previsto por San Martín se produjo el 23 de julio, en la hacienda de San Miguel, propiedad del padre de los Carrera. Los implicados fueron sorprendidos y arrestados, al igual que Rodríguez, y quedó abortado el plan.

> Mientras tanto, el estado físico y anímico de San Martín era tal que sus allegados creían probable su muerte. En efecto, el cirujano mayor del ejército y médico de cabecera de San Martín, doctor Juan Isidro Zapata, se dirigió a Guido, a mediados de julio, con palabras de preocupación y dolor:
> La Patria, el honor y la gratitud me obligan a dar a vuestra señoría la pesadumbre que yo siento. Preveo muy próximo el término de la vida apreciable de nuestro general si no se le distrae de las atenciones que diariamente le agitan; a lo menos por el tiempo necesario de reparar su salud, atacada ya en el sistema nervioso. El cerebro viciado con las continuas imaginaciones y trabajos, comunica la irritabilidad al pulmón, al estómago y a la tecla vertebral, de donde resulta la *emathoe*, o sangre por la boca, que si antes fue traumática o por causa externa, hoy es por lo que ya he dicho. El mismo origen tienen sus dispepsias y vómitos, sus desvelos e insomnios, y la consunción a que va reduciéndose su máquina. Empeñe usted toda su amistad para que este hombre todo del público se acuerde alguna vez de sí mismo, y que dejando de existir no servirá a esa Patria para quien debía vivir, y por quien él se hace inaccesible al consejo. Yo me enternezco.

El diputado del gobierno argentino previno de inmediato al director Pueyrredon acerca del «peligroso estado de salud del general», «para que con tiempo tomen las medidas que sirvan en caso de su pérdida». Era preciso que se hiciera cargo del Ejército de

los Andes, cuya fuerza ya sobrepasaba los 4.500 hombres, «un hombre de conocimiento, de opinión y confianza», sobre todo cuando el enemigo, que ocupaba «todavía un punto fuerte del territorio», exigía la eficaz organización de las fuerzas para emprender en la primavera operaciones militares decisivas.

Guido vinculaba la salud de San Martín «con los trabajos y disgustos que le habían deparado los chilenos»:

> La complicación de negocios que han cargado sobre este digno jefe es inexplicable, en un país donde todos los vicios de la depravada administración española conspiran contra el que manda. La principal parte de los ciudadanos más distinguidos por su rango, lejos de auxiliar, embarazan por su timidez y apego a los resabios coloniales. Esta circunstancia redobla los trabajos del general y aniquiladas casi las fuerzas corporales por ataques violentos, se agrava por instantes el peligro de una vida tan apreciable. Es ya necesario por lo mismo separarlo de toda intervención pública y que, entregado a repararse en el campo, deje por un mes o dos cuanto tiene sobre sí, hasta probar si el descanso y la medicina le restablecen para seguir en las empresas que tiene a su cargo.

Apenas recibida esta alarmante comunicación, Pueyrredon dispuso el envío del brigadier Antonio González Balcarce en carácter de jefe de Estado Mayor general. Fue un acierto. Su vigorosa actividad, unida a la no menos enérgica del ministro de Guerra, Zenteno, que regresó del sur, adonde había marchado con O'Higgins, alivió al general de las tareas propias de la organización del Ejército Unido; aunque, afirmaba Guido, no era su principal preocupación la reparación de sus fuerzas, sino las resistencias que sufría en el seno de la sociedad chilena. El propio Libertador le confiaría a su amigo Godoy Cruz:

> Mi salud sigue en un estado bien miserable. Conozco que el remedio es la tranquilidad por cuatro o seis meses pero una extraordinaria situación me hace ser víctima desgraciada de las circunstancias; crea usted, mi amigo, que no hay filosofía para verse caminar al sepulcro con el desconsuelo de conocerlo y no remediarlo: por otra parte usted no puede calcular la violencia que me hago en habitar este país: en medio de sus bellezas encantadoras, todo me repugna de él; los hombres en especial son de un carácter que no confrontan con mis principios y aquí tiene usted un disgusto continuado que corroe mi triste existencia: dos meses de tranquilidad en el virtuoso pueblo de Mendoza me darían la vida.

San Martín sufría, al decir de Mitre, «el aislamiento moral en medio de su gloria». Lastimado por chilenos y argentinos, «llevaba en su corazón una llaga secreta, ocultada estoicamente, que a veces le hacía exhalar quejas comprimidas, como alma solitaria que no tenía afecciones íntimas y estaba condenado a no tener hogar».

Se había aislado en las afueras de Santiago por un mes, con la

intención de restablecerse, cuando supo que en Cuyo había sido descifrada la trama de la conspiración de los Carrera. Sin conocer la suerte de los conjurados aprehendidos en Chile, José Luis Carrera había marchado con sigilo tras ellos. Pero se descubrió su identidad y fue tomado preso por orden del gobernador Luzuriaga bajo la imputación de haber violado una valija de correo.

En agosto fue detenido en San Luis su hermano Juan José, acusado de haber dado muerte, para que no denunciara su paradero, a un niño postillón que lo acompañaba. Ambos tenían la intención de pasar a Chile para esperar allí la llegada de José Miguel, quien embarcaría en Montevideo en el buque *General Scott*, que le remitirían desde los Estados Unidos. Recién entonces fue develada su intención de provocar una revuelta que había sembrado la agitación en Chile. Pueyrredon le escribió a San Martín para reclamarle que tomara rápidas medidas: «Es preciso obrar con firmeza y energía para aniquilar esta raza de turbulentos». Y agregaba:

> ¡Ha visto usted qué malvados!, pero amigo mío, no se puede desconocer que andamos de buena fortuna pues nada se emprende que no sea feliz y nada se intenta contra el orden que no escolle en sus primeros movimientos. Cuídese usted, amigo mío, restablezca su salud importante y no dude que hemos salvado al país.

A su vez, San Martín le manifestó su asombro a O'Higgins: «No cabe en mi imaginación cómo hay hombres que por ambición o pasiones personales, quieran sacrificar la causa de América».

El director chileno le respondió con palabras que, según Pasquali, parecían «una implacable sentencia»:

> Nada extraño es lo que usted me dice acerca de los Carrera, siempre han sido lo mismo y sólo variarán con la muerte; mientras no la reciban, fluctuará el país en incesantes convulsiones porque es siempre mayor el número de los malos que el de los buenos. Si la suerte ahora nos favorece con descubrir sus negros planes y asegurar sus personas, puede ser que en otra ocasión se canse la fortuna y no quede a los alcances del gobierno apagar el fuego ni menos prender a los malvados. Un ejemplar castigo y pronto es el único medio que puede cortar tan grave mal. Desaparezcan de entre nosotros los tres inicuos Carrera, júzgueseles y mueran, pues lo merecen más que los mayores enemigos de la América; arrójense a sus secuaces a países que no sean dignos como nosotros de ser libres.

El malestar público siguió en aumento a raíz de las duras medidas que se adoptaron. Los Carrera y sus seguidores promovieron el rechazo hacia las tropas que consideraban de ocupación a pesar de haberlos liberado. Si los ataques no recayeron sobre San Martín, pues se consideraba que ello sería peligroso,

apuntaron su enojo sobre el delegado Quintana, a quien O'Higgins no había reemplazado aún a pesar de que había presentado tres veces su renuncia. Ahora, la situación obligaba a desplazarlo y así se hizo. Además, por consejo de San Martín, de Guido y de la Logia, se decidió que el poder delegado fuese desempeñado por una Junta de Gobierno integrada por chilenos independientes y respetables, como Francisco Antonio Pérez, Luis de la Cruz y José Manuel Astorga. En diciembre, ante el peligro de una nueva invasión realista, el gobierno volvió a tomar forma unipersonal en la persona del coronel Luis de la Cruz.

Los hermanos Carrera y algunos de sus compañeros seguían presos en Mendoza, y San Martín, con la ayuda de Balcarce, podía concentrarse en sus responsabilidades militares.

Bibliografía

Archivo de O'Higgins, Santiago, Chile, Archivo Nacional, tomo IX; *Archivo de San Martín*, cit., tomos III-IV; Juan Manuel Beruti, «Memorias curiosas», cit.; *Documentos para la Historia del Libertador General San Martín*, cit., tomo III; Manuel Alejandro Pueyrredon, *Memorias inéditas. Historia de mi vida. Campañas del Ejército de los Andes*, cit.

Félix Best, *Historia de las Guerras Argentinas*, cit., tomo I; *Campañas del Libertador general D. José de San Martín, en el bicentenario de su nacimiento*, cit.; Miguel Ángel De Marco, *La guerra de la frontera. Luchas entre indios y blancos. 1536-1917*, Buenos Aires, Emecé, 2010; —, *Belgrano. Artífice de la Nación, soldado de la libertad*, cit.; —, «Santa Fe en la gesta sanmartiniana», *Anales de la Academia Sanmartiniana*, N° 15, Buenos Aires, 1993; Hugo Raúl Galmarini, *Tomás Guido. «Cuando sentado a la sombra de mis años…»*, cit.; Carlos Ibarguren, *San Martín íntimo. El hombre y su lucha*, cit.; Sergio Fernández Larraín, *O'Higgins*, Santiago de Chile, Colección Chile en su Historia, 1974; Julio M. Luqui-Lagleyze, *El Ejército Realista en la guerra de la independencia*, cit.; —, *Historia y campañas del Ejército Realista. 1810-1820*, cit.; —, «El ejército realista en Chile, 1816-1818», en *José de San Martín, Libertador de América*, Buenos Aires, Instituto Nacional Sanmartiniano, 1998; Julio M. Luqui-Lagleyze y Gustavo Muñoz Lorenzo, *La ruta de la libertad. Camino de los Patos. El lugar estratégico por donde cruzó el general José de San Martín*, Gobierno de San Juan-Instituto Nacional Sanmartiniano, 2010; John Lynch, *San Martín. Soldado argentino, héroe americano*, cit.; Sergio Martínez Baeza, *Vida del general Juan Gregorio de Las Heras, 1780-1866*, Buenos Aires, Academia Nacional

de la Historia, 2009; Enrique Mario Mayochi, *San Martín en la Argentina*…, cit.; Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano*…, cit., tomo I; —, *Historia de San Martín*…, cit.; Eugenio Orrego Vicuña, *O'Higgins: vida y tiempo*, Buenos Aires, Losada, 1957; José Pacífico Otero, *Historia del Libertador*…, cit.; Patricia S. Pasquali, *San Martín. La fuerza de la misión*…, cit.; —, *San Martín confidencial*…, cit.; Isidoro J. Ruiz Moreno, *Campañas militares argentinas*, cit., tomo I; Diego Alejandro Soria, *Las campañas militares del general San Martín*, cit.; —, «Subordinados europeos del general San Martín», en *José de San Martín, Libertador de América*, cit.

Chile independiente, Cancha Rayada y Maipú

En los días inmediatamente posteriores a Chacabuco, San Martín, que había previsto con exactitud los pasos a seguir, no tomó la iniciativa con la rapidez necesaria. Esto dio tiempo a los realistas para enviar 1.600 hombres al Perú que fueron utilizados después contra los patriotas, y les permitió fortalecerse en el sur de Chile.

Recién en la segunda quincena de febrero, el general en jefe decidió operar sobre esta última zona y confiarle el mando al coronel Gregorio de Las Heras. Éste manifestó en junta de guerra sus objeciones por la decisión del Libertador de que la infantería patriota marchase a pie, en vez de a caballo, como había sugerido para dar celeridad a las operaciones, pero aceptó tras salvar su responsabilidad.

Los movimientos se realizaron al principio con lentitud, lo que dio lugar a la enérgica reacción del director supremo chileno, O'Higgins, quien luego de expresarse duramente con respecto a Las Heras en carta a San Martín, marchó hacia el sur, convencido de que daría nuevo impulso a las operaciones.

Las Heras avanzó con sus 1.000 hombres de infantería, caballería y artillería. El 4 de marzo, atravesó el río Maule para reunirse con las fuerzas que al mando del comandante Freire habían cruzado los Andes por el paso del Planchón. Un mes más tarde, batía completamente a las tropas de Ordóñez en Curapaligüe, 26 kilómetros al norte de Concepción.

El jefe realista se había fortificado en la península de Talcahuano y en conocimiento del avance del ejército patriota había decidido llevarle esa misma noche un ataque sorpresivo. Para ello se puso en marcha con una columna de 700 hombres y dos cañones, y en la mañana siguiente cayó en forma inesperada sobre las tropas de Las Heras. Éste, que había previsto el ataque, lo repelió con un nutrido y mortífero fuego y se replegó ordenadamente sobre los puestos reforzados. Cuando los realistas avanzaron, los patriotas ocuparon una posición dominante desde la que los rechazaron después de un reñido combate nocturno, tantas veces como intentaron desalojarlos. El mismo 5 de abril de 1817, el coronel argentino ocupó con sus fuerzas la ciudad de Concepción y, el 20, batió a dos guerrillas que intentaban reconocer sus puestos avanzados en las vegas de Talcahuano.

Eran acciones de extrema violencia, donde ambas partes

desplegaban todos sus recursos materiales y humanos, en una lucha en que no se daba ni se pedía cuartel.

Mientras O'Higgins marchaba hacia el sur con 800 hombres, Las Heras comprendía que su permanencia en Concepción lo colocaba en una situación de peligro, ya que no contaba más que con un camino de retirada, por lo que decidió alejarse hacia el cerro de Gavilán. El valiente coronel realista José Ordóñez, gobernador de Concepción, al enterarse de ese movimiento, resolvió atacar antes de que el enemigo recibiera refuerzos. El 5 de mayo de 1817, dividió sus fuerzas, sumadas a las que se encontraban en la zona, en dos columnas, que atacaron con denuedo a las inferiores en número de Las Heras. Éste, con serenidad, batió una después de otra a las formaciones españolas, y las obligó a regresar al recinto fortificado en el que se encontraban, bajo el acoso de los sables de los Granaderos a Caballo.

En aquel momento, Las Heras avistó la vanguardia de O'Higgins. Ordenó a los músicos de la banda del 11° de infantería que hiciesen sonar los clarines en alegres toques de triunfo. Cuando el mandatario chileno llegó al sitio en que se encontraba el argentino, éste exclamó: «¡Ha llegado su excelencia en el glorioso momento de escuchar las dianas de la victoria. El brigadier Ordóñez acaba de ser derrotado!»

Ciento noventa y dos muertos y ochenta prisioneros fueron las bajas, y tres cañones más numeroso armamento constituyeron los trofeos de la acción.

Pocos días más tarde, llegó San Martín de Buenos Aires, se impuso de los sucesos y actuó concertadamente con O'Higgins en la conducción general de las operaciones. Mientras éste se puso al mando del Ejército del Sur, con cuartel general en Concepción, cuyo objetivo final era tomar la plaza fuerte de Talcahuano, aquél se hizo cargo, con la ayuda de Antonio González Balcarce, del Ejército del Oeste, con base en Las Tablas, al sur del puerto de Valparaíso. El todo constituía lo que se llamó Ejército Unido de los Andes y Chile.

Un categórico avance

Vencido en dos ocasiones por Las Heras, Ordóñez logró atrincherarse en la plaza fuerte de Talcahuano, donde juró defenderla hasta morir. Su situación táctica era importante. O'Higgins resolvió cortarle las comunicaciones para privarlo de recursos. Era necesario, con ese objeto, apoderarse de la línea de fuertes de Arauco, a través de la cual los realistas sostenían francos contactos por el Bío-Bío y por mar. Todos fueron sistemáticamente

conquistados, hasta la culminación de las acciones en el combate de Carampangüe, el 26 de mayo de 1817.

Las Heras recibió la orden de sorprender los puestos avanzados del ejército y realizar el reconocimiento de las fortificaciones de Talcahuano, rechazando las avanzadas y persiguiéndolas hasta los fosos que circundaban la plaza.

Las tropas realistas fueron reforzadas por 1.600 hombres enviados desde el Perú. El bloqueo terrestre continuó sin interrupción y tuvieron lugar varios encuentros entre sitiados y sitiadores, hasta que O'Higgins, ya completamente reorganizado su ejército, que contaba con 3.700 hombres de las tres armas, se preparó para el ataque a la plaza. El plan presentado por el coronel Las Heras resultaba más juicioso que el sugerido por Eugenio Brayer, el recién llegado general francés al servicio de los patriotas, en quien San Martín confiaba entonces plenamente, sin saber de sus ocultos vínculos con José Miguel Carrera. O'Higgins se inclinó por las opiniones de Brayer e impartió las instrucciones para que el ataque tuviera efecto en la madrugada del 6 de diciembre de 1817, según lo previsto por el antiguo soldado de Napoleón.

Dividió sus tropas en tres columnas, una al mando de Las Heras, otra a las órdenes del coronel Pedro Conde y la tercera, de caballería, a cargo del ahora coronel Ramón Freire.

A las tres de la mañana rompió la marcha el ejército sitiador. El jefe del 11º y las tropas que conducía tenían la responsabilidad de apoderarse del sector izquierdo del frente realista y del reducto del Morro, considerado como la llave de todo el sistema fortificado. Seguidamente, debía acometer por la retaguardia a los defensores del sector central, tomando posesión del rastrillo que comunicaba por un puente levadizo con el exterior, con el fin de favorecer la irrupción de la columna de Freire en el interior del recinto. Una vez reunidas ambas, debían tratar de expugnar las otras dos líneas fortificadas de los realistas. La columna de Conde tenía la misión de distraer la atención de las fuerzas españolas que guarnecían el sector derecho y si lo permitían las circunstancias, debía convertir la acción demostrativa en decisiva.

Las Heras se había adueñado del morro pero no podía tomar el rastrillo por el interior ni dirigirse al cerro del Cura, que eran los objetivos señalados en sus instrucciones, porque los fugitivos habían logrado accionar el puente levadizo y dejaron a los patriotas aislados en la posición conquistada. Los esfuerzos por vencer ese obstáculo en medio de la oscuridad y en un terreno desconocido fueron vanos, y la lucha consistió en un duelo de fusilería entre

barranco y barranco.

Las luces del alba lo encontraron a Las Heras en muy peligrosa situación, barrido por el fuego de fusilería y metralla del ejército enemigo, por los cañonazos de la fragata *Venganza* y de las cañoneras del puerto. Las bajas de jefes, oficiales, suboficiales y soldados fueron enormes, pero en medio de aquella mortandad, el coronel argentino sostenía impávido la posición conquistada, empeñado en llevar adelante su difícil y ya casi imposible empresa. No había recibido orden de retirada y su deber era sostenerse hasta triunfar o morir.

O'Higgins, convencido de que era estéril continuar con el intento, ordenó la retirada.

> Esta operación [señala Mitre] era en aquellos momentos tan peligrosa como el asalto; pero Las Heras, con imperturbable sangre fría, se mostró a la altura de aquel difícil trance. Mandó primeramente poner a salvo sus últimos heridos, clavó los cañones de que se había apoderado, y conduciendo los prisioneros tomados en la jornada, salió batiendo marcha bajo los fuegos de todas las baterías altas y bajas de la línea de fortificación.

Juzga Félix Best que el fracaso se debió a lo muy fuerte de la posición, a la mala elección del centro de gravedad del ataque, a la poca artillería —que en mayor número, hubiese ayudado a ablandar las defensas— y a la carencia de medios para salvar el obstáculo que implicaban los fosos.

La moral no había decaído en los patriotas y sí entre los adversarios. Pese al fracaso, el sitio continuaba.

Operaciones del Ejército Unido

San Martín había logrado conocer el plan de operaciones de los realistas, por fin decididos a movilizarse. El ahora virrey del Perú, Joaquín de la Pezuela, que había cruzado reiteradamente sus armas con el Ejército del Alto Perú, estaba convencido de que el dominio de Chile por parte de los independentistas implicaría la pérdida de toda la parte austral de América del Sur, pero que una completa victoria sobre ellos, concertada con los triunfos de Pablo Morillo en la Costa Firme, permitiría recuperar para siempre los dominios de Fernando VII.

El plan de campaña de Pezuela contemplaba que un ejército a las órdenes del general Osorio fuera transportado desde El Callao a Talcahuano, donde debía desembarcar y marchar, reforzado con la guarnición de Ordóñez, contra O'Higgins para destruirlo o arrojarlo al norte del río Maule. Una vez conseguido ese objetivo, quedaría un destacamento frente a Talcahuano para entretener a las tropas

patriotas mientras el grueso se reembarcaba para tocar tierra nuevamente en algún punto cercano a Valparaíso. Desde allí, las fuerzas del rey marcharían rápidamente sobre Santiago, pues suponían que San Martín abandonaría la ciudad para correr en auxilio de O'Higgins. Así, el aniquilamiento de los patriotas sería completo. Para el caso de que no fuera posible el reembarco, las tropas realistas continuarían por tierra las operaciones hacia el norte.

San Martín, al imponerse detalladamente de las previsiones de Pezuela, en las que la escuadra jugaba un papel importante, le ordenó a O'Higgins que desde Talcahuano se retirara hacia el norte, para reunir los dos ejércitos antes de chocar con el enemigo. De ese modo se evitaría que éste pudiera batirlos separadamente.

Osorio mandó bloquear el puerto de Valparaíso y desembarcó en Talcahuano para iniciar su avance con la masa de sus fuerzas a comienzos de febrero de 1818. Ocupó la provincia de Concepción, abandonada por O'Higgins, alcanzó Talca, se detuvo unos días y después continuó para llegar a Curicó el día 27.

Mientras tanto, en Talca había ocurrido un acontecimiento trascendental: la proclamación de la independencia chilena, que oficialmente fue fechada el 12 de febrero en Concepción.

El 9 de marzo, el ejército patriota del Sur alcanzaba Chimbarongo y, el 12, se le reunía el del Oeste. El total llegaba a 9.472 hombres, dotados de equipo excelente y llenos de ardor y entusiasmo, y 43 piezas de artillería.

Osorio disponía inicialmente de unos 3.300 hombres. Pero con la incorporación de las tropas de Ordóñez y las milicias que se le unieron, superó los 5.000 efectivos y doce cañones. El 14 de marzo se concentraron en Talca, hasta donde habían marchado por destacamentos de distinta composición. El 15, ocuparon Camarico y allí permanecieron hasta el 18 de marzo.

Cancha Rayada

El Ejército Unido inició su avance hacia el sur el 13 de marzo. San Martín adelantó un escuadrón a las órdenes de Ramón Freire para explorar el terreno. Se produjo un combate con un destacamento español a las órdenes del teniente coronel Joaquín Primo de Rivera, quien emprendió la retirada; pero al percatarse de la inferioridad de los patriotas, volvió sobre ellos y se alejaron.

El 16, el ejército comandado por San Martín vivaqueó en Quechereguas. El general dispuso que al día siguiente continuase el avance contra el enemigo. Contaba con dos caminos posibles: el

carretero que conducía directamente sobre Camarico y era el mejor y más corto, y el de Tres Montes, que entonces corría por los llanos al pie de la cordillera. Optó por el segundo, pues su propósito no era chocar frontalmente contra el enemigo concentrado en Camarico sino realizar un movimiento envolvente para cortarle la línea del río Maule y caer contra el flanco oriental y la retaguardia. Lo animaba la idea de concluir en una batalla con el poder realista en Chile.

Osorio, al advertir la superioridad numérica del Ejército Unido, concibió, el mismo día que San Martín iniciaba su maniobra, el proyecto de afirmarse en una posición y aventurar una batalla. Pero, después de apreciar que su adversario podía rendirlo por el movimiento de flanco que le llevaba, emprendió la retirada hacia Talca el 18. Al día siguiente, supo que San Martín llegaría en pocas horas a ese punto, por lo que mandó tocar generala y comenzar una precipitada marcha hacia Talca para no ser tomado por la retaguardia. Entró en la ciudad y adoptó medidas defensivas.

Mientras tanto, el Ejército Unido continuaba su avance en cumplimiento de los planes previstos. Así, ambos contendientes marcharon en forma paralela, separados por diez o quince kilómetros durante el día 18 y parte del 19.

San Martín, al comprobar que el enemigo se le escapaba, adelantó en la mañana del 19 a Antonio González Balcarce con los Granaderos a Caballo y los Cazadores, reforzados con artillería a caballo (1.500 hombres), a fin de que lo cortaran de Talca y lo detuvieran para obligarlo a librar batalla. Pero Osorio, que temía por su flanco izquierdo (este) y su retaguardia, había hecho ocupar el vado de Santa Rita, sobre el Lircay, con 500 jinetes y artillería, mientras él se dirigía para cruzar el río por el vado del camino público. La caballería patriota, detenida, no pudo evitar que el grueso del enemigo se librara del encierro.

Balcarce resolvió entonces cargar sobre la caballería adversaria situada en posición cerca de Talca con frente al noroeste. El terreno no favoreció el éxito. La acción resultó un descalabro, porque el campo, que no se había tenido la precaución de reconocer, estaba cortado con zanjones: de ahí su nombre de Cancha Rayada.

La llegada de una parte del ejército y el empleo de su artillería, permitieron el fácil repliegue de la caballería patriota. Ambos adversarios pasaron a descansar en formación de combate; los realistas, en la ciudad de Talca; los independientes, al nordeste, en un vivac visible desde esa localidad.

Aún era probable el aniquilamiento del ejército español cuando

al día siguiente pretendiese atravesar el caudaloso río Maule. Así lo comprendieron sus jefes, quienes descontaban la posibilidad de una retirada. De inmediato, se reunieron en consejo de guerra y le propusieron a Osorio que se realizase un ataque por sorpresa antes de la madrugada, como único recurso para superar situación tan desesperada. A las 20, un espía que había salido de Talca tras burlar la vigilancia de los realistas, comunicó a San Martín la inminencia de un ataque. De inmediato, el general en jefe ordenó un cambio de posición al norte de la ciudad.

Entre las 20 y las 21, la división de Hilarión de la Quintana se estableció al resguardo de un zanjón que cortaba más o menos perpendicularmente el camino real de Talca a Santiago. De ese modo, tales fuerzas quedaron orientadas con frente al sur.

Mientras tanto, la división O'Higgins y la reserva, a la espera de que se les comunicara la terminación del movimiento que la división De la Quintana acababa de iniciar, permanecieron en sus puestos. No se había tomado la precaución de colocar un servicio de avanzadas, y sólo los cubría, a vanguardia y a muy corta distancia para operar, una simple fracción de caballería. Y como si esto no fuese ya bastante perjudicial en caso de un intento de sorpresa por parte del enemigo (subraya el coronel Best), se encendieron fogones a lo largo del frente, los cuales forzosamente darían al adversario la ubicación de los patriotas en medio de la noche.

Las tropas españolas al mando del valiente Ordóñez, por delegación de Osorio, se desplazaron por el llano de Cancha Rayada, en tres columnas, cada una de dos batallones, con sendos escuadrones de caballería en ambas alas.

A las 20.30, las tres columnas avanzaban silenciosamente a través del llano, sin que las tinieblas de esa noche encapotada demorasen sus pasos ni opusieran dificultades a sus movimientos, pues los fogones del campo patriota les habían servido de inmejorables puntos de orientación.

La partida de caballería patriota desprendida advirtió la aproximación de los realistas y dio la señal de alarma descargando sus carabinas.

En este momento de crisis, en que las unidades de O'Higgins y de la reserva cambiaban de posición sin poder organizar una defensa, se produjo el ataque. Las tropas realistas, mandadas por jefes y oficiales resueltos a jugarse el todo por el todo, se lanzaron hacia adelante a la carrera, al grito de «¡Viva el Rey!» A pesar de que las recibió el mortífero fuego de la infantería de O'Higgins, que en el primer momento se mantuvo firme, el enemigo, alentado por

sus jefes, irrumpió en las filas de los independientes. Fue cuando se produjo el pánico, especialmente en la caballería.

San Martín y O'Higgins, con un brazo fracturado por el impacto de una bala, trataron de impedir que el terror se propagase, pero sus esfuerzos resultaron infructuosos. No quedó otro recurso que dirigir a los fugitivos hacia la capital.

En tan dramáticos momentos, el batallón argentino de Cazadores de los Andes, a las órdenes de Rudecindo Alvarado, y el 2° de Chile, al mando de José Rondizzoni, ambos de la división O'Higgins, se escurrieron por el flanco derecho e izquierdo de los realistas y fueron a reunirse con la división de Hilarión de la Quintana, muy disminuidos.

Las tropas originariamente confiadas a O'Higgins, a las que se sumaban otras (unos 3.500 hombres) más la artillería de Chile, todo al mando provisional de Las Heras por la ausencia del general herido, se retiraron del campo poco antes de la una de la madrugada, y siguieron el camino real a Santiago luego de arrollar a un escuadrón realista que trató de oponerse a su marcha cerca del vado del Lircay. De inmediato, iniciaron una retirada que por su orden, disciplina y extraordinaria resistencia a la fatiga y aun al hambre, se destacó como un verdadero ejemplo de operación retrógrada.

El Ejército Unido tuvo 120 muertos, gran cantidad de dispersos y algunos prisioneros, y se extraviaron 24 cañones y todas sus municiones y bagajes. En cuanto a los realistas, sufrieron 40 muertos y 110 heridos, entre ellos, varios jefes de unidades.

En los primeros momentos, la desesperanza cundió entre los patriotas. El panorama se presentaba difícil con sólo pensar que si los realistas lograban consolidar la victoria, podían reconquistar Chile y combinar, con las fuerzas que operaban en el Alto Perú, un rápido avance en el Norte argentino, donde apenas se contaba con la bravura de Güemes y sus gauchos, y con el pobre contingente del ejército de Belgrano, que se hallaba en esqueleto y carente de medios.

Pero pronto se vio que la derrota podía ser revertida con rapidez.

El gran triunfo de Maipú

Para recoger los frutos de la victoria, Osorio vadeó el Lircay y avanzó, pero sólo hasta Pangue. Desde este punto desprendió a Ordóñez con una columna y regresó con el resto a Talca para reorganizar su ejército. Cuando Ordóñez llegó a Quechereguas, el

21, Las Heras, que le llevaba una jornada, había cruzado el Lontué.

El 24, pudo por fin Osorio ponerse en marcha con el grueso de su ejército para incorporarse al destacamento adelantado en Quechereguas, cuando ya el Ejército Unido, rehecho y reagrupadas las unidades y gran parte de los dispersos gracias a la intensa acción desplegada por San Martín, O'Higgins, Freire y otros colaboradores, se replegaba sobre Santiago con 5.000 hombres y 21 cañones para esperarlo.

Seis días más tarde, un destacamento de Granaderos a Caballo, al mando del capitán Miguel Cajaraville, atacó y derrotó en las cercanías de Rancagua a 200 jinetes enemigos, llevándoles una tenaz persecución.

El 31, el ejército realista, que sumaba 5.300 hombres y 12 cañones, atravesó el Cachapoal, y el 2 de abril por la tarde pudo alcanzar la margen izquierda del río Maipo. En la mañana del día siguiente, lo cruzó por el vado de Lonquén, apartándose 10 kilómetros al oeste del camino central que traía, para acampar finalmente sobre su margen derecha en una antigua hacienda de los jesuitas llamada La Calera. Su plan consistía en avanzar frontalmente por el camino de Melipilla a Santiago extendiéndose a su izquierda por el que de esa finca conducía a Valparaíso, amenazando la capital. Con tal propósito continuó hasta la hacienda de Espejo.

El general en jefe realista escuchó la opinión unánime de sus principales jefes, incluidos Ordóñez y Primo de Rivera, en el sentido de empeñar batalla el 4 de abril.

La distancia entre los beligerantes no alcanzaba a cuatro kilómetros. El escenario en que desenvolverían las operaciones era una llanura distante unos 10 kilómetros de Santiago, limitada al este por el río Mapocho, que dividía esa ciudad; al norte, por la serranía que la separa del valle de Aconcagua, y al sur por el río Maipo, de donde le venía su nombre. Hacia el oeste se levantaban una serie de lomadas y algunos montículos que corrían de oriente a poniente. Al sur de Santiago se prolongaba por espacio como de 10 kilómetros un montículo bajo, que por su aspecto llevaba el nombre de Loma Blanca. En la meseta de dicho accidente estaba el ejército patriota.

En su extremidad oeste y a su frente se alzaba otra eminencia más alta, que formaba un triángulo, cuyo vértice sudoeste se apoyaba en la hacienda de Espejo. Allí se haría fuerte el ejército realista.

Las dos lomadas estaban divididas por una hondonada

longitudinal, como de un kilómetro en su parte más ancha y de doscientos cincuenta metros en la más angosta. Al oeste del vértice de las lomas se destacaba un grupo de cerrillos aislados y, entre ellos, un mamelón más elevado.

El plan de San Martín era atacar al enemigo sobre la marcha, sin darle tiempo a realizar combinación alguna si se presentaba por los caminos del frente, o de correrse por su flanco derecho, si tomaba el de La Calera para interceptar la ruta de Valparaíso. Fortificó y guarneció el sector con 1.000 milicianos y un batallón.

Hasta el 4 de abril permaneció con una vanguardia para observar la línea del Maipo. Y al recibir la noticia de que el enemigo vadeaba el río hacia el poniente, desprendió toda su caballería con orden de atacar sus puestos avanzados, hostilizar sus columnas en la marcha y mantenerlo durante la noche en constante alarma con el fin de debilitarlo.

Mitre expresa que el General de los Andes,

> contando con el triunfo, supo infundir a todos su confianza, y en este concepto, dio instrucciones detalladas a sus jefes en vísperas de la batalla, a ejemplo de Federico [el Grande]. En ellas disponía que la dotación de municiones de cada soldado sería cien tiros y seis piedras; que antes de entrar en pelea se les daría una ración de vino o aguardiente, y los jefes perorarían con denuedo a sus tropas, imponiendo pena de la vida al que se separase de las filas avanzando o retrocediendo y advertirían a la vez, de un modo claro y terminante, que si veían retirarse algún cuerpo, era porque el general en jefe lo mandaba así por astucia, según su plan. Les prevenía que los batallones de las alas debían siempre formar en columna de ataque, desplegando sólo en caso de necesidad o con expresa orden suya; y que todo cuerpo de infantería o caballería cargado al arma blanca, no esperaría la carga a pie firme, y a la distancia de cincuenta pasos debía salir al encuentro a sable o bayoneta. No se recogería ningún herido durante el fuego, porque decía: «necesitándose cuatro hombres para cada herido, se debilitaría la línea en un momento». La enseña del cuartel general sería una bandera tricolor, y cuando se levantasen tres banderas, «la tricolor de Chile, la bicolor argentina y una encarnada, gritarán todas las tropas ¡Viva la Patria! y en seguida cada cuerpo cargará al arma blanca al enemigo que tuviese al frente». Indicaba los uniformes y banderas de los cuerpos del ejército realista, y al referirse al «Burgos», agregaba: «A este regimiento se le debe cargar la mano, por ser la esperanza y apoyo del enemigo». Recomendaba a los jefes de caballería tomar siempre la ofensiva, por ser ésta la índole del soldado americano, y llevar a su retaguardia un pelotón de veinticinco hombres para sablear a los que volvieran cara. Por último les decía: «Esta batalla va a decidir de la suerte de toda la América, y es preferible una muerte honrosa en el campo del honor a sufrirla por manos de nuestros verdugos. Yo estoy seguro de la victoria con la ayuda de los jefes del ejército a los que encargo tengan presente estas observaciones».

Al amanecer del 5 de abril, las guerrillas patriotas de Freire y Melián se replegaron para dar parte de que el enemigo avanzaba en

masa con rumbo al camino que empalmaba con el de Santiago a Valparaíso. San Martín, que lo había previsto el día anterior, pensó que no podía tener por objeto sino cortarle la retirada sobre Aconcagua, lo que se neutralizaba con un simple cambio de frente. Para cerciorarse de esto y concertar sus movimientos tácticos, seguido de una pequeña escolta, se dirigió al ángulo sur de la Loma Blanca.

Desde allí pudo observar, como a 400 metros, la marcha de flanco que ejecutaban las columnas españolas para posesionarse de una lomada cercana y prolongar su ala izquierda sobre el camino de Valparaíso.

Describe Mitre:

> Para cerciorarse por sus propios ojos de este error estratégico y concertar sus movimientos tácticos, [San Martín] se disfrazó con un poncho y un sombrero de campesino, y acompañado por su inseparable ayudante O'Brien y el ingeniero D'Albe, seguido de una pequeña escolta, se dirigió a gran galope al ángulo truncado de la Loma Blanca señalado antes. Desde allí pudo observar a la distancia de cuatrocientos metros con el auxilio de su anteojo, la marcha de flanco que en perfecto orden ejecutaban las columnas españolas a tambor batiente y banderas desplegadas hacia su objetivo. «¡Qué brutos son estos godos!», exclamó con esa mezcla de resolución y buen humor que caracteriza a los héroes en los momentos supremos. Y agregó: «Osorio es más torpe de lo que yo pensaba». Dirigiéndose luego a sus acompañantes, les dijo: «El triunfo de este día es nuestro. ¡El sol por testigo!» El sol asomaba en aquel momento sobre las nevadas crestas de los Andes. La mañana estaba serena; ninguna nube empañaba el cielo, el aire estaba cargado de perfumes, y las aves cantaban entre los espinos en florescencia.

A las 10.30, el ejército se desplazó en dos columnas paralelas, rumbo al oeste, por encima de la meseta de la Loma Blanca y continuó hasta enfrentar la posición enemiga.

En el curso de la marcha, ocurrió un episodio inesperado. Se presentó al general el francés Brayer, de quien había tenido tan buena opinión meses atrás, para pedirle licencia con el fin de pasar a los baños termales de Colina. San Martín le contestó fríamente:

> Con la misma licencia con que el señor general se retiró del campo de batalla de Talca, puede hacerlo a los baños; pero como en el término de media hora vamos a decidir la suerte de Chile, y Colina está a trece leguas y el enemigo a la vista, puede vuestra señoría quedarse si sus males se lo permiten.

El general respondió: «No me hallo en estado de hacerlo, porque mi antigua herida de la pierna no me lo permite». San Martín le repuso en tono airado: «Señor general, el último tambor del Ejército Unido tiene más honor que vuestra señoría».

Y girando su caballo, le dio orden a Balcarce sobre la marcha, que hiciese saber al ejército que el general de veinte años de

combates quedaba suspendido de su empleo por indigno de ocuparlo.

Allí desplegó en dos líneas: la artillería en el centro y en los dos extremos de la primera línea y la caballería cubriendo las dos alas, con la reserva a 150 metros a retaguardia. El ala izquierda la mandaba Alvarado; la derecha, Las Heras y la fuerte reserva, Quintana.

El general realista, que había ocupado con su ejército la loma triangular del sur, al observar el movimiento de los independientes, desprendió sobre su izquierda una columna integrada por ocho compañías y cuatro cañones al mando de Primo de Rivera, que tomó el mamelón, con el doble objeto de amagar la derecha patriota y aferrar por el flanco sus columnas si avanzaban, a la vez que asegurar su retirada por el camino de Valparaíso, según su idea persistente. Entre la fracción de Primo de Rivera y la masa de las tropas fueron colocados los escuadrones de Morgado.

Los adversarios permanecieron por algún tiempo inmóviles frente a frente, separados por la hondonada, como esperando que alguno tomara la iniciativa, porque las mayores desventajas estaban con el que atacara. Quien decidiese hacerlo, tendría que atravesar un bajo descubierto, sufriendo el fuego de artillería y fusilería, y trepar luego las alturas del frente para desalojar de ellas al enemigo. Para los patriotas, la desventaja era aún mayor, pues su derecha tenía que batir antes a Primo de Rivera o recorrer un espacio de mil metros flanqueado por el fuego de los cañones de éste. La superioridad de los independientes en lo que respecta a la caballería y artillería era incontestable. En cuanto a la infantería, contaban con aproximadamente 4.500 hombres, mientras que los cuatro batallones enemigos poseían unos 3.500.

La izquierda independiente, al desbordar la derecha realista y recorrer por esa parte la menor distancia de la hondonada intermedia, podía llevar con ventaja un ataque oblicuo o de flanco, con apoyo de la reserva.

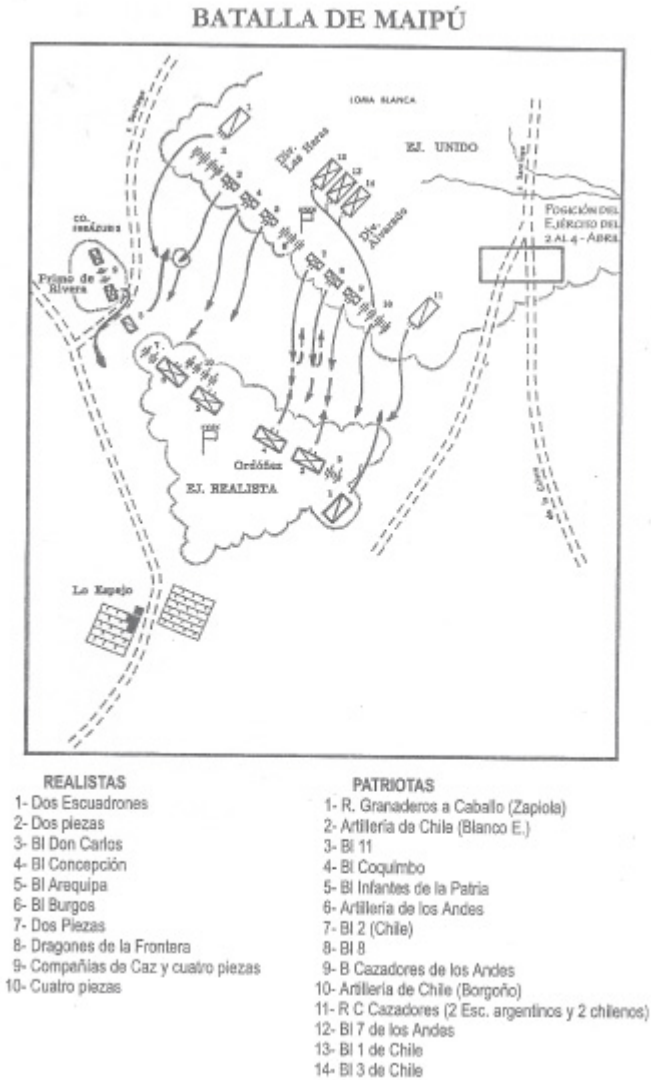
San Martín, al observar la inacción del enemigo, mandó romper el fuego con las cuatro piezas centrales, con el objeto de descubrir la posición de la artillería y los planes del adversario. En el acto, la artillería enemiga contestó y suministró a San Martín la información que necesitaba. Era evidente, por el modo en que colocó sus fuerzas, que Osorio se preparaba para la defensa, ya que no había ocupado el perfil de las lomas de su posición, con el objeto de utilizar por más tiempo los fuegos de su infantería y aprovechar el espacio para dar con ventaja una carga a la bayoneta con sus

gruesos batallones, en el momento en que éstos hubieran diezmado las unidades patriotas.

San Martín dio la orden de ataque. Había descubierto el flanco débil del enemigo, que era el derecho. Las columnas avanzaron a la carga sobre la línea enemiga. La reserva y la artillería permanecieron en sus puestos esperando sus instrucciones.

El movimiento se inició por la propia derecha para desalojar la izquierda enemiga destacada sobre el mamelón.

Las Heras avanzó sin disparar un tiro con el 11° de los Andes, sostenido por los dos batallones que completaban su brigada, y lanzó al llano los escuadrones de Granaderos montados, amenazando la posición del mamelón. Los cuatro cañones que la defendían rompieron el fuego sobre el 11°, causándole bastantes estragos, pero el veterano cuerpo siguió avanzando con rapidez, mientras la artillería de José Blanco Encalada apoyaba el asalto.



Batalla de Maipú (Diego Alejandro Soria, *Campañas militares del general San Martín*).

El coronel Primo de Rivera dispuso a su vez que cargara la caballería a las órdenes de Morgado. Al contemplar el movimiento, Las Heras agrupó su tropa y esperó, ordenándole al jefe de Granaderos, Zapiola, que cargara por su derecha. Los dos primeros escuadrones rechazaron a la caballería enemiga, consiguieron pasar a la izquierda del mamelón, apoyados por los dos de reserva mandados por Zapiola, y siguieron adelante en persecución de los derrotados, que se dispersaron en desorden sobre la división Morla.

Las Heras se mantuvo en el cerrillo donde se hallaba, en actitud de atacar el mamelón o de concurrir al ataque previsto sobre la izquierda del enemigo.

Entretanto, el ala izquierda trepaba las alturas de la posición realista e iniciaba un movimiento envolvente. El adversario decidió pasar a la ofensiva. Ordóñez, con su división y dos piezas de artillería, avanzó en dos columnas paralelas, seguido por los batallones mandados por Morla, en la misma forma y escalonados a su izquierda.

Osorio, al comprender que se quedaba sin reserva, mandó concurrir al centro de la línea las compañías de granaderos de Primo de Rivera.

Ordóñez, cuando encimó su división a una de las colinas, se encontró a distancia como de cien metros al frente de las fuerzas de Alvarado. De inmediato se trabó un mortal combate de fusilería.

El 8° de los Andes y el 2° de Chile, que ocupaban en un bajo la zona peligrosa de los fuegos enemigos, sufrieron considerables bajas. Los bravos negros del 8° entraron en desorden luego de perder la mitad de sus fuerzas. Poco después, retrocedió también el 2°. El 1° de Cazadores de los Andes desplegó y rompió el fuego, pero se vio obligado a retirarse para evitar una total derrota.

Ordóñez y Morla, con sus 3.500 infantes, se lanzaron en persecución del ala izquierda patriota, que se hallaba casi deshecha. Pero en tan crucial circunstancia la artillería chilena de Borgoño abrió un intenso fuego de metralla sobre los realistas y los hizo vacilar.

Al observar estas peripecias, Las Heras ordenó a los Infantes de la Patria de Chile que atacaran el flanco de la división Morla, pero fueron rechazados.

San Martín, al notar el revés de su izquierda, dio orden a la reserva para que cargase en su protección. El coronel De la Quintana, a la cabeza de sus batallones, descendió por la loma, atravesó la hondonada y marchó con sus columnas en forma oblicua hacia la izquierda, y llegó al ángulo este de la posición enemiga cuando las columnas españolas se habían replegado hacia ella, rechazadas por los fuegos de la artillería de Borgoño. Al advertir la llegada de la reserva, los batallones de Alvarado se rehicieron y entraron en línea, mientras Hilarión de la Quintana trepaba con sus hombres las alturas del triángulo.

El valiente Primo de Rivera, privado del apoyo de la caballería y carente de las compañías de granaderos, que le había arrebatado Osorio, emprendió su retirada dejando abandonados sus cuatro

cañones. El 11° y el Coquimbo convergieron en ese momento hacia el centro, persiguiendo a las fuerzas de Primo de Rivera, y tomaron la retaguardia enemiga, mientras los Infantes de la Patria, rehechos, volvían a concurrir al ataque de la izquierda. En el flanco izquierdo, San Martín ordenó a los Cazadores Montados de los Andes y a los Cazadores de la Escolta del Director Supremo de Chile, al mando de Freire, que fuesen contra la caballería de la derecha realista. Los jinetes patriotas lanzaron una carga irresistible, arrollaron a los enemigos y los persiguieron durante un largo trecho hasta que los dispersaron completamente. Luego, los escuadrones treparon la altura y amagaron el flanco derecho de Ordóñez. La caballería enemiga había desaparecido.

Duelo de infanterías

La última parte de la lucha se caracterizó por las furiosas embestidas de las respectivas infanterías.

Los batallones de la reserva, al trepar la altura, se encontraron inesperadamente con los del enemigo, ocultos por un pliegue del terreno. El Burgos, que no había entrado en acción, lo hacía ahora, al grito de «¡Aquí está el Burgos! ¡Dieciocho batallas ganadas, ninguna perdida!», mientras ondeaba su bandera victoriosa en tantos combates.

Las distancias se estrechaban. La división Alvarado, rehecha en parte, concurrió al ataque de la reserva, a la vez que Borgoño con ocho cañones marchaba al galope a ocupar la puntilla del este. La derecha patriota, con la artillería de Blanco Encalada, convergió hacia el centro y tomó la retaguardia de los realistas. Los batallones españoles luchaban con heroísmo. El general Osorio emprendió la fuga y Ordóñez tomó el comando de la infantería española. El 7° de los Andes y el 1° de Chile cargaron a la bayoneta y la escolta de San Martín, junto con los otros escuadrones de esta ala, atacó por su flanco izquierdo.

Los realistas rodeados, sin caballería y exhaustos, empezaron a ceder, aunque sin desordenarse. La reserva (seis compañías de granaderos), que era su última esperanza, no llegó a tiempo. Osorio había cometido el grave error de no prever su formación y cuando advirtió esa falla era tarde.

Ante lo inevitable, Ordóñez emprendió con entereza la retirada y se refugió en la hacienda de Espejo. Eran las 14.30.

El Libertador redobló sus órdenes para que la persecución se efectivizara vigorosamente, con el objeto de impedir toda reacción. La batalla estaba decidida pero no terminada. Ordóñez, sin

desmayar, se había apoderado del caserío de Espejo y con admirable sangre fría dispuso la defensa esperando el último ataque.

Como destaca Mitre:

> San Martín, con el laconismo de un general espartano, dicta desde a caballo el primer parte de la batalla, y el cirujano Paroissien lo escribe, con las manos teñidas en la sangre de los heridos que ha amputado: «Acabamos de ganar completamente la acción. Un pequeño resto huye: nuestra caballería lo persigue hasta concluirlo. La patria es libre». Los enemigos del gran capitán sudamericano han dicho que San Martín estaba borracho al escribir este parte. Un historiador chileno lo ha vengado de este insulto con un enérgico sarcasmo: «¡Imbéciles! ¡Estaba borracho de gloria!» En ese instante se oyeron grandes aclamaciones en el campo. Era O'Higgins que llegaba. El Director, al saber que la batalla iba a empeñarse, devorado por la fiebre causada por su herida, monta a caballo y al frente de una parte de la guarnición de Santiago, se dirige al teatro de la acción. Al llegar a los suburbios, oye el primer cañonazo y apresura su marcha. En el camino, un mensajero le da la noticia que el ala izquierda patriota ha sido derrotada, y sigue adelante sin vacilar; pero al llegar a la loma tuvo la evidencia del triunfo. Se adelantó a gran galope con su estado mayor, y encuentra a San Martín a inmediaciones de la puntilla sudoeste del triángulo, en momentos que disponía el último ataque sobre la posición de Espejo: le echa al cuello desde a caballo su brazo izquierdo, y exclama: «¡Gloria al salvador de Chile!» El general vencedor, señalando las vendas ensangrentadas del brazo derecho del Director, prorrumpe: «General: Chile no olvidará jamás su sacrificio presentándose en el campo de batalla con su gloriosa herida abierta». Y reunidos ambos se adelantaron para completar la victoria. Eran las cinco de la tarde, y el sol declinaba en el horizonte.

Después de una primera embestida patriota, a las 17, fracasada por falta de preparación de artillería, una segunda, cumplido este requisito, tuvo éxito. Los patriotas pasaron a la bayoneta a cuanto enemigo encontraron. Los realistas se dispersaron, y a la oración la batalla estaba ganada con el aniquilamiento del adversario, sin que se registrara una persecución a fondo en forma inmediata.

El inglés Samuel Haig, que presenció el asalto final, dejó una patética descripción de aquel momento:

> Los patriotas al mando de Las Heras avanzaban por el callejón que conduce a las casas y al aproximarse, los realistas levantaron bandera blanca desde la ventana que hay encima de la entrada, pidiendo capitulación, que se otorgó, cuando acto continuo las puertas fueron voladas por un cañonazo con metralla, disparado desde el patio. Los patriotas, naturalmente, ya no dieron cuartel e instantáneamente cargaron; siendo recibidos por un nutrido fuego de mosquetería que se hacía desde puertas, ventanas y todas las troneras de la casa. Sin embargo, esto solamente duró breve tiempo, pues los patriotas entraron en gran número y rápidamente desalojaron al enemigo.
> Los realistas ya no hicieron más resistencia; la voz de orden era «¡Sálvese el que pueda!» y hacían esfuerzos por salir de la casa con la rapidez posible, pero

fueron perseguidos y masacrados por el implacable enemigo. Hay un gran viñedo detrás de la casa por donde huyeron muchos realistas, pero a estar al cómputo más bajo, quinientos hombres perecieron en la hacienda y el viñedo.
La linda hacienda de Espejo presentaba un horrible cuadro después del combate; las puertas y ventanas perforadas por balas de mosquete; los corredores, paredes y pisos, con porciones de sesos y coágulos y salpicaduras de sangre, y todo el lugar, dentro y fuera, cubierto de cadáveres. La casa estaba llena con el bagaje del ejército español, y el saqueo fue inmenso. Muchos soldados se enriquecieron durante la acción y es lamentable que varios oficiales atendieran más a sus bolsillos que al éxito de la jornada; ocurrieron algunos casos de rapacidad que ahora no es necesario mencionar; pero la conducta en general de oficiales y soldados fue admirable; combatieron desesperada y entusiastamente, con corazones por la causa de la Libertad y manos para el golpe de la Libertad.
Parte del regimiento de Burgos se había retirado a una eminencia donde no podía maniobrar la caballería patriota; éstos capitularon y cayeron prisioneros.
En el período de la acción, en que el Burgos fue derrotado, mister Barnard y yo (que estábamos en el estado mayor del general San Martín) nos hallábamos a caballo junto a aquel general, cuando el capitán O'Brien regresó de la carga y anunció la victoria. Entonces el general nos pidió fuéramos en busca del coronel Paroissien, cirujano principal de las fuerzas, a quien deseaba ver inmediatamente; en consecuencia, recorrimos el campo de batalla en varias direcciones y dimos con un molino, distante media milla a retaguardia del ejército, donde encontramos al coronel entregado a sus deberes profesionales.
Se había convertido el molino en hospital de sangre durante la acción y el patio del frente estaba lleno de heridos, principalmente negros, que habían sido recogidos del campo de batalla. El cirujano principal estaba amputando la pierna de un oficial que había sido destrozada por una bala de mosquete, y tenía sus manos cubiertas de sangre. Al transmitirle la orden del general, el coronel (una vez terminada la amputación), escribió un despacho para O'Higgins, en Santiago, pidiéndome me encargara de llevarlo, e informase también al Director que se necesitaban carros y carretas para llevar heridos a los hospitales de la ciudad.

Los realistas tuvieron 1.000 muertos y gran cantidad de heridos, 2.200 prisioneros, entre ellos, el general Ordóñez y muchos jefes, y perdieron toda la artillería y 3.850 fusiles. En cuanto a los patriotas, registraron 1.000 bajas, entre muertos y heridos.

En su breve parte de batalla al director supremo Pueyrredon, San Martín escribió con palabras de acero:

Nada existe del ejército enemigo. El que no ha sido muerto, es prisionero. Artillería, ciento sesenta oficiales, todos sus generales, excepto Osorio, están en nuestro poder. Yo espero que [a] este último me lo traigan hoy. La acción del 19 [Cancha Rayada] ha sido reemplazada con usura. En una palabra, ya no hay enemigos en Chile.
Dios guarde a vuestra excelencia muchos años. Cuartel general en el campo de Maipú, abril 5 de 1818.

Después de la victoria

Como lo hizo después de Chacabuco, San Martín no consolidó y explotó la batalla para obtener resultados inmediatos de su victoria. Se ha dicho en su disculpa que el gobierno chileno se hallaba en la imposibilidad de suministrar con rapidez los recursos para la continuación de una nueva campaña al sur, pues estaba ocupado en la concreción de metas más importantes, como la obtención de los medios navales con que se proyectaba dominar el Pacífico y dar libertad al Perú.

El general en jefe se limitó en los primeros momentos a enviar al coronel Freire con un destacamento de caballería de línea. Recién cuando las partidas de milicianos que perseguían a los fugitivos empezaron a cometer depredaciones, dio orden a Zapiola para que al frente de 250 granaderos montados se dirigiera al sur y se mantuviera en observación del enemigo sobre la línea del Maule, acantonándose en Talca. El coronel desempeñó su cometido con inteligencia y actividad. Procedió a desarmar las guerrillas irregulares que desacreditaban la causa de la independencia y creaban resistencias en el sur del país, y se apoderó de todo el material de guerra de los depósitos de Talca que en su fuga los enemigos habían arrojado al río Maule. Además estableció un servicio de vigilancia y de espionaje sobre la línea de ese curso fluvial y del territorio dominado por el enemigo al sur del Ñuble, y organizó a las milicias de la localidad, preparándose a tomar la ofensiva parcial. Era todo cuanto podía hacerse con tan escasos medios.

Por su parte, Osorio supo aprovechar el respiro que le daba el vencedor para obtener algunos pertrechos militares y sostenerse en Concepción y Talcahuano, tomando por línea de defensa el Ñuble. Reunió las guarniciones de la frontera de Arauco y ordenó al coronel Sánchez que se mantuviese firme en Chillán. Logró así, a mediados de mayo, contar con una fuerza organizada de 1.200 hombres; pero con sólo 600 fusiles. En esta actitud pidió nuevas instrucciones y auxilios al Perú.

Pero el virrey Pezuela había dado por perdido definitivamente a Chile después de Maipú, y sólo pensaba en proveer a la defensa de su territorio amenazado. A la primera noticia de la derrota, convocó en Lima una junta de las distintas corporaciones bajo su autoridad, y en una arenga dio a la batalla la importancia continental que tenía, y que señala la profunda impresión que causó en los ánimos de los realistas en América:

Nuestros cálculos ulteriores [expresó], deben partir del segurísimo concepto de que los enemigos siempre activos, atrevidos y emprendedores, no desperdiciarán momento para poner en ejecución planes agresivos, cuyo éxito favorable les facilitarán sus recientes ventajas. Estos planes no son otros que de apresurarse a mandar una expedición a estas dilatadas costas para introducir el desorden y la revolución en los pueblos, y propagarla de unos en otros hasta lograr hacer sucumbir a esta misma capital, objeto de sus perpetuas miras, por cuanto de su inagotable seno han salido desde el principio de la revolución, y para todos los puntos contaminados, las disposiciones y medios contra los cuales tantas veces han escollado sus obstinados esfuerzos. Me consta que tales han sido sus aspiraciones en todos tiempos, y me hallo cerciorado que se agitan actualmente con el más extraordinario empeño por realizar cuanto antes este su favorito proyecto. Para prometerse un próspero suceso en sus tentativas, sé que cuentan con algunos adictos a sus ideas que ocultos existen en los pueblos más fieles; y cuentan con mayor fundamento con la pronta concurrencia de la numerosa esclavatura que hay aquí, deseosa de libertad, así como lo han practicado en Buenos Aires. Sé también, que para realizar lo proyectado han comprado dos navíos, que su intención era batir nuestra escuadra, y en seguida, hechos dueños de la mar, mandar con mayor desahogo sus expediciones de desembarco a los puntos de la costa. Las providencias defensivas del gobierno han debido abrazar por tanto dos distintos medios de resistencia.

Sostiene Mitre que

fue tal el pavor que la derrota de Maipú produjo en el Perú, que Pezuela, para aquietar los temores de las tropas del país reunidas en los alrededores de Lima, entre las cuales se anunciaba una nueva expedición a Chile, se vio obligado a dirigirles una proclama aquietándolas: «Ha llegado a mi noticia que muchos de vosotros vienen disgustados, creyendo que han de marchar para Chile a incorporarse al ejército del rey que allí ha quedado. Yo os aseguro, que el objeto de vuestra venida a la capital, no es otro que mantener la tranquilidad pública». El orgulloso virrey, vencedor en Vilcapugio, Ayohuma y en Sipe-Sipe tres años antes, al ponerse a la estricta defensiva solicitaba en los términos más angustiosos prontos auxilios del virrey Sámano y de Morillo en Venezuela y Nueva Granada. «El tenor de las comunicaciones ha reagravado la dolorosa impresión del fatal suceso [de Maipú], resistiéndose la imaginación a convencerse cómo pudo suceder que un ejército completamente dispersado en un punto se rehiciese a los quince días en otro, ochenta y más leguas distante, en disposición de batir a sus vencedores, que no dejaron de perseguirlos de muy cerca por el mismo hecho del corto número de días que medió entre ambas acciones. Pero es demasiadamente cierto el final del funesto resultado, y que Osorio después de perdido todo habiendo emprendido su retirada con mil hombres, únicos del ejército que pudieron salvarse, pudo llegar a Concepción con sólo catorce, por haber sido muertos o dispersados por la caballería enemiga que los persiguió acuchillando en tan larga distancia. Por de pronto, mis incesantes fatigas tienen por objeto la colectación e instrucción de los reclutas destinados a la defensa de la capital y costas del distrito para resistir a cualquier agresión marítima, cuya diligencia presenta no pocas dificultades. Reitero, pues, mi súplica sobre cuanto pedí en mi último oficio, persuadiéndose que mis apuros han llegado hasta el grado sumo». El virrey de Nueva Granada le contestaba: «La fatal derrota que han sufrido las tropas del

rey, nuestro señor, cerca de Santiago de Chile pone a aquel virreinato [del Perú], y a todo este continente por la parte del sur en consternación y peligro», y junto con estas palabras le enviaba el batallón Numancia, fuerte de 1.200 plazas que a la sazón se hallaba en Popayán, refuerzo que a la vez que debilitaba a los realistas en este punto, facilitaba la invasión de Bolívar a Nueva Granada. Era un nuevo contingente a la causa de la independencia americana. El general Morillo, que al frente de una expedición peninsular de diez mil hombres había arribado a Costa Firme, a la sazón extenuada en Venezuela, al conocer los detalles de la batalla de Maipú, pronunciaba palabras melancólicas que hacían presentir la derrota fatal: «El desgraciado suceso de las armas de S.M. cerca de Santiago de Chile, me llena del más amargo pesar. Yo entiendo que el ejército del rey victorioso en Lircay con 5.000 hombres sobre 10.000 enemigos, habría sido batido igualmente contando con 55.000, por las mismas tropas y los mismos jefes que lo han destruido en el llano de Maipú». Así, el plan de campaña continental, cuya intuición tuvo San Martín en 1814 en Tucumán, era al fin comprendido en todas sus consecuencias por el enemigo, que al anuncio de su segunda etapa, ya no se consideraba seguro ni en la tierra ni en los mares, y presentía su total derrota en toda la extensión de la América meridional. Jamás una concepción militar tuvo tan decisiva influencia moral en los acontecimientos, hiriendo de pavor al adversario con sólo su amago, aún antes de experimentar de cerca sus efectos finales. Son estas concepciones de largo alcance, metódicamente ejecutadas, las que caracterizan el verdadero genio militar.

Fusilamiento de los hermanos Juan José y Luis Carrera

Los hermanos Juan José y Luis Carrera seguían presos en Mendoza. Aparte de los cargos de conspiración que pesaban sobre ellos, fueron acusados de intentar fugarse con la ayuda de prisioneros realistas, a quienes trataron de armar y organizar para derrocar a las autoridades provinciales e invadir Chile. Luis reconoció implícitamente esa acusación, que lo ubicó en la categoría de traidor. El descubrimiento de la tentativa coincidió con la noticia del revés de Cancha Rayada y con la llegada a dicha ciudad de un documento de José Miguel Carrera, *Manifiesto a los Pueblos de Chile*, en el que se acusaba a San Martín y a O'Higgins del propósito de «sustituir en su restauración al yugo extranjero el de sus pretendidos libertadores».

El gobernador Luzuriaga decidió proceder drásticamente, dispuso un juicio sumario en el que se declaró a ambos hermanos culpables de los delitos de «lesa patria» y de «actos contra la plaza», y ordenó su ejecución, que tuvo lugar el 8 de abril de 1818, tres días después de la victoria de Maipú. José Miguel recibió la noticia en Montevideo y juró dedicar todos sus medios para vengarlos.

Se abría un nuevo y peligroso frente, una hoguera que encendería pasiones a ambos lados de la cordillera e incidiría más

tarde en los sucesos políticos de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Hacia Buenos Aires

Al igual que con el triunfo de Chacabuco, cuando le tocó llevar la noticia de la victoria «a matacaballos» en catorce días, el teniente coronel Manuel Escalada, cuñado de San Martín, superó su propio tiempo al cubrir la distancia entre el campo de la acción y el fuerte porteño en doce días. La ciudad estalló de júbilo, y Remedios tuvo la primicia del próximo viaje de su esposo, quien se puso en marcha hacia la capital del Plata.

Llegaba nimbado de laureles, pero cansado y enfermo, pues el triunfo, si bien le había provocado comprensible satisfacción, no había podido remediar sus dolencias. En febrero había cumplido cuarenta años. Sin embargo, su cuerpo, externamente vigoroso, se hallaba minado por los trastornos de antiguas y nuevas enfermedades. Sólo sus ojos y su voz, que tanto resaltaron quienes lo conocieron, permanecían vivos.

San Martín emprendió la marcha a Buenos Aires. Se le esperaba el 12 de mayo, pero entró de incógnito en la madrugada del 11. Otra vez apelamos a Juan Manuel Beruti para reflejar los agasajos que se le prodigaron en la capital de las Provincias Unidas:

> El 12 de mayo de 1818 entró en esta capital, de incógnito, como a las cuatro de la mañana, el invicto general defensor de Chile excelentísimo señor don José de San Martín, dejando burladas las prevenciones que estaban hechas, en la calle principal de la Victoria, de varios arcos triunfales, jardines, colgaduras, etcétera, que con anticipación se habían puesto, tanto por el Supremo Gobierno, como por el excelentísimo Cabildo y vecindario, que lo querían recibir, y que su entrada fuera en triunfo, pues todo lo merecía la heroicidad de sus acciones militares. Su venida la ignoramos; pero creemos será con el fin de acordar algunas cosas, que resalten y aumenten las glorias de la Patria [...]. El 17 de mayo de 1818, en virtud de soberana orden del Congreso, se le dio las gracias al general San Martín por la misma Soberanía en su sala de las sesiones, y a su nombre lo hizo el presidente de este augusto cuerpo, quien luego que entró San Martín, acompañado del Director Supremo del Estado, a éste le mandó sentar junto a su persona, y a San Martín en una silla que estaba preparada, entre medio del sitial del dosel y los diputados, en cuya presencia le dio las gracias de haber salvado la patria del furor de los enemigos, quien contestó a ello con la sumisión y términos que correspondía. Este grande honor se le hizo a San Martín por dicho Soberano Cuerpo, merecido a sus altos servicios; siendo el modo con que fue conducido al Congreso el siguiente: todas las tropas de la guarnición se formaron en la calle, desde la fortaleza hasta la casa del Congreso, sus banderas y músicas; la carrera se colgó toda por el vecindario primorosamente y en la calle principal por donde debía de pasar se colocó un magnífico arco triunfal de cuatro

frentes, bajo la cual, al pasar San Martín, cuatro damas, ricamente vestidas, le colocaron en la cabeza una corona de flores, en señal del triunfo con que era recibido, la que incontinente se la quitaron, y siguió andando […]. El Estado Mayor General, con las demás corporaciones, fueron a su casa, lo sacaron, llevándolo en medio hasta el palacio directorial; cuyo jefe supremo salió a recibirlo, y en su compañía con el excelentísimo Cabildo e ilustre acompañamiento e inmenso y pueblo que lo rodeaba, lo condujo hasta la magnífica sala del Soberano Congreso, a donde lo presentó al augusto cuerpo nacional, en donde fue recibido y siguió lo que tengo manifestado en mi primer párrafo: lo que concluido, en los mismos términos siguieron al Fuerte donde dejaron al Supremo Director, y con la misma comitiva fue acompañado a su casa.

Mientras los periódicos locales le retaceaban un merecido espacio, *El Independiente del Sud – L'Indépendant du Sud*, primer bilingüe de la época independiente, que había comenzado a aparecer el 29 de marzo de 1818, con la redacción de Guillermo Connat, publicó una crónica destacada, en la que subrayó la modestia del guerrero al huir de los honores que le esperaban en las calles porteñas.

En la casa de los Escalada, Remedios ultimaba los preparativos con el fin de partir junto a su esposo e hija hacia Chile.

Bibliografía

Archivo de O'Higgins, cit.; *Archivo de San Martín*, cit., tomos IV-V; Juan Manuel Beruti, «Memorias curiosas», cit.; *Documentos para la Historia del Libertador General San Martín*, cit., tomos V-VI; Samuel Haig, *Bosquejos de Buenos Aires, Chile y el Perú*, Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1920.

Félix Best, *Historia de las Guerras Argentinas*, cit., tomo I; *Campañas del Libertador general D. José de San Martín, en el bicentenario de su nacimiento*, cit.; Miguel Ángel De Marco, *Belgrano. Artífice de la Nación, soldado de la libertad*, cit.; Hugo Raúl Galmarini, *Tomás Guido. «Cuando sentado a la sombra de mis años…»*, cit.; Carlos Ibarguren, *San Martín íntimo. El hombre y su lucha*, cit.; Sergio Fernández Larraín, *O'Higgins*, cit.; Luis Valentín Ferrada Walker, *La batalla de Maipú*, Santiago, Chile, Centro de Estudios del Bicentenario, 2010; Julio M. Luqui-Lagleyze, *El Ejército Realista en la guerra de la independencia*, cit.; —, *Historia y campañas del Ejército Realista. 1810-1820*, cit.; —, «El ejército realista en Chile, 1816-1818», cit.; John Lynch, *San Martín. Soldado argentino, héroe americano*, cit.; Sergio Martínez Baeza, *Vida del general Juan Gregorio de Las Heras, 1780-1866*, cit.; Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano…*, cit., tomo I; —, *Historia de San Martín…*, cit.; Eugenio

Orrego Vicuña, *O'Higgins: vida y tiempo*, cit.; José Pacífico Otero, *Historia del Libertador…*, cit.; Patricia S. Pasquali, *San Martín. La fuerza de la misión…*, cit.; —, *San Martín confidencial. Correspondencia personal del Libertador con su amigo Tomás Guido (1816-1849)*, cit.; Isidoro J. Ruiz Moreno, *Campañas militares argentinas*, cit., tomo I; Diego Alejandro Soria, *Las campañas militares del general San Martín*, cit.; —, «Subordinados europeos del general San Martín», en *José de San Martín, Libertador de América*, cit.

En pos de la independencia del Perú

Las conversaciones con Pueyrredon y otros miembros conspicuos de la Logia se intensificaron durante el breve tiempo en que el Libertador estuvo en Buenos Aires. Tenían lugar en algunas casas de la ciudad y en la acogedora quinta del director en San Isidro. Si bien el tema principal era la futura expedición al Perú, no podían estar ausentes otras cuestiones relacionadas con la marcha general del país en los diálogos de quienes habían asumido la responsabilidad de afianzar la causa de la independencia sudamericana.

En el plano interno, las Provincias Unidas distaban de ser lo que su nombre indicaba. La fuerza centrípeta de Buenos Aires y los anhelos de autonomía del Litoral habían desgastado al país en sucesivos enfrentamientos que dispersaban recursos para la lucha exterior. El estado de insurrección regía en las distintas partes de un territorio incomunicado e inmenso.

En el Litoral, Artigas, el *Protector de los Pueblos Libres*, afianzaba su predominio luego de someter a los que habían intentado pactar con Pueyrredon. Éste había procurado vencer a las tropas entrerrianas mediante una expedición fluvial que no logró su objetivo, como también fracasaron las tropas terrestres, cuyos cañones no pudieron imponerse a las tácticas simples pero efectivas de los gauchos. Tampoco habían tenido éxito los intentos del director de colocar personas adictas al frente de las situaciones locales. Pasaría poco tiempo para que Estanislao López se enseñorease de Santa Fe y encarase una ofensiva contra el Directorio. La intranquilidad también reinaba en Córdoba, donde la influencia de Artigas continuaba a través de la acción de grupos armados que mantenían en vilo a la provincia.

El Directorio tendría que vaciar las arcas del Estado para enviar meses más tarde un ejército de 5.000 hombres en busca de una esquiva victoria en el Litoral.

San Martín debió experimentar profundo desasosiego al contemplar ese panorama, sobre todo cuando conocía el precario estado del Ejército del Norte y los esfuerzos cada vez más premiosos de Güemes por mantener a salvo la frontera, jaqueada por los avances realistas desde el Alto Perú.

Las noticias procedentes de España tampoco resultaban tranquilizadoras. Si bien la temida expedición al Río de la Plata

había torcido tres años atrás su rumbo hacia la Costa Firme, se tenían datos fundados acerca de que la Corona se aprestaba a enviar otra flota con hombres y bastimentos hacia los mares del sur.

Con posterioridad se conocerían detalles en cierto modo tranquilizadores. España le había comprado a Rusia, a través del inescrupuloso embajador del zar en Madrid, conde Tatischoff, una escuadra con los cascos perforados por la broma (molusco marino que perfora la madera sumergida), que costó seiscientas mil libras esterlinas, y de la que apenas tres buques pudieron ser reparados y sólo uno enviado con tropas hacia el Perú.

Sin embargo, en los días en que San Martín reclamaba medios indispensables para la guerra naval con el fin de apoyar los esfuerzos que en ese sentido hacía Chile, las Provincias Unidas sólo contaban en su haber con las acciones corsarias que permitían capturar alguna nave apta para la lucha o dañar el comercio de la metrópoli.

Con respecto al estado de la lucha en la parte septentrional de América del Sur, las noticias que llegaban con lentitud a través de los buques que arribaban a Montevideo o Buenos Aires, indicaban que luego de someter a sangre y fuego a Nueva Granada (Colombia) y Venezuela, el general Morillo comenzaba a sufrir sus primeras derrotas a manos de Simón Bolívar, José Antonio Páez, Manuel Piar y otros jefes decididos a expulsarlo de los territorios conquistados.

Frente a tan complejo panorama, el Libertador sufría los efectos de la impotencia y la incertidumbre con respecto al futuro de su empresa. Agravaban su malestar espiritual los trastornos de su salud siempre precaria, por más que en Buenos Aires contase con el cuidado de su mujer, con las alegrías que le prodigaba su pequeña hija y con el afecto de sus escasos amigos porteños.

Era soldado, no político en la acepción corriente. Su lugar estaba al frente de sus tropas con el propósito de llevar a cabo la gran misión que se había impuesto al abandonar España. Por más que fuese hombre de experiencia y de mundo, le costaba entender que se pospusieran grandes principios como la emancipación de pueblos hermanos en pos de intereses localistas.

Tal vez por su escaso conocimiento directo de los entretelones de la política porteña y de los antiguos resentimientos que ella generaba en los pueblos del interior, no percibiera en toda su magnitud las causas de tan visceral rechazo. Aunque si contemplaba, sin ir más lejos, las actitudes de su ex amigo Alvear durante la campaña que había culminado con la caída de Montevideo y a través de su exiguo desempeño directorial, podía

comprender las reacciones de Artigas y sus aliados.

Desde su llegada a Chile también había experimentado creciente pesar por la negativa gravitación que los antiguos resentimientos e intereses de partido alcanzaba en la adopción de medidas fundamentales para consolidar los logros militares. Se ha mencionado antes el malestar que le producían quienes jugaban a dos puntas, lo rechazaban por su condición de extranjero o no comprendían su desinteresado proceder. Apenas poco tiempo atrás, antes de cruzar los Andes, había llegado a sus manos un conjunto de cartas comprometedoras tomadas al general Osorio. El 12 de abril de 1818, acompañado por su ayudante O'Brien, había desmontado a pocos kilómetros de Santiago y se había puesto a leer documento por documento. Estaban fechados después de Cancha Rayada y cada uno patentizaba una traición. No guardó los nombres, ya que no lo animaba el espíritu de venganza, y sólo anotó los datos que podían servir para la lucha emancipadora. De hecho, algunos de los corresponsales de Osorio luego ocuparon cargos en el gobierno de Chile.

O'Brien hubiese querido que el general actuase contra ellos, pero le escuchó estas palabras:

> ¿Y es usted, mi leal O'Brien, quien espera que yo enlute a medio Chile para que el otro me execre como el mayor de los tiranos? ¡El miedo, O'Brien! El miedo y la bolsa han dictado esas cartas. Desaparecido él, todos esos hombres volverán a ser buenos patriotas.

En aquellos días de 1818, con los pies en la polvorienta Buenos Aires y la mirada y el corazón junto a su ejército, más allá de la cordillera, el general sentía que los intereses inmediatos podían desmoronar el edificio cuya construcción tanto costaba.

Cuanto antes marchase hacia Santiago, podría acelerar la preparación de la expedición a Lima.

El 4 de julio, partió San Martín con su esposa y Merceditas. Los acompañaban O'Brien y la mulata Jesús, que atendía a Remedios y ayudaba a la crianza de su hija. Se conoce poco del viaje, pero como señala la biógrafa de aquélla, Florencia Grosso, debió de ser en extremo penoso, por las condiciones climáticas y por la miseria de las postas que se alzaban cada tanto en los desdibujados caminos para dar descanso a los viajeros.

Al llegar a San José del Morro, provincia de San Luis, el coche del general sufrió una rotura. A fuer de distracción, los viajeros recorrieron el pueblito compuesto por veinte ranchos «construidos en la punta de la sierra» y se detuvieron en la capilla de adobe en la que se centraba la vida religiosa del lugar.

San Martín le escribió al gobernador Dupuy para pedirle que le enviase una «carreta, carretilla o lo que haya» hasta que el mandatario de Mendoza, Luzuriaga, le mandara algún carruaje. Y anotó con ternura, en esa carta del 14 de julio: «La secretaria que es Remedios me encarga mil cosas para usted».

El 20, llegó a Mendoza y cinco días más tarde le comunicó a Godoy Cruz que lo había hecho «estropeado por mis ahogos y penoso viaje». Pueyrredon le escribió para interesarse por su trayecto, que suponía «molestísimo, singularmente para mi señora doña Remedios», sobre todo si también habían sufrido las lluvias que aquejaron a Buenos Aires.

No faltaban en la carta del director preocupantes noticias sobre la misión de Rivadavia ante las naciones de Europa y acerca de las acciones de Artigas.

Los San Martín se habían trasladado a la chacra de Los Barriales, donde el Libertador pudo, como el general y cónsul romano Cincinato, colgar su espada pero no para dedicarse como éste a las labores agrícolas, ya que la brevedad de la estada no le dio más tiempo que el necesario para acordar un contrato por ocho años con Pedro Advíncula Moyano, quien se dedicaba al cultivo de la vid y a la cría de caballos.

Amante del paisaje y del clima de Mendoza, el general pudo gozar de cortos días de felicidad doméstica en la casa que había hecho construir en forma de bóvedas y donde había mandado levantar un molino para proveer de pan a los habitantes del pueblo.

San Martín había adquirido además un solar frente a la Alameda, donde en 1816 comenzó a edificar una casa que no llegó a ocupar.

El matrimonio aguardaba que mejorase el clima para cruzar los Andes. La cordillera estaba nevada y los pasos, cerrados. En Los Barriales, ambos se resentían de sus respectivas dolencias por el frío y las incomodidades propias de una finca rural.

El 31 de julio, el Libertador tomó la pluma para escribirle a Guido que en ocho o diez días esperaba intentar el paso. Aguardaba para ello a su baquiano y eficaz espía durante la primera parte de la «guerra de zapa», Justo Estay. El 2 de agosto volvió a dirigirse a su íntimo amigo con el fin de manifestarle que saldría a mediados del mes. Para su desesperación, la montaña no mostraba sus arterias, y además, Pueyrredon le hacía saber que no conseguía concretar con felicidad el empréstito que había lanzado el gobierno: «Es imposible sacar el medio millón en numerario, aunque se llenen las cárceles y los cuarteles».

Al recibir esa inquietante noticia, San Martín le respondió con energía el 4 de julio:

> Resuelto a hacer el sacrificio de mi vida, marchaba a encargarme del Ejército Unido, no obstante que mi facultativo don Guillermo Collisberry me asegura que mi existencia no alcanzará a seis meses, lo arrostraba todo en el supuesto de que dicho ejército tendría que operar fuera de Chile; pero habiendo variado las circunstancias, ruego se sirva admitirme la renuncia que hago del expresado mando. Mis débiles servicios estarán en todo tiempo prontos para la patria en cualquier peligro que se halle.

Como no podía ser de otro modo, la firme actitud de San Martín produjo alarma en el gobierno, en la Logia Lautaro y en el propio O'Higgins apenas conoció lo sucedido. Pueyrredon le respondió el 16 de septiembre en un tono bien diferente: «¡Aliento pues, mi amigo; cuente usted con todos los recursos que puedan proporcionarse desde aquí!» Y acentuó las presiones al comercio hasta obtener 300.000 pesos. El ministro residente de Chile en Buenos Aires, Pedro Trujillo Zañartú, le informó a O'Higgins: «El empréstito se lleva a cabo porque la Logia no se detendría por consideración alguna que se oponga a la realización del fin. San Martín ha dado un golpe maestro».

Los Andes seguían mostrándose esquivos. Si bien tal circunstancia le permitía al general gozar de la vida familiar, su sentido militar le hacía comprender que toda dilación podía desembocar en un fracaso. A esa convicción, que acrecentaba su inquietud y sus males, se sumó un infortunio íntimo. Remedios, nuevamente embarazada, perdió el hijo que esperaba.

Al comunicárselo el 13 de septiembre a O'Higgins le manifestó:

> Usted crea que es el último sacrificio que vaya hacer por la amistad y por Chile. Remeditos me encarga diga a usted cuán reconocida se halla por sus recuerdos. Ésta se halla en cama, consecuente de un aborto que ha tenido ayer. Yo creo [que] escribe a mi señora doña Rosita dándole las gracias por la fineza remitida a Merceditas. Me encuentro mejorado por mi estada en el campo y creo que en breves días me pondré en marcha.

Dadas sus condiciones físicas y ante la inminencia de la partida, San Martín dictó testamento otorgando poder amplio de disposición de sus bienes a su esposa, heredera junto con Mercedes. Ello ocurrió el 23 de octubre de 1818, en presencia de los coroneles mayores Toribio de Luzuriaga e Hilarión de la Quintana, y del capitán de artillería fray Luis Beltrán.

Camino a Chile

No se podía esperar más. La endeble condición física de

Remedios desaconsejaba el cruce de los Andes. Ella, Jesús y el doctor Ponce estaban en el secreto de que su palidez y desgano eran síntomas de un recrudecimiento de su grave dolencia pulmonar. Pero decidieron evitarle al Libertador, que tal vez lo intuyó, la virulencia del mal.

La señora y su niña permanecieron en Los Barriales, donde recibían las simpatías y cuidados del gobernador y de los amigos adquiridos en 1816, y San Martín volvió a montar junto con O'Brien y con su capellán y administrador, el padre Bauzá, en demanda del imponente macizo que mostraba el penacho de sus hielos eternos.

El 29 de octubre de 1818, el general llegó a su residencia del Palacio de los Obispos y de inmediato se comunicó con el director O'Higgins. Además de los urgentes asuntos del ejército y la escuadra, lo atormentaban los incidentes ocurridos entre dos fieles y queridos amigos. O'Higgins le había escrito el 15 de julio que ya no tenía paciencia para sufrir al joven Tomás Guido, a quien le adjudicaba actitudes insultantes que menoscababan su autoridad, e incluso le atribuía haber intentado soliviantar a los jefes militares contra su persona. Una semana más tarde, le informaba que había pedido al gobierno argentino que retirase a su diputado, a quien calificaba de «atolondrado». Si bien la mediación de la Logia había aquietado momentáneamente las aguas, el general, que había recibido en Mendoza un anónimo firmado por «un amigo del bien» en que se le pedía su pronta intervención antes que «estos males nos conduzcan al sepulcro», quiso mediar personalmente para poner fin a las disidencias.

Lucha en el sur

A pesar de que José Matías Zapiola y después Antonio González Balcarce habían realizado sustantivos avances y logrado reunir 3.400 hombres y ocho cañones en un denominado Ejército del Sur, a su arribo San Martín, de acuerdo con O'Higgins, decidió poner fin al peligro realista en un sector que sería clave para la futura expedición. Se acentuaba su preocupación por la presencia de grupos irregulares que se respaldaban en los indios para perpetrar todo tipo de desmanes.

A mediados de noviembre, el coronel Sánchez, a quien Osorio había dejado el mando antes de embarcarse hacia El Callao, abandonó la ciudad de Concepción y la desarmada plaza de Talcahuano, para llegar luego a Los Ángeles tras dejar en Chillán fuertes retaguardias con el objeto de que hostigaran a los patriotas. El coronel Freire ocupó esta ciudad hasta enero de 1819 en que

llegó Balcarce con el grueso de sus hombres.

Esos efectivos se lanzaron contra las montoneras formadas por bandoleros (entre los que se destacaban los tristemente célebres «hermanos Pincheira»), los realistas y los aborígenes. Todos ellos aprovechaban la lucha entre los ejércitos regulares y los consecuentes reclutamientos forzosos que despoblaron algunas partes del territorio, para dedicarse al pillaje y al saqueo. Dichos enfrentamientos fueron conocidos como *La guerra a muerte*, pues no se tomaban prisioneros.

Los araucanos envueltos en la pelea se dividieron. Mientras unos tomaron parte como aliados de los patriotas, otros lo hicieron en el bando realista, argumentando que debían respetar los tratados suscriptos con las autoridades españolas. Algunos actuaron sólo por conveniencia económica. Ciertos grupos se desplazaron hacia el actual territorio argentino diseminándose por las pampas y el norte de la Patagonia oriental, como los boroganos.

A mediados de enero de 1819, destruidos los distintos núcleos, Sánchez cruzó con sus últimos hombres el Bío-Bío y llegó a Valdivia, a cuya toma cooperaría la flota chilena poco más tarde. Todo el sur quedó en manos del gobierno.

Progresa la escuadra

Casi dos años antes, el 26 de febrero de 1817, había recalado en Valparaíso un bergantín español, engañado por la bandera roja y gualda izada en el puerto con el fin de atraer buques que desconocieran la derrota realista en Chacabuco. Al fondear, las autoridades patriotas se apoderaron del buque. Se trataba del bergantín *Águila*, de 220 toneladas.

O'Higgins dispuso que fuera armado de inmediato con 16 cañones y le dio el mando a un joven marino irlandés, el teniente Raimundo Morris, que servía en el Ejército Libertador como oficial de artillería. La dotación fue compuesta de chilenos y extranjeros.

El 17 de marzo, la nave zarpó con el pabellón chileno al tope del palo mayor, en misión de rescate de los patriotas que el general Osorio había confinado en el archipiélago de Juan Fernández por disposición del virrey del Perú, Fernando de Abascal.

Regresó dos semanas después transportando casi ochenta personas que habían sufrido dos años de duro destierro. Entre éstas se encontraba Manuel Blanco Encalada, antiguo oficial de la Real Armada nacido en Buenos Aires y que había puesto su espada al servicio de la independencia, a quien se ha visto mandar con denuedo parte de la artillería en Maipú. El *Águila* pasó a llamarse

Pueyrredon en honor del director supremo argentino.

En los primeros días de abril de 1817 llegó a San Antonio el bergantín español *Carmelo*, portador de un valioso cargamento, cuya venta permitió sufragar urgentes necesidades. Si bien era antiguo, fue puesto en condiciones de operar como nave de guerra y recibió el nombre de *Araucano*.

En septiembre se incorporó a la flotilla patriota la goleta *Fortunata*, construida en el astillero de Nueva Bilbao y adquirida y armada por el gobierno.

El 5 de marzo de 1818, tras burlar el bloqueo español, había entrado a Valparaíso la fragata *Windham*, enviada por el agente en Londres, José Antonio Álvarez Condarco. El 4 de abril, el director O'Higgins le dio el nombre de *Lautaro*. Si bien sólo montaba 34 cañones, podía portar hasta 58, con 192 hombres de tripulación. Se hizo cargo del buque el ex teniente de la armada británica Jorge O'Brien.

San Martín había visto con satisfacción la incorporación de esas naves y valoraba el inmenso esfuerzo que el gobierno chileno realizaba en pos de la futura marcha al Perú.

Se hallaba en Buenos Aires cuando, en mayo de 1818, arribó el navío inglés *Cumberland*, con 44 cañones y 100 hombres de tripulación al mando del capitán Guillermo Wilkinson. A fines de junio pasó a ser propiedad del Estado con el nombre de *San Martín*. Su comandante y oficiales no vacilaron en incorporarse a la Marina de Chile.

Ese mes también recaló la corbeta *Chacabuco* (ex *Coquimbo*), que había sido construida en los Estados Unidos para destinarla a operaciones corsarias. Pero sus propietarios decidieron ofrecerla en venta al Gobierno.

O'Higgins, atravesado por el impacto que le había causado San Martín al comunicarle que renunciaba al mando del Ejército a raíz de la falta de recursos que le había anunciado el gobierno argentino, cuando le escribió para disuadirlo le hizo conocer la halagüeña condición en que se hallaba la escuadra. El Libertador pudo apreciar, a su regreso, el dinamismo con que se movía O'Higgins, quien no sólo despachaba buques en comisión sino que organizaba una adecuada infraestructura para equiparlos y tripularlos. También constituyó los organismos administrativos, instauró el Batallón de Infantería de Marina y la Brigada de Artilleros de Mar y creó la Academia de Guardiamarinas, con el fin de ampliar la base de oficiales chilenos, ya que la mayoría eran extranjeros. Este fenómeno no resultaba privativo de Chile.

También había sucedido en las Provincias Unidas, durante la campaña naval de Montevideo, y se registraría en mayor o menor medida en las armadas sudamericanas hasta bien entrado el siglo XIX.

En sucesivas acciones, la marina chilena había logrado desbaratar los propósitos realistas y asegurar el dominio del Pacífico Sur.

Quedaba por garantizar la supremacía naval en el norte para permitir el transporte y desembarco del Ejército Unido en el Perú.

Manifiesto a los peruanos

En medio de sus obligaciones como general en jefe, San Martín decidió dirigir un manifiesto a los peruanos para explicar el porqué de la campaña que se preparaba en Chile. El 13 de noviembre de 1818, escribió:

> Mi anuncio no es el de un conquistador que trata de sistematizar una nueva esclavitud. Yo no puedo ser sino un instrumento accidental de la justicia y un agente del destino. El resultado de la victoria hará que la capital del Perú vea por la primera vez reunidos a sus hijos eligiendo libremente su gobierno y apareciendo a la faz de las naciones del globo entre el rango de las naciones.

Pocos días después, el 28 de noviembre, llegaba a Valparaíso lord Thomas Cochrane. Álvarez Condarco lo había invitado a comandar en jefe la escuadra en la convicción de que se trataba de la persona indicada por su trayectoria y prestigio. Afirma John Lynch que era el oficial naval más celebrado en Gran Bretaña después de Nelson.

> Chile necesitaba un almirante con dotes de liderazgo [sigue Lynch]; Cochrane, que entonces tenía 41 años, necesitaba un sueldo y una nueva vida después de su ruptura con el gobierno británico. Para ambas partes el trato parecía oportuno.

Según este historiador, el nuevo comandante era «un mercenario de primera clase» pero también un marino profesional que se distinguía por su valor, desenvoltura y originalidad acreditada en las luchas antinapoleónicas. Arrastraba una historia tortuosa:

> Había tenido una carrera política alborotada, marcada por su tendencia al radicalismo, pero también propensa a los accidentes. Había sido rechazado por el Almirantazgo, expulsado del parlamento, acusado de una estafa en el mercado de valores y descalificado por el gobierno como un camorrista persistente. Los historiadores difieren en su implicación en el fraude del mercado de valores, aunque la mayoría coincide en que era alguien que sabía hacer dinero, según la descripción que de él ofreció otro almirante británico.

También sostiene Lynch:

> Fue una suerte cruel para San Martín el que de todos los talentos navales que había en Gran Bretaña se le enviara no alguien similar a su amigo de la marina británica, el comodoro Bowles, una persona supremamente correcta y competente, sino a un marino que en el puerto era un incordio costoso y en el mar un líder incomparable, y cuyos sentimientos liberales estaban acompañados por una visible preocupación por el lucro y el estatus. Con todo, es probable que Cochrane fuera el único comandante disponible con la personalidad y habilidad necesarias para organizar con rapidez una colección dispar de embarcaciones y tripulaciones en una marina de guerra. Su reputación le había precedido, y aunque disfrutaba de la confianza de O'Higgins, algunos miembros del gobierno chileno sospechaban de él y veían con resentimiento que se le hubiera dado precedencia sobre los héroes locales. La marina británica, por supuesto, conocía bien su reputación, y desde el comienzo el comodoro Bowles estuvo vigilándole; en ese sentido advirtió al Almirantazgo que sus amenazas a la escuadra española del Callao podían comprometer los intereses británicos: «No tengo duda de que su insolencia será intolerable. Su escuadra consiste ahora de dos buques de las Indias con sesenta y cincuenta cañones, la fragata *María Isabel*, capturada a los españoles, y cuatro corbetas y bergantines. Se me ha dicho que están bien armados y equipados, y que una gran cantidad de marinos mercantes ingleses han desertado para unírseles».

Posteriormente, Bowles modificó sus opiniones y sus expectativas sobre Cochrane mejoraron.

De todos modos, ese hombre que había afrontado los peligros del Cabo de Hornos con su esposa y sus dos hijos y que había considerado superfluos los agasajos recibidos, organizó con competencia las fragatas, corbetas y bergantines que halló en Valparaíso. El 14 de enero de 1819, salió rumbo al Callao para concretar su primer crucero por el Pacífico y combatir a la flota española que hasta entonces no había tenido más sobresaltos que algún ataque corsario.

Mientras tanto, el gobierno de O'Higgins era perturbado por una oposición creciente y se hallaba prácticamente paralizado por la falta de recursos. Tal vez desilusionado por la repulsa de personas que aún criticaban a la sordina su condición de hijo natural de un antiguo virrey del Perú, y cansado de reclamar fondos para el Ejército Unido que San Martín le pedía sin descanso, pareció bajar los brazos. Se enfrentaba, por otra parte, a los riesgos que generaba José Miguel Carrera mediante una activa propaganda en Chile y a través de acciones que tenían por escenario la ciudad de Montevideo. Sin embargo, ese momentáneo desgano no lo apartó de su decisión de llevar adelante la obra a que se habían comprometido ante los ojos de América.

Crisis política en las Provincias Unidas

La situación política de las Provincias Unidas se había agravado en los últimos meses de 1818. Pueyrredon perseveraba en su propósito de dominar a los caudillos del Litoral para aislar definitivamente a Artigas. Era un dispendio de hombres y recursos que, además, le generaba un creciente rechazo tanto en Santa Fe y Entre Ríos como en otras partes del territorio. El caudillo oriental se oponía a cualquier solución pacífica mientras el Directorio no declarara la guerra a Portugal por la ya prolongada presencia en lo que llamaba Provincia Cisplatina. Por otra parte, consideraba imposible toda avenencia si no se adoptaba la forma federal de gobierno, cosa que ni Pueyrredon ni la Logia ni la opinión de Buenos Aires estaban dispuestos siquiera a considerar. El propio San Martín descreía de ese sistema en momentos en que estimaba necesaria la presencia de un poder central fuerte para llevar a buen término la faena de la independencia.

La acción diplomática y bélica de Pueyrredon sobre el Litoral había elevado sin quererlo a dos caudillos llamados a concluir con el Directorio y abrir un largo período de disolución nacional: el santafesino Estanislao López y el entrerriano Francisco Ramírez. En agosto, Pueyrredon había enviado contra Santa Fe al general Juan Ramón Balcarce, que se asentó en Rosario. También ordenó la intervención del Ejército del Norte.

Belgrano destacó desde Tucumán una división al mando del coronel Juan Bautista Bustos para que amagase contra López desde Córdoba. Ni uno ni otro pudieron contra los paisanos desarrapados, semidesnudos, armados sólo de lanzas de caña tacuara con tijeras de esquila y cuchillos a modo de moharras. Las tácticas de montonera parecían invencibles para los ejércitos regulares.

El agravamiento de la situación obligó a que a comienzos de 1819 el mismo Belgrano bajase hacia el Litoral, mientras Balcarce era reemplazado por Viamonte en la conducción de las fuerzas de Buenos Aires.

Pueyrredon decidió reclamar la presencia de San Martín para que se sumase a la represión de los caudillos. Le escribió con el fin de hacerle saber que arreciaba la alarma acerca de la inminente partida de la expedición española sobre el Río de la Plata, y utilizando como elementos de convicción las mismas cartas que el Libertador le había enviado sobre la inacción del gobierno chileno, le ordenó el 27 de febrero de 1819 que cruzase la cordillera con el Ejército de los Andes y se situara en Mendoza a la espera de nuevas instrucciones.

Pero antes de recibir el mandato, el general había pasado a esa ciudad desde los cuarteles de Curimón. Aparte del deseo de encontrarse con Remedios y su hija, lo animaba el propósito de llegar hasta San Luis para conocer las reales proporciones de una sublevación promovida por los prisioneros españoles allí confinados, entre los que se hallaban varios de sus contendores en la batalla de Maipú. Éstos se habían alzado contra el gobernador Dupuy y habían estado a punto de darle muerte. Pero fracasaron y la represión fue sangrienta. San Martín sospechaba la existencia de una conexión entre aquel hecho y la reaparición de José Miguel Carrera y Carlos de Alvear, quien se había unido al caudillo chileno para difamar al Directorio, al Libertador y a O'Higgins.

Se habían incorporado a las fuerzas de Francisco Ramírez, en Entre Ríos, esperando sacar cada cual provecho de la guerra civil en detrimento de sus odiados enemigos. Anteriormente se había descubierto en Buenos Aires una conjuración fraguada por Carrera y su círculo, en la que se mezclaron algunos aventureros franceses, quienes fueron detenidos cuando emprendían viaje a Chile. El plan era asesinar a O'Higgins y a San Martín y levantar a los chilenos en favor de Carrera. Pero los cabecillas y sus cómplices pagaron el intento con la vida. Poco después de la sublevación de San Luis fueron fusilados en Buenos Aires, mientras O'Higgins perseguía con mano dura a los partidarios de su implacable adversario, enviando a muchos de ellos a la isla de Juan Fernández.

La «desobediencia» de San Martín

Antes de partir hacia Mendoza, el Libertador le había remitido una carta a O'Higgins en la que le expresaba:

> La interrupción de correos que hace más de un mes se experimenta con la capital de las Provincias Unidas, las noticias que me suministra el gobernador intendente de la Provincia de Cuyo con respecto a la guerra de anarquía que se está haciendo en las referidas provincias por parte de Santa Fe, me han movido como un ciudadano interesado en la felicidad de la América, a tomar una parte activa a fin de emplear todos los medios conciliativos que están a mis alcances para evitar una guerra que puede tener la mayor trascendencia a nuestra libertad. A ese objeto he resuelto marchar a dicha provincia de Cuyo, tanto para poner a ésta al cubierto del contagio de anarquía que la amenaza, como de interponer mi corto crédito, tanto con mi gobierno como con el de Santa Fe, a fin de transar una contienda que no puede menos que continuada ponga en peligro la causa que defendemos. El general Balcarce queda encargado del mando del ejército de los Andes. Vuestra excelencia podrá nombrar para el de Chile el que sea de su superior agrado; tendré la satisfacción de volver a ponerme a la cabeza de ambos ejércitos luego que cesen los motivos que llevo expuestos y que los aprestos para las operaciones

ulteriores que tengo propuestas y confirmadas por vuestra excelencia estén prontos.

O'Higgins recibió con profunda alarma la noticia de su partida, y su preocupación se acentuó cuando llegaron a sus manos dos misivas más fechadas en Mendoza, donde al llegar el Libertador se había encontrado con la desalentadora visión de una Remedios severamente afectada por su dolencia pulmonar, a la que sería imposible llevar a Chile y a quien resultaba imperioso devolver a Buenos Aires.

En carta a San Martín del 15 de marzo de 1819, el director chileno exclamó:

> Terrible cosa es mover el ejército de los Andes a la otra banda y más terribles los riesgos a que este país queda expuesto.
> Los facciosos se reanimarán y el virrey del Perú (si Cochrane es desgraciado) atentará a una nueva invasión, tanto más así, cuanto que la provincia de Concepción le invita con la guerra que hace en unión de los indios bárbaros. Peligra la libertad chilena restablecida con el trabajo y sudor de usted mismo y la sangre de tantos buenos patriotas.
> Pero, si como demuestran las comunicaciones del director Pueyrredon, ser indudable la expedición española al Río de la Plata, no hay medio, ni se presenta arbitrio alguno, que reemplace aquella medida. Es justísimo que todos los esfuerzos de los hombres racionales y de la gratitud se ocupen en salvar al pueblo de donde recibieron su libertad y de donde en nuevas adversidades pueden volverla a traer. En fin, si los maturrangos vienen a Buenos Aires, cuanto Chile tenga y pueda yo contribuir a la defensa de tan digno pueblo debe contarse con toda certeza, como usted con su amigo invariable.

El general había reflexionado sobre la situación en el Plata. Si el Directorio arriesgaba en una lucha local los esfuerzos y sacrificios realizados; si removía de su sitio al Ejército del Norte y a su digno jefe para lanzarlo sobre una provincia argentina; si se dejaba solo a Güemes en su desesperada pelea contra los realistas, no sería él quien contribuyese a dar un golpe de muerte a la causa de la independencia. Se pondría a la cabeza de sus tropas en el campamento de Curimón.

Antes de regresar debía resolver el traslado de Remedios y Merceditas a Buenos Aires. Belgrano se encargó de brindarles protección y de poner al frente de la escolta a uno de sus oficiales más distinguidos: José María Paz. Lejos de hostigarla, Estanislao López velaría para que tuviese una marcha libre de dificultades hacia Buenos Aires. Belgrano le escribió al Libertador el 7 de abril de 1819 para tranquilizarlo, diciéndole que ambas habían llegado sin novedad a destino.

El 13 de marzo, San Martín le había escrito a López desde

Mendoza para pedirle que aceptara la mediación que el gobierno de Chile, a indicación suya, había interpuesto entre el Director Supremo de las Provincias Unidas y el gobernador de Santa Fe, a fin de llegar a un acuerdo que hiciera cesar la guerra. El mismo día y con igual propósito se dirigió a Artigas.

«El que escribe a usted [le manifestó al primero] no tiene más interés que la felicidad de su patria», y agregó:

> Unámonos, paisano mío, para combatir a los maturrangos que nos amenazan: divididos seremos esclavos […]. Hagamos un esfuerzo de patriotismo, depongamos resentimientos particulares, y concluyamos nuestra obra con honor […]. Mi sable jamás saldrá de la vaina por opiniones políticas: usted es un patriota, y yo espero que hará en beneficio de nuestra independencia todo género de sacrificios.

Las cartas no llegaron a manos de sus destinatarios pues fueron interceptadas, pero sí las leyeron el ministro doctor Tagle y el propio Pueyrredon. Éste no había querido ni siquiera recibir a la comisión del gobierno chileno formada por el coronel Cruz y el regidor Cavareda. La mediación, les manifestó el director, «es desagradable a este gobierno y da al caudillo de los orientales una importancia que él mismo debe desconocer por su situación apurada».

Sin embargo, el 5 de abril se acordó un armisticio entre las fuerzas de López y Viamonte, que fue ratificado formalmente en San Lorenzo el 12 de ese mes por los representantes de Santa Fe y el delegado del gobierno central, Ignacio Álvarez Thomas. Belgrano comunicó la firma del armisticio a San Martín, quien le respondió el 17 de abril: «Este pueblo ha recibido el mayor placer con su noticia, esperanzados todos en que se corte una guerra en que sólo se vierte sangre americana».

El Libertador se pone al frente del Ejército

Luego de diversas marchas y contramarchas, el gobierno de Pueyrredon dispuso el 1º de mayo de 1819 que el Ejército permaneciese en Chile y se activase la expedición al Perú. El armisticio de San Lorenzo, que ponía fin a la guerra en el Litoral, y la noticia de que estaba en marcha una revolución liberal contra la monarquía absoluta de Fernando VII, que hizo pensar en que se alejaba definitivamente el peligro de un ataque español al Río de la Plata, pudieron cambiar la anterior decisión del gobierno, apoyado por la Logia.

Mientras O'Higgins se entregaba con renovado entusiasmo a extremar su cooperación, en Buenos Aires se aprovechaba del

armisticio para sancionar el 22 de abril la constitución unitaria a la que se oponían los pueblos del Litoral. La semilla de una nueva guerra quedaba sembrada.

Pueyrredon renunció a su cargo el 9 de junio. Era la tercera vez que dimitía y no quedaba otro remedio que aceptar. En su lugar asumió el l0 de junio el general José Rondeau. Pronto recibió una intimación de Artigas: o se declaraba la guerra a los portugueses o el armisticio quedaba sin efecto. Como una corriente eléctrica, la inquietud se propagó por Buenos Aires y el Litoral. Nuevamente las poblaciones serían sometidas a levas y sacrificios pecuniarios.

San Martín, aún en Mendoza, contemplaba aquella compleja situación. Como había ocurrido otras veces, las presiones descargaron con fuerza sobre el cuerpo. No sólo lo afectaba el reuma, sino que sufría fuertes dolores en el pecho y el estómago. Por más que amaba «la ínsula cuyana», la situación general lo mantenía en vilo. Su subordinado Rudecindo Alvarado recuerda los estragos que sufría el cuerpo del Libertador y evoca el modo en que se decidió a trasladarlo a Chile. Se mandaría construir una camilla y se dispondría que sesenta fornidos granaderos se prepararan para llevar a pie al ilustre enfermo.

De nuevo circuló la versión de la inminencia de la expedición realista, y de inmediato San Martín, a pesar de su estado, preparó un plan de defensa de Buenos Aires que contemplaba la salida al mar de la escuadra chilena para contener a las naves españolas. Pero la noticia era falsa. Paralelamente, recibía los reclamos de O'Higgins y Guido para que traspusiese la cordillera y dirigiera personalmente los trabajos del ejército. Ambos abrigaban el temor de que se viera envuelto en la guerra civil que parecía inminente. Rudecindo Alvarado, Mariano Necochea, Manuel Escalada, jefes que habían llegado a Mendoza antes de que la orden del repaso fuera suspendida, también querían regresar a Chile. Formados en la escuela del Libertador, les aterraba la idea de que se perdiese el gran objetivo de la emancipación americana en pos de intereses subalternos.

Para cortar la inquietud que lo embargaba y conversar libremente con Rondeau, San Martín se decidió a viajar a Buenos Aires. El 21 de septiembre de 1819, le escribió a Tomás Guido desde San Luis:

> Al fin me resolví a ponerme en marcha para Buenos Aires: pero no pude pasar de ésta en razón de lo postrado que llegué; en el día me encuentro muy aliviado y pienso ponerme en marcha dentro de cinco o seis días, permaneciendo en la capital sólo ocho o doce días a lo sumo.

Sin embargo, recién pudo marchar el 4 de octubre. Cuando se acercaba a la frontera de Córdoba, en la Posta del Sauce, le avisaron que no era posible seguir adelante, pues estaba cerrada por las fuerzas del general Estanislao López. El armisticio de San Lorenzo había fenecido y la guerra civil ensangrentaba de nuevo al país.

San Martín decidió volver a Mendoza. ¿Para qué entrevistarse con Rondeau? El 17 de octubre estaba de regreso en la capital cuyana. Allí le llegaron órdenes reiteradas del director supremo, firmadas por el ministro de Guerra, Matías Irigoyen, pidiéndole que se trasladara de inmediato a Buenos Aires con toda la caballería. Se le prevenía que si hallaba oposición en su marcha por parte de los enemigos del orden obrara contra ellos en forma hostil y vigorosa.

Pero también se había informado en la Posta del Sauce que a la ruptura de las hostilidades los santafesinos habían capturado una carreta en la que viajaban varios personajes oficiales a los que hicieron prisioneros, entre ellos, el general Marcos Balcarce que iba hacia Chile, según voz pública, para relevar a San Martín en el comando del Ejército de los Andes. El Libertador releyó con pesar las desesperadas órdenes del ministro y ya no dudó en la necesidad de desobedecerlas. Lo contrario sería arrojar en un abismo profundo los trabajos, penurias y esfuerzos de cuantos habían contribuido, en la Argentina y Chile, a una causa que superaba con creces los lindes locales.

Como prenuncio de disolución del poder central se conocían datos provenientes de todo el país. En el Litoral dominaban sin discrepancias los caudillos federales; en Córdoba se sostenía a duras penas el gobernador Manuel Antonio de Castro y era aún peor la situación del coronel Mota Botello en Tucumán; Güemes, en Salta, más allá de algún disenso intestino, galvanizaba a su gente en la defensa de los lindes del norte; en Cuyo crecía la oposición al centralismo porteño, instigada por jefes y oficiales confinados allí por el gobierno central.

En fin, la discordia emergía por todas partes, justo en el momento en que era preciso unir voluntades y medios para concluir una parte de la lucha en el Pacífico con la remoción del virrey español en Lima.

San Martín se sentía urgido por ponerse al lado de O'Higgins y participar como principal figura militar en la definición de la campaña naval de lord Cochrane, quien se hallaba a punto de eliminar el menguado poder naval español y dejar liberada la ruta al Perú.

Y se resolvió. Dice Samuel W. Medrano que «surgía imperativo

de su convicción más íntima el mandato inexcusable del deber». Como expresaría luego: «Yo debo seguir el destino que me llama. Voy a emprender la grande obra de dar libertad al Perú». El 9 de noviembre, al comunicar a O'Higgins las órdenes que había recibido del Directorio, le manifestó:

> No pierda usted un momento en avisarme el resultado de Cochrane para sin perder un solo momento marchar con toda la división a ésa, excepto un escuadrón de granaderos que dejaré en San Luis para resguardo de la provincia: se va a descargar sobre mí una responsabilidad terrible, pero si no se emprende la expedición al Perú todo se lo lleva el diablo.

Aún permanecería dos meses en Mendoza. Los hechos confirmaban la inevitable caída de Rondeau y la crisis se precipitaba con violencia incontenible. El 12 de noviembre, un movimiento popular deponía en Tucumán a Mota Botello y era ominosamente arrestado, a pesar de su grave enfermedad, el general Belgrano, para ser trasladado hacia Buenos Aires. El sillón del jurista y político salteño que regía los destinos de Córdoba crujía en la medida en que el Ejército del Norte, acantonado en el Pilar a órdenes del general Cruz, se desintegraba. Junto a López y Ramírez, desembarazados ya de la tutela de Artigas, marchaban Alvear y José Miguel Carrera, quien utilizaba su imprenta portátil para volcar sus irreprimibles enconos hacia O'Higgins y San Martín. Estaban en las proximidades del Arroyo del Medio para dar batalla a Rondeau. Éste había salido con el fin de hacerles frente al mando de las tropas de Buenos Aires, mientras le ordenaba a Cruz que avanzase a marchas forzadas para salvar la situación. Pero el 8 de enero de 1820, su jefe de estado mayor, Bustos, que abrigaba ideas federales, alzó contra el gobierno en Arequito a los restos del Ejército del Norte, para retroceder de inmediato hacia Córdoba.

Mientras procedía a dejar Cuyo en condiciones de garantizar el orden, el Libertador cayó de nuevo enfermo. Los dolores reumáticos le impedían montar para cruzar la cordillera y tomar baños termales en Cauquenes, donde había comprobado que podía aliviar sus males. Comunicó su decisión a Rondeau enviándole su renuncia e informando que dejaba al coronel Alvarado al frente de las tropas en Mendoza.

Ya en Santiago supo lo ocurrido en Arequito, y un poco más tarde se enteró de la estrepitosa caída del Directorio. El 1º de febrero, en «la batalla que en un minuto decidió la suerte de un siglo», al decir de José Luis Molinari, las fuerzas de Rondeau habían sido derrotadas en los campos de Cepeda por las huestes combinadas de Estanislao López y Francisco Ramírez. Ambos

detuvieron su avance en la Plaza de la Victoria y ataron las bridas de sus caballos en las rejas de la pirámide que recordaba las glorias de Mayo. Como consecuencia, Rondeau, el infortunado jefe que también había conocido años atrás la derrota en Sipe-Sipe, renunció a su cargo y el Congreso Nacional se disolvió. El 23 de febrero, en la Capilla del Pilar, López y Ramírez le dictaban al esquivo y sinuoso Manuel de Sarratea, ahora gobernador de Buenos Aires, las cláusulas del tratado que se constituiría en uno de los «pactos preexistentes» que invoca el Preámbulo de la Constitución Nacional: «El voto de la Nación se ha pronunciado en favor de la federación, que de hecho admiten». Al grito de «¡Viva la federación!» se sublevaron también las ciudades de Cuyo y el batallón de Cazadores de los Andes se plegó al movimiento. Luzuriaga, La Rosa y Dupuy, los antiguos colaboradores de San Martín, eran barridos de Mendoza, San Juan y San Luis. El coronel Rudecindo Alvarado, con los granaderos de Necochea y un resto de los cazadores, lograron cruzar la cordillera para ponerse a las órdenes del general.

No pasaría mucho tiempo sin que se registrase una verdadera atomización nacional. Las provincias argentinas, refractarias desde siempre a la política porteña, completaron un proceso de repliegue sobre sí mismas que determinó la independencia de hecho de cada una de ellas. Comenzaron a organizar su vida económica y política y se dieron sus propias constituciones, algunas muy rudimentarias, como la de Santa Fe, primera carta provincial argentina; otras precisas y detallistas, como la de Córdoba. Todas subrayaban la voluntad de autodeterminación del respectivo Estado sin perjuicio de formar parte en el futuro de una confederación que las nuclease. Nada menos que el gobernador de Mendoza, Tomás Godoy Cruz, manifestaba no ser parte de la Argentina para desatender el reclamo de atención de un oficial del Ejército de los Andes que se hallaba seriamente herido y pedía ayuda.

El Acta de Rancagua

El 2 de abril de 1820, se realizó en Rancagua una reunión cuya trascendencia no podía escapar a los convocados, todos jefes del Ejército de los Andes. El general Las Heras, que los había citado, abrió un pliego remitido por San Martín y leyó:

> El Congreso y el director supremo de las Provincias Unidas no existen: de estas autoridades emanaba la mía de general en jefe del Ejército de los Andes y de consiguiente creo que [es] mi deber y obligación el manifestarlo al cuerpo de oficiales para que ellos por sí y bajo su espontánea voluntad nombren un general en jefe que deba mandarlos y dirigirlos, y salvar por este medio los

riesgos que amenazan a la libertad de América. Me atrevo a afirmar que ésta se consolidará no obstante las críticas circunstancias en que nos hallamos si conserva como no lo dudo las virtudes que hasta aquí lo han distinguido.

Los jefes respondieron:

La autoridad que recibió el señor general para hacer la guerra a los españoles y adelantar la felicidad del país no ha caducado ni puede caducar, porque su origen que es la salud del pueblo, es inmutable.

San Martín se hallaba legitimado para seguir adelante por la lealtad y respeto de sus subordinados inmediatos. Había llegado el momento de ajustar los engranajes del Ejército Unido y combinar los esfuerzos con el almirante de la escuadra. El Libertador necesitaba, en cuanto a éste, una subordinación operativa que le costaría aceptar, debido a su compleja idiosincrasia.

Momentos cruciales

El 13 de abril de 1820, se vio obligado a emplazar al gobierno chileno con el fin de que en el término de quince días lo proveyese de los fondos necesarios para la expedición. En caso contrario, debería ser nombrado otro general a cargo ella:

Decidido a hacer cuantos sacrificios caben en lo humano en favor de la libertad de América del Sud, me puse en marcha desde Mendoza en el estado de salud que es notorio, sin más objeto que verificar la expedición al Perú.
A mi arribo quedé convencido que en todo abril y a más tardar en mayo, podría realizarse; pero los aprestos para dicha expedición muy poco han adelantado.

O'Higgins prometió dar lo necesario dentro del plazo señalado.

Otros motivos de preocupación para San Martín eran la desobediencia, las intrigas y aun los ataques del almirante Cochrane, que buscaba suplantarlo en el mando de la expedición. El director chileno rechazó con energía sus pretensiones y el 6 de mayo San Martín fue nombrado general en jefe de la campaña. En ese momento, se definió la lucha del almirante británico contra el Libertador, que asumiría más tarde carácter violento, a pesar de toda la prudencia y serenidad con que éste procedió cuando el conflicto había estallado. En efecto, le había dirigido al lord almirante una carta conciliadora en la que le decía: «Nuestro destino es común, y yo le protesto que su suerte será igual a la mía».

Cochrane no perdía ocasión de expresar su animadversión hacia los argentinos. Cuando, meses antes, el capitán corsario Hipólito Bouchard había llegado al puerto de Valparaíso con el fin de poner

al servicio de la campaña al Perú la fragata *La Argentina* que había protagonizado verdaderas hazañas en sus campañas corsarias alrededor del mundo, se apoderó de su botín, envió preso al antiguo soldado de San Martín y convirtió la nave en un pontón. El coronel Mariano Necochea, con un puñado de granaderos, se encargó de retomar el buque, que finalmente sirvió en la expedición libertadora al Perú, y enarbolar la bandera argentina que había sido arriada.

Proclama a las Provincias del Río de la Plata

El 22 de julio de 1820, desde su cuartel general de Valparaíso, San Martín dirigió una proclama a las «Provincias del Río de la Plata» para anunciar que emprendía la campaña al Perú.

> Os ruego que escuchéis con franqueza la opinión de un general que os ama y que nada espera de vosotros. […] Yo conocí que desde ese momento [sus triunfos militares] excitaría celos mi fortuna y me esforcé, aunque sin fruto, a colmarlos con la moderación y el desinterés. Sin embargo la calumnia ha trabajado contra mi fervorosa actividad […]. Después de haber triunfado la anarquía ha entrado en el cálculo de mis enemigos el calumniarme sin disfraz y reunir sobre mi nombre los improperios más exagerados.

Las injurias a que se refería provenían principalmente de los que tachaban de antipatriótica su actitud de no haberse involucrado en la guerra civil y de haberse alejado hacia Chile:

> Yo os dejo con el profundo sentimiento que causa la perspectiva de vuestras desgracias: vosotros me habéis acriminado, aun de no haber contribuido a aumentarlos, porque ése habría sido el resultado si yo hubiese tomado parte activa en la guerra contra los federalistas: mi ejército era el único que conservaba su moral, y lo exponía a perderla abriendo una campaña en que el ejemplo de la licencia armase a mis tropas contra el orden. En tal caso era preciso renunciar a la empresa de libertar al Perú, y suponiendo que la suerte de las armas me hubiese sido favorable en la guerra civil, yo habría tenido que llorar la victoria con los mismos vencidos. No, el general San Martín jamás derramará la sangre de sus compatriotas, y sólo desenvainará su espada contra los enemigos de la independencia de Sud América.

Concluía con esta despedida:

> El día más célebre de nuestra revolución está próximo a amanecer, voy a dar la última respuesta a mis calumniadores: yo no puedo hacer más que comprometer mi existencia y mi honor por la causa de mi país, y sea cual fuere mi suerte en la campaña del Perú, probaré que desde que volví a mi patria, su independencia ha sido el único pensamiento que me ha ocupado, y no he tenido más ambición que la de merecer el odio de los ingratos y el aprecio de los hombres virtuosos.

Bibliografía

Archivo de O'Higgins, cit., tomo IX; *Archivo de San Martín*, cit., tomo V; Juan Manuel Beruti, «Memorias curiosas», cit.; *Documentos para la Historia del Libertador General San Martín*, cit., tomos V-VI; Samuel Haig, *Bosquejos de Buenos Aires, Chile y el Perú*, Buenos Aires, La Cultura Argentina, 1920.

Félix Best, *Historia de las Guerras Argentinas,* cit., tomo I; José Luis Busaniche, *San Martín visto por sus contemporáneos*, cit.; *Campañas del Libertador general D. José de San Martín, en el bicentenario de su nacimiento*, cit.; Miguel Ángel De Marco, *Corsarios argentinos. Héroes del mar en la independencia y la guerra del Brasil*, Buenos Aires, Planeta, 2002; —, *Belgrano. Artífice de la Nación, soldado de la libertad*, cit.; Hugo Raúl Galmarini, *Tomás Guido. «Cuando sentado a la sombra de mis años…»*, cit.; Florencia Grosso, *Remedios de Escalada de San Martín. Su vida y su tiempo*, cit.; Carlos Ibarguren, *San Martín íntimo. El hombre y su lucha*, cit.; Sergio Fernández Larraín, *O'Higgins*, cit.; Julio M. Luqui-Lagleyze, *El Ejército Realista en la guerra de la independencia*, cit.; —, *Historia y campañas del Ejército Realista. 1810-1820*, cit.; —, «El ejército realista en Chile, 1816-1818», en *José de San Martín, Libertador de América*, Buenos Aires, Instituto Nacional Sanmartiniano, 1998; John Lynch, *San Martín. Soldado argentino, héroe americano*, cit.; Sergio Martínez Baeza, *Vida del general Juan Gregorio de Las Heras, 1780-1866*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 2009; Samuel W. Medrano, *El Libertador José de San Martín*, Buenos Aires, Espasa Calpe, 1950; Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano…,* cit.; —, *Historia de San Martín…,* cit.; Eugenio Orrego Vicuña, *O'Higgins: vida y tiempo*, cit.; José Pacífico Otero, *Historia del Libertador…,* cit.; Patricia S. Pasquali, *San Martín. La fuerza de la misión…,* cit.; —, *San Martín confidencial…,* cit.; Isidoro J. Ruiz Moreno, *Campañas militares argentinas*, cit., tomo I; Diego Alejandro Soria, *Las campañas militares del general San Martín*, cit.; —, «Subordinados europeos del general San Martín», en *José de San Martín, Libertador de América*, cit.

El gobierno y la guerra

Lord Cochrane había asestado duros golpes a los buques realistas, obligándolos a encerrarse en El Callao bajo la protección de sus baluartes. Allí los fue a buscar desafiando los fuegos de la poderosa fortaleza con increíble audacia y trató de incendiarlos con los cohetes *à la Congrève* de que disponía, como Nelson había convertido en llamas en 1809 a la ciudad de Copenhague. Pero dichas armas no siempre resultaban eficaces, porque era imposible garantizar las erráticas trayectorias de los proyectiles. Además, el almirante había declarado y concretado el bloqueo de toda la costa peruana, se había presentado después frente a Guayaquil y a principios de febrero de 1820 cooperaba en el asalto a los fuertes de Valdivia.

Al mismo tiempo que San Martín concluía con O'Higgins los aprestos para la marcha del Ejército Libertador del Perú, nombre que adquirió el Ejército Unido, la escuadra fondeaba en el puerto de Valparaíso, pronta para proteger el largo convoy que trasladaría a los efectivos a la costa peruana.

Durante las últimas semanas, Valparaíso se convirtió en un mundo de movimientos y colores. Las tropas llegaban desde el campamento de Quillota con sus vistosos uniformes y el marcial acompañamiento de sus bandas militares. El aire se cubría de alegres notas. Sonaban con fuerza los pífanos, clarines y tambores. La gente salía a las calles para contemplar el espectáculo de las caravanas de carretas atestadas de aprovisionamientos, listas para volcar su carga en las bodegas de los buques. Las tripulaciones de los barcos de transporte no cedían a los particulares, por obvias razones de seguridad, la estiba de pertrechos y municiones, alimentos y vestuarios, caballadas y arneses, armas y cañones.

San Martín se había asegurado de contar con un importante componente logístico. Su experiencia, tanto en Europa como en el Ejército de los Andes, le había demostrado que el éxito se debía al arrojo y a las acertadas previsiones tácticas, pero también a la buena alimentación de las tropas, a los medios de transporte y a las existencias del parque, en el que debían sobrar las municiones con el fin de mantener el poder de fuego y las herramientas para componer las armas, zorras, carretas, etcétera.

En los momentos previos a la partida, las tabernas estaban llenas, y en las conversaciones se mezclaban diversos acentos: el

inconfundible de los orientales y porteños, la suave entonación de los cuyanos, levemente parecida a la de los chilenos, el cortante tono de los ingleses, pródigo en interjecciones, y la parla pintoresca de los marineros franceses y de otras procedencias.

Más de cuatro mil hombres de las tres armas fueron embarcándose en forma ordenada. Los argentinos eran 2.313 y los chilenos, 1.805, sin contar los oficiales de ambas nacionalidades y extranjeros al servicio del ejército. Las campañas desarrolladas por algunas de las unidades y la intensa práctica de los cuerpos más modernos garantizarían la disciplina y el estricto cumplimiento de las órdenes en el fragor de los combates. Ningún detalle con respecto a la preparación militar y a la moral de los hombres había quedado sin contemplar.

El 20 de agosto, la armada se alineaba en la bahía. La nave insignia enarbolaba al tope la bandera de Chile. Mientras San Martín, a quien O'Higgins había enviado su nombramiento de capitán general, pasaba revista desde una falúa empavesada acompañado por sus principales jefes, las fuerzas alineadas daban vivas en tanto se oían los hurras de las tripulaciones y los aplausos de la población que cubría todos los espacios en la costa.

La expedición largó amarras y enfiló rumbo al norte tras abandonar lentamente el puerto. En la vanguardia iba el almirante lord Cochrane, que enarbolaba su enseña en la *O'Higgins*, fragata de 44 cañones, a cuyo lado navegaban la *Lautaro*, de 46, y el bergantín *Galvarino*, de 18; seguían después los dieciséis transportes flanqueados por el *Araucano*, de 16 piezas de artillería, y la goleta *Moctezuma*, de siete. Cerraban la marcha, tras una línea de lanchas cañoneras, la *Independencia*, de 28, y el navío *San Martín*, de 64, el más poderoso de la flota, donde navegaba el general en jefe.

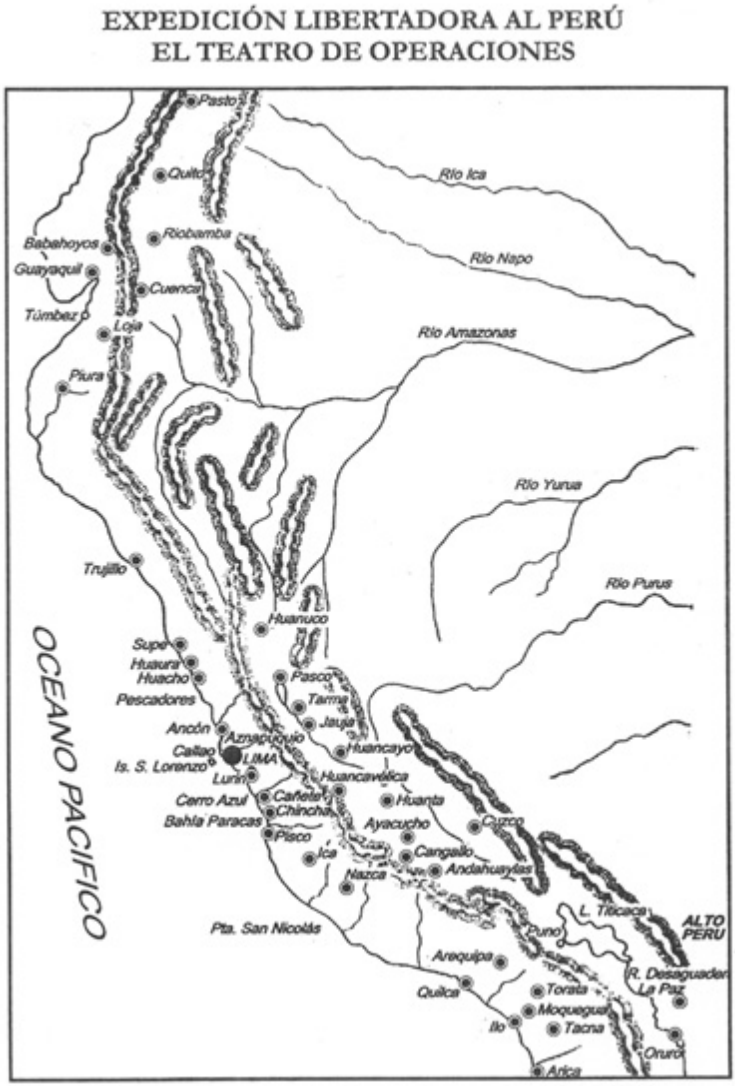
El Libertador, con el cuerpo minado por sus dolencias, tal vez ayudándose con el opio que sus allegados lo inducían sin éxito a abandonar, debía mantener un aspecto exterior de serenidad y confianza. Sobre él se posaban los ojos de sus hombres, muchos de los cuales, como le había ocurrido en los días juveniles al trasponer por primera vez la planchada de la *Santa Dorotea*, no habían pisado jamás la cubierta de un buque ni experimentado los bruscos movimientos del mar. La nave en la que flameaba la insignia del general en jefe hendía las aguas a distancia de la *O'Higgins*, donde un hombre radicalmente diferente en sus orígenes familiares, trayectoria y objetivos, persistía en su ambicioso propósito de alcanzar el mando supremo e influir en los negocios de Chile y el Perú.

La escena que se presentaba a los ojos de San Martín era grandiosa. Las velas se recortaban sobre las azules aguas del Pacífico y cada buque guardaba escrupulosamente su lugar en la formación. El general había visto grandes escuadras en movimiento, como había contemplado el embarco de muchos miles de soldados en Tolón. Pero éste era su ejército, reducido en proporciones respecto de los europeos y sin embargo suficiente para realizar la hazaña que comenzaba.

El desembarco

San Martín dispuso que su ejército desembarcara en la bahía de Paracas, en una playa arenosa a diez kilómetros de la cual se alzaba la villa de Pisco. Así ocurrió sin dificultades el 8 de septiembre. Cochrane había tratado de imponer su criterio de tomar tierra frente a Lima para lanzarse enseguida al ataque y deponer al virrey. Este hombre arrojado, partidario de los golpes de mano, parecía no advertir la posibilidad de un sangriento rechazo ni sopesar las consecuencias morales que esa acción podía provocar en una sociedad cuya existencia estaba signada por las instituciones y los hábitos de casi tres siglos de administración virreinal.

En cambio, el Libertador, que contaba con la información proporcionada por su eficaz servicio «de inteligencia y acción psicológica», como define el almirante Carlos Büsser a esa sutil y extendida maquinaria, había decidido crear primero las condiciones para que el acceso a la capital fuera una consecuencia natural de la paulatina adhesión de los peruanos. Pisco se hallaba a 260 kilómetros de Lima, y esta circunstancia le daba tiempo para promover la insurrección del país, actitud fundamental para el desarrollo de sus planes. Con ello evitaba afrontar de golpe a un ejército muy superior en número. Desde Pisco podía hostigar al adversario en la retaguardia mientras él se presentaba con sus fuerzas por el norte y hacía creer que buscaba su objetivo desde el sur.



Teatro de operaciones de la Expedición Libertadora al Perú (Diego Alejandro Soria, *Campañas militares del general San Martín*).

Los datos que recibía y sopesaba cuidadosamente le habían dado una idea de los elementos con que contaba el enemigo. El virrey poseía unos 8.000 hombres entre Lima y El Callao, y cerca de 2.000 más en las proximidades de El Cañete y Pisco, de los cuales alrededor de 700 se hallaban muy próximos al sector de desembarco. Además de esas fuerzas, en caso necesario Pezuela podía desplazar 13.000 efectivos más ubicados en el sur del país y en el Alto Perú, circunstancia que obligaba a analizar con

profundidad cada movimiento.

El momento psicológico era especial en el gobierno, en las filas del ejército y en el pueblo que vivía con expectación el gran cambio que veía llegar. El virrey Pezuela sufría las presiones de varios de los jefes de su ejército que habían llegado en 1816 a bordo de la fragata *Venganza*, buque en el cual se realizaban sigilosas reuniones masónicas de las que participaba también un joven oficial argentino, Tomás de Iriarte, quien dejó un vivo relato en sus *Memorias*. Eran liberales, hijos de las Cortes de Cádiz, que habían visto caer de un golpe la Constitución de 1812 al producirse el regreso de Fernando VII a España, y que ahora contemplaban con entusiasmo su reinstauración tras la revolución de Cabezas de San Juan. Querían buscar un avenimiento con los disidentes mediante la aceptación de aquella Carta, jurada con fingido fervor por el falaz monarca. Las repuestas Cortes habían acordado dar representación a los diputados de América, que era, además, el propósito del nuevo gabinete español. Algunos liberales peruanos, constituidos en logia, apoyaban tales ideas, mientras otros mantenían desde hacía tiempo contactos con San Martín y O'Higgins.

El Libertador había decidido apagar definitivamente la esperanza de los que confiaban en un arreglo, pues conocía sobradamente, desde que había servido en Sevilla y en Cádiz, el menosprecio de los diputados hacia las pretensiones de autodeterminación de los americanos, no menor que el rechazo de los absolutistas que en 1815 habían ensalzado a Fernando. Utilizaría los mismos instrumentos, instaurando apenas pudiera una sociedad secreta para apoyar al gobierno que se crease, y se pondría al frente de ella. Además, acentuaría mediante la acción de sus agentes el temor y las vacilaciones de Pezuela, quien no acertaba a decidir cómo enfrentar a los *insurgentes*.

Apenas desembarcado, San Martín dio su primera proclama a los peruanos, y en ella, al referirse a la Constitución española que Pezuela había ordenado jurar en todo el virreinato, advirtió:

> La América no puede contemplar la constitución española sino como un medio fraudulento de mantener en ella el sistema colonial. Ningún beneficio podemos esperar de un código formado a dos mil leguas de distancia, sin la intervención de nuestros representantes. El último virrey del Perú hace esfuerzos por prolongar su decrépita autoridad. El tiempo de la opresión y de la fuerza ha pasado. Yo vengo a poner término a esa época de dolor y humillación. Éste es el voto del Ejército Libertador, ansioso de sellar con su sangre la libertad del Nuevo Mundo.

Tanto Pezuela como los jefes liberales del ejército realista sabían, pues, desde el principio, que no habría solución alguna con

el pretexto de los beneficios que supuestamente prodigaba la Carta gaditana. Si los diputados se ilusionaban con encarrilar definitivamente al rey en sus propios principios, lo cual pronto comprobarían que era imposible, San Martín y sus subordinados estaban convencidos de que no había otro camino que vencer en los campos de batalla, y para siempre, a las huestes españolas.

Creía indispensable alentar una especie de mística entre el pueblo, sustento indispensable para la continuidad del esfuerzo bélico y base de la nueva entidad política que quería constituir. Sus proclamas fueron distribuidas por casi todo el territorio peruano.

Primera campaña de la Sierra

Si Pisco había sido el punto más apropiado para garantizar el desembarco, no lo era para permanecer demasiado tiempo en él. El Libertador convocó al general Juan Antonio Álvarez de Arenales y comenzó a discurrir con él las perspectivas de un avance profundo para dominar las sierras, es decir la región que se eleva hacia el Oriente inmediatamente después de la región de la Costa. Se trataba de uno de los jefes más caracterizados del Ejército, al que se había incorporado poco antes de comenzar la expedición. Poseía una larga experiencia en la lucha contra los realistas en el Alto Perú, a quienes había vencido en 1814 en la acción de la Florida y por los que había sido derrotado junto con Rondeau en Sipe-Sipe.

Mientras se planificaban las operaciones, antes de que se cumpliera una semana del desembarco, el general en jefe recibió a un representante de Pezuela. El virrey buscaba negociar y lo invitaba a designar diputados para escuchar sus propuestas. San Martín aceptó y nombró en ese carácter al coronel Guido y al colombiano Juan García del Río, quienes se trasladaron a Miraflores, entonces un pequeño villorrio al sur de Lima, para tratar con los representantes del virrey. Fue una reunión ríspida, pues los realistas propusieron candorosamente un arreglo basado en la aceptación de la Constitución española y el envío de diputados americanos a las Cortes. Se ofrecía, a quienes poseían casi todas las posibilidades de vencer, una solución propia de los derrotados. Ante el pedido de los emisarios de Pezuela de que se suspendiesen las acciones bélicas y se retirasen las tropas libertadoras hasta que fueran diputados a España, los patriotas propusieron cláusulas que el virrey no podía aceptar, como por ejemplo la evacuación del Alto Perú, el cual sería ocupado por el Ejército Libertador. El 1° de octubre se puso fin a la conferencia de Miraflores, donde los delegados de San Martín, siguiendo su instrucciones, deslizaron la

sugerencia de que la pacificación «acaso [pudiera lograrse] sobre la base de la independencia política del Perú […] estableciendo una monarquía con un príncipe de la casa reinante en España».

Durante el breve armisticio, San Martín había redactado precisas instrucciones para el general Álvarez de Arenales. Su acción debía desarrollarse sobre la Sierra, y tenía por objetivo efectuar una doble acción militar y política, pues debía ocupar y alzar en favor de los patriotas las poblaciones existentes en los valles que se escalonan entre las dos cadenas de los Andes. El general debía ingresar por el desfiladero de Castro Virreyna con una columna de mil hombres, y recorrer esos valles de sur a norte desde Huamanga. Ocuparía con rapidez Huancavelica, Jauja y Tarma, para descender hacia la costa desde Pasco y colocarse al norte de Lima.

San Martín lo aguardaría allí con el grueso del ejército. Pensaba reembarcarlo en Pisco y llevarlo por mar para situarse al norte de la capital.

Se trataba de una bien pensada operación envolvente que Pezuela no esperaba. Si bien dejaba libre el sur, cortaba las comunicaciones con el norte, donde San Martín sabía que era inminente el pronunciamiento de Trujillo, con cuyo gobernador, José Bernardo de Tagle y Portocarrero, marqués de Torre Tagle, estaba en comunicación desde Chile. Además dejaba toda la Sierra en insurrección a espaldas de Lima. Era un movimiento audaz que comprometía a la cuarta parte de su ejército en una empresa plagada de peligros, pero que San Martín, conocedor de los méritos de cada uno de sus jefes, estaba seguro de que sería exitosa. No en vano había elegido a uno de los hombres con mayor experiencia en la guerra de montaña: Arenales.

El Libertador esperó en Pisco hasta saber que Álvarez de Arenales escalaba los pasos de la Sierra después de haber derrotado algunas fuerzas enemigas en Ica y en Nazca, contra las cuales desprendió ágiles columnas al mando de los teniente coroneles Paulino Rojas y Juan Lavalle, que iniciaron la primera etapa de la campaña con una victoria sobre el teniente coronel Quimper.

En el campamento de Huaura

San Martín reembarcó el ejército el 25 de octubre y se trasladó hasta el puerto de Ancón, para desembarcar poco después en Huacho a 150 kilómetros al norte de Lima e instalar su campamento en Huaura. Preveía aguardar en ese punto el resultado de la expedición a la Sierra, mientras sus agentes trabajaban para sublevar a las provincias septentrionales. Dice Samuel Medrano que

> había en esa espera, que exasperaba al irritable lord Cochrane, la paciente confianza del buen ajedrecista; no quería ni debía apresurarse, sino dejar actuar a los factores diversos que integraban su plan. Por eso le había escrito a O'Higgins explicándole la marcha de Arenales y su reembarco hacia el norte: «Mi objeto es bloquear a Lima por la insurrección general y obligar a Pezuela a una capitulación».

A pesar de la confianza que lo animaba de alcanzar el resultado previsto en menos de tres meses, no se logró la capitulación y los combates prosiguieron. Cuando Pezuela se hallaba moralmente vencido y dispuesto a capitular, los jefes liberales de su ejército le impidieron hacerlo. Pensaban ingenuamente que Fernando VII había decidido aceptar por fin el influjo de la Constitución de 1812, y como españoles que eran querían preservar las antiguas colonias para la metrópoli. Su liberalismo no les alcanzaba para comprender los justos anhelos independentistas de los americanos.

A poco de establecer su campamento en Huaura, fueron produciéndose los hechos que San Martín esperaba para estrechar al virrey. Guayaquil, que se había levantado el 9 de octubre de 1820 apenas enterado de su presencia en Pisco, le enviaba sus diputados y se acogía a su protección. Poco después, el 5 de noviembre, Cochrane, en una acción digna de su fama de valiente y atrevido, capturaba la fragata *Esmeralda* en su refugio de El Callao, cuyos fuegos desafió ante el asombro de los propios adversarios. A principios de diciembre desertaba en masa el regimiento *Numancia*, formado en gran parte por colombianos. Su jefe, Tomás Heres, se pasó con armas y bagajes al Ejército Libertador. Pero no sólo intervino la acción psicológica. También hubo que recurrir al metálico y a otros medios. El historiador peruano Mariano Felipe Paz Soldán afirma que

> muchos de los que se resistían a la seducción del dinero y ascensos fueron vencidos de otro modo. Sabido es que las mujeres de Lima tienen un atractivo especial por sus gracias y hermosura, así es que muy pocos podían resistir a tan peligrosas enemigas: ellas emprendieron su campaña usando de las irresistibles armas del amor y ante ellas se rindieron gran número de sargentos y oficiales.

Para acentuar la confianza de San Martín en la victoria, el marqués de Torre Tagle se pronunció en Trujillo, el 29 de diciembre de 1820, en favor de la causa de la independencia.

El Libertador permanecía en una posición defensiva, preparado para recibir un ataque de Pezuela, aunque conocía su carácter irresoluto y lo sabía temeroso de una derrota a raíz de los recientes triunfos patriotas. El virrey estaba convencido de que si salía de Lima en busca de San Martín, éste podía embarcar su ejército en

Huacho y caer sobre la capital indefensa. Basado en esas consideraciones, Pezuela prefería mantener una fuerte vanguardia sobre la línea del Chancay y retener su ejército en Aznapuquio, mientras su adversario explotaba hábilmente la situación inundando la capital de agentes y proclamas, y moviendo rápidas guerrillas en sus alrededores, las cuales jaqueaban a los realistas en los caminos y entorpecían el abastecimiento.

A principios de enero de 1821, se reunió con el grueso del ejército la división de Arenales, tras concluir su campaña con la victoria en Pasco, donde se rindió el general Diego O'Reilly. Además había logrado levantar los pueblos de la Sierra en favor de los independientes.

San Martín no se había equivocado al combinar la fuerza de las armas con los recursos de la guerra de zapa. Esa labor se desarrollaba con especial énfasis en el palacio virreinal, donde Pezuela llegó a declarar que creía imposible defenderse si no le llegaban refuerzos navales de España. Además, algunas personas de su entorno le aconsejaban que aceptase una capitulación con todos los honores. Sin embargo, como se ha dicho, los jefes liberales españoles no querían perder el Perú y reunidos en el cuartel general de Aznapuquio intimaron a Pezuela a abandonar el mando como único medio de conservar el Virreinato, lo que aceptó a regañadientes, y el 29 de enero de 1821 fue elegido en su reemplazo el general La Serna.

Conferencia de Punchauca

El gobierno de España había enviado comisionados a los países disidentes de América con el fin de proponerles la pacificación sobre la base de la Constitución. El designado para actuar en el Perú fue el capitán de fragata Manuel Abreu, que arribó al campamento de Huaura el 25 de marzo y después de conferenciar largamente con San Martín pasó a la capital, donde hizo conocer las instrucciones reales. La Serna, resuelto a retirarse de Lima para resistir en el interior, debió abrir las negociaciones, y a ellas accedió San Martín, que acababa de estrechar el asedio y se había presentado en Ancón con gran parte de sus fuerzas, que habían sido transportadas por mar.

Fernando VII, prisionero de los liberales, debió sofocar sus instintos absolutistas y su animadversión hacia los americanos para ofrecer «el goce común de la Constitución de 1812» con el fin de que renaciesen entre españoles y americanos las relaciones de trescientos años y «las que reclamaban las luces del siglo». La

reunión de los diputados de ambas partes se realizó en la hacienda de Punchauca, cerca de Lima, a principios del mes de mayo. Pero no se alcanzaron resultados, pues los representantes de San Martín manifestaron que ninguna negociación sería posible si no tenía por base el reconocimiento de la independencia.

Sin embargo, se decidió un armisticio y la celebración de una entrevista entre el Libertador y La Serna, que se realizó en Punchauca el 2 de junio.

Apelemos al testimonio de Tomás Guido, ayudante de campo y testigo presencial. El Libertador se hallaba acompañado por sus principales jefes y por Juan García del Río. Otro tanto había hecho La Serna, quien llegó al punto de encuentro poco después de las tres de la tarde:

> Al aproximarse a la casa donde se le aguardaba, el general San Martín se adelantó al vestíbulo, y al estar al habla con los que venían y que se habían agrupado, preguntó con aire placentero quién de aquellos señores era el general La Serna. Este distinguido caballero español, de gallarda presencia y nobles modales, que traía oculta debajo de la sobrecasaca la banda carmesí, distintivo de su autoridad, se dio a conocer. Entonces se acercó a su caballo, y luego que el virrey puso el pie en tierra, lo abrazó estrechamente, saludándole con estas afectuosas palabras: «Venga para acá; están cumplidos mis deseos, general, porque uno y otro podremos hacer la felicidad de este país». La Serna le correspondió con igual cordialidad, y ambos del brazo entraron al salón, precedidos de aquellos briosos militares que por primera vez se contemplaban con mutua admiración y respeto. La primera media hora se pasó en tomar algunos refrescos y en esa conversación franca y animada usual entre los hombres de armas de origen distinguido y culta educación.

Luego, San Martín y La Serna conversaron a solas durante algunos minutos. Enseguida, el Libertador invitó a los presentes a pasar a una sala inmediata, donde se reunieron «presididos por uno y otro personaje»:

> Entonces el general del Ejército Unido tomó la palabra, y dirigiéndose al caudillo español, le dijo con voz firme estos o idénticos conceptos: «General, considero este día como uno de los más felices de mi vida. He venido al Perú desde las márgenes del Plata, no a derramar sangre, sino a fundar la libertad y los derechos de que la misma metrópoli hace alarde al proclamar la constitución del año 12, que vuestra excelencia y sus generales defendieron. Los liberales del mundo son hermanos en todas partes, y si en España se abjuró después esa constitución, volviendo al régimen antiguo, no es de suponerse que sus primeros cabos en América, que aceptaron ante el mundo el honroso compromiso de sostenerla, abandonen sus más íntimas convicciones, renunciando a elevadas ideas y a la noble aspiración de preparar en este vasto hemisferio un asilo seguro para sus compañeros de creencias. Los comisionados de vuestra excelencia, entendiéndose lealmente con los míos, han arribado a convenir en que la independencia del Perú no es inconciliable con los más grandes intereses de España, y que al ceder a la opinión declarada

de los pueblos de América contra toda dominación extraña, harían a su patria un señalado servicio, si fraternizando con un sentimiento indomable, evitan una guerra inútil y abren las puertas a una reconciliación decorosa».

De inmediato enfatizó San Martín:

«Pasó ya el tiempo en que el sistema colonial pueda ser sostenido por la España. Sus ejércitos se batirán con la bravura tradicional de su brillante historia militar. Pero los bravos que vuestra excelencia manda comprenden que aunque pudiera prolongarse la contienda, el éxito no puede ser dudoso para millones de hombres resueltos a ser independientes; y que servirán mejor a la humanidad y a su país, si en vez de ventajas efímeras pueden ofrecerle emporios de comercio, relaciones fecundas y la concordia permanente entre hombres de la misma raza que hablan la misma lengua, y sienten con igual entusiasmo el generoso deseo de ser libres. No quiero, general, que mi palabra sola y la lealtad de mis soldados, sea la única prenda de nuestras rectas intenciones. La garantía de lo que se pactare, la fío a vuestra noble hidalguía. Si vuestra excelencia se presta a la cesación de una lucha estéril y enlaza sus pabellones con los nuestros para proclamar la independencia del Perú, se constituirá un gobierno provisional, presidido por vuestra excelencia, compuesto de dos miembros más, de los cuales vuestra excelencia nombrará el uno y yo el otro; los ejércitos se abrazarán sobre el campo; vuestra excelencia responderá de su honor y de su disciplina; y yo marcharé a la península, si necesario fuere, a manifestar el alcance de esta alta resolución, dejando a salvo en todo caso hasta los últimos ápices de la honra militar, y demostrando los beneficios para la misma España de un sistema que, en armonía con los intereses dinásticos de la casa reinante, fuese conciliable con el voto fundamental de la América independiente».

Otro testigo, el general Andrés García Camba, expresa en sus *Memorias para la historia de las armas españolas en el Perú*:

Apoyada por el comisionado regio y sus dos socios Llano y Galdiano, en contravención de un artículo de las instrucciones reales, puso al virrey en embarazo para salir con habilidad de aquella verdadera Zalagarda […]. El hecho es que la Serna, sus diputados y sus jefes, escuchaban las palabras de San Martín con signos inequívocos de contentamiento y calurosa aprobación; y sin poder el primero disimular su obsecuencia a los designios que acababan de exponérsele, aplazó discretamente, en una alocución concisa y expresiva, el tomar en negocio de tanta trascendencia una resolución definitiva, prometiendo contestar en el corto espacio de dos días.

El Libertador le explicaría años más tarde, en tercera persona, al general Guillermo Miller:

El general San Martín, que conocía a fondo la política del gabinete de Madrid, estaba bien persuadido que él no aprobaría jamás ese tratado; pero como su principal objeto era el de comprometer a los jefes españoles, como de hecho lo quedaban habiendo reconocido la independencia, no tendrían otro partido que tomar que el de unir su suerte al de la causa americana.

San Martín parecía haber logrado su propósito de aclarar posiciones y apresurar una respuesta. La Serna pidió dos días para

contestar, pero en vez de consultar con las corporaciones virreinales, como había sido su propósito inicial, se atuvo al consejo de los jefes militares, que presintieron la celada. Las instrucciones del rey no consentían el compromiso de reconocer la independencia y llevar a Madrid la discusión de la propuesta mientras quedaba un gobierno propio en el Perú, así fuera una regencia mixta. En los hechos era consumar la independencia. La respuesta del virrey fue negativa y la evacuación de Lima comenzó de inmediato, aun antes de concluir el armisticio concertado a raíz de las negociaciones. El 6 de julio, La Serna salía de la capital rumbo a la Sierra para unirse al general Canterac, que se le había anticipado con el grueso del ejército.

Declaración de la independencia

El 28 de julio de 1821, San Martín, rodeado de dignatarios civiles y eclesiásticos y acompañado por los jefes del Ejército Libertador, que se hallaban ataviados como él con sus uniformes de parada, proclamó en la Plaza Mayor de Lima la independencia del Perú. El general, que vestía habitualmente el sencillo uniforme granadero, quiso rodear aquel hecho fundacional de una solemnidad acorde con las costumbres de la ciudad que hasta hacía poco había participado del boato de las ceremonias virreinales. También las tropas ostentaban sus mejores galas.

Para que lo escuchase la multitud, el Libertador alzó la voz y exclamó:

> ¡El Perú es desde este momento libre e independiente por la voluntad de los pueblos y de la justicia de su causa que Dios defiende!

De inmediato, con el propósito de responder al creciente entusiasmo de los presentes, desplegó la bandera que había ideado en Pisco para presidir los destinos de la nueva nación. Según el decreto de oficialización, que se publicaría el 21 de octubre de 1820, estaba «dividida por líneas diagonales en cuatro campos, blancos los dos de los extremos superior e inferior, y encarnados los laterales; con una corona de laurel ovalada, y dentro de ella un sol, saliendo por detrás de sierras escarpadas que se elevan sobre un mar tranquilo».

Lleno de entusiasmo, San Martín le escribió a O'Higgins:

> Al fin, con paciencia y movimientos hemos reducido a los enemigos a que abandonen la capital de los Pizarro; al fin nuestros desvelos han sido recompensados con los santos fines de ver asegurada la independencia de la América del Sur. El Perú es libre. En conclusión, ya yo preveo el término de

mi vida pública y voy a tratar de entregar esta carga pesada a manos seguras y retirarme a un rincón a vivir como hombre.

En aquel solemne momento ocupaban la mente de San Martín los dos grandes desafíos que le aguardaban: organizar el gobierno del Perú y proseguir sin descanso con el desarrollo de la guerra. Para hacer frente al primero, decidió asumir personalmente, con el título de Protector, la autoridad suprema del país, y con el objeto de impulsar el segundo adoptó diversas medidas que garantizaban la seguridad del territorio ocupado mientras meditaba la forma y obtenía los medios para realizar una campaña decisiva contra las fuerzas realistas del interior.

El 3 de agosto, en su mensaje al pueblo para explicar los motivos por los cuales asumía tan pesada carga, manifestó:

Espero que al dar este paso se me hará la justicia de creer que no me conducen ningunas miras de ambición, sino la conveniencia pública. Es demasiado notorio que no aspiro sino a la tranquilidad y al retiro después de una vida agitada; pero tengo sobre mí la responsabilidad moral que exige el sacrificio de mis más ardientes votos. La experiencia de diez años de revolución en Venezuela, Cundinamarca, Chile y [las] Provincias Unidas me ha hecho conocer los males que ha ocasionado la convocación intempestiva de congresos cuando aún subsistían los enemigos de aquellos países. Primero es asegurar la independencia; después se pensará en asegurar la libertad sólidamente. La religiosidad con que he cumplido mi palabra en el curso de mi vida pública me da derecho a ser creído, y yo la comprometo ofreciendo solemnemente a los pueblos del Perú que en el momento en que sea libre su territorio haré dimisión del mando para hacer lugar al gobierno que ellos tengan a bien elegir.

Legaba a O'Higgins sus reflexiones más íntimas:

En el estado en que se hallan mis operaciones militares faltaría a mis deberes si dejando lugar por ahora a la elección personal de la suprema autoridad del territorio abriese un campo para el combate de las opiniones y choque de los partidos, para que sembrase la discordia que ha precipitado a la anarquía los pueblos más dignos del continente americano. Destruir para siempre el dominio español en el Perú y poner a los pueblos en el ejercicio moderado de sus derechos es el objeto de la expedición libertadora. Es necesario purgar esta tierra de la tiranía y ocupar a sus hijos en salvar a su patria antes que se consagren a bellas teorías y se dé tiempo a sus opresores para reparar sus quebrantos y dilatar la guerra. Tal sería la consecuencia necesaria de la convocación de asambleas populares. Apoyado en estas razones he asumido la autoridad suprema del Perú con el título de Protector hasta la reunión de un congreso soberano de todos los pueblos en cuya representación depositaré el mando y me resignaré a residencia.

San Martín se mostraba como el hombre pragmático que era. Primero estaba la organización del Perú y el afianzamiento de su libertad y luego la elección de la forma de gobierno. Si él

continuaba abrigando sus ideales monárquicos, advertía que entre los nativos que influirían en la vida pública había destacados partidarios del sistema republicano. Esa discusión debía ser pospuesta para el momento en que las armas hubiesen callado con el triunfo patriota.

Sus legítimos deseos de entregarse a la vida privada chocaban con la realidad. Pagó tributo a ella, pese a estar convencido de las dificultades y la ingratitud que le esperaban.

El Libertador percibía con claridad la situación peruana, las ambiciones de ciertos personajes y la solapada actitud de quienes se decían partidarios de la independencia y trabajaban por la reinstauración virreinal. Si poseía sensibilidad política, carecía de ductilidad para navegar en las procelosas aguas de las combinaciones subterráneas y el disimulo. Sabía, por otra parte, que debería adoptar medidas muy drásticas. Las contribuciones forzosas para sostener a sus tropas, la requisa de elementos de movilidad con el fin de proseguir la lucha armada y otras medidas serían pronto caldo de cultivo para la propaganda de sus adversarios. Pero San Martín no buscaba adeptos incondicionales sino colaboradores bienintencionados.

Apenas asumió el protectorado, procedió a designar a sus ministros: el tucumano Bernardo Monteagudo, auditor del ejército, a quien le entregó la cartera de Guerra y Marina; el cartagenero Juan García del Río, que ocupó el Ministerio de Gobierno y Relaciones Exteriores, y el peruano José Hipólito Unanue quien se hizo cargo del Ministerio de Hacienda.

Labor gubernativa

A poco de hacerse cargo, el 3 de agosto de 1820, San Martín dictó una serie de medidas indispensables para definir el rumbo del gobierno. Decretó la libertad de los hijos de esclavos que hubiesen nacido después del 28 de julio y les otorgó los mismos derechos de que gozaba el resto de los ciudadanos. Estableció la obligación de los amos de proveer a los gastos de crianza de los hijos de madres esclavas durante su lactancia y de conducirlos luego a la enseñanza de algún ejercicio industrial. Los esclavos que se distinguieran en la lucha contra el enemigo serían liberados. También gozarían de la manumisión quienes tuviesen propietarios españoles. Por otro lado, serían dueños de su libertad los negros que llegaran al Perú por el solo hecho de pisar su suelo. Además se establecieron penas a los dueños de esclavos alistados en el ejército que provocasen su deserción o posteriormente la ocultasen.

Pero luego de la partida de San Martín, la Junta Gubernativa nombrada por el Congreso Constituyente en 1822 modificaría esas resoluciones y designaría una comisión para ocuparse de los sorteos y terciar o quintar esclavos (11 de febrero de 1823).

El presidente Riva Agüero, que era hacendado, el 1° de marzo de 1823, «teniendo en consideración los perjuicios que estas medidas ocasionan a muchas familias pobres y otros males que no pueden desentenderse», suspendió el funcionamiento de esa comisión y el asunto no volvió a ser tratado. La esclavitud continuaría en el Perú y la manumisión absoluta recién se produciría en 1854.

San Martín quiso asegurar el correcto funcionamiento de los tribunales y mejorar el sistema carcelario, caracterizado por su inhumana dureza. Y declaró que «uno de los deberes del gobierno es promover la libertad de los que han sufrido hasta hoy la usurpación inadmisible de este derecho».

El 4 de agosto, el Libertador dejó establecida la Alta Corte de Justicia, con atribuciones similares a las de la Real Audiencia hispana. En el Reglamento de los Tribunales expresó una categórica convicción:

> La imparcial administración de justicia es el cumplimiento de los principales pactos que los hombres forman al entrar en sociedad. Ella es la vida del cuerpo político, que desfallece apenas asume el síntoma de alguna pasión, y queda exánime luego que, en vez de aplicar los jueces la ley, y de hablar como sacerdotes de ella, la invocan para prostituir impunemente su carácter. El que la dicta y el que la ejecuta pueden ciertamente hacer grandes abusos, mas ninguno de los tres poderes que presiden la organización social es capaz de causar el número de miserias con que los encargados de la autoridad judicial afligen a los pueblos cuando frustran el objeto de su institución.

En todos los juzgados debían despacharse con preferencia las causas de «las viudas, pupilos y personas miserables», y para el fuero penal se prohibía «cualquier ornamento, apremio, sugestión o sorpresa para arrancar al reo la confesión del crimen».

Poco después, invitó a los miembros del supremo tribunal, jueces, fiscales y abogados, a descender a los «infiernillos» que servían de cárceles y donde los reos morían desesperados. Recorrió el Infiernillo de la Pescadería y el penal de la ciudad. Allí los condenados se le acercaban en demanda de justicia. El Protector escuchaba las quejas para dar órdenes fundadas en la humanidad, y afirma el historiador peruano Luis Antonio Eguiguren: «San Martín fue el fundador de la institución de la visita de cárceles. Fue una forma de que los jueces contemplaran la realidad trágica de los presidios».

En el Estatuto Provisional de 8 de octubre acentuaría su

preocupación por la independencia de la justicia. Expresó que si bien se había hecho cargo provisionalmente de las funciones ejecutivas y legislativas, se abstendría de mezclarse «jamás en el solemne ejercicio de las funciones judiciales porque su independencia es la única y verdadera salvaguardia de la libertad del pueblo; y nada importa que se ostenten máximas exquisitamente filantrópicas, cuando el que hace la ley o el que la ejecuta es también el que la aplica».

El Perú debía contar con sus propias fuerzas armadas. Una de sus primeras medidas, fechada el 18 de agosto de 1821, estableció el primer cuerpo del Ejército, «cuyo eminente privilegio sea servir de modelo a los demás, por su valor en los combates y por su disciplina en todas las circunstancias». Recibió el nombre de Legión Peruana de la Guardia, y estuvo constituida por un batallón de cien plazas. Fue designado como su comandante el mariscal de campo marqués de Torre Tagle. Y el 6 de octubre del mismo año creó la Marina de Guerra, fijó las ordenanzas por las que debía regirse y dio nombre a sus primeros buques, en recuerdo de tres argentinos de los días de Mayo: bergantines *Belgrano* y *Balcarce* y goleta *Castelli*. El establecimiento de las distintas jerarquías castrenses, que diferenciaban a las fuerzas peruanas de las argentinas y chilenas, y la fundación de la Orden del Sol para premiar al mérito de los que servían la causa emancipadora, contribuyeron a consolidar las bases del poder militar.

Fundó la diplomacia peruana, a través de la gestación y firma de sus dos primeros tratados internacionales, suscriptos en Lima por el ministro de Relaciones Exteriores, Monteagudo, y el plenipotenciario de la Gran Colombia, Joaquín Mosquera. A través de dichos instrumentos, antecedentes doctrinarios del Congreso Anfictiónico de Panamá, ambos países comprometieron a sumar sus esfuerzos en pos de la independencia de España y de toda otra dominación extranjera.

Por otra parte, el 27 de agosto, San Martín abolió el tributo que se pagaba al gobierno español y dispuso que en adelante no se denominara a los aborígenes *indios* o *naturales* sino peruanos. Al día siguiente, declaró suprimidas las quitas, pongos, encomiendas, yanaconazgos y todo otro servicio personal a que eran obligados.

Declaró la libertad de comercio, creó el Banco de Emisión, estableció la Dirección de Minería en reemplazo del antiguo tribunal que regía en la materia; suprimió la Inquisición, adoptó medidas que garantizaban la seguridad individual, sancionó la libertad de imprenta sin sometimiento a censura previa, aprobación

o revisión, como antes se había preocupado por garantizar la inviolabilidad del domicilio, y creó la Biblioteca Nacional del Perú, a la que donó sus propios libros. Manifestó entonces: «La ignorancia es el más sólido apoyo del despotismo». Preocupado por la educación de la mujer, ordenó que se le hiciesen extensivas las ventajas del sistema lancasteriano, pues «sin educación no hay sociedad [...]. La educación de un pueblo sirve de apoyo a las instituciones que se le den».

Nuevas operaciones militares

La situación militar se había estacionado y el Perú se hallaba dividido en dos partes. Los realistas ocupaban la Sierra y a través de sus valles hacia el sur se comunicaban con las fuerzas del Alto Perú. En manos de los independientes estaban la capital, la costa y todo el norte del país.

Antes de la ocupación de Lima se habían realizado dos movimientos ordenados por San Martín desde Huaura: uno hacia la Sierra y otro con destino al sur de la región de la costa, donde debía penetrar por los llamados Puertos Intermedios, es decir, los situados entre El Callao y el sur del Perú. Pero no se logró el éxito previsto.

La primera expedición, dirigida por Arenales, ocupó el valle de Jauja en el mes de mayo, pero como tenía instrucciones de no comprometer a sus efectivos no logró evitar, como era su propósito, que La Serna se uniera con Canterac cuando el ejército realista, dividido en dos fracciones, abandonó la capital para buscar un campo de operaciones propicio a la prolongación de la resistencia en el interior.

La segunda campaña de la Sierra resultó infructuosa y Arenales retornó a Lima mientras el virrey se hacía fuerte en el valle de Jauja, desde donde se trasladó más tarde al Cuzco. La expedición al sur tampoco resultó feliz a pesar de la valerosa conducción de Guillermo Miller y del impulso que le dio lord Cochrane, en cuyas naves fue conducida a los Puertos Intermedios. Se realizó un primer desembarco en Pisco y luego otro en Arica desde donde avanzó Miller hasta Tacna. El 22 de mayo de 1821, obtuvo en Mirave un triunfo sobre los realistas que le salieron al encuentro desde la Sierra, pero al fin debió concentrarse en Ica sin mayores perspectivas de desarrollar una acción más importante a causa de la escasez de efectivos.

Mayor trascendencia alcanzó, después de la declaración de independencia del Perú, el fracaso de una expedición que Canterac intentó a fines de agosto con el doble objeto de sorprender, si era

posible, a los ocupantes de la recién abandonada capital y llevar víveres a la fortaleza de El Callao, donde había quedado aislada una guarnición realista de más de 2.000 hombres y existía gran armamento que el virrey necesitaba recuperar. El 5 de septiembre, Canterac se presentó al sur de Lima, en el valle del Lurín, pero halló que el Ejército Libertador estaba desplegado en línea de batalla por el este y el sur, cubriendo todas las entradas a la capital. No se resolvió a provocar un combate que la inexpugnable posición del adversario hacía presumir muy dudoso.

San Martín, imperturbable, lo dejó desfilar hacia El Callao y le dijo a Las Heras, que estaba a su lado: «¡Están perdidos! ¡El Callao es nuestro! No tienen víveres para quince días. Los auxiliares de la Sierra se los van a comer. Dentro de ocho días tendrán que rendirse o ensartarse en nuestras bayonetas».

Y así fue, a pesar del asombro de Las Heras y la incredulidad de lord Cochrane, que se había encolerizado al contemplar la impavidez del general en jefe. Sus incitaciones de atacar cuanto antes se estrellaron contra la irrevocable decisión de San Martín de esperar hasta que el enemigo se viera obligado a rendirse.

Canterac se dio cuenta de su error apenas se encerró en la fortaleza. Decidió entonces salir de inmediato y retirarse por el norte para ganar a duras penas los faldeos de la Sierra. El 21 de septiembre, la bandera peruana ondeaba en los castillos de El Callao, cuyo jefe, el general La Mar, estrechado con fuerza por los patriotas, debió aceptar los términos de la capitulación que le dictó San Martín. Después de la rendición de aquel imponente reducto, que consolidaba su dominio sobre las provincias liberadas, el Protector del Perú persistió en sus tareas de gobierno.

Pronto debería soportar la defección de lord Cochrane, quien se marchó a Chile con la escuadra y fue recibido como un héroe, a la par que el nombre de San Martín era denostado en diversos ámbitos. A la vez tendría que sufrir el descontento próximo a la insubordinación de varios de los más importantes jefes de su propio ejército, quienes, disgustados por el modo como se repartieron unos premios en dinero otorgados por el municipio de Lima y soliviantados por la inacción bélica, pidieron el retiro. Entre ellos estaban Juan Gregorio de Las Heras y Mariano Necochea. Querían una victoria pronta y decisiva y les indignaban las infructuosas propuestas de paz hechas por San Martín al virrey y a Canterac.

La política peruana

El Protector sentía en carne propia los aguijones provocados por

la situación interna del Perú. Algunos de sus colaboradores, como Monteagudo, eran resistidos entre los políticos pero también entre el pueblo, enardecido contra el ministro, que no era un dechado de prudencia.

Consciente de que el malestar podía revertir sobre la misma causa de la emancipación, buscó dar otra base al gobierno y reavivó sus proyectos de monarquía constitucional, para lo que decidió enviar en comisión a Europa a García del Río y a Paroissien, con la instrucción de obtener la venida de un príncipe de la casa de Sajonia-Coburgo-Gotha. San Martín deseaba cerrar el capítulo de su protectorado para rematar la lucha con una victoria decisiva y volver a su patria, tal vez a la ínsula cuyana, con el fin de transcurrir lo que le quedase de fuerzas junto con su esposa e hija en aquella tierra donde había hallado un clima benévolo y el auténtico amor de su pueblo.

En Lima surgían inventivas sobre sus ambiciones de mando y circulaban caricaturas impresas de tosca factura en que se lo titulaba *el rey José*, en alusión a que finalmente, en lugar de coronar a un extranjero, se sentaría él mismo en el trono peruano.

¿La Protectora?

Entre las invectivas contra San Martín aparentemente figuraba la mención a la influencia que una mujer, Rosita Campusano, tenía en sus actos de gobierno.

Según las crónicas, esta guayaquileña, hija de un rico funcionario y productor de cacao y de una mulata, era bella, de tez blanca y ojos azules, además de inteligente e instruida. Había llegado a Lima en 1817, a los 21 años, como amante de un español acaudalado, lo cual le habría permitido relacionarse con la sociedad limeña. Luego lo fue de un general realista a través del cual obtuvo información militar que suministraba a los patriotas. Esa relación también le habría facilitado ocultar en su casa a desertores del ejército realista para después ayudarlos a llegar al campamento de Huaura. Quienes escribieron sobre ella narran que fue detenida por unos días y que en Lima conoció a la amante de Bolívar, Manuela Sáenz, de la que se hizo gran amiga.

Los que afirman que se vinculó sentimentalmente con San Martín señalan que se conocieron en la fiesta que el Cabildo de Lima ofreció en honor del general y en celebración de la independencia, y que volvieron a verse al día siguiente, cuando el Libertador devolvió atenciones con un baile en el Palacio de los Virreyes.

Enseguida habría surgido una relación apasionada, envuelta en la discreción de la quinta de la Magdalena. Ricardo Palma recoge la conseja en sus *Tradiciones Peruanas*:

> San Martín no dio en Lima motivo de escándalo por aventuras mujeriegas. En esto fue antagónico a su ministro Monteagudo y a Bolívar. Sus relaciones con la Campusano fueron de tapadillo. Jamás se le vio en público con su querida; pero como nada hay oculto bajo el sol, algo debió traslucirse, y la heroína quedó bautizada con el sobrenombre de La Protectora.
> Organizada ya la Orden del Sol [sigue Palma], San Martín, por decreto del 11 de enero de 1822, creó 112 caballeresas seglares y 32 caballeresas monjas, escogidas estas últimas entre las religiosas más notables de los trece monasterios de Lima. Entre las primeras se encontraban las condesas de San Isidro y de la Vega y las marquesas de Torre-Tagle, Casa-Boza, Castellón y Casa-Muñoz.

Entre las 112 damas seglares estaba Rosa Campusano. Si se analiza el aporte de la joven guayaquileña para conseguir información y realizar riesgosas tareas de inteligencia entre los realistas, no caben dudas de que era merecedora de un reconocimiento, aunque la sociedad limeña lo considerara una afrenta. Pese a que el secretario de Cochrane, William B. Stevenson, se refirió con sarcasmo a la distinción de Rosita, suponer en un hombre recto como San Martín la posibilidad de otorgar un premio del Estado para retribuir un momento de idilio, constituye una afrenta a su inteligencia y a su conducta de hombre público y de soldado.

Bibliografía

Archivo de O'Higgins, cit.; *Archivo de San Martín*, cit.; *Documentos para la Historia del Libertador General San Martín*, cit., tomos V-VI; Andrés García Camba, *Memorias del General García Camba para la historia de las armas españolas en el Perú*, Madrid, Imprenta de B. Hortelano, 1846; Tomás Guido, «Negociaciones de Punchauca», en *Biblioteca de Mayo*, cit., tomo V; Samuel Haig, *Bosquejos de Buenos Aires, Chile y el Perú*, cit.; William B. Stevenson, *Narración histórica y descriptiva de veinte años de residencia en Sudamérica*, Santiago de Chile, Ediciones Abya-Yala, 1994.

Félix Best, *Historia de las Guerras Argentinas*, cit., tomo I; José Luis Busaniche, *San Martín visto por sus contemporáneos*, cit.; Carlos Büsser, *La campaña anfibia del General San Martín al Perú*, Buenos Aires, Instituto de Publicaciones Navales, 2012; *Campañas del Libertador general D. José de San Martín, en el bicentenario de su nacimiento*, cit.; Miguel Ángel De Marco, *San Martín y la idea de Justicia*, Rosario, Facultad de Humanidades de Rosario UCA. Centro

de Investigaciones Históricas, Monografías y Ensayos Nº 8, 1971; —, «San Martín, Protector del Perú», en *Gral. José de San Martín. Padre de la Patria. 150 años*, Buenos Aires, Presidencia de la Nación, 2000; Luis Antonio Eguiguren, «San Martín y los tribunales de justicia», en *San Martín. Revista del Instituto Nacional Sanmartiniano*, N° 33, Buenos Aires, 1954; Hugo Raúl Galmarini, *Tomás Guido. «Cuando sentado a la sombra de mis años…»*, cit.; Fernando Gamio Palacio, *El proceso de la emancipación nacional y los actos de la declaración, proclamación y jura de la independencia del Perú*, Lima, 1971; Cristian García-Godoy, *San Martín y Unanue en la liberación del Perú*, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1983; Thomas N. Hudson, *The Honourable Warrior. The Career of General William Miller who fought with Wellington, San Martín and Bolívar (1795-1861)*, Edinburgh, Pentland Books, 2001; Carlos Ibarguren, *San Martín íntimo. El hombre y su lucha*, cit.; *La Orden del Sol del Perú*, Lima, Instituto Sanmartiniano del Perú, 1971; Germán Leguía y Martínez, *Historia de la Emancipación del Perú. El Protectorado*, vol. IV, Lima, Publicaciones de la Comisión Nacional del Sesquicentenario del Perú, 1974; Sergio Fernández Larraín, *O'Higgins*, cit.; John Lynch, *San Martín. Soldado argentino, héroe americano*, cit.; Sergio Martínez Baeza, *Vida del general Juan Gregorio de Las Heras, 1780-1866*, cit.; Samuel W. Medrano, *El Libertador José de San Martín*, cit.; Bartolomé Mitre, *Historia de San Martín…*, cit.; Eugenio Orrego Vicuña, *O'Higgins: vida y tiempo*, cit.; José Pacífico Otero, *Historia del Libertador…*, cit.; Ricardo Palma, *Tradiciones peruanas completas*, Buenos Aires-México, Aguilar, 1968; Patricia S. Pasquali, *San Martín. La fuerza de la misión…*, cit.; —, *San Martín confidencial…*, cit.; Mariano Felipe Paz Soldán, *Historia del Perú independiente*, Buenos Aires, Instituto Nacional Sanmartiniano, 1962; José Agustín de la Puente Candamo, *San Martín y el Perú. Planteamiento doctrinario*, Buenos Aires, Nueva Mayoría, 2000; Carlos Ramos Núñez, «La obra jurídica del Libertador José de San Martín en el Perú», *Cuadernos de Historia*, Córdoba, Academia Nacional de Derecho y Ciencias Sociales. Instituto de Historia del Derecho y de las Ideas Políticas Roberto I. Peña, N° 21, Córdoba, 2011; Isidoro J. Ruiz Moreno, *Campañas militares argentinas*, cit., tomo I; Diego Alejandro Soria, *Las campañas militares del general San Martín*, cit.; Scarlet O'Phelan Godoy, *San Martín y su paso por el Perú*, Lima, Fondo Editorial del Congreso del Perú, 2010.

Encuentro con Bolívar y retorno a la patria

San Martín percibía que los esfuerzos realizados hasta entonces no eran suficientes para concluir la guerra en el Perú. Por más que lo confortaba la certeza de que la emancipación era un hecho irrevocable, consideraba forzoso evitar la prolongación de una contienda devastadora. La solución residía en una acción concertada con Simón Bolívar.

El venezolano había avanzado sobre el sur de Colombia y Ecuador luego de su brillante victoria en la sabana de Carabobo (21 de junio de 1821), pero sus tropas se hallaban paralizadas en Pasto, donde los realistas habían organizado una defensa formidable. El joven general Antonio José de Sucre, hijo dilecto de Cumaná y uno de los jefes preferidos de Bolívar, debió trasladarse por mar hasta Guayaquil al frente de fuerzas colombianas para atacar desde el sur al capitán general Aymerich y reducir ese núcleo de la resistencia, pero sus fuerzas eran insuficientes para alcanzar su objetivo. Consciente de sus limitaciones, en mayo de aquel año le pidió ayuda a San Martín para la campaña que iba a iniciar sobre Quito. Derrotado en la batalla de Huachi, Sucre le reiteró su angustiosa solicitud en octubre, por lo que el Protector, que había organizado una división en Trujillo, decidió concurrir con tropas a la lucha en que se decidiría la libertad del Ecuador.

Hacía tiempo que San Martín mantenía vínculos epistolares con Bolívar. Apenas desembarcado en Pisco, le escribió una carta que el Libertador de Colombia contestó con resonantes palabras: «Este momento lo había deseado con toda mi vida; y sólo el de abrazar a vuestra excelencia y el de reunir nuestras banderas puede serme más satisfactorio».

En agosto de 1821, volvió a dirigirse al Protector:

> Vuestra excelencia debe creerme: después del bien de Colombia nada me ocupa tanto como el éxito de las armas de vuestra excelencia, tan dignas de llevar sus estandartes gloriosos dondequiera que haya esclavos que se abriguen a su sombra.

Y el 15 de noviembre, desde Bogotá, Bolívar apoyó la instancia de Sucre y le solicitó a San Martín que remitiera la división a Guayaquil para oponerse, codo con codo, a los nuevos esfuerzos del enemigo.

Delegación del mando

Dos meses más tarde, el 19 de enero de 1822, el Protector delegó el mando en el marqués de Torre Tagle y se puso de nuevo al frente del ejército, tras despachar una expedición sobre el valle de Ica comandada por los coroneles Domingo Tristán y Agustín Gamarra con la esperanza de golpear en forma rotunda a los realistas. Poco después, el 8 de febrero, se embarcaba hacia Guayaquil en procura de una entrevista con Bolívar. Ya había autorizado la marcha de 1.300 hombres al mando del coronel Andrés Santa Cruz para incorporarse a las fuerzas de Sucre, pero sin acceder a entregarle el veterano batallón Numancia que éste le había pedido.

Antes de partir, San Martín informó las razones de su viaje a los peruanos:

> La causa del Continente Americano me lleva a realizar un designio que halaga mis más caras esperanzas. Voy a encontrar en Guayaquil al Libertador de Colombia. Los intereses generales del Perú y de Colombia, la enérgica terminación de la guerra y la estabilidad del destino a que con rapidez se acerca la América hacen nuestra entrevista necesaria ya que el orden de los acontecimientos nos ha constituido en alto grado responsables del éxito de esta sublime empresa.

Mientras tanto, sus comisionados fracasaban en su intento de conseguir la adhesión de O'Higgins al plan monárquico, no porque hubiera dejado de ser un amigo incondicional del Libertador sino porque su gobierno se hallaba muy desgastado y no quería arriesgar el poco crédito que le quedaba en apoyo de una gestión impopular.

El director chileno le escribió con tajante franqueza:

> Los chismes y los cuentos han abundado aquí respecto de nosotros, esparcidos principalmente por los oficiales del ejército que han venido descontentos. Las especies más absurdas y groseras eran creídas por personas que parecían sensatas; como son la disolución de todos los cuerpos de Chile y su distribución entre los de los Andes; la tentativa de querer hacer mudar bandera a la escuadra y otras por este tenor. Así es que los ánimos estaban irritados contra usted y sus consejeros y que se recibió con regocijo la noticia de lo ejecutado por Cochrane en Ancón […] yo debo continuar hablando a usted con franqueza sobre cuanto pueda interesarle. El mismo Echeverría me ha mostrado cartas de Zañartú [el representante diplomático de Chile] en que le avisa que tiene usted muchos enemigos en Buenos Aires aun en la administración presente, y lo creo según noticias que por otro conducto he adquirido. El único amigo que parece tiene usted en el otro lado es [el coronel Juan Bautista] Bustos, el cual defiende a usted a capa y espada, con la mira (según dice) de que nombren a usted director por las provincias federadas y quedar él de delegado.

La entrevista no resultó posible en aquel momento ya que

Bolívar fue retenido por urgencias de la guerra, y San Martín debió regresar en la mitad del viaje, pero ello no impidió que fuese él quien iniciara tan indispensable cooperación. A principios de febrero, la división auxiliar entraba en las provincias ecuatorianas de Loja y Cuenca y se incorporaba a las fuerzas de Sucre. Poco después, como resultado de dos acciones de efectos contundentes, Riobamba, el 21 de abril de 1822 —en la que los granaderos a las órdenes de Juan Lavalle bajo el mando supremo de Sucre derrotaron a fuerzas realistas superiores en número mediante épicas cargas de caballería, a la que se sumaron luego los Cazadores y Dragones montados—, y Pichincha, el 24 de mayo de 1822, se logró la capitulación de Aymerich y las huestes patriotas se apoderaron de Quito. Bolívar, que había obtenido una victoria en Bomboná sobre los realistas de Pasto aun a costa de ingentes pérdidas, entró recién a mediados de junio a la capital del Ecuador.

Quito quedó incorporado de hecho a la República de Colombia. Concluía de esa manera la guerra emancipadora en el norte del subcontinente y Bolívar se apresuraba a comunicárselo a San Martín, agregando que su ejército estaba pronto a acudir donde sus hermanos lo llamaran.

Al conocer los resultados de la campaña, el Protector le escribió a O'Higgins:

> Este golpe feliz ha hecho tomar un nuevo aspecto a la guerra de este país. Sin embargo, como las posiciones de la sierra que ocupa el enemigo las puede disputar palmo a palmo y por otra parte la terquedad de los españoles es bien conocida, creo que el modo de negociar la paz con ellos es llevarles la guerra a la misma España. Por lo tanto, estoy resuelto a que las fragatas *Prueba* y *Venganza* y la goleta *Macedonia* salgan de ésta a principios de agosto con destino a Europa a arruinar del todo el comercio español. Creo que sería muy del caso, tanto por el honor de Chile como por el interés general, que si usted puede unir a estas fuerzas algunas de ese estado la expedición tendría los mejores resultados [...]. Las ventajas de esta empresa no se le pueden ocultar, pues sus resultados necesariamente deben ser felices y de una gran utilidad para pasar el resto de los días que nos queden sin tener que mendigar.

Por cierto, se refería a una contundente campaña corsaria como la que su antiguo granadero y ahora oficial naval peruano Bouchard había protagonizado por los mares del orbe. Pero no hallaría eco del lado chileno. Además, el país necesitaba de los buques comandados en jefe por el almirante Martín Guisse para defender sus costas de ataques adversarios.

Derrota militar e intrigas políticas

A su regreso de la frustrada entrevista con Bolívar, San Martín

había sufrido el impacto de graves noticias que llegaban de distintas partes y que lo hacían sentirse como en un mar de zozobras.

Sus fuerzas habían sido derrotadas con grandes pérdidas en la acción de Macacona, durante la campaña de Ica (7 de abril). El campo había quedado cubierto de cadáveres. Mil hombres se habían rendido al enemigo y dejado en sus manos todos los animales de carga y silla, la artillería, 2.000 fusiles y el parque. Fue, como dice Félix Best, «un lance aniquilador debido principalmente a la ineptitud de los jefes independientes». Canterac aprovechó el triunfo y mantuvo bajo su dominio a toda la provincia.

El Libertador comprendió que era indispensable modificar el curso de la guerra, proclamó al ejército exhortándolo a vengar el ataque con el filo de sus bayonetas, y se dirigió al pueblo para decir que en una larga campaña no todo era prosperidad:

> No intento buscar consuelo en los mismos contrastes, pero me atrevo a asegurar que el imperio de los españoles terminará en el Perú el año 22. Voy a haceros una confesión ingenua: pensaba retirarme a buscar el reposo después de tantos años de agitación, porque creía asegurada vuestra independencia. Ahora asoma algún peligro, y mientras haya la menor apariencia de él no me separaré de vosotros hasta veros libres.

De inmediato, trazó su plan de operaciones. Contemplaba atacar al enemigo por Puertos Intermedios, mientras el general Arenales lo haría por la sierra central. Contaba para ello con el auxilio que esperaba le proporcionara Bolívar desde Colombia.

En forma simultánea, despachó como comisionado ante las provincias argentinas al coronel Antonio Gutiérrez de la Fuente para organizar, de acuerdo con el coronel José María Pérez de Urdininea, una división que marchara al Alto Perú en combinación con la expedición que al mando del general Rudecindo Alvarado debía invadir el Bajo Perú por Puertos Intermedios.

Se trataba de un plan complejo que no concernía exclusivamente a San Martín. En estas operaciones no podría desarrollar una actividad casi personal como había ocurrido con la preparación y el desarrollo de la campaña de los Andes. En efecto, el éxito no sólo dependía de las fuerzas a su inmediato mando sino del apoyo de los estados argentinos y del inescrutable Simón Bolívar. Para develar hasta qué grado podía contar con el caraqueño le urgía entrevistarse con él.

Mientras tanto, había procurado desbrozar el sin duda difícil camino que ofrecían las ahora provincias desunidas del Río de la Plata. No estaban ya para ofrecerle su apoyo, su consejo y aun sus espadas, sus fieles amigos Belgrano, fallecido el 20 de junio de

1820, y Güemes, muerto en Salta el 17 de junio de 1821 como consecuencia de una emboscada realista.

Al comenzar su nueva campaña, San Martín le escribió a Godoy Cruz desde Pisco para pedirle apoyo. Otro tanto hizo con Bustos:

> A fin de que haciéndose cargo de la necesidad urgentísima de que esas provincias, cuna del patriotismo, ya formen un cuerpo social respetable, interese eficazmente sus empeños para que se reúna desde luego el congreso soberano de los representantes de todas ellas y se erija la autoridad central. Entonces será que reasumiendo sus derechos que les dan sus esfuerzos y sacrificios rendidos a la causa de la libertad puedan concurrir a establecer la unión y la paz, y a constituir la grande nación de Sud América.

El general cordobés había hecho valer el pensamiento de San Martín sobre los males de la guerra civil al enviar a sus mediadores al Litoral. Éstos habían logrado concertar la paz definitiva entre Santa Fe y Buenos Aires el 24 de noviembre de 1820 mediante el Tratado de Benegas, en que se convino además la convocatoria de un congreso en Córdoba para organizar federativamente la nación.

Pero en Buenos Aires quien gobernaba realmente era Bernardino Rivadavia, ministro de Gobierno y Relaciones Exteriores, aunque el primer mandatario fuese el general Martín Rodríguez. Su influencia en las diversas esferas del Estado era total.

Además de la postura aislacionista que había asumido esa provincia después de haber impulsado por más de una década la brega por la libertad de América del Sur, se alzaba como una infranqueable barrera el rencor de Rivadavia y sus amigos hacia el Libertador, que tenía su origen en la revolución del 8 de octubre de 1812. La Logia, que había sido reorganizada, seguía esa misma línea. Así se lo informó confidencialmente el diplomático chileno Zañartú, al director O'Higgins:

> Esta institución traicionada por muchos de sus miembros fue renovada posteriormente por algunos de los antiguos h ∴ [hermanos masones] con agregación de otros varios. Sus objetos son muy diferentes y su eje principal el provincialismo. Aquellos ∴ con agregación de otros varios. Sus objetos son muy diferentes y su eje principal el provincialismo. Aquellos amigos que mirábamos en grande en bien de la América nos habíamos declarado contra esas ideas mezquinas del nuevo orden, quedamos excluidos, aunque no enemistados y por lo mismo en buena proporción de observar la marcha de los nuevos cofrades [...]. Los nuevos socios conservan muchas relaciones con Las Heras, el cual les ha escrito desde Lima y aún hay suspicaces que se avanzan a creer que fue sugerido por éstos para hacerle revolución a San Martín. Yo no lo creo, pero es bueno estar aun en los indicios cuando se trata de cosas tan importantes. Lo indudable es que Las Heras es el héroe para los enemigos de Chile y de San Martín, y los nuevos lógicos lo son.

Rivadavia logró frustrar los planes de Bustos cuando en abril de

1822 suscribió con las provincias litorales el Tratado del Cuadrilátero, por el cual se desarticuló el intento de organización que aquél impulsaba al decidirse la no concurrencia de los representantes de las partes signatarias al «diminuto Congreso de Córdoba». El mismo Zañartú explicaba, refiriéndose a los logistas de estrechas miras:

> No pueden sufrir que San Martín se cubra de tanta gloria, después que les desobedeció en no venir a mezclarse en la montonera, como querían, acaso para fusilarlo. Por esta misma razón, a mi juicio, no quieren congreso porque suponen nombre a San Martín director, y aunque no temen que éste venga, temen que el nombramiento y la propiedad del director le dé sobre el sustituto y sobre el Estado una gran influencia.

El Protector no deseaba reasumir sus funciones, pues se sentía obligado a poner fin a la lucha armada y tras ello alejarse del escenario peruano. Los conatos de insubordinación registrados en su propio ejército, las premiosas necesidades económicas del erario, y sobre todo las inventivas acerca de su presunta ambición de perpetuarse en el poder, no sólo laceraban su espíritu sino que hacían mella en su castigado físico. Por otro lado, se acrecentaba la acción del grupo republicano. Decidió, pues, mantener a Torre Tagle en el mando político.

Cabe insistir en que al asumir el protectorado se había fijado un plazo para evitar la fractura de la sociedad. Así se lo había manifestado a O'Higgins:

> Los amigos me han obligado terminantemente a encargarme de nuestro gobierno y he tenido que hacer el sacrificio, pues conozco que de no ser así el país se envolvería en la anarquía. Espero que mi permanencia no pasará de un año.

Para ratificar ese propósito del general, Monteagudo, en la *Memoria* que publicó desde su exilio en Quito (1822), afirmó:

> Los jefes del ejército saben que cuando llegamos a Pisco, todos exigimos de él el sacrificio de ponerse a la cabeza de la administración si ocupábamos Lima, porque creíamos que éste era el único medio de asegurar el éxito en las campañas militares: él se decidió a ello con repugnancia y siempre por un tiempo limitado.

Sus colaboradores más cercanos estaban convencidos de que San Martín no cambiaría de idea. Al respecto, el ministro García del Río le había escrito el 21 de marzo de 1822, cuando se hallaba en marcha hacia la frustrada entrevista con el libertador venezolano:

> Personas hay aquí que creen que usted se ha ido de puro aburrido y que en lugar de tener la entrevista con Bolívar, sólo ha sido éste un pretexto para marcharse a Europa. Otros creen que usted ha tenido que ceder a la necesidad

y aparentar que renunciaba para evitar el golpe de una revolución; y como la causa perdería mucho con que esta voz se generalizase y, por otra parte, no hay para qué dar margen a que se alegren nuestros enemigos, me parece absolutamente indispensable que cuando usted regrese de su viaje, entre otra vez en el mando y se reciba de él con la mayor solemnidad posible; en seguida proceda usted a la apertura del Congreso; y allí puede renunciar el mando político, sin que entonces tenga nadie que morder a usted ni quede lugar a creer que el paro ha sido forzado.

Intento de negociación con el virrey La Serna

El éxito de Bolívar indujo a San Martín a intentar una última negociación con el virrey La Serna. Éste reconocería la independencia del Perú y a cambio se otorgarían franquicias comerciales a los españoles. Le escribía el 14 de julio de 1822 en estos términos:

La guerra de América ha tomado ya un carácter tan decidido que aun suponiendo alguna vicisitud parcial en el territorio del Perú no podría poner en peligro los intereses generales. La situación de vuestra excelencia es hoy por lo mismo nueva en todo respecto, así porque el dominio español está limitado a las provincias que ocupan las armas de vuestra excelencia, como porque la Península ni puede, ni quiere ya hacer la guerra a los americanos […] la victoria de Pichincha deja a vuestra excelencia enteramente aislado […]. El Congreso constituyente está próximo a reunirse; y apenas se instale cumpliré mi palabra resignando el mando supremo, porque ya han cesado las circunstancias que exigieron de mí el sacrificio de ponerme al frente de la administración. Pero antes quiero dejar marcado el último período de ella con una nueva transacción que la política de España y la fortuna de las armas de América sugieren como el último partido racional y decoroso para salvar los intereses de ambas partes.

Pero el virrey distaba de ser irresoluto como su antecesor Pezuela. Conocía muy bien la débil situación militar de San Martín y la superioridad de sus medios por lo que rechazó con dura lógica su propuesta:

Prescindo de si el gobierno supremo de la nación no puede ni quiere hacer la guerra a los americanos disidentes; y de si el general Aymerich ha sido o no batido en Quito, porque sea de esto lo que fuere lo que no tiene duda y nadie puede negar es que las armas que vuestra excelencia manda no ocupan sino una muy pequeña parte del Perú. Esto es notorio, y también lo es que si mi situación es nueva como vuestra excelencia dice, ella es la que ha librado al Perú de los males que le amenazaban a principios del año próximo pasado de 1821 […] permítame vuestra excelencia decirle que no estoy en el caso de que expresión alguna sea capaz de alucinarme con respecto a la fuerza física y moral con que puede contar para llevar adelante sus ideas, por tener noticias bastante exactas de la fuerza física de vuestra excelencia y datos positivos de que en la moral no sólo no hay en favor de las miras de vuestra excelencia ese torrente que supone, sino que en el día la tiene muy reducida.

Hacia Guayaquil

Sin conocer la respuesta de La Serna, San Martín decidió jugar su última carta militar en una franca conversación con Bolívar y se embarcó en la goleta *Macedonia* el 25 de julio. Estaba convencido de la sinceridad de los ofrecimientos del venezolano y creía que con la ayuda de su victorioso ejército sería posible derrotar a los realistas del Perú. Confiaba además en el respeto a los recientes tratados de Confederación que unían al pueblo que regía con los que presidía el héroe venezolano.

Si bien no podía engañarse sobre su situación de debilidad por la falta de apoyos en la Argentina y en Chile, consideraba que Bolívar no la tendría en cuenta a la hora de marchar juntos hacia el triunfo final. No le importaba subordinarse al venezolano si con ello sus fuerzas hacían causa común contra La Serna.

Pensaba también en aprovechar la ocasión para discutir las bases constitutivas de los nuevos Estados hispanoamericanos y el particular estatus de Guayaquil. Tras declarar su independencia, esta provincia se había puesto bajo la protección del Perú pues existía una estrecha vinculación humana y comercial entre ella y Piura. San Martín había respetado su determinación por cuanto la opinión estaba dividida, ya que otro sector pugnaba por la anexión a Colombia fundándose en que el territorio había formado parte de la Presidencia de Quito y que ésta era una dependencia del Virreinato de Nueva Granada.

Cuando el 25 de julio el Protector arribó a la isla de Puná, se enteró con sorpresa que Bolívar había entrado en la ciudad el 11 de ese mes y tomado el mando político y militar tras disolver la junta de gobierno que la regía. A su vez, el Libertador del Norte, al conocer la presencia del Protector a orillas del Guayas, le remitió varias comunicaciones pidiéndole que siguiera camino hacia la ciudad que gracias a su golpe de mano había pasado a ser parte de Colombia.

El 26, se produjo el desembarco del general argentino. Ambos se abrazaron y mantuvieron dos cortas entrevistas: una en el alojamiento de San Martín y otra en la residencia de Bolívar. Al día siguiente, volvieron a conferenciar a puertas cerradas durante cuatro horas y más tarde asistieron a un espléndido banquete.

Bolívar era de estatura un poco menor que la de San Martín. Su cuerpo, extremadamente delgado, exteriorizaba los padecimientos de campañas signadas por las penurias y las prolongadas marchas, además de los estragos de una antigua sífilis y de la tuberculosis. Su rostro alargado, dice el coronel inglés Gustavus Hippisley, distaba

de ser simpático y presentaba «todos los síntomas de la inquietud, de la ansiedad y hasta podría agregarse del desaliento y la desesperación». Aún utilizaba bigote y su cabello comenzaba a ralear. Poseía maneras cultas, como recordó el mismo San Martín en diálogo con Domingo Faustino Sarmiento, pero cuando hablaba no miraba a la cara.

Ya conocemos los rasgos del Libertador del Sur, quien posiblemente no tardó en sentirse incómodo y frustrado por las respuestas de Bolívar.

Llegado el momento de alzar las copas en aquella esplendorosa recepción, el venezolano dijo: «Brindo, señores, por los dos hombres más grandes de la América del Sur, el general San Martín y yo». El argentino debió turbarse ante esas palabras y sólo respondió: «Por la pronta terminación de la guerra, por la organización de las nuevas Repúblicas del Continente y por la salud del Libertador».

Después de un descanso, ambos próceres asistieron al baile organizado por la municipalidad, durante el cual San Martín se mantuvo como espectador y con aire preocupado, mientras Bolívar bailaba sin cesar. Finalmente, el Protector le manifestó reservadamente a su edecán, el teniente coronel Rufino Guido: «Llame usted al teniente coronel [Salvador] Soyer [el otro edecán]: ya no puedo soportar este bullicio». Se despidió de su anfitrión y se retiró con sus subordinados sin que nadie lo notara. Enseguida se embarcó en la *Macedonia*, que en esa misma madrugada del 28 puso proa hacia Lima.

Sarmiento anota en sus reminiscencias de su encuentro con el ya anciano San Martín, que éste le manifestó:

> «El objeto de mi visita era muy simple. Desde luego la anexión de Guayaquil, que había dado ocasión de desavenencias. Nuestra misión como generales, le decía yo, es sólo vencer a los españoles, y era necesario reunir nuestras fuerzas. Iba, pues, a ofrecerle el mando en jefe de ambos ejércitos, poniéndome yo a sus órdenes. A todo esto, Bolívar oponía que él dependía absolutamente del Congreso de su país y que no podía arreglar nada de por sí.» San Martín me decía, al referirme esto «Imagínese usted que yo lo dominaba de todo mi busto, y estaba viendo a aquel hipócrita, confuso, mirando a un lado mientras daba estas pueriles excusas, para disimular su deseo de mandar solo. No pude arrancarle una respuesta clara y la conferencia terminó sin arribar a resultado alguno».
>
> «A la noche se presentó [añadió San Martín] un general en mi dormitorio a ofrecerme el mando del ejército colombiano en nombre de todos los generales del ejército, cansado, decía, del despotismo y falta de miramientos de Bolívar. Contestele que todo el servicio que podía hacerle era no dar aviso inmediatamente a Bolívar de aquel designio que desaprobaba altamente, conjurándole a permanecer en los límites de la subordinación».
>
> El general Mosquera, hoy presidente de los Estados Unidos de Colombia [sigue

Sarmiento], decía en Chile a propósito del sistema militar o más bien de caudillo de Bolívar: «Cuando nos reunimos al ejército del Perú, vimos por la primera vez, jerarquía militar, respetados y considerados jefes y oficiales, según sus títulos. Nuestro ejército se componía de un jefe absoluto, Bolívar, y de soldadesca. Los jefes éramos tratados como los soldados, a veces peor».

Lo cierto es que San Martín volvió defraudado en sus expectativas, pues el venezolano sólo se había mostrado dispuesto a devolver, sin agregar un hombre, la cooperación prestada en la última campaña mediante la división auxiliar del Perú. El Protector regresaba convencido de que su presencia era el único obstáculo para una colaboración más decisiva de Bolívar.

Al mes de la entrevista, le escribiría no sólo «con la franqueza de mi carácter, sino con la que exigen los grandes intereses de América»:

Los resultados de nuestra entrevista no han sido los que me prometía para la pronta terminación de la guerra. Desgraciadamente, yo estoy íntimamente convencido, o que no ha creído sincero mi ofrecimiento de servir bajo sus órdenes con las fuerzas de mi mando, o que mi persona le es embarazosa. Las razones que usted me expuso de que su delicadeza no le permitirá jamás mandarme y que aun en el caso de que esta dificultad pudiese ser vencida, estaba seguro que el congreso de Colombia no consentiría su separación de la República, permítame general le diga, no me han parecido plausibles. La primera se refuta por sí misma. En cuanto a la segunda, estoy muy persuadido que la menor manifestación suya al Congreso sería acogida con unánime aprobación, cuando se trata de finalizar la lucha en que estamos empeñados, con la cooperación de usted y del ejército de su mando; y que el alto honor de ponerle término refluirá tanto sobre usted como sobre la república que preside.

Después le advertía:

No se haga usted ilusión, general. Las noticias que tiene de las fuerzas realistas son equivocadas; ellas montan en el Alto y Bajo Perú a más de diecinueve mil veteranos, que pueden reunirse en el espacio de dos meses. El ejército patriota, diezmado por las enfermedades, no podrá poner en línea de batalla sino 8.500 hombres y, de éstos, una gran parte reclutas. La división del general Santa Cruz (cuyas bajas según me escribe este general no han sido reemplazadas a pesar de sus reclamaciones) en su dilatada marcha por tierra, debe experimentar una pérdida considerable, y nada podrá emprender en la presente campaña. La división de 1.400 colombianos que usted envía será necesaria para mantener la división del Callao y el orden de Lima. Por consiguiente, sin el apoyo del ejército de su mando, la operación que se prepara por puertos intermedios no podrá conseguir las ventajas que debían esperarse, si fuerzas poderosas no llamaran la atención del enemigo por otra parte, y así la lucha se prolongará por un tiempo indefinido. Digo indefinido porque estoy íntimamente convencido que sean cuales fueren las vicisitudes de la presente guerra, la independencia de América es irrevocable; pero también lo estoy, de que su prolongación causará la ruina de sus pueblos y es un deber sagrado para los hombres a quienes están confiados sus destinos,

evitar la continuación de tamaños males.
En fin, general, mi partido está irrevocablemente tomado. Para el 20 del mes entrante he convocado el primer congreso del Perú y al día siguiente de su instalación me embarcaré para Chile, convencido de que mi presencia es el solo obstáculo que le impide a usted venir al Perú con el ejército de su mando. Para mí hubiese sido el colmo de la felicidad terminar la guerra de la independencia bajo las órdenes de un general a quien la América debe su libertad. El destino lo dispone de otro modo y es preciso conformarse.

Más adelante le reprochaba:

Nada diré a usted sobre la reunión de Guayaquil a la república de Colombia. Permítame, general, que le diga que no era a nosotros a quienes correspondía decidir. Concluida la guerra, los gobiernos respectivos lo hubieran transado, sin los inconvenientes que en el día pueden resultar a los intereses de los nuevos estados de Sud América.
He hablado a usted, general, con franqueza, pero los sentimientos que expresa esta carta quedarán sepultados en el más profundo silencio; si llegasen a traslucirse, los enemigos de nuestra libertad podrían prevalerse para perjudicarla y los intrigantes y ambiciosos para soplar la discordia.

Bolívar reconocería tardíamente (noviembre de 1824) en carta a Sucre:

Hay que tener en cuenta que el genio de San Martín nos hace falta y sólo ahora comprendo por qué cedió el paso para no entorpecer la libertad que con tanto sacrificio había conseguido para los tres pueblos.

El Libertador abandona el Perú

El 25 de julio de 1822, aprovechando la ausencia de San Martín, se produjo en Lima el estallido de un movimiento contra el ministro Monteagudo, dirigido por su adversario José Riva Agüero, a quien el Libertador llamaría «despreciable persona», que exigió al delegado Torre Tagle la exoneración del fogoso tucumano. Éste fue enviado a prisión y con posterioridad deportado a Quito y Panamá. Mientras tanto, el ejército, al mando de Rudecindo Alvarado, se mantenía prescindente, lo cual garantizaba el éxito de la revuelta: desde la partida de San Martín se había acentuado la desmoralización de sus efectivos, carentes de lo más indispensable. Si el motivo aparente era la expulsión del controvertido colaborador de San Martín, el objetivo final era la renuncia del propio Protector, quien reasumió el mando el 20 de agosto y apresuró la convocatoria del Congreso.

Un mes más tarde, tuvo lugar su solemne instalación. Ante esa asamblea, el Protector se despojó de los atributos materiales del mando con estas palabras:

Al deponer la insignia que caracteriza al Jefe Supremo del Perú, no hago sino

> cumplir con mis deberes y con los votos de mi corazón. Si algo tienen que agradecerme los peruanos, es el ejercicio del poder que el imperio de las circunstancias me hizo obtener [...]. Desde este momento queda instalado el congreso soberano y el pueblo reasume el poder en todas sus partes.

Después de entregar dicha presea, presentó su renuncia y subrayó:

> El placer del triunfo para un guerrero que pelea por la felicidad de los pueblos, sólo le produce la persuasión de ser un medio para que ellos gocen de sus derechos. Un encadenamiento prodigioso de circunstancias ha hecho ya indudable la suerte futura de América; y la del pueblo peruano sólo necesitaba de la representación nacional para fijar su permanencia y prosperidad. Mi gloria está colmada cuando veo instalado el Congreso Constituyente; en él dimito el mando supremo que la necesidad me hizo tomar. Si mis servicios por la causa de América merecen consideración al Congreso, yo los represento hoy, sólo con el objeto de que no haya un solo sufragante que opine por mi continuación al frente del gobierno.

El Congreso lo llamó «el primer soldado de la libertad», lo nombró generalísimo de los ejércitos, le votó una pensión vitalicia de 9.000 pesos anuales, le acordó el título de Fundador de la Libertad del Perú y resolvió se le erigiese una estatua con inscripciones referentes a sus elevados servicios a la nación.

Esa misma tarde, San Martín, acompañado por Tomás Guido, fue a descansar a la quinta de la Magdalena. Anochecía cuando le expresó a su fiel colaborador:

> Hoy es, mi amigo, un día de verdadera felicidad para mí; me tengo por un mortal dichoso; está colmado mi anhelo; me he desembarazado de una carga que no podía sobrellevar, y dejo instalada la representación de los pueblos. Ellos se encargarán de su propio destino, exonerándome de una responsabilidad que me consume.

En aquel momento se acercó un ordenanza y le hizo saber que una comisión del Congreso pedía hablarle. Según Guido, su fisonomía cambió por completo. Los hizo pasar y escuchó el pedido de la asamblea de que retirara su renuncia y retomara el gobierno. Pero se mantuvo firme y los diputados se despidieron apesadumbrados. Regresaron y recibieron la misma respuesta.

San Martín se retiró a su habitación y al rato llamó de nuevo a su amigo para preguntarle de muy buen humor qué mandaba para su señora en Chile. Agregó: «El pasajero que conducirá encomiendas o cartas las cuidará y entregará puntualmente». Al preguntarle su interlocutor de quién se trataba, respondió: «El conductor soy yo, ya están listos mis caballos para pasar a Ancón y esta misma noche zarparé del puerto».

Guido, desconcertado y afligido, le expuso las funestas

consecuencias de esa actitud, que reputaba fatal para la lucha por la independencia americana y para la libertad de los pueblos.

San Martín, profundamente conmovido, le respondió:

> Todo lo he meditado, no desconozco ni los intereses de América ni mis deberes, y me devora el pesar de abandonar camaradas que quiero como a hijos y a los guerreros patriotas que me han ayudado en mis afanes: pero no podría demorarme un solo día sin complicar mi situación; me marcho. Nadie, amigo, me apeará de la convicción en que estoy de que mi presencia en el Perú acarrearía peores desgracias que mi separación. Así me lo presagia el juicio que he formado de lo que pasa dentro y fuera de este país. Tenga usted por cierto que por muchos motivos no puedo ya mantenerme en mi puesto, sino bajo condiciones decididamente contrarias a mis sentimientos y a mis convicciones más firmes. Voy a decirlo: una de ellas es la inexcusable necesidad a que me han estrechado, si he de sostener el honor del ejército y su disciplina, de fusilar algunos jefes; y me falta valor para hacerlo con compañeros de armas que me han seguido en los días prósperos y adversos.

Guido intentó refutarlo pero el Libertador acentuó sus argumentos:

> Aprecio los sentimientos que acaloran a usted: pero en realidad hay una dificultad mayor que yo no podría vencer sino a expensas del país y de mi propio crédito, y a tal cosa no me resuelvo. Lo diré a usted sin doblez: Bolívar y yo no cabemos en el Perú, he penetrado sus miras arrojadas; he comprendido su desabrimiento por la gloria que pudiera caberme en la prosecución de la campaña; él no excusará medios por audaces que fuesen para penetrar a esta República seguido de sus tropas, y quizá entonces no me sería dado evitar un conflicto a que la fatalidad pudiera llevarnos, dando así al mundo un humillante escándalo. Los despojos del triunfo, de cualquier lado a que se inclinase la fortuna, los recogerían los maturrangos, nuestros implacables enemigos, y apareceríamos convertidos en instrumentos de pasiones mezquinas. No seré yo, mi amigo, quien deje tal legado a mi patria, y preferiría perecer antes de hacer alarde de laureles recogidos a semejante precio. ¡Eso no!, entre tanto puede el general Bolívar aprovechar de mi ausencia; si lograse afianzar en el Perú lo que hemos ganado, y algo más, me daré por satisfecho; su victoria sería, de cualquier modo, victoria americana.

Y agregó enfáticamente:

> No, no será San Martín quien contribuya con su conducta a dar un día siquiera de zambra [fiesta] al enemigo, contribuyendo a franquearle el paso para saciar su venganza.

Le recomendó a Guido que no se alejara del general José de La Mar, presidente de la Superior Junta Gubernativa del Perú, y que continuara al servicio de la causa de libertad de aquel país.

Luego de abrazarlo estrechamente montó su caballo y acompañado por su pequeña escolta marchó al galope hacia Ancón.

Antes de partir había dejado este postrer mensaje a los peruanos:

> Presencié la declaración de la independencia de los Estados de Chile y del

Perú. Existe en mi poder el estandarte que trajo Pizarro para esclavizar el Imperio de los Incas, y he dejado de ser hombre público: he aquí recompensados con usura diez años de revolución y de guerra.
Mis promesas para con los pueblos en que he hecho la guerra están cumplidas: hacer su independencia y dejar a su voluntad la elección de sus gobiernos.
La presencia de un militar afortunado, por más desprendimiento que tenga, es temible a los Estados que de nuevo se constituyen; por otra parte, ya estoy aburrido de oír decir que quiero hacerme soberano. Sin embargo, siempre estaré pronto a hacer el último sacrificio por la libertad del país, pero en clase de particular, y no más.
En cuanto a mi conducta pública, mis compatriotas —como en lo general de las cosas— dividirán sus opiniones; los hijos de éstos darán el verdadero fallo.

San Martín, ya embarcado en el *Belgrano*, escribió dos cartas de despedida, una al general Alvarado y otra a Guido. Esta última se encuentra en el archivo de la Academia Nacional de la Historia y expresa:

Mi amigo: usted me acompañó de Buenos Aires uniendo su fortuna a la mía. Hemos trabajado en este largo período en beneficio del país lo que se ha podido. Me separo de usted pero con agradecimiento, no sólo a la ayuda que me ha dado en las difíciles comisiones que le he confiado, sino que con su amistad y cariño personal me ha suavizado mis amarguras y me ha hecho más llevadera mi vida pública. Gracias y gracias y mi reconocimiento.
Recomiendo a usted a mis compadres Brandsen, Raulet y Eugenio Necochea.
Abrace usted a mi tía [sic] y Merceditas.

El 12 de octubre, desembarcó en Valparaíso y fue muy mal recibido. Se decía de él que había fugado del Perú llevándose parte del tesoro del Estado. Pero la verdad es que apenas tenía consigo 120 onzas para vivir. Cochrane se encargó de lanzar todo tipo de inexactitudes sobre su persona y apenas lo acogieron unos pocos amigos, entre ellos el gobernador de la ciudad, Ignacio Zenteno, que lo alojó en su casa.

Una expresión de lo que muchos sentían la brindó la inglesa María Graham, incondicional de lord Cochrane, quien lo conoció por esos días. Dejó su retrato físico, a la par que una pintura de presuntas ambiciones que no condecían con la conducta del Libertador:

Los ojos de San Martín tienen una peculiaridad que había visto sólo una vez, en una célebre dama. Son oscuros y bellos, pero inquietos; nunca se fijan en un objeto más de un instante, pero en ese momento expresan mil cosas. Su rostro es verdaderamente hermoso, animado, inteligente, pero no es franco. Su rápida manera de expresarse, suele adolecer de oscuridad, sazona a veces su lenguaje con dichos maliciosos y refranes. Conversa con gran fluidez y discurre sobre cualquier materia.

Después reflexionaba con autosuficiencia:

> No me gusta repetir, ni siquiera en líneas generales, las conversaciones privadas que, a mi juicio, deben siempre mantenerse en reserva. Pero San Martín no es un particular y, además, los asuntos de que se habló fueron generales y no personales. Hablamos del gobierno, y sobre este punto creo que sus ideas distan mucho de ser claras y decididas. Parece haber en él cierta timidez intelectual, que le impide otorgar la libertad y atreverse a ser un déspota. El deseo de gozar de la reputación de libertador y la voluntad de ser un tirano forman en él un extraño contraste. No ha leído mucho, ni su genio es de tal índole como para impresionar por sí solo. Continuamente citó autores que sin duda alguna sólo conoce a medias y me parece que no comprende el espíritu de la mitad de los que conoce.

Para la señora Graham, San Martín y el coronel Zenteno que lo acompañaba creían que «la filosofía consiste en dejar la religión a los sacerdotes y al vulgo, y que los sabios deben reírse igualmente con los frailes, protestantes y deístas». Luego de emitir otras opiniones no menos despreciativas, y de decir que se había alegrado de que el té «viniera a interrumpir estas pedantescas disertaciones», agrega que ni ese paréntesis «contuvo la locuacidad de San Martín» que «habló sobre medicina, lenguas, climas, enfermedades —sobre este punto, con poca delicadeza— y, por último, de antigüedades, principalmente del Perú». No vio la inglesa más que superficialidad en el hombre De ahí que insistiese en sus rasgos físicos, en su afición por el baile, «en sus puntos de vista estrechos y, si no me equivoco, egoístas», llegando a suponer que el general consideraba a Napoleón, más que un admirado guerrero, «su rival».

En Santiago, San Martín soportó nuevas ingratitudes y agravios. Apenas unos pocos se mostraron cordiales y afectuosos con él. O'Higgins lo alojó en su casa, donde permaneció unos días hasta partir por una temporada hacia los baños de Cauquenes, cuyas aguas termales parecieron reparar en parte su endeble salud. Pero de pronto tuvo vómitos de sangre y pasó «sesenta y seis días entre la vida y la muerte» hasta fines de diciembre. El director chileno, que ya empezaba a sufrir una dura campaña de la que no era ajeno Cochrane y lo llevaría más tarde a la pérdida del mando y al destierro, le ofreció su casa y su chacra para remediar en algo sus necesidades. El Libertador estaba en la pobreza y apenas había recibido una remesa de 2.000 pesos enviada por el gobierno del Perú a cuenta de lo que le debía por sueldos atrasados.

Un abrumador silencio público, del que también participaba O'Higgins, se cernía sobre San Martín, cuyo nombre parecía vedado en cuanto documento, discurso o acto relacionado con la vida institucional del país al que había dado libertad se produjera.

Si se dedicaban loas a los triunfos de Bolívar, se acallaban las victorias otrora alcanzadas por el argentino.

Finalmente, San Martín decidió afrontar el riesgo de trasponer gravemente enfermo la cordillera, y a mediados de enero pasó los Andes y entró en la acogedora Mendoza. Con su partida se libró de nuevas afrentas: el 28 de enero cayó O'Higgins y fue sustituido por una junta de gobierno.

Mendoza y Buenos Aires

El general se apeó en la chacra de Los Barriales, decidido a «arreglar definitivamente el plan definitivo de mis días», como le había escrito al brigadier Toribio de Luzuriaga. Buscó aislarse por completo de toda noticia que no proviniera de su familia, pero no pudo evitar que le llegasen penosos informes sobre el Perú, dividido internamente y en una situación militar cada vez más deplorable, que culminó con la propia reconquista de Lima por el general Canterac. Sus planes militares, deficientemente ejecutados, habían resultado incapaces de impedir las derrotas de Alvarado en Torata y Moquegua.

No podían filtrarle las amargas noticias que llegaban de Buenos Aires, donde la prensa gubernista le disparaba ofensivos dardos. Pese a ello, en mayo de 1823 decidió arrostrar la animadversión de Rivadavia y sus amigos para reunirse con su familia. Sin embargo, su viaje se vio frustrado por circunstancias insalvables. Cinco años más tarde, le explicó a Guido las razones de su demora en Mendoza:

> ¿Ignora usted por ventura que en el año 23, cuando por ceder a las instancias de mi mujer de venir a darle el último adiós, resolví en mayo venir a Buenos Aires, se apostaron partidas en el camino para prenderme como a un facineroso, lo que no realizaron por el piadoso aviso que se me dio por un individuo de la misma administración? ¿Y después de estos datos no quiere usted que me ponga a cubierto, no por mi vida, que la sé despreciar, pero sí de un ultraje que echaría un borrón sobre mi vida pública?

Cada correo le informaba sobre el agravamiento de la salud de su esposa. En junio de 1823, le escribió a Nicolás Rodríguez Peña:

> Remedios, a la salida del correo de Buenos Aires, estaba moribunda. Esto me tiene de muy mal humor; uno puede conformarse con la pérdida de una mujer, pero no con la de una amiga.

Ante la certeza de lo irreparable, habida cuenta de la mala voluntad con que se lo trataba en la ciudad del Plata y convencido de que debería ocuparse con empeño de su hija —tal vez porque ya no existía su amado suegro y llevaba el timón de la casa doña Tomasa de la Quintana, con quien nunca había tenido una relación apacible—, pensó en separarse de América por un par de años:

> Tiempo que creo necesario para concluir con la educación de mi hija; si por ese tiempo las Provincias Unidas se hallan tranquilas, regresaré a mi país, para retirarme a mi Tebaida de Mendoza; si no, permaneceré en Europa todo el tiempo que la pensión del Perú se me pagare y con ella pueda sostenerme, pues de lo contrario, por alborotada que se halle mi patria, la necesidad me obligaría a ir a ella.

Así se lo confió a Guido, tres días antes de que en la lejana Buenos Aires muriera su esposa.

En la angustiosa espera de lo inevitable, y sin saber que Remedios había fallecido, se dirigió el 10 de agosto al ministro de Estado del Perú, pidiéndole que se hiciera efectiva con urgencia la pensión anual de nueve mil pesos que se le había acordado, pues si su mujer fallecía pensaba llevar a su hija a Inglaterra «para que se eduque en un colegio».

Finalmente, el 20 de noviembre de 1823, día en que Remedios hubiese cumplido 26 años, partió desde Mendoza, para llegar a Buenos Aires el 4 de diciembre.

Antes de partir había recibido, según Manuel Olazábal que fue testigo, una carta del gobernador de Santa Fe, Estanislao López, en la que lo alertaba acerca de que a su llegada sería «mandado juzgar por el gobierno por un consejo de guerra de oficiales por haber desobedecido sus órdenes» cuando se lo convocó para participar con el Ejército Libertador en la guerra civil. Y le ofrecía «esperar a usted en el Desmochado para llevarlo en triunfo hasta la plaza de la Victoria». San Martín se alteró ante el contenido del mensaje y le dijo a Olazábal: «No puedo creer en tal proceder. Iré, pero iré solo, como he cruzado el Pacífico y como estoy entre mis mendocinos». Y agregó:

> Pero si la fatalidad así lo quiere, yo daré por respuesta mi sable, la libertad de un mundo, el Estandarte de Pizarro y las banderas de los enemigos que ondean en la Catedral, conquistadas con aquellas armas que no quise teñir en sangre argentina.
> No, Buenos Aires es la cuna de la libertad. El pueblo de Buenos Aires hará justicia.

Bibliografía

Archivo de O'Higgins, cit., tomo IX; *Archivo de San Martín*, cit., tomos V-VII; *Documentos para la Historia del Libertador General San Martín*, cit., tomos XVII y XVIII; *El «Diario» y documentos de la misión sanmartiniana de Gutiérrez de la Fuente (1822)*, tomos I y II, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1978; María Graham, *Diario de mi residencia en Chile*, Buenos Aires, Francisco de Aguirre, 1972; William B. Stevenson, *Narración histórica y descriptiva de*

veinte años de residencia en Sudamérica, Santiago de Chile, Ediciones Abya-Yala, 1994.

Félix Best, *Historia de las Guerras Argentinas,* cit., tomo I; José Luis Busaniche, *San Martín visto por sus contemporáneos*, cit.; *Campañas del Libertador general D. José de San Martín, en el bicentenario de su nacimiento*, cit.; Miguel Ángel De Marco, «San Martín, Protector del Perú», en *Gral. José de San Martín. Padre de la Patria. 150 años*, cit.; Hugo Raúl Galmarini, *Tomás Guido. «Cuando sentado a la sombra de mis años…»*, cit.; Florencia Grosso, *Remedios de Escalada de San Martín. Su vida y su tiempo*, cit.; Thomas N. Hudson, *The Honourable Warrior*…, cit.; Carlos Ibarguren, *San Martín íntimo. El hombre y su lucha*, cit.; Sergio Fernández Larraín, *O'Higgins*, cit.; John Lynch, *San Martín. Soldado argentino, héroe americano*, cit.; Sergio Martínez Baeza, *Vida del general Juan Gregorio de Las Heras, 1780-1866*, cit.; Samuel W. Medrano, *El Libertador José de San Martín*, cit.; Bartolomé Mitre, *Historia de San Martín*…, cit.; Eugenio Orrego Vicuña, *O'Higgins: vida y tiempo*, cit.; José Pacífico Otero, *Historia del Libertador*…, cit.; Patricia S. Pasquali, *San Martín. La fuerza de la misión*…, cit.; —, *San Martín confidencial*…, cit.; Isidoro J. Ruiz Moreno, *Campañas militares argentinas*, cit., tomo I; Diego Alejandro Soria, *Las campañas militares del general San Martín*, cit.

Ostracismo y muerte

Contra lo que San Martín esperaba, el periódico gubernista *El Argos* publicó un breve artículo de bienvenida exaltando la presencia «de un héroe que ha coronado a la nación de tantos triunfos y laureles. Su alma [decía seguidamente], más grande que la fortuna, echó en olvido su persona para acordarse de la nuestra y por un camino erizado de peligros elevó nuestra reputación y gloria nacional a un grado fuera de los cálculos de la esperanza».

Pero la familia Escalada, a excepción de algunos de sus miembros, no lo acogió con beneplácito. Se le reprochaba el no haber llegado para asistir a su esposa en sus últimos momentos, y no valían razones. Tal vez por conocer a su tía doña Tomasa, Guido le había aconsejado dejar que pasara un tiempo antes de presentarse en la casa, mustia por la ausencia de Remedios.

Recibió visitas de antiguos camaradas y retribuyó algunas, vestido de negro, en señal de luto. Entre los oficiales a los que entrevistó se hallaba Lavalle, a quien San Martín reputaba de soldado valiente pero de poca cabeza. El antiguo cadete granadero tuvo en aquella ocasión expresiones poco felices hacia aquel hombre insigne que lo honraba con su presencia y a quien luego «pagó la visita». En carta al general Enrique Martínez, del 3 de enero de 1824, le decía en son de burla: «¿Qué le diré a usted del ex Rey José?», para explayarse en una serie de injurias que incluían el nombre de «la Rosa», en sibilina alusión a la Campusano.

Luego de visitar la tumba de su mujer en el recién habilitado cementerio de la Recoleta y de ordenar que se grabase una placa de mármol con la leyenda «Aquí yace la esposa y amiga del general San Martín», el Libertador y su hija Mercedes Tomasa, de siete años, partieron el 10 de febrero de 1824 en el navío francés *Le Bayonnais* rumbo al puerto del Havre.

Dos personas destinadas a amarse y asistirse durante toda la existencia, experimentaban el aprendizaje de la vida en común. El general, de 46 años, acostumbrado desde la niñez a la dureza de la vida de guarnición y campaña, debía compartir de pronto casi todas las horas del día con una criatura que hasta el instante de zarpar conocía sólo los halagos de una abuela en extremo complaciente y las comodidades propias de una de las casas distinguidas de Buenos Aires. Merceditas tendría que adaptarse a las rígidas costumbres de un soldado, por más que éste procurase suavizar su severo talante.

Según le narró al coronel Olazábal, «la chicuela era muy voluntariosa e insubordinada, ya se ve, como educada por la abuela; lo más del viaje lo pasó arrestada en un camarote».

Tras dos meses de navegación, el buque llegó a destino. Posiblemente hayan precedido el arribo de San Martín informes confidenciales acerca de su viaje, pues sus papeles fueron incautados y prolijamente revisados para serles devueltos días más tarde. Reinaba Luis XVIII de Borbón, quien veía transcurrir sus últimos días en un país agitado por los enfrentamientos entre ultramonárquicos y liberales, que se proyectaban en todos los aspectos de la vida de la nación.

Apenas tuvo sus documentos, el Libertador y Mercedes se trasladaron el 4 de mayo a Southampton, Gran Bretaña. En aquella rumorosa urbe marítima, el general se encontró con su antiguo camarada lord James Mac Duff, *earl* (conde) de Fife, quien lo introdujo en la alta sociedad. Era, dijo de San Martín, el gran promotor de la libertad americana y por sus costumbres y trayectoria, un digno émulo de Washington. En un banquete que se celebró en conmemoración de la independencia norteamericana, al que concurrió especialmente invitado, se encontró con sus antiguos amigos García del Río y Paroissien, y con otros que no lo eran, como Alvear. A los postres, el primero pronunció cálidas palabras y San Martín alzó su copa para brindar por Bolívar y por la pronta y feliz culminación de la campaña.

Alvear distorsionó las expresiones del Libertador en un informe al gobierno de Buenos Aires, manifestando que conspiraba para imponer el sistema monárquico en América con el general mexicano Agustín de Iturbide, quien luego de proclamarse emperador de su patria y de reinar por escaso tiempo había abdicado y marchado a Europa.

Se hizo circular durante aquellos días un libelo titulado *La vida del general San Martín*, cuya autoría se atribuyó a Alvear, como también una caricatura del Libertador que lo mostraba con la corona del Perú escapándosele de las manos. En cuanto a la entrevista con Iturbide, que éste le pidió por carta, no se sabe si efectivamente se realizó, pues el mexicano regresó a su patria con el fin de derrocar al gobierno, pero fue capturado y fusilado.

San Martín y Merceditas permanecieron en Inglaterra hasta diciembre, tras recorrer distintos lugares del país. Por gestión de lord Fife, el general fue designado ciudadano honorario de Banff, localidad vecina a las posesiones de su amigo en el norte de Escocia.

En Londres, intervino en las gestiones para adquirir dos fragatas para reforzar la armada peruana, circunstancia que suscitó el enojo de Bolívar, a quien le habían hecho creer que San Martín buscaba un nuevo papel en la vida del Perú. Tomás Guido se lo informó en una de sus frecuentes cartas.

Los ojos del general volvieron a posarse en Francia. Su hermano Justo Rufino, que residía en París, hizo gestiones para que el ministro de Interior, conde de Corbière, le otorgase el correspondiente permiso, pero no lo logró. Entonces, resuelto a hallar una estabilidad que permitiera que su hija comenzase una educación sistemática, decidió viajar a los Países Bajos. Una vez obtenida su admisión, retiró a Mercedes de la pensión inglesa donde la había dejado, y a fines de 1824 se estableció en una casa ubicada en el número 1422 de la *rue de la Fiancée*, en las afueras de la ciudad de Bruselas.

San Martín halló de inmediato su lugar en aquella ciudad ordenada, de espíritu abierto y cosmopolita, y se vinculó con personalidades distinguidas que lo introdujeron en los círculos liberales como hombre que había brindado sus esfuerzos a la independencia de pueblos sometidos por un monarca absoluto. Incluso, la masonería le tributó un poco frecuente homenaje al acuñar una bella pieza en su honor. La Logia *Parfaite Amitié* (Perfecta Amistad) encargó al notable grabador Jean Henri Simon que perpetuara su presencia en el Gran Oriente celebrado en su honor.

Por más que habitualmente las noticias de la Argentina, Chile y el Perú le deparaban momentos de amargura, tuvo la satisfacción de enterarse del fin de la guerra de la independencia sudamericana en la gran batalla de Ayacucho, librada por Sucre contra La Serna el 9 de diciembre de 1824, donde algunos de sus oficiales y soldados granaderos, encabezados por Isidoro Suárez, se cubrieron de gloria.

Pese a que extrañaba su tierra, en especial Mendoza, San Martín se sentía feliz. Pagaba mil francos anuales de alquiler por su casa de tres habitaciones y un gran jardín, suma que le parecía increíblemente barata. En ella se hospedó durante un tiempo el general Miller, con quien conversó francamente sobre sus campañas y a quien le brindó datos para sus memorias, complementados por una rica correspondencia epistolar. Es de creer que ambos soldados visitaron el campo de batalla de Waterloo, muy próximo a la ciudad, donde se alzaban, como mudos testigos de la contienda que marcó el definitivo ocaso de Napoleón, los edificios utilizados por los adversarios en las distintas fases de la lucha.

Estaba orgulloso de «la infanta mendocina». Merceditas daba muestras de sensibilidad e inteligencia. En carta a Guido, le expresaría:

> Cada día me felicito más de mi determinación de conducirla a Europa y haberla arrancado del lado de doña Tomasita. Esta señora, con su excesivo cariño, me la había resabiado (como dicen los paisanos), en términos que era un diablotín.

La niña era una aplicada alumna en un colegio de monjas de Bruselas. Al conducirla al internado, el general le entregó a la religiosa que recibió los efectos personales de la niña, unas *Máximas* para que reglasen su permanencia en el internado. Deseaba que Mercedes adquiriese saberes, pero sobre todo requería que se le enseñara a

> humanizar el carácter y hacerlo sensible aun con los insectos que nos perjudican […], inspirarla amor a la verdad y odio a la mentira, estimular la caridad con los pobres, respeto a la propiedad ajena, acostumbrarla a guardar un secreto, inspirarla sentimientos de indulgencia hacia todas las religiones, dulzura con los criados, pobres y viejos, que hable poco y lo preciso, acostumbrarla a estar formal en la mesa, amor al aseo y desprecio al lujo, inspirarla amor por la patria y por la libertad.

Pero no todo era color de rosa. San Martín carecía de recursos. El Perú le había adelantado, al tenerse certeza de su partida a Europa, dos años de pensión. El rencoroso Rivadavia no había ni siquiera amagado para ordenar el abono de sus sueldos de general. La caída de los valores en Londres; la quiebra de la banca en la que su amigo Álvarez Condarco había depositado parte de sus ahorros; la depreciación del cambio; la falta de rentas sobre algunas propiedades, excepto la casa de Buenos Aires; todo, en fin, configuraba un horizonte oscuro.

Nostalgias de la patria

El Libertador pensaba constantemente en su patria:

> A pesar de haberme tratado como un *Ecce Homo* y saludado con los honorables dictados de ladrón y tirano, la amo y me intereso mucho, mucho en su felicidad,

escribía. Aún esperaba «sentar mi cuartel general un año en la costa del Paraná, porque me gusta mucho, y otro en Mendoza», cuando volviese con Mercedes educada «bajo su vista» para hacer de ella «una tierna madre y una buena esposa».

El obstáculo seguía siendo Rivadavia.

Ante la próxima conclusión del gobierno de Martín Rodríguez,

don Bernardino había pensado en la convocatoria de un congreso nacional, a la que se había mostrado renuente tres años antes. Era de la idea de impulsar la organización del país; la Constitución vendría más tarde. A medida que sus emisarios recorrían el interior, advertían que si bien algunos estados manifestaban su beneplácito, otros, como Santa Fe, Santiago del Estero, La Rioja y Catamarca y Córdoba miraban con desconfianza la idea. Sobre todo esta última provincia, gobernada por el general Juan Bautista Bustos, quien se hallaba convencido de que se pretendía imponer el régimen unitario.

Sin embargo, aun los diputados cordobeses se presentaron en la ciudad «de las luces», y el Congreso empezó a sesionar el 16 de diciembre de 1824, para declararse constituyente días más tarde. Entre las primeras medidas de la asamblea estuvo la designación del nuevo gobernador de Buenos Aires, general Juan Gregorio de Las Heras, en carácter de encargado del Poder Ejecutivo Nacional. El cercano colaborador de San Martín en la campaña libertadora de Chile y Perú, auguró un gobierno de orden y transparencia, tanto o más necesario cuando se complicaba la situación internacional al producirse la invasión de los Treinta y Tres Orientales al Uruguay, entonces en manos del Brasil, quienes declararon la voluntad de su pueblo de formar parte de la Argentina.

Rivadavia partió hacia Europa para arreglar un empréstito con la Baring Brothers.

A fines de 1824, la situación política se recalentó notablemente. A la guerra con el Imperio del Brasil, declarada el 10 de diciembre, que generó múltiples dificultades al gobierno nacional para llevarla con éxito —carecía de ejército regular y de escuadra con el fin de hacer frente a tropas veteranas y a excelentes buques— se sumaba la creciente exaltación de los partidos políticos. Unitarios y federales estaban decididos a librar una lucha sin cuartel, y si bien se perfilaba entre los diputados una tendencia favorable a la sanción de una Constitución unitaria, los opositores a ese sistema no se hallaban dispuestos a aceptarla sin dar batalla; sin librar un combate que tuviera como campo no sólo las páginas de los periódicos sino cada ámbito de la sociedad.

En aquellos momentos, la ruptura de hostilidades aconsejó a Las Heras, convencido de que era indispensable contar con un ejecutivo nacional permanente, renunciar como jefe de la administración. Posiblemente pensó que se le encargaría tomar el mando del ejército. Pero no fue así, y el sector rivadaviano contempló con alivio su dimisión e incitó al Congreso a aceptarla. El cuerpo

accedió y sancionó la denominada Ley de Presidencia, el 6 de febrero de 1826, la cual dio el poder a Rivadavia, hombre poco apto para convocar las adhesiones de los distintos sectores frente a la lucha exterior y a los problemas interiores. Para peor, tres días después, presentó el proyecto de Ley de Capital, por el que se separaba a la ciudad de Buenos Aires y sus alrededores del resto de la provincia, constituyéndola en sede de las autoridades nacionales. Esto significaba restar a la provincia su cabeza y su aduana y generar reacciones adversas en los distintos sectores. Sólo un grupo minoritario, compuesto por los copartícipes del proyecto de afirmarse en el poder nacional aun a costa de su único apoyo real, Buenos Aires, estuvo dispuesto a respaldarlo.

San Martín se hallaba sumamente preocupado por la guerra con el Brasil y seguía con interés las noticias que llegaban sobre ella. Hubiese querido embarcarse para ofrecer sus servicios, pero el presidente era Rivadavia:

> Con un hombre como éste al frente de la administración [le escribía a Miller], no creía necesario ofrecer mis servicios en la actual guerra con el Brasil y por el convencimiento en que estaba de que hubieran sido desechados.

La situación del país se tornaría inmanejable a partir de la sanción de la Ley de Capital, con la oposición de hombres que, como Juan Manuel de Rosas, Juan Nepomuceno Terrero, Manuel y Tomás de Anchorena y Manuel Dorrego, no sólo integraban el partido federal sino que respondían a grupos económicos seriamente dañados por la disposición.

El Congreso había continuado sus deliberaciones y se aprestaba a sancionar una nueva constitución. En julio de 1826, se hizo público el dictamen de la comisión respectiva, que se pronunció por la forma republicana «consolidada en la unidad del régimen». La reacción de los federales no se hizo esperar y tuvo en la prensa, en los cafés y en la calle sus tribunas de enérgica oposición. Por otra parte, los unitarios, fortalecidos por el apoyo del gobierno y la convicción de que muchos de los diputados de las provincias iban a volcarse por sus ideas, las defendieron como frutos de la razón y de una cabal apreciación de la realidad, que tornaba muy difícil, si no imposible, que las provincias lograran sostenerse bajo el sistema de la Federación.

No pocos argentinos, desde la óptica de atentos observadores más que de partícipes directos, lo consideraban impracticable, como San Martín, que ya lo había manifestado con claridad en varias ocasiones.

Sin embargo, la posibilidad de que se repitiera la amarga

experiencia de largos años de gobierno centralista y hegemónico generaba en las provincias un raigal rechazo a aceptar una Constitución que prometía la continuidad del sistema contra el que habían luchado. Nació, pues, prácticamente muerta al ser sancionada el 24 de diciembre de 1826.

Entretanto, se encendía la guerra en el interior y varias provincias rechazaban tanto la nueva Carta como la autoridad de Rivadavia.

La guerra contra el Imperio del Brasil se desarrollaba con relativa buena suerte, comparados los recursos bélicos con que cada contendiente contaba. En la esfera terrestre, el Ejército Republicano, con Carlos de Alvear al frente, luego de varios triunfos parciales, daba una victoriosa batalla campal en Ituzaingó, el 20 de febrero de 1827, mientras la escuadra combinaba los combates regulares con las acciones de corso y provocaba serios daños al Imperio, aunque también recibía duros reveses con pérdidas de sus mejores oficiales, marinería y tropa de desembarco. Brasil materializaba un bloqueo al Río de la Plata, que provocaba severos daños al comercio pero contaba con el reconocimiento de Gran Bretaña.

El ministro inglés lord Ponsonby, quien ya había procurado sin éxito la aceptación de Pedro I a poner fin a la lucha, pidió que un representante argentino se dirigiera a la capital del Imperio para tratar una solución negociada en la Corte. Fue designado Manuel José García, quien, dada la dureza del emperador, convencido de que la Argentina nunca lograría en la práctica sujetar a la Banda Oriental, y seguro de que el tiempo haría que lo propio le sucediese al Brasil, firmó un inicuo tratado que reconoció a aquélla como parte del Imperio, y para más, le otorgó la libre navegación de los ríos, con la garantía de Inglaterra. Con ese acuerdo, borraba de un plumazo los resultados de una esforzada acción militar.

Rivadavia debió renunciar y le correspondió al gobernador Vicente López y Planes, que reconstituyó la provincia de Buenos Aires, llamar a elecciones para designar un nuevo mandatario. Fue elegido el federal Manuel Dorrego.

El Libertador, que desconocía los entretelones de la diplomacia, apenas supo del nombramiento de López y Planes, le escribió para ponerse a sus órdenes y marchar de manera inmediata con el fin de combatir con el Brasil «en la clase que el gobierno de Buenos Aires tenga a bien emplearme».

No pasó mucho tiempo sin que San Martín se enterara de la negativa resolución del diferendo. Los representantes argentinos

Guido y Balcarce aceptaron la paz sobre la base de la independencia absoluta de la Banda Oriental y de la libre navegación de los ríos, con lo cual, ni la República ni el Imperio obtuvieron réditos de sus sacrificios militares, y sí lo lograron Uruguay y Gran Bretaña.

Proa al Río de la Plata

El Libertador pensó que había llegado el momento de viajar a Buenos Aires.

Durante todo 1828 se habían agudizado sus males físicos, en especial el reumatismo. Pasó una temporada en los baños de Aix-la-Chapelle, donde logró mejorar. Por aquellos días le había pedido a Miller que adquiriera billetes para embarcarse hacia Buenos Aires en un buque de pasajeros inglés apenas se conociera la noticia de la paz. Esperaba llegar a Londres a principios de octubre y partir en el paquete de aquel mismo mes. Así lo hizo el día 28, en el *Countess of Chichester*, acompañado sólo por un criado e inscripto por precaución en la lista de viajeros como José Matorras. Merceditas quedaba en el colegio de Bruselas.

El viaje no fue placentero. Al llegar a Río de Janeiro conoció los graves sucesos acaecidos en Buenos Aires. Tras la firma de la paz en agosto de 1828, el ejército con sus jefes y oficiales lógicamente resentidos y la tropa soliviantada, carente de recursos para subvenir las menores necesidades, se convirtió en el caldo de cultivo de una inevitable rebelión contra el gobernador Dorrego, quien carecía de crédito como consecuencia de la guerra, además de soportar fuertes presiones de las provincias.

En el ínterin, se reunía en Santa Fe la Convención Nacional para sancionar una constitución federal. Pero los intentos de Dorrego se estrellaron contra la oposición del general Juan Bautista Bustos, que quería trasladar el nuevo Congreso a Córdoba, para asegurar su influencia.

Dorrego decidió actuar con mano dura contra los unitarios que aprovechaban el descontento popular hacia el contenido del último tratado de paz, pero una vez más fracasó. El general Juan Lavalle, ascendido a ese elevado rango en plena juventud por su brillante actuación en Ituzaingó, había decidido alzarse en armas.

Esto sucedió el 1° de diciembre de 1828. Mientras el antiguo oficial de San Martín se hacía cargo del gobierno, Dorrego se alejaba de Buenos Aires en busca del apoyo de Juan Manuel de Rosas y del gobernador de Santa Fe, Estanislao López. El primero reunió una fuerza heterogénea, de unos mil hombres, y le sugirió a Dorrego que se retirase hasta que fuera posible derribar a los

revolucionarios. Pero decidió enfrentarlos, mientras Rosas marchaba hacia Santa Fe para obtener el apoyo de su gobernador y de la Convención. Dorrego fue tomado prisionero en Navarro, mediante una estratagema, y mientras el gobernador delegado Guillermo Brown y su ministro Díaz Vélez pedían a Lavalle que sólo se lo desterrara, éste, influido por «los doctores de negras levitas», Carril, Varela y Gallardo, que exigían la muerte del líder federal, ordenó su fusilamiento.

Frente a tales novedades, el Libertador adoptó en la capital del Imperio la decisión de no desembarcar en Buenos Aires y regresar a Europa, a pesar de que cifraba en el retorno a la patria sus esperanzas de una vida modesta pero serena hasta el fin de sus días.

El *Countess of Chichester* ancló frente a aquella ciudad el 6 de febrero de 1829, y el mismo día San Martín se dirigió al ministro José Miguel Díaz Vélez en que le manifestaba:

> Después de cinco años de alejamiento de la patria, regresaba con el firme plan de concluir mis días en el retiro de una vida privada, mas para esto contaba con la tranquilidad completa que me suponía debía gozar nuestro país, pues sin este requisito sabía muy bien que todo hombre que ha figurado en revolución, no podría prometérsela, por estricta que sea la neutralidad que quiera seguir en el choque de las opiniones. Así es que en vista del estado en que se encuentra nuestro país y, por otra parte, no perteneciendo ni debiendo pertenecer a ninguno de los partidos en cuestión, he resuelto para conseguir este objeto pasar a Montevideo, desde cuyo punto dirigiré mis votos por el pronto restablecimiento de la concordia.

Además le pedía un pasaporte para él y su criado, con el fin de partir hacia Montevideo, como escala hacia el Viejo Mundo. Al día siguiente, Díaz Vélez le remitió el documento con una cordial misiva en la que lo felicitaba por su arribo a la patria y lamentaba las primeras impresiones que había recibido sobre el estado político del país, aunque en sus palabras se trasuntaba el encono que consumiría a la Argentina en los años sucesivos: «aquí no hay partidos, si no se quiere ennoblecer con este nombre a la chusma y a las hordas salvajes», como calificaba a los federales.

El general había tomado una decisión crucial. Al volver a la patria no sólo había abrigado la idea de una vejez tranquila sino que esperaba resolver una difícil situación económica. Le abría, como siempre, su corazón a Guido:

> El estado de mis intereses, es decir, la depresión del papel moneda en Buenos Aires, no me permitían vivir por más tiempo en Europa; con los réditos de mi finca, los que alcanzaban a cerca de 6.000 pesos, pero puestos en el continente quedaban reducidos a menos de 1.500, así es que me resolví regresar al país con el objeto de pasar en Mendoza los dos años que juzgaba necesarios para la conclusión de la educación de mi hija (la que quedaba en Europa) y agitar por

la mayor inmediación el cobro, no del todo, pero sí de alguna parte de mi pensión del Perú, pues yo no contaba ni podía contar con sueldo alguno en mi país, y al mismo tiempo haciendo el ensayo de si, con los cinco años de ausencia y una vida retirada, podía desimpresionar a lo general de mis conciudadanos, que toda mi ambición estaba reducida a vivir y morir tranquilamente en el seno de mi patria; todos estos planes han sido frustrados por las ocurrencias del día.

La noticia de la permanencia de San Martín a bordo, frente a Buenos Aires, se difundió rápidamente en la ciudad. Lo visitaron amigos, allegados y oficiales que sirvieron bajo sus órdenes, entre ellos el coronel Félix Olazábal y el mayor Pedro Álvarez Condarco (hermano menor de José Antonio). Aquél recordó de este modo el emotivo momento del encuentro:

Nos embarcamos en una ballenera, y como a cincuenta varas del paquete vimos aparecer recostado en la borda al general San Martín con la vista fija hacia nosotros. ¡No es posible explicar las emociones de mi corazón al poner el pie en la cubierta del paquete! Baste decir que, cuando el general exclamó ¡hijo! y me estrechó en sus brazos, mis ojos se llenaron de copiosas lágrimas. No fue él insensible a esta demostración de mi hondo y respetuoso amor, pues también sus ojos se arrasaron en lágrimas.
El general había engordado bastante. Su cabeza había encanecido, sus ojos siempre centelleantes; su aspecto nada perdido de cuando se presentaba antes sus legiones para conducirlas a la victoria. Vestía un levitón de zaraza que le llegaba hasta cerca de los tobillos y estaba con zapatillas. Le dije que llevaba una carta del general Guido, y me contestó «vamos a la cámara», en que la leyó y después con semblante pesaroso me dijo: «Yo supe en Río [de] Janeiro la revolución encabezada por Lavalle; en Montevideo, el fusilamiento del gobernador Dorrego; entonces me decidí venir hasta balizas, permanecer en el paquete y por nada desembarcar, haciendo desde aquí algunos asuntos que tenía que arreglar, y regresar a Europa. ¡Mi sable, no, jamás se desenvainará en guerras civiles!» […] Después de estar con el general como cuatro horas, nos dispusimos a regresar; entonces me entregó una carta para el general Guido. Al llegar al portalón para bajar a la ballenera me dijo muy conmovido: «¡Abráceme usted, hijo, abrace en mi nombre a mi querida comadre. ¡Quién sabe si nos volveremos a ver!»

La prensa porteña, reflejo de la situación que se vivía, en la que predominaban los periódicos de lenguaje descomedido y cruel, lo calificó de egoísta por no querer desembarcar, y lo trató de cobarde por haber llegado después de la guerra con el Brasil, sin haber tomado parte en ella. Pero nada lo haría cambiar de decisión. Antes de partir, lo visitó Guido y pasaron juntos varias horas hasta confundirse en un abrazo prolongado. Después de una semana, el *Countess of Chichester* largó amarras el 12 de febrero hacia Montevideo, y el Libertador contempló por última vez la ciudad donde había llegado cargado de planes e ilusiones casi diecisiete años antes.

En la capital de la nueva República Oriental del Uruguay, el general fue recibido con múltiples expresiones de aprecio. Se alojó en la posada de Carreras, en la Plaza Mayor, donde el gobernador y capitán general provisorio José Rondeau lo visitó y le designó un ayudante mientras permaneciese en el país.

Francisco A. Gómez trazó un vivo retrato de San Martín en aquellos días:

> Hombre de estatura regular, rígido, parecía no tener cincuenta años, peinando algunas canas. Lo más revelador de su carácter era la mirada sumamente penetrante. Tenía la nariz bien formada, algo afilada, y un cutis moreno, pero hermoso. Era muy religioso; lo vi varias veces en la Matriz, sobre todo en las misas de los domingos. Era un hombre modesto; usaba la chapona de moda con la boa que le cubría el cuello alto. El coronel Garzón [que había sido su ayudante en la batalla de Maipú] lo invitó ese día a almorzar con todos los oficiales del batallón, regresando luego aquel a caballo con el general San Martín para la ciudad. Fueron, según mis recuerdos, muchas las atenciones que el coronel Garzón le prodigara.

En los primeros días de abril, San Martín supo por su cuñado Manuel Escalada que llegaban de Buenos Aires para entrevistarse con él dos delegados de Lavalle, el coronel Eduardo Trolé y Juan Andrés Gelly. Su antiguo subordinado le proponía que aceptara el gobierno, como única solución patriótica para asegurar la paz. Leyó la nota que portaban y mantuvo con los delegados una conversación de tres horas. En su transcurso, el Libertador les manifestó:

> Es conocida mi opinión de que el país no hallará jamás quietud, libertad, ni prosperidad sino bajo la forma monárquica de gobierno.
> En toda mi vida pública he manifestado francamente esta opinión, de la mayor buena fe, como la única solución conveniente y practicable en el país. Como las ideas contrarias a mi opinión están en boga y forman la mayoría, yo nunca me resolvería a diezmar a mis conciudadanos para obligarlos a adoptar un sistema en el que vendrán necesariamente a parar, aunque tarde y después de mil desgracias. A Lavalle y a los demás jefes les profeso afecto personal y no los puedo mirar con indiferencia, a pesar de sus extravíos juveniles; pero no puedo aceptar sus ofertas. Me iré a Río [de] Janeiro y de allí a Europa, alejándome así de un teatro al que estoy ligado por tantos vínculos y cuyas desgracias me afectan tanto.

Enseguida, San Martín le escribió a Lavalle para comunicarle que sus comisionados le informarían sobre el resultado de la entrevista.

> Por mi parte siento decir a usted que los medios que me han propuesto me parece no tendrán las consecuencias que usted se propone para terminar los males que afligen a nuestra desgraciada patria.
> Sin otro derecho que el de haber sido su compañero de armas permítame, general, [que] le haga una sola reflexión, a saber: que aunque los hombres en general juzgan de lo pasado según su verdadera justicia y de lo presente según

> sus intereses, en la situación en que usted se halla, una sola víctima que pueda economizar a su país le servirá de un consuelo inalterable, sea cual fuese el resultado de la contienda en que se halla usted empeñado, porque esta satisfacción no depende de los demás, sino de uno mismo.

O'Higgins y Guido fueron una vez más receptores del pensamiento de San Martín sobre la situación en la Argentina y acerca del papel que se pretendía hacerle jugar en el futuro como una especie de garante de quienes habían encendido la guerra civil:

> Mi amigo, es necesario [que] le hable la verdad [le decía al chileno]: la situación de este país es tal que al hombre que lo mande no le queda otra alternativa que la de someterse a una facción o dejar de ser hombre público; este último partido es el que yo adopto.

Regreso y partida a Francia

San Martín retornó a Falmouth, para seguir a Bruselas, a fines de abril de 1829. Después de desembarcar, subió al coche correo que iba a Londres con tan mala suerte que el vehículo volcó. El general sufrió una profunda herida en el brazo izquierdo que le provocó una hemorragia con peligro de vida. Explicó que «por no andar danzando en los papeles públicos guardé el más profundo incógnito».

Repuesto en parte, siguió a Bruselas, donde permaneció durante tres meses en su habitación para curar del todo su brazo. Su hija dejó momentáneamente el colegio para atenderlo y lo hizo con una devoción tal que, expresó San Martín, «me hace esperar con fundamento que ella será una buena esposa y tierna madre».

Se hallaba al borde de la miseria. El gobierno peruano no pagaba su pensión; su apoderado en Buenos Aires, que había cobrado alquileres de tres años por su casa, había quebrado, y sólo se sostenía por la generosidad de un comerciante de Bruselas que le había ofrecido cuanto necesitaba, pero a quien quería pagarle cuanto antes. Desesperado, le pidió a O'Higgins que le remitiera alguna ayuda, «lo más pronto que pueda, pues mi situación, a pesar de la más rigurosa economía, es embarazosa».

El levantamiento revolucionario producido en Bélgica el 25 de agosto de 1830 contra el rey Guillermo I de los Países Bajos, en pos de la independencia, lo decidió a marcharse a París para evitarle a Mercedes «los peligros y temores que son consecuentes a una revolución». Sin embargo, padre e hija vivieron allí las vicisitudes de los momentos posteriores a la revolución contra Carlos X de Francia y de la entronización de Luis Felipe de Orleáns.

Fue entonces cuando se produjo el providencial encuentro del

Libertador con su compañero de armas durante la guerra contra Napoleón en España, el ahora banquero Alejandro María de Aguado, marqués de las Marismas del Guadalquivir, quien le brindó su amistad y contribuyó a su subsistencia.

Un motivo de gran satisfacción para San Martín fue el noviazgo de Mercedes con Mariano Balcarce, agregado a la legación de Buenos Aires en Londres, para quien pediría a Guido que le consiguiese el consulado en Francia. Desde los tiempos de Bruselas, «había formado el proyecto de unir a mi hija» con él. Lo consideraba «amable, instruido y aplicado, ha sabido hacerse amar y respetar de cuantos le han tratado: él no posee más bienes de fortuna que su honradez». Como médico, Balcarce había atendido devotamente al general y a su hija, afectados por la epidemia de cólera que castigó a París por aquellos días.

La correspondencia del general refleja que pasaba por un momento de felicidad. Volvía a su idea de retornar a Buenos Aires. El 1° de noviembre le escribía a Guido:

> El año entrante iré a depositar mis huesos en ésa, pero advierta usted que con el ánimo resuelto a liar nuevamente el petate si hay bullanga, pues prefiero pasar el Atlántico más veces que Perry antes de verme obligado a tomar parte en una guerra civil.

Hubo bullanga y San Martín permaneció en París. Al concluir el mandato de Juan Manuel de Rosas como gobernador de Buenos Aires y rechazar la reelección si no se le otorgaban facultades extraordinarias, ocupó el poder el general «lomo negro», es decir federal doctrinario, Juan Ramón Balcarce, a quien le entregó los atributos del cargo en diciembre de 1832. Sería derrocado meses más tarde por los «federales netos», partidarios de Rosas, cuando éste encabezaba una gran Expedición al Desierto que le otorgó los laureles que necesitaba para obtener el mando absoluto. Mientras tanto, todo el interior se hallaba convulsionado por la guerra civil. Antiguos camaradas del Ejército de los Andes, que habían combatido codo con codo por la independencia, se desangraban entre sí en una brega sin cuartel.

Matrimonio de Mercedes y partida a Grand Bourg

El 13 de diciembre de 1832, se casaron en París Mercedes Tomasa y Mariano Balcarce. La *infanta mendocina* tenía 16 años; el hijo del viejo camarada de armas Antonio González Balcarce, 24. Enseguida partieron hacia Buenos Aires, donde nació la hija mayor, María de las Mercedes. Tal vez el Libertador había pensado

acompañarlos, pero una vez más la fatídica guerra entre hermanos lo detuvo.

Con el apoyo de Aguado y algunos fondos propios, San Martín pudo adquirir el 25 de abril de 1834 una finca en la localidad de Grand Bourg, a siete kilómetros de París. Un año después, también compró una casa en la capital francesa, en el 9 de la *rue Saint-Georges*.

La mayor parte del año permanecía en su finca de campo, junto al Sena, próxima a la de Aguado, a quien visitaba con frecuencia. La casa constaba de un piso bajo y dos altos. En la planta baja se encontraban el salón, el comedor y la cocina; el primer piso tenía cinco habitaciones y tres el segundo. Su techo era de pizarra.

La nueva morada, a la que el Libertador hizo algunas reformas, se hallaba rodeada de un amplio parque, poseía una huerta con árboles frutales, un jardín, un invernáculo y algunas dependencias en el terreno circundante. San Martín, que mantenía sus hábitos militares de levantarse al alba y hacer actividad física, se entretenía también con el cuidado del jardín y, en menor medida, de la huerta.

De la correspondencia con sus amigos más cercanos se deduce que por fin el general podía gozar de una existencia sencilla pero desahogada. Si bien reducidos, percibía los emolumentos procedentes del Perú y recibía otros ingresos desde Buenos Aires, como lo demuestra Raúl de Labougle. Ellos le permitían sostenerse y viajar.

Sus días en Grand Bourg respondían a un plan que él mismo se había fijado, especie de rutina castrense aplicada al retiro. Sólo partía cuando arreciaba el frío, en busca de climas menos adversos para sus enfermedades.

Dice Pedro Luis Barcia:

> Se levantaba con el alba, preparaba su desayuno, consistente en té o café, que tomaba en un mate con bombilla. Luego pasaba a sus tareas habituales: el picado de tabaco, que fumaba en pipa y, a veces, en chala; el *trapicheo*, como llamaba a la tarea de limpiar y lustrar su colección de armas; la realización de pequeñas obras de carpintería, a la que era afecto; o bien, iluminaba litografías, como entonces se decía al colorear de estampas, particularmente de barcos, paisajes marinos y escenas campestres […]. Él mismo cosía sus ropas, según el hábito adquirido en el ejército, que no quería abandonar pese a los reclamos de su hija. Tenía un perrito de aguas, un «choco», traído de Guayaquil, al que adiestraba en pruebas de obediencia. Hacía paseos a caballo por las inmediaciones. De regreso, descansaba en una vieja poltrona, donde tomaba mate, fumaba y leía. La lectura fue la más sostenida de sus distracciones. Lo hacía en inglés, italiano y, naturalmente, francés. Era amigo de leer periódicos, particularmente americanos. En 1848, el agravamiento de sus cataratas lo limitó en ello […]. Dormía en una simple cama de hierro, comía asado, de preferencia, y bebía vino con sobriedad.

Mantenía una activa correspondencia. Los preferidos eran Tomás Guido, O'Higgins, de quien le faltaron noticias por un año, provocándole verdadera ansiedad, y el general Miller. Pero también respondía con asiduidad a otros interlocutores argentinos, chilenos y peruanos. Dice Barcia:

> Joaquín Prieto, Manuel Antonio Pinto o Joaquín Tocornal le encomendaban sus hijos de viaje por Europa, que visitaban al varón venerable con el respeto inculcado por sus padres. De los prohombres americanos, quien le arrancó epístolas más fraternales fue Bernardo O'Higgins. Y las más duras y contundentes las provocaron Manuel Moreno (diplomático argentino destacado en Londres, hermano de Mariano quien, aviesamente, animó el rumor de que el general planeaba proyectos monárquicos para América), y el peruano Riva Agüero.

El tiempo y la distancia de los sucesos en los que había sido principal protagonista suavizaron su decisión de reservar a la posteridad detalles que podían afectar a personas aún vivas. Aceptó el requerimiento del marino y armador francés Gabriel-Pierre Lafond de Lurcy, quien componía sus *Voyages autour du monde et naufrages célèbres* (*Viajes alrededor del mundo y naufragios famosos)*, en uno de cuyos tomos insertó la reveladora carta que le suministró San Martín sobre la entrevista de Guayaquil. La obra apareció en 1843 y el autor se ocupó de que el Libertador supervisara la litografía que evocaba el encuentro.

A Guillermo Miller le brindaba desde sus días en Bruselas minuciosos datos. En cartas fechadas en la capital belga que hoy guarda la Academia Nacional de la Historia, respondía escueta pero detalladamente a sus preguntas sobre sus campañas y se refería con preocupación a la situación de Sudamérica. El 9 de agosto de 1828, le manifestó el agrado que le había producido ver las pruebas de imprenta de la obra de Miller:

> El tipo de la letra es excelente, y aunque yo traduzco muy imperfectamente el inglés, por lo que he visto me parece que su estilo contraído y conciso no deja nada que desear.

Las *Memoirs of General Miller in the Service of the Republic of Peru* (*Memorias del General Miller al servicio de la República del Perú*), publicadas en 1828 por John Miller, alcanzaron una amplia acogida en Gran Bretaña y en los pueblos a cuya historia reciente hacía referencia.

Miller invitó al gran viajero que era San Martín cuando ya se hallaba en Francia a un periplo que constituía casi la vuelta al mundo, pero el Libertador no contó con los fondos o la posibilidad de realizarlo. Sin embargo, casi todos los años buscaba climas más

favorables en pequeños viajes por Francia. En 1841, hizo una excursión a Bretaña y a la región de la Vendée. Al año siguiente, viajó a Le Havre, a la Baja Normandía y al Mediodía de Francia.

La agresión anglo-francesa

El año 1842 le trajo satisfacciones pero también tristezas. El presidente de Chile, Manuel Bulnes, había dispuesto considerarlo en servicio activo del ejército y lo había invitado a residir en aquel país, en parte movido por el artículo que Domingo Faustino Sarmiento, hijo de un modesto soldado del Ejército de los Andes, había publicado en *El Mercurio* sobre la batalla de Chacabuco. Pero la muerte se había llevado a su íntimo amigo O'Higgins, que padecía destierro en el Perú, y a su benefactor Aguado. Don Alejandro lo había nombrado albacea testamentario y tutor de sus hijos y, además, le había legado sus joyas y condecoraciones. Con la pena de no haber podido despedirse de su leal amigo, San Martín se ocupó de realizar esa tarea, que concluyó a satisfacción de los herederos tres años más tarde.

Por otro lado, el Libertador recibía diversas muestras de consideración por parte de Juan Manuel de Rosas, gobernador de Buenos Aires y encargado de las relaciones exteriores argentinas. Poseía la convicción profunda de que el país sólo se salvaría con un gobierno de orden, y si bien había censurado algunos actos de intolerancia hacia los enemigos políticos, campeaba en su espíritu el recuerdo de los sucesos de que había sido involuntario testigo desde las pardas aguas del Río de la Plata. La distancia, por otro lado, dificultaba la percepción total del complejo y sangriento panorama de la Argentina, envuelta en una guerra civil sin término.

Al enterarse del bloqueo francés a Buenos Aires, le escribió al Restaurador el 10 de junio de 1839 para ofrecerle sus servicios en defensa de la soberanía en peligro. Y subrayó:

> Esta conducta [la agresión francesa] puede atribuirse a un orgullo nacional, cuando puede ejercerse impunemente contra un estado débil […] pero lo que no puedo concebir es el que haya americanos que por un indigno espíritu de partido se unan al extranjero para humillar a su Patria y reducirla a una condición peor que la que sufríamos en tiempos de la dominación española: una tal felonía ni el sepulcro la puede hacer desaparecer.

La acometida anglo-francesa de 1845 le causó profunda impresión, como se advierte en su correspondencia con Rosas, pero sobre todo en sus cartas a Guido. El 20 de octubre, le manifestó a don Tomás sin eufemismos:

> Es inconcebible que las dos Naciones más grandes del universo se hayan unido para cometer la mayor y más injusta agresión que puede cometerse contra un Estado Independiente: no hay más que leer el manifiesto hecho por el enviado inglés y francés para convencer al más parcial, de la atroz injusticia con que han procedido: ¡La humanidad!… Y se atreven a invocarla los que han permitido —por espacio de cuatro años— derramar la sangre y cuando ya la guerra había cesado por falta de enemigos, se interponen no ya para evitar males, sino para prolongarlos por un tiempo indefinido: usted sabe que yo no pertenezco a ningún partido; me equivoco, yo soy de Partido Americano, así que no puedo mirar sin el mayor sentimiento los insultos que se hacen a la América. Ahora más que nunca siento que el estado deplorable de mi salud no me permita ir a tomar parte activa en defensa de los derechos sagrados de nuestra Patria, derechos que los demás estados Americanos se arrepentirán de no haber defendido [o] por lo menos protestado contra toda intervención de Estados Europeos.

Pero si no podía ceñir el corvo glorioso que colgaba de una de las paredes de Grand Bourg, prestaría un servicio no menos importante, dado su prestigio militar en el Viejo Mundo.

El 12 de febrero de 1846, ocurrido ya el combate de la Vuelta de Obligado, en que un antiguo subordinado suyo, el general Lucio Mansilla, resistió hasta las últimas consecuencias el pasaje de una impresionante flota combinada que contaba con modernos medios, el *Morning Chronicl*e de Londres publicó una carta del Libertador que se había enterado de aquella acción y a la vez recibido una consulta de un conspicuo representante del comercio londinense sobre lo sucedido. El general no se hallaba entonces en su casa francesa de Grand Bourg sino de viaje por el sur de Italia —donde se encontró con Juan Martín de Pueyrredon y su familia y recorrió Nápoles con ellos—, tomó la pluma y se dispuso a señalar las consecuencias que las acciones de los interventores podían tener para las respectivas metrópolis.

Decía que más allá de la justicia, las consecuencias comerciales y la alarma que la acción conjunta provocaría en los demás Estados sudamericanos, correspondía determinar si las fuerzas anglo-francesas podrían llegar a conseguir por medio de la coerción el restablecimiento de la paz en el Plata. Consideraba que poseía la convicción más íntima de que no lograrían sus propósitos:

> Bien sabida es la firmeza de carácter del jefe que preside a la República Argentina; nadie ignora el ascendiente que posee en la vasta campaña de Buenos Aires y en el resto de las provincias interiores; y aunque no dudo que en la capital tenga un número de enemigos personales, estoy convencido que bien sea por orgullo nacional, temor o bien prevención heredada de los españoles contra el extranjero, ello es que se le unirán y tomarán una parte activa en la contienda.

El bloqueo, señalaba, sólo afectaba a un corto número de

propietarios pero que a la masa, que no conocía las necesidades de los países europeos, le sería indiferente su continuación. Ambas potencias podían quizá apoderarse de Buenos Aires pero no se sostendrían por largo tiempo en la ciudad si, como resultaba fácil de verificar, se retiraban el ganado y las caballadas a muchas leguas de distancia dejando el territorio circundante desierto. Además, con siete u ocho mil hombres de caballería y piezas de artillería volante, los hijos del país podrían mantener un cerrado bloqueo terrestre.

La publicación alcanzó una repercusión muy amplia y fue leída con interés y preocupación en el gabinete británico de lord Palmerston.

Más tarde, en 1849, San Martín se dirigió al ministro de Obras Públicas de Francia, aconsejándole prudencia en el tratamiento de «un asunto tan serio y grave», y remarcándole que su experiencia le indicaba que en caso de proseguir en el empeño, debían tenerse en cuenta los costos de toda índole: «No lo dudéis, os lo repito: las dificultades y los gastos serán inmensos»; «no hay poder humano capaz de calcular su duración». Esa carta fue leída en el parlamento francés y contribuyó en las negociaciones que concluyeron con el reconocimiento expreso, por parte de ambas potencias, de la soberanía argentina.

Rosas recibió varias cartas del Libertador en apoyo de su postura, y tras su muerte, el 17 de agosto de 1850, conoció su decisión de legarle el sable que lo había acompañado en sus campañas emancipadoras «como una prueba de la satisfacción que como argentino he tenido al ver la firmeza con que ha sostenido el honor de la República contra las injustas pretensiones de los extranjeros que trataban de humillarla».

«Grand-Bourg se llama el lugar de esta romería»

Mientras San Martín residió en Grand Bourg abrió su morada, casi sin reticencias, a los argentinos, chilenos y peruanos que concurrieron a visitarlo.

Sarmiento, a quien el Instituto Histórico de Francia recibió para escuchar, con la presencia del mismo Libertador, su conferencia sobre la entrevista de Guayaquil, dijo con su peculiar estilo, que todos los americanos de paso por ese país concurrían a un lugar de visita inexcusable:

> Grand-Bourg se llama el lugar de esta romería […]. El monumento que los americanos solicitan ver allí es un anciano de elevada estatura, facciones prominentes y caracterizadas, mirar penetrante y vivo, en despecho de los años, y maneras francas y amables. La residencia del general San Martín en

Grand-Bourg es un acto solemne de la historia de América del Sur, la continuación de un sacrificio que principió en 1822 y que se perpetúa aún, como aquellos votos con que los caballeros o los ascéticos de otros tiempos ligaban toda su existencia al cumplimiento de un deber penoso.

El ya autor del *Facundo* había estado unos meses atrás, antes de continuar su peregrinaje por Europa, y había vuelto atraído por el magnetismo de aquella figura señera. También habían estado su camarada de la Generación del 37, Juan Bautista Alberdi, quien luego de conocer a San Martín en 1843 en París, en la casa de los Guerrico, concurrió a Grand Bourg y dejó una entrañable semblanza del prócer, y Florencio Varela, que buscaba nada menos que la intervención anglo-francesa. El acérrimo unitario subrayó que el Libertador hablaba constantemente «de nuestro país, lamentando la suerte de Buenos Aires y maldiciendo la tiranía de Rosas», lo cual parece más una invención del visitante que una doble actitud del rectilíneo San Martín. Ello no implica que dejase de preocuparse por la continuación de una guerra fratricida que se había cobrado en ambos bandos las vidas de antiguos subordinados suyos, entre ellos, el propio Lavalle.

Boulogne-sur-Mer

El Libertador, su hija, su yerno y sus nietas María Mercedes y Josefa, recibieron 1848 en París, en la casa de la *rue Saint Georges* 35.

El irrespirable clima político y social eclosionó un mes más tarde, cuando estalló el movimiento revolucionario que arrojó del poder a Luis Felipe de Orleáns, el *rey burgués*, o el *rey guarda chanchos* como lo llamaba Rosas, e instauró la Segunda República. Las calles de la capital francesa se hallaban cubiertas de cadáveres y todo hacía prever que el clima de violencia aumentaría.

San Martín pensó en trasladarse a un sitio menos expuesto y sus devotos hijos lo ayudaron a elegir. Se mudarían a la costa norte, sobre el Canal de la Mancha. La ciudad elegida era Boulogne-sur-Mer, en el departamento Pas de Calais. El 16 de marzo de 1848, ocuparon los altos de la casa situada en el número 105 de la *Grande Rue*, propiedad del abogado Alfred Gérard, director de la Biblioteca Pública de la ciudad, quien como tal empleaba la planta baja del edificio.

Mariano Balcarce le hacía saber a su amigo Alberdi que «este puerto agrada mucho a mi padre». La ciudad estaba bañada por las aguas del mar, al que era tan afecto el Libertador, y además contaba con una línea de ferrocarril que le permitía a su yerno cumplir sus

funciones oficiales en París. Dice Barcia que para el traslado quizás influyeron «las consultas médicas, cada vez más frecuentes de San Martín».

A medida que pasaban los días, el general se afirmaba más en la idea de vender Grand Bourg, lo que hizo el 14 de agosto de 1849. Se hallaba cansado y enfermo, a la vez que preocupado por la situación de Francia. La veía con múltiples problemas políticos y sociales sin resolver, lo que hacía decirle a Guido que el gobierno «tiene suficiente costura en que entretenerse» como para perseverar en actitudes bélicas sobre la Argentina.

Recibía constantemente nuevas muestras de aprecio de su patria, de Chile y del Perú. Los tres países le formulaban insistentes invitaciones para que pasase su vejez en ellos. Pero la realidad de sus limitaciones lo recluía cada vez más en su casa. Las cataratas no le permitían leer ni escribir y aunque pensaba en hacer que las operasen, dudaba de tener éxito. Algo mejoró el año siguiente, después de la intervención quirúrgica, pero dependía ya casi completamente de los suyos para movilizarse.

En aquel año triste para la familia de 1849 volvió a acometerlo el cólera y se hicieron sentir en toda su crudeza sus enfermedades crónicas. Los vómitos de sangre, los agudos dolores de una gastritis imposible de curar en la época, como la úlcera que padecía, le quitaban los deseos de vivir. Sin embargo, Mercedes y Mariano lo impulsaron a trasladarse a los baños termales de aguas sulfurosas de Enghien, cerca de París. Permaneció allí desde fines de la primavera hasta julio y sintió alguna mejoría, por lo que la familia intentó que se quedase. Pero quiso volver a la marítima y húmeda Boulogne-sur-Mer. Al decir del afligido Balcarce, «no pudo, por el mal tiempo, hacer el ejercicio que le era necesario; perdió el apetito y fue postrándose gradualmente. Aunque sus padecimientos destruían sus fuerzas físicas y su constitución, que había sido tan robusta, respetaban su inteligencia. Conservó hasta el último instante la lucidez de su ánimo y la energía moral de que estaba dotado en alto grado».

Félix Frías, que se hallaba en París y partió hacia Boulogne-sur-Mer al conocer la gravedad del enfermo, a quien no alcanzó a ver vivo, dejó un cabal relato de sus últimos momentos, sobre la base de las informaciones de Balcarce. El anciano, a quien apenas sostenía su férrea voluntad, salió el caluroso 6 de agosto de 1850 a dar un paseo en carruaje y regresó sin fuerzas. Hubo que ayudarlo a descender del coche que lo conducía y a subir las escaleras hasta su dormitorio. El 13, por la noche, experimentó agudos dolores de

estómago, que intentó calmar con una tal vez excesiva dosis de opio. Con voz débil le manifestó a su hija que velaba angustiada junto al lecho: *C'est l'orage qui mène au port* (Es la tempestad que lleva al puerto). Sentía que se acercaba el fin.

Al día siguiente pareció agravarse, pero aun con fiebre alta se recuperó. En la mañana del 17 de agosto, mostró aparente mejoría y pidió pasar a la habitación de su hija para escuchar la lectura de los periódicos.

El doctor Jardón, que lo atendía, aconsejó que concurriera una hermana de caridad para ayudar a Mercedes. Aproximadamente a las dos de la tarde, mientras rodeaban su lecho su hija, su yerno, sus nietas y el encargado de la representación de Chile en Francia, Francisco Javier Rosales, sufrió otro agudo dolor de estómago y se lo recostó en el lecho de su hija. Con un hilo de voz exclamó: «Mercedes, ésta es la fatiga de la muerte…» Y le rogó a Balcarce que lo llevase a su habitación, donde a las tres de la tarde expiró.

El cadáver fue embalsamado y el 20 de agosto, pasadas las seis de la mañana, partió de la casa de Gérard un reducido cortejo que se detuvo en la iglesia de San Nicolás, donde se efectuó un responso. Embargados por el pesar, los deudos y amigos escoltaron el cuerpo hasta la catedral de Nuestra Señora de Boulogne, donde fueron depositados en la cripta. Allí permanecieron hasta su traslado, en 1861, al panteón familiar en el cementerio de Brunoy.

La noticia de la muerte del Libertador llegó a la Argentina cuando se aproximaban grandes cambios políticos que culminarían con la caída de Juan Manuel de Rosas; golpeó con fuerza en el Perú, cuyo presidente, el mariscal Ramón Castilla, había sido subordinado de San Martín, y fue recibida con dolor por los que en Chile habían depuesto sus infundadas prevenciones hacia quien había contribuido en primera línea a su independencia.

En los años sucesivos se le tributaron múltiples honras y su figura en bronce se alzó en múltiples lugares de los países que había emancipado, como hoy se levanta en las principales ciudades del mundo. Y en 1880, sus restos volvieron a la patria para descansar, como San Martín lo había querido, a bordo del transporte de la Armada *Villarino*. En el muelle de las Catalinas los recibió un anciano adusto que lucía orgullosamente su uniforme de general. Era el mismo Sarmiento que había oído de sus labios el relato de la gran epopeya y que exclamó con emoción profunda:

> A nombre de la presente generación, recibimos estas cenizas del hombre ilustre, como expiación que la historia nos impone de los errores de la que nos precedió […]. Que otra generación que en pos de nosotros venga, no se reúna un día en este mismo muelle, a recibir los restos de los profetas, de los

salvadores que nos fueron preparados por el genio de la Patria y habremos enviado al ostracismo, al destierro, al desaliento y a la desesperación.

Trazaba el cuadro de una constante de la vida nacional; sintetizaba los largos años de ausencia del Gran Capitán y hacía una advertencia que desgraciadamente no fue oída y es de esperar que se la escuche en nuestros días para bien del país. Unión y respeto en el propio suelo para los hijos de una misma patria es lo que anhela y necesita la Argentina.

Bibliografía

Archivo de O'Higgins, cit., tomos IX-X; *Archivo de San Martín*, cit., tomos V-VI; *Memorias del general Guillermo Miller, al servicio de la República del Perú* (Traducidas al castellano por el general Torrijos), tomos I-III, Madrid, V. Suárez, 1910.

Pedro Luis Barcia, «Grand Bourg: Un acto solemne de la historia», en José de San Martín, libertador de América, cit.; —, «Desde Boulogne-sur-Mer, rumbo a la gloria», ibídem; José Luis Busaniche, *San Martín visto por sus contemporáneos*, cit.; John F. Cady, *La intervención extranjera en el Río de la Plata. 1838-1850*, Buenos Aires, Losada, 1943; Miguel Ángel De Marco, «El primer bloqueo francés del Río de la Plata» y «El conflicto continúa», en *Juan Manuel de Rosas y los bloqueos al Río de la Plata de Francia e Inglaterra*, Buenos Aires, Arte e Historia, 2008; —, «Sarmiento, su encuentro con San Martín», *La Nación*, 15 de febrero de 2011; Hugo Raúl Galmarini, *Tomás Guido. «Cuando sentado a la sombra de mis años…»*, cit.; Thomas N. Hudson, *The Honourable Warrior…*, cit.; Carlos Ibarguren, *San Martín íntimo. El hombre y su lucha*, cit.; Julio Irazusta, *Vida política de Juan Manuel de Rosas a través de su correspondencia*, tomo V, Buenos Aires, Albatros, 1961; Jacques Joset y Philippe Raxhon, *Correspondance et autres écrits du libertador José de San Martín*, Lieja, Université de Liège, 2004; Raúl de Labougle, «San Martín en el ostracismo: sus recursos», *Investigaciones y Ensayos*, 12, Buenos Aires, Academia Nacional de la Historia, 1972; Sergio Fernández Larraín, *O'Higgins*, cit.; John Lynch, *San Martín. Soldado argentino, héroe americano*, cit.; Samuel W. Medrano, *El Libertador José de San Martín*, cit.; Bartolomé Mitre, *Historia de San Martín…*, cit.; Eugenio Orrego Vicuña, *O'Higgins: vida y tiempo*, cit.; José Pacífico Otero, *Historia del Libertador…*, cit.; Patricia S. Pasquali, *San Martín. La fuerza de la misión…*, cit.; —, *San Martín confidencial…*, cit.

Imágenes

Medalla de oro y esmalte otorgada a San Martín por el triunfo de Bailén. Museo Histórico Nacional. Buenos Aires.

La Plaza Mayor de Buenos Aires vista desde los arcos de la Recova, como era cuando llegó San Martín. Acuarela de Emeric Essex Vidal, c. 1816. Museo Histórico Nacional. Buenos Aires. Museo Histórico Nacional. Buenos Aires.

Soldado del Regimiento de Granaderos a Caballo. Acuarela de Louis de Beaufort (atención Julio Luqui-Lagleyze).

Combate de San Lorenzo. Óleo de José Fernández Villanueva, 1890.

Bandera de las Milicias Urbanas de Montevideo, posiblemente la que tomó a los realistas en San Lorenzo el teniente Hipólito Bouchard. Museo Histórico Provincial de Rosario «Dr. Julio Marc».

San Martín en 1813 en el cuartel del Retiro. Óleo de Pablo C. Ducros Hicken (1958). Círculo Militar. Buenos Aires.

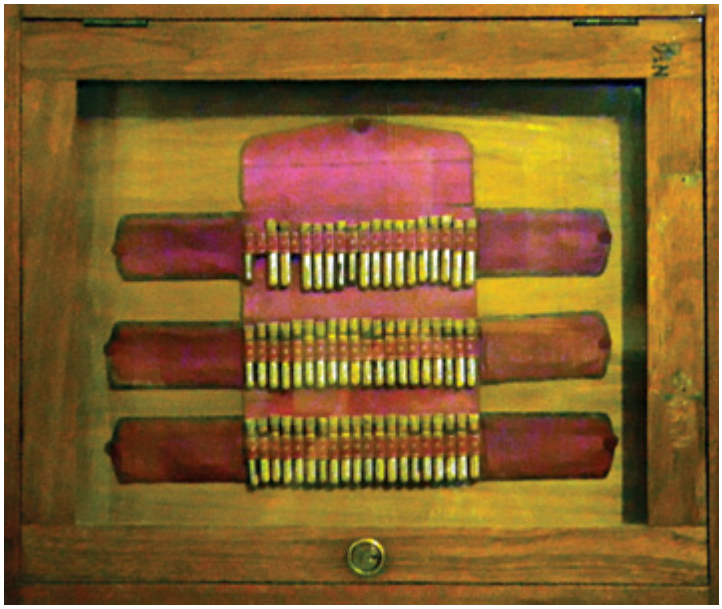
Remedios de Escalada de San Martín. Óleo de Rafael del Villar, copia de una miniatura (1935). Museo Histórico Nacional. Buenos Aires.

General Juan Martín de Pueyrredon, director supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata. Museo Histórico Nacional. Buenos Aires.

Vista de la Plaza Mayor de Mendoza hacia 1856, litografía publicada por Germán Burmeister en su obra Viaje por los Estados del Plata, 1857-1860. Es muy probable que todas las edificaciones se hallasen ya en tiempos de la gobernación intendencia de San Martín.

Bandera del Ejército de los Andes. Memorial de la Bandera. Casa de Gobierno de Mendoza.

Botiquín homeopático de mano, que Ángel Correas le obsequió al general José de San Martín en Mendoza para sus campañas. Museo de la Asociación de Damas pro Glorias Mendocinas. Mendoza.



El paso de los Andes. Óleo de Augusto Ballerini, 1890. Museo Histórico Nacional. Buenos Aires.

Botiquín de campaña del Ejército Libertador. Museo de la Asociación de Damas pro Glorias Mendocinas. Mendoza.

Bernardo O'Higgins. Óleo de José Gil de Castro, 1819. Museo Histórico Nacional. Buenos Aires.

General Juan Gregorio de las Heras, estrecho colaborador de San Martín. Óleo de José Gil de Castro, c. 1821. Museo Histórico Nacional. Buenos Aires.

General Tomás Guido. Óleo de José Gil de Castro, c. 1819. Museo Histórico Nacional. Buenos Aires.

Batalla de Chacabuco. Litografía coloreada de Théodore Géricault, 1819. Museo Histórico Nacional. Buenos Aires.

Caricatura que hicieron circular los realistas en Chile para desprestigiar al Ejército de los Andes. El burro es el director O'Higgins, montado por San Martín. Los carneros son el pueblo chileno. Detrás, Francisco Ruiz Tagle entrega los dineros de ese país al director Pueyrredon. Museo Histórico Nacional de Chile.

Santiago.

Impreso confeccionado en las prensas de los Niños Expósitos de Buenos Aires con la noticia del triunfo de Chacabuco. Academia Nacional de la Historia. Buenos Aires.

CUESTA DE CHACABUCO.

Oficio del Gobernador Intendente de la Provincia de Cuyo al Exmo. Sr. Director.

Exmo. Sr. Hoy á las 12 llegó el Capitan de granaderos á caballo D. Manuel Escalada con la grata noticia de que el jueves 12 fue derrotado completamente el enemigo en número de 2000 hombres en la Cuesta de Chacabuco, quedando 600 prisioneros, 30 oficiales y 400 muertos. El triunfo de tan gloriosa accion se ha debido al valor importérrito de nuestro inclito General el Exmo. Sr. D. José de San Martin que á la cabeza de dos esquadrones derrotó y desbarató al fiero tirano de Chile.

Por algunas comunicaciones del mismo exército se asegura haberse tomado al enemigo 2 cañones, 1200 fusiles, muchos cartuchos, vestuarios, la botica, caballada, y otros innumerables artículos. Doy á V. E. este aviso anticipado por posta para el caso de que por algunos accidentes de enfermedad, ú otros imprevistos llegue á retardarse el arribo del capitan, antes que este parte.

Dios guarde á V. E. muchos años. Mendoza 16 de Febrero de 1817. — Exmo. Sr. — *Toribio Luzuriaga.* — Exmo. Sr. Supremo Director del Estado.

Artículo de carta confidencial al Exmo. Sr. Director desde Mendoza.

Mendoza Febrero 16 de 1817. — A las 12 de este dia vimos entrar el pregon cierto de nuestra victoria sobre Chile con una bandera realista, que ya se ha presentado en espectáculo bajo la de la Patria en los Portales de Cabildo. — El correo dice que Marcó se ha escapado. Que salian innumerables coches á encontrar á S. Martin, que habia quedado muy enfermo de resultas de la accion que decidió en persona con sus esquadrones, sin que se le pudiese contener.

Está contesto otra carta de la misma fecha.

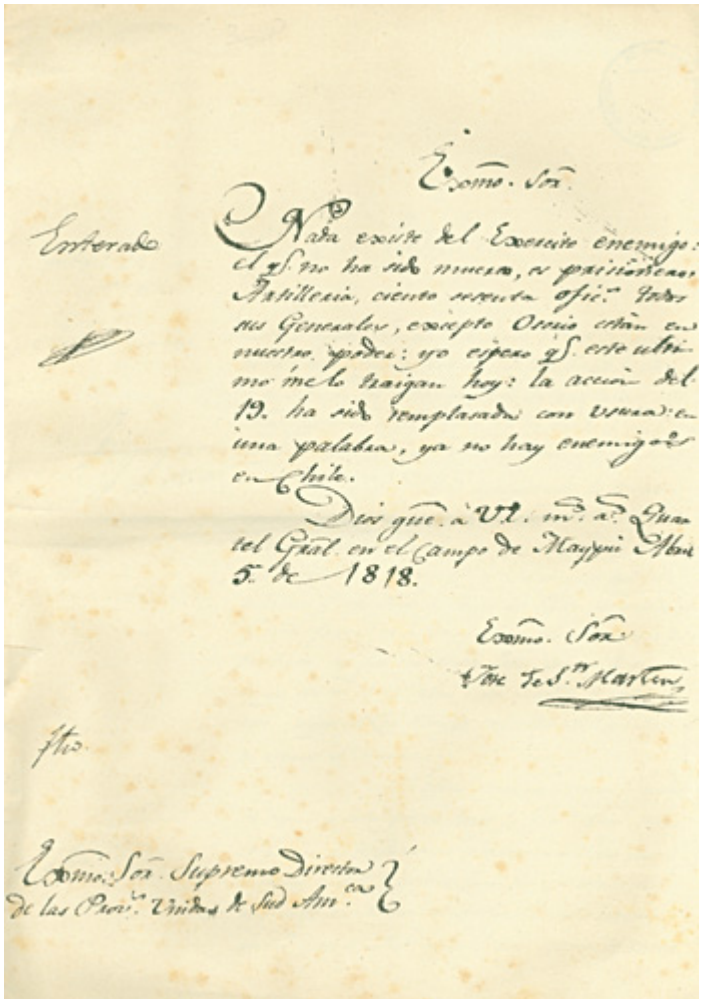
Enemigos del nombre americano! Cesad de derramar sangre inutilmente. Respetad á los heroes de la *Cuesta de Chacabuco.*

IMPRENTA DE NIÑOS EXPOSITOS.

San Martín ante el Congreso en Buenos Aires, el 18 de mayo de 1818. Detalle del óleo de Reynaldo Giúdice. Congreso de la Nación (al lado del Libertador se observa al director supremo Juan Martín de Pueyrredon).

Batalla de Maipú. Litografía coloreada de Théodore Géricault, 1819.
Museo Histórico Nacional. Buenos Aires.

Parte de la batalla de Maipú, de puño y letra de San Martín.
Archivo General de la Nación.



Exmo. Sor.

Enterado

Nada existe del Exercito enemigo: el q. no ha sido muerto, es prisionero. Artilleria, ciento setenta ofics. todos sus Generales, excepto Osorio están en nuestro poder: yo espero q. este ultimo me lo traigan hoy: la accion del 19. ha sido remplazada con vozes: en una palabra, ya no hay enemigos en Chile.

Dios gue. à V.E. ms. as. Quartel Gral. en el Campo de Maypu Abril 5. de 1818.

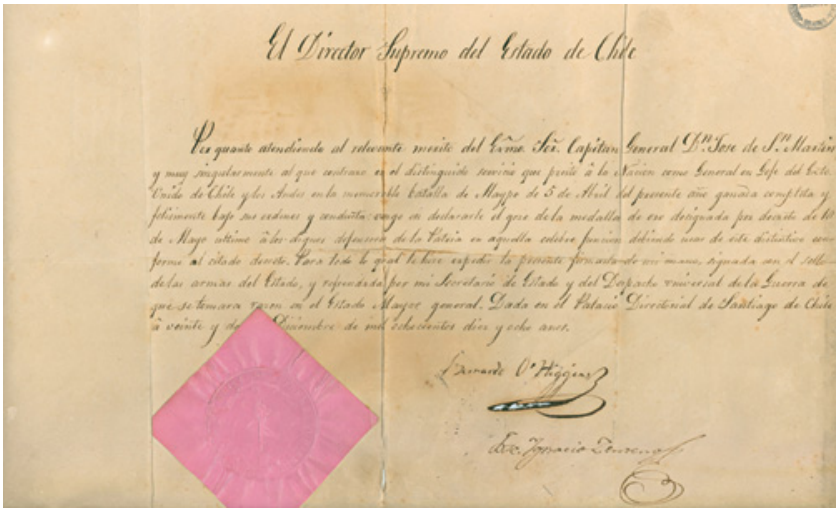
Exmo. Sor.

Jose de S.n Martin

Sto.

Exmo. Sor. Supremo director de las Provs. Unidas de Sud Amca.

Diploma que acredita el derecho de San Martín a ostentar la medalla concedida por el gobierno de Chile en premio al triunfo de Maipú, con la firma del director O'Higgins y del ministro de Guerra Ignacio Zenteno. Academia Nacional de la Historia. Buenos Aires.



El Director Supremo del Estado de Chile

Por quanto atendiendo al relevante merito del Exmo. Sor. Capitan General D.n Jose de S.n Martin y muy singularmente al que contrae en el distinguido servicio que presta á la Nacion como General en Gefe del Exto. Unido de Chile y los Andes en la memorable batalla de Maipo de 5 de Abril del presente año ganada completa y felizmente bajo sus ordenes y auspicios: cumpo en declararle el que de la medalla de oro designada por decreto de 10 de Mayo actual á los Gefes defensores de la Patria en aquella celebre funcion debiendo usar de este distintivo conforme al citado decreto. Para todo lo qual he hecho expedir la presente firmada de mi mano, sellada con el sello de las armas del Estado, y refrendada por mi Secretario de Estado y del Despacho universal de la Guerra de que se tomara razon en el Estado Mayor general. Dado en el Palacio Directorial de Santiago de Chile á veinte y dos de Diciembre de mil ochocientos diez y ocho anos.

Bernardo O'Higgins

Dr. Ignacio Zenteno

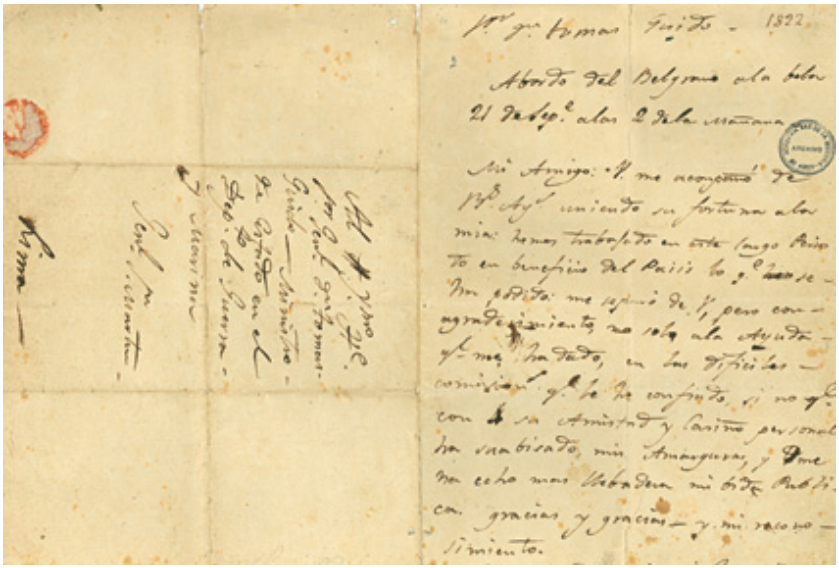
General José de San Martín. Óleo de José Gil de Castro, 1818.
Museo Histórico Nacional. Buenos Aires.

Proclamación de la independencia del Perú. Óleo de Juan Lepiani, 1904. Museo Nacional de Arqueología, Antropología e Historia del Perú. Lima.

Bandera del Perú creada por el Libertador en el cuartel general de Huaura, el 20 de diciembre de 1820. Acuarela pintada por San Martín. Museo Histórico Nacional. Buenos Aires.

Copa obsequiada a Simón Bolívar por el mariscal Sucre en el «brindis de Chuquisaca», con motivo de la creación de la República de Bolivia, en agosto de 1825. El cristal lleva la efigie del Libertador tal cual era en aquel tiempo. Academia Nacional de la Historia. Buenos Aires.

Carta de despedida del general San Martín a Tomás Guido al abandonar el Perú. Academia Nacional de la Historia. Buenos Aires.



Mercedes Tomasa de San Martín de Balcarce. Óleo de Delia Suárez. Instituto Nacional Sanmartiniano. Buenos Aires.

La casa donde residieron San Martín y su familia en Grand Bourg.

Daguerrotipo de San Martín, obtenido del natural en París en 1848.
Museo Histórico Nacional. Buenos Aires.